Hayley Gelfuso

LIBRO DEL AÑO

El LIBRO de las HORAS PERDIDAS



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
1. Núremberg, Alemania, 1938
2. Boston, Massachusetts, 1965
3. Algún lugar del espacio-tiempo, 1944
4. Boston, Massachusetts, 1965
5. Algún lugar del espacio-tiempo, 1947
6. Boston, Massachusetts, 1965
7. Algún lugar del espacio-tiempo, 1948
8. Algún lugar del espacio-tiempo, 1949
9. Boston, Massachusetts, 1965
10. Algún lugar del espacio-tiempo, 1950
11. Boston, Massachusetts, 1965
12. Washington D. C., 1952
13. Boston, Massachusetts, 1965
14. Washington D. C., 1955
15. Algún lugar del espacio-tiempo, 1965
16. Washington D. C., 1957
17. Nueva York, 1965
18. Washington D. C., 1958
19. Washington D. C., 1959
20. Nueva York, 1965
21. Algún lugar del espacio-tiempo, 1965
22. Algún lugar del espacio-tiempo, 1965
23. Boston, Massachusetts, 1965
24. En alguna parte y en ninguna a la vez

Agradecimientos
Abre uno de estos libros y despierta la magia
Créditos

Para Ernest,
cuyo recuerdo, si pudiera, visitaría a diario.



1

Núremberg, Alemania,

1938

En la ciudad de Núremberg, en 1938, un hombre le explicaba un cuento a su hija antes de dormir. El hombre era relojero, hijo de un largo linaje de relojeros que vivían en el barrio judío de la ciudad. Llevaba la cuenta de las horas, tal y como sus antecesores habían hecho a lo largo de dos siglos.

—Es hora de acostarse, Lisavet. Ya basta de cuentos por esta noche —dijo el hombre cuando su hija le pidió por tercera vez que le contara otra historia.

Al otro lado de la ventana, las calles llevaban mucho rato a oscuras, enfriadas por el viento de noviembre. El relojero tenía la cabeza puesta en el trabajo que tenía que terminar en la tienda, situada en el piso inferior; y, más concretamente, en la carta que le habían entregado esa mañana y que descansaba sobre su escritorio.

—No estoy cansada. —Lisavet hizo un puchero—. Quiero estar despierta hasta que Klaus vuelva a casa.

—Tu hermano llegará tarde —la regañó.

La sonrisa que lucía en el rostro desbarató ese esfuerzo por disciplinar a la niña. Le pasó una mano por el pelo, consciente de que ella acabaría ganándole por desgaste. Con ese cabello dorado y esos ojos de color caramelo, su hija era la viva imagen de su difunta esposa.

En vida, su mujer solía bromear diciendo que se habían duplicado en dos versiones en miniatura, él con su hijo y ella con su hija. Eso era cierto en un sentido físico, pero Ezekiel Levy y Klaus, su hijo, no podrían haber sido más diferentes. Klaus era como su madre, se sentía atraído por la alta sociedad y soñaba con estudiar en una escuela de la capital. Era Lisavet la que más se parecía a Ezekiel. A menudo se la podía encontrar sentada en un taburete a su lado, en el taller, observándolo manipular los engranajes y los muelles de viejos relojes rotos hasta que, de repente, estos recobraban la vida con una sacudida. Era ella quien daba cuerda a los relojes de la parte delantera de la tienda cada mañana y contemplaba, con callada reverencia, la manera en que esas obras de arte hechas de madera y metal entonaban la melodía del Tiempo. Y era ella quien algún día heredaría la tienda y los secretos familiares que la acompañaban.

—Vuelve a contarme lo del reloj mágico —le pidió Lisavet, sujetándolo con fuerza de la muñeca en el momento en el que él intentaba ponerse en pie.

Con once años, Lisavet se estaba haciendo demasiado mayor para los cuentos de antes de dormir, y el relojero era consciente de que no tardaría mucho en dejar de pedirle que se los contara. Se acomodó al borde de la cama.

—Había una vez en Alemania un relojero llamado Ezekiel que vivía con sus dos hijos en su feliz domicilio familiar, encima de la tienda que había pertenecido a su familia desde hacía varias generaciones —comenzó a hablar con una voz grave, que crepitaba como las llamas del hogar—. La familia tenía fama mundial por los magníficos relojes que vendían en la tienda, hechos con los mejores materiales. Oro, piedras preciosas y madera tallada que relucían bajo la luz de las velas con las que trabajaban. Grandes relojes de pie, pequeños relojes de mesa y todas las opciones intermedias. Pero, entre todas esas obras de arte, se encontraba el reloj más precioso de todos. Era un sencillo reloj de bolsillo, hecho de latón, que había pasado de padres a hijos a lo largo de más de cien años. No era especial porque estuviera recubierto de oro o de plata, sino porque… —se interrumpió, levantando las cejas espesas, a la espera de que su hija acabara la frase. Era un juego que practicaban con todos los cuentos, pero en especial con ese.

—Porque les permitía hablar con el Tiempo mismo —dijo Lisavet a media voz.

—Así es. —Ezekiel sonrió y le dio un golpecito en la nariz con el dedo—. El Tiempo es el eje sobre el que gira el mundo. Los humanos cuentan sus vidas en meses y semanas, como si al calcular la medida acumulada de su existencia fueran, por alguna razón, a obtener una cantidad mayor de ella. Los accidentes tienen lugar en tres clics de la segunda manecilla. Los corazones se detienen en un instante. Pero hay cosas que tienen lugar en el espacio entre un segundo y otro. Se construyen mundos. Se queman planetas. Se desvanecen almas en el espacio entre un momento y el siguiente, y

los recuerdos caen en las profundidades, se pierden en el silencio y las llamas.

Bajó más el tono de voz; pasó a susurrar como las sombras. Lisavet abrió mucho los ojos.

—No siempre fue así. Hace siglos, las cosas que se caían de nuestro mundo y entraban en el silencio pasaban a quedar ocultas. Inaccesibles a la humanidad. No había testigos de ellas. Eran desconocidas. Los más devotos presentían que había algo más, lo buscaban a través de la meditación, lo rozaban en sueños, pero nunca llegaban a comprender lo que perseguían. A medida que el Tiempo se volvía más tangible, más precioso, a las sombras les pasó lo mismo. Con la invención de los relojes de sol apareció la capacidad de contar las horas y, con la llegada de los relojes mecánicos, surgieron los segundos. Aquello que se puede contar se puede dominar, y muy pronto el velo que separaba nuestro mundo de lo que hay al otro lado se volvió más fino. Quienes aprendían el idioma del Tiempo se llamaban a sí mismos «cronautas».

El relojero pronunció esa palabra, «cronautas», con veneración devota. Al otro lado de la ventana, el viento comenzó a soplar.

—Como Ezekiel —dijo Lisavet en el momento preciso—, que era un cronauta.

—Así es. Se trataba de un secreto que la familia había guardado durante décadas. Hasta que, un día, las cosas comenzaron a cambiar.

—Se acercaba una tormenta —le dio pie Lisavet.

Ezekiel frunció el ceño, su tono se volvió más grave.

—Se acercaba una tormenta. El mundo comenzó a oscurecerse, y por él se coló un frío tan intenso que apagó el fuego de todos los

hogares. La gente dejó de acudir a la tienda a comprar relojes. Ezekiel notaba que la oscuridad que acechaba fuera, en las calles, no dejaba de avanzar. Los hombres que habían traído esa tormenta eran despiadados, estaban cargados de odio y de fuego. Algunos se presentaron una tarde de verano en la tienda de Ezekiel y le preguntaron por su secreto. Querían hacerse con ese poder. Exigieron que les diera el reloj que le permitía comunicarse con el Tiempo.

—Pero Ezekiel los engañó —dijo Lisavet, llena de orgullo.

—Sí, eso hizo. Su trabajo consistía en proteger el secreto, así que les dio un reloj falso. Los hombres salieron de la tienda, pero Ezekiel sabía que no tardarían en regresar en cuanto descubrieran el engaño. El Tiempo corría peligro, igual que la familia del cronauta. Así que le escribió una carta a un viejo amigo, otro cronauta que quizá pudiera ayudarlo.

—¿Por qué no se limitaron a marcharse? —preguntó Lisavet, frunciendo un poco el ceño.

Él se mordió el labio, pensativo.

—Porque los hombres que habían traído la tormenta podrían atraparlos. Así que Ezekiel les pidió a sus amigos que ayudaran a su familia a huir de otra manera. Verás, los cronautas conocían un lugar, oculto en los pliegues del Tiempo, en el que podrían desaparecer. Un lugar donde su familia podría esconderse y desde el cual, con la ayuda de otro cronauta, podrían huir a otras tierras muy alejadas de la tormenta.

—¿Y funcionó? ¿Lo ayudaron? —preguntó Lisavet mientras bostezaba, ya adormilada.

Cada vez que le contaba ese cuento, Ezekiel lo remataba con la promesa de contarle el resto de la historia en otro momento. Pero esa noche tenía sobre el escritorio una carta de su amigo de Estados Unidos. Esa noche le dio a Lisavet un beso en la frente y sonrió.

—Sí, le ayudaron. Sus amigos contestaron a su carta con la promesa de ayudarle. Ezekiel y su familia esperaron el momento adecuado. Hablaron con sus amigos y vecinos más cercanos sobre la oscuridad que se avecinaba, y se llevaron consigo a todas las personas que pudieron. Hubo que convencerlos. No todos creían en ese túnel a través del Tiempo, y a muchos les daba miedo. También hubo quien se negó a abandonar su hogar por muy fuerte que se volviera el viento. Los que aceptaron irse se pusieron de acuerdo en una fecha: la primera noche de Jánuca, cuando estuviesen todos reunidos con sus familias. —Llegado ese punto, el relojero se detuvo. Lisavet había comenzado a cerrar los ojos. La última parte del cuento llegó en forma de susurro—. Así que, a la luz de la luna llena de diciembre, huyeron a través de las sombras, camino a la libertad.

Nada más decir esas palabras, las dos docenas de relojes de pie que había en la tienda del piso de abajo dieron las once. Ezekiel escuchó los repiques en silencio. Cuando se desvanecieron, un ruido procedente de las profundidades de la noche llegó a sus oídos. Gritos en las calles, seguidos de un estrépito de cristales rotos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lisavet, abriendo de golpe los ojos.

El relojero se dirigió a la ventana y apartó la cortina. En los adoquines bajo ellos, avanzando por la calle como una tempestad, una turbamulta de rostros enfadados había irrumpido llevada por el

viento. El ruido de cristales rotos llamó su atención hacia otra tienda en su misma calle, y observó horrorizado cómo sus vecinos abandonaban a la carrera sus apartamentos, con los niños en camisón y descalzos.

—Papá, ¿qué está pasando? —preguntó su hija, bajándose de la cama.

—Ponte los zapatos, Lisavet —le pidió Ezekiel—. Vuelvo ahora mismo.

Ignoró los gritos con los que ella le pedía que se quedara y bajó corriendo la escalera que llevaba a la tienda. La multitud se acercaba. Oía el martilleo de sus manos contra las puertas. El crujido de los cristales bajo sus pies. Había visto esas imágenes y había oído esos sonidos antes, transportados por el recuerdo de los muertos. Era consciente de lo que pasaría a continuación. Primero llegaban los gritos, las cosas rotas, la rabia. Y a continuación llegaban el fuego, la pelea, los asesinatos.

El último reloj de la tienda dejó escapar un repique final que sonó como un nombre. «Klaus». A Ezekiel se le subió el corazón a la garganta al pensar en su hijo, que estaba en la sinagoga. Se quedó en el último escalón, paralizado por el pánico.

—¿Papá? —Le llegó la voz de Lisavet desde lo alto de la escalera.

—¡Quédate ahí!

Se acercaban. El primero ya estaba frente a la tienda y golpeaba la puerta. Sus miradas se encontraron a través del escaparate; los ojos del otro eran de un gris acerado, fríos como el hielo. Venían a por el reloj. Los golpes se transformaron en patadas; los gritos, en abucheos. Ezekiel corrió en busca de la carta que descansaba en el escritorio. Se la guardó en el bolsillo y vació el cajón inferior, que

contenía otras cartas. Misivas que hablaban de los cronautas y de quiénes habían sido cómplices de sus esfuerzos por huir. Las tiró en el cubo del agua de fregar, donde el jabón y la sosa cáustica acelerarían su desintegración. Sin molestarse en cerrar el cajón, agarró el abrigo. Apenas había logrado ponérselo cuando la primera piedra golpeó el escaparate. Lisavet estaba por la mitad de la escalera, pisando los bajos demasiado largos de su camisón, cuando él volvió a por ella.

—¡Papá!

—Sube, Lisavet —le dijo él, y metió la mano en el abrigo en busca del reloj de bolsillo. Notó la vieja sensación familiar del latón, que se volvió pringoso al contacto con la palma de su mano.

Con torpeza, sus dedos manipularon la corona hasta que encajó en su sitio, y abrió la puerta. Allí donde antes estaba su confortable apartamento de dos habitaciones apareció, en cambio, una caverna umbría y silenciosa. Lisavet se aferró a su brazo al verla. Ezekiel sujetó a su hija por los hombros con fuerza y se puso en cuclillas para mirarla a los ojos.

—Escúchame, Lisavet. Voy a buscar a tu hermano, ¿de acuerdo? Quiero que me esperes ahí dentro. Quédate al lado de la puerta, no te muevas de sitio. Te prometo que, en cuanto encuentre a Klaus, vendremos a buscarte. ¿De acuerdo?

—Pero, papá, ¿qué es eso?

Una segunda piedra golpeó la tienda. Y acertó: el cristal se rompió bajo su impacto.

—Es el túnel a través del Tiempo del que te hablé —contestó él, agitado—. El que nos llevará a un lugar muy lejano.

—Pero ¡eso solo era un cuento! —exclamó la niña, sacudiendo la cabeza mientras él la empujaba hacia delante.

Al otro lado de la puerta no se veía nada más que sombras y oscuridad.

—No era solo un cuento, Lisavet. Entra. Yo vengo ahora mismo a buscarte, te lo prometo.

Ella clavó los talones en el suelo y él la levantó en volandas, como cuando era más pequeña, pasándosela por encima del hombro. La depositó al otro lado de la puerta y se detuvo un instante para darle un beso en la cabeza y ponerle su propio abrigo sobre los hombros diminutos. La prenda se derramaba por el suelo, alrededor de los pies de su hija.

—Sé valiente —le dijo con la voz amortiguada por el cabello de ella.

—¿Papá? —dijo ella, y su voz resonó.

Él se llevó un dedo a los labios y, cruzando de nuevo el umbral, la dejó.

Cerró la puerta tras él, y esta no volvió a abrirse nunca más.

Lisavet se pasó horas esperando. La rodeaba una paz mortal, una quietud imposible. Contó los segundos. Al cumplirse cada hora, ansiaba oír la música de los relojes de la tienda en la que se había criado, pero en su lugar no encontraba más que silencio. Un silencio tan amplio que parecía estar vivo, como si fuera un objeto sólido que se pudiera tocar. Las sombras oscurecían su visión e impedían que captara nada a más de quince metros de distancia, pero lo que entreveía le resultaba extrañamente familiar.

Estanterías altísimas a ambos lados, en las que descansaban volúmenes encuadernados en piel de todas las formas y tamaños. Como en una biblioteca. Lisavet dio un paso vacilante al frente mientras sus ojos se acostumbraban poco a poco. «Biblioteca» no acababa de ser la palabra adecuada. En efecto, eran libros cuyos lomos encuadernados estaban ordenados en hileras pulcras y regulares. Entre las filas interminables de estantes aparecían, a intervalos, unos magníficos arcos y columnas romanas, y Lisavet siguió con la vista el camino ascendente de una de ellas. Allí donde esperaba encontrar un techo, vio, en cambio, un cielo negro como la tinta y repleto de imágenes acuosas, como si Miguel Ángel hubiera pintado la Capilla Sixtina en las mismísimas estrellas, y cada imagen se arremolinara en dirección a la siguiente, igual que las nubes que se lleva el viento.

Deseó ponerse a caminar entre las estanterías, pero las palabras de su padre seguían resonando en su cabeza. «Quédate al lado de la puerta, no te muevas de sitio». Cuando giró sobre sí misma para volverse hacia la puerta, vio que esta había cambiado. Tenía un aspecto borroso, como si fuera un reflejo líquido más que una puerta de verdad. Y ese reflejo comenzó a desvanecerse; la oscuridad consumió los familiares tablones de madera. Lisavet se abalanzó para agarrar el pomo, pero este se evaporó bajo su mano y se llevó consigo cualquier posibilidad de que regresara junto a su padre. Se dejó caer al suelo, donde permaneció acurrucada mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Los susurros se iniciaron en algún punto dentro de la oscuridad. Un tintineo peculiar, ligero, mientras las sombras buscaban el origen de un sonido que no habían escuchado nunca. Lisavet se secó las

lágrimas con el dorso de la mano, el corazón disparado. Ella aún no lo sabía, pero se trataba del Tiempo mismo, ese viejo y querido amigo de sus antepasados, que estaba aprendiendo a dirigirse a ella. Y la muchacha, insegura y asustada, le contestó.

—¿Ho-hola? —dijo al volumen más alto que se atrevió a usar.

«Hola», repitieron los susurros, devolviéndole un eco de su propia voz.

Lisavet se puso en pie.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Los susurros sonaron de nuevo, un poco más cerca.

La respiración de la niña se aceleró y se volvió superficial. Avanzó unos pasos en la dirección de la oscuridad, alejándose del lugar en el que la había dejado su padre.

—Quédate ahí —dijo—. Vendré a buscarte.

«Quédate, quédate, quédate», repitieron los susurros.

Lisavet siguió adentrándose en las sombras y la oscuridad, en busca del Tiempo.

No vendría nadie.

Lisavet llevaba dos semanas atrapada y, durante ese tiempo, había aprendido tres cosas importantes.

La primera era que las leyes de la naturaleza no parecían regir en ese lugar. No tenía hambre. No sentía sed ni la necesidad de ir al baño. Dormir, en el sentido tradicional, no era necesario. Podía hacerlo y, a veces, en efecto, se echaba a dormir para pasar el rato, pero no tardó en prolongar el tiempo que pasaba despierta para ver cuánto podía aguantar.

La segunda, que no había puertas ocultas. Lo confirmó después de varios días de búsqueda. No había salida.

Y la tercera, que el Tiempo no vivía allí, tal y como le había sugerido el cuento de su padre. O, si vivía allí, no iba a ofrecerle su ayuda.

No vendría nadie. Era posible que nadie supiera que estaba allí.

El cielo de aquel lugar de silencio era lo más hermoso que Lisavet hubiera visto nunca. Estaba repleto de remolinos de color que se desplazaban y cambiaban de forma como estrellas acuosas. Debió de pasarse días tumbada en el suelo, entre dos estanterías, mirándolo. Dependía de él, de su inmensidad y su misterio, para recordarse a sí misma que estaba viva. Mientras yacía en el suelo, a veces le parecía ver el rostro de su padre, como si lo hubiera conjurado, en el remolino de colores por encima de su cabeza. Pero, en cuanto concentraba la vista en él, la imagen se desvanecía.

Cuando no estaba escondida entre las estanterías, se dedicaba a subir y bajar por ellas y a cantar con la esperanza de que el sonido regresara hasta la puerta desaparecida y le llegase a su padre, o de que el Tiempo acabara por prestarle atención y acudir a por ella. Un día le dio por gritar mientras subía y bajaba. Cada vez más fuerte, esperando que alguien la oyera. Y acabó siendo así. Aunque, más que alguien, fue algo.

—En nombre del cielo, ¿por qué gritas así? —dijo una voz cortante y enfadada.

Lisavet giró sobre sí misma y vio la silueta mal definida de un hombre salir de los estantes. Su imagen se arrastró por el aire antes de unirse al resto, como cuando la tinta atraviesa el agua, distorsionada y semitransparente. Llevaba puesta una peluca blanca empolvada, vestía un conjunto de frac de color violeta y hablaba en alemán con un acento extraño.

—E-estoy buscando a mi padre —dijo Lisavet, tartamudeando, demasiado sorprendida por esa súbita aparición para tenerle miedo.

—¿Acaso no ves que no está aquí, niña? Y es una suerte, además. Deberías considerarte afortunada.

—¿Afortunada?

—La mayoría de la gente que hay aquí está muerta. Solo los muertos viven en este lugar dejado de la mano de Dios.

—Pero yo no estoy muerta. Y estoy aquí.

El hombre la miró de arriba abajo para evaluar su afirmación.

—Es cierto. ¿Eres una cronauta?

—¿Una qué?

—Una cronauta —repitió él, impaciente.

—N-no —contestó ella, vacilante.

—Si no eres una cronauta, ¿quién eres?

—Me llamo Lisavet Levy —le dijo.

El hombre no contestó. Estaba concentrado, escuchando un sonido lejano.

—¡Shhh! —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Has oído eso?

Lisavet prestó atención. El sonido suave de los susurros llegó a sus oídos.

—¡El Tiempo! —exclamó—. ¡Ha vuelto!

—¿El Tiempo? —El caballero respondió a su insensatez enarcando una ceja—. ¿Ese es el nombre que le das a esa cosa demoníaca? Bueno, supongo que es una explicación tan buena como cualquier otra. El Tiempo es la bestia que nos vuelve mortales a todos, de una manera u otra. Se lo lleva todo, sin prestar atención a tu riqueza o a tu estatus.

El hombre torció el gesto con amargura, y Lisavet tuvo la impresión de que en su día disfrutó de ambos, hasta que el Tiempo se los arrebató.

—Si no vas con cuidado se te llevará también a ti, antes de que estés preparada.

—¿Se me llevará adónde?

Al fin y al cabo, eso era lo que deseaba. Quizá el Tiempo la sacase de ese sitio y se la llevase a Estados Unidos, como en el cuento.

Pero el hombre sacudió la cabeza.

—A ningún sitio que desees ir, créeme.

A Lisavet se le salieron los ojos de las órbitas al ver que la imagen del hombre acababa de diluirse y se quedaba en nada. Los susurros ganaron volumen, gritaron con ecos indefinidos, sisearon como el agua al caer sobre el carbón caliente. Lisavet huyó de ellos, aunque no tenía muy claro de qué quería escapar. Halló refugio en una esquina más oscura que las otras, donde los libros de los estantes estaban cubiertos por una capa más profunda de polvo. No hubo más canciones. Solo silencio.

Lisavet no tardó en ir de nuevo en busca del fantasma. Esa vez, en lugar de gritar, habló en susurros mientras recorría con lentitud cada hilera de libros.

—¿Hola? —dijo en voz baja, cuidándose de no despertar a los sonidos de antes.

No hubo respuesta. Recordó que el hombre parecía haber salido de los libros que había en los estantes. Mientras pasaba los dedos por uno de los polvorientos lomos de piel, otra voz se dirigió a ella:

—Ten cuidado con eso —le dijo.

Lisavet retiró la mano, alarmada.

—¿Quién ha dicho eso?

—Esta es la sección de la Inglaterra medieval —le dijo la voz—. Eres demasiado joven para eso.

A su izquierda, otra imagen acuosa comenzó a cobrar definición. Los fragmentos de luz y de color fueron uniéndose hasta adoptar la forma de un hombre más joven que el anterior, vestido con una sotana de tela áspera de color gris. Tenía una mano pegada a la barbilla, en actitud reflexiva.

—Si he de serte sincero, será mejor que evites toda la Europa medieval. Aunque hay algunas cosas que podrían estar bien. La realeza, si acaso, o… —De repente la miró—. Quizá preferirías el período romántico, en cambio. ¿Te gusta la poesía?

Lisavet farfulló algo incoherente.

—Supongo que eres demasiado joven para los poemas de amor. Dime, ¿estás empeñada en que sea Inglaterra o aceptarías la posibilidad de que fuera otro lugar? ¿Italia, quizá? Oh, los veranos italianos… El Renacimiento. Te encantaría.

—¿De qué estás hablando?

—De los recuerdos.

—¿Los recuerdos?

—Sí. Los recuerdos de los libros. En general no me importa por dónde comencéis los cronautas, pero… —Se volvió para encararla y, al hacerlo, su imagen líquida se desplazó—. Es que eres tan joven… Detestaría que te encontraras con algo terrible en tu primer intento.

—No soy una cronauta —protestó Lisavet.

—¿Ah, no? Oh. Menuda decepción. Y yo pensando que al fin se habían vuelto progresistas y habían nombrado a una chica. Es una auténtica vergüenza, ¿sabes? Pero supongo que no hay nada que hacer. —Pareció no reparar en la alarma creciente que sentía Lisavet mientras él se lamentaba por su existencia—. Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy atrapada. Mi padre me ha dejado aquí y ahora no encuentro la salida.

—Entiendo —dijo el hombre, que pareció preocuparse, pero no le ofreció ayuda ni solución alguna.

—Bueno…, ¿existe? —le dio pie la niña.

—Si existe, ¿qué?

—Una salida. Una puerta o un…

—Oh. No. Me temo que no.

Lisavet sintió que su cuerpo entero se desinflaba.

—Entonces, ¿puedes al menos decirme qué es este lugar?

—No es un lugar. Es más bien… un concepto. Estás en el espacio entre el pasado y el presente. Entre todos los lugares y ninguno. Este es el punto donde se acaba el Tiempo. El lugar al que se desplaza la consciencia cuando muere el cuerpo. Existe en el espacio entre el tejido de las cosas tangibles, entre un momento y el siguiente. Aquí, todo lo que ha sucedido en la Tierra permanece en forma de recuerdo.

—Así que tú también eres un recuerdo… —reflexionó Lisavet, frunciendo el ceño.

—Por desgracia, sí.

—¿Estoy… muerta? —No estaba segura de querer obtener una respuesta.

—La gente siempre está tan preocupada por la muerte… Como si fuera el final de todo.

Lisavet se quedó mirándolo, no pudo hacer más.

Él suspiró.

—No, no estás muerta.

—¿Estoy soñando?

—Tampoco estás soñando. Te aseguro que todo esto es muy real.

—Pero acabas de decir que eres un recuerdo. No puedes ser real.

—¿Por qué no? Los recuerdos son las cosas más reales que tenemos, Lisavet.

Ella retrocedió un paso.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Sí, claro —contestó el hombre con una ligera sonrisa—. Lo he encontrado en tus recuerdos. Ya sabes, esas cosas que, según tú, no son reales.

Lisavet se mordió el labio, avergonzada.

—¿Y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Oh, yo no tengo nombre. Bueno, ya no. Soy un olvidado. —Se estremeció un poco al pronunciar esa palabra.

—¿Un olvidado? —repitió la niña.

Él se sacudió de nuevo.

—Sí. Me olvidó un cronauta que no quería que el mundo me recordara.

—No lo entiendo —dijo Lisavet.

El hombre se volvió de nuevo hacia los libros con una expresión melancólica en el rostro sombrío.

—Estos libros contienen los recuerdos de todas las personas, vivas o muertas. Antes de los cronautas, solían permanecer aquí, en el

espacio-tiempo, sin que nadie los custodiase. Nada que ver con lo que es ahora, todo pulcro y ordenado, clasificado en libros.

Lisavet pensó en su padre. En su cuento de antes de dormir. Al reparar en su expresión confundida, el recuerdo del hombre le ofreció una mano difuminada y fijó una sonrisa bondadosa en el rostro.

—Si quieres, podría mostrarte Italia. Es encantadora de verdad, y conozco el recuerdo perfecto al que llevarte.

El sonido estalló en el instante en el que se posaron en el recuerdo. Les llegó procedente de todas partes. La tierra, los edificios, las calles, el cielo mismo. Después de tanto silencio, esa cacofonía repentina fue algo más que una inundación; fue un huracán que envolvió cada centímetro del cuerpo de Lisavet. El sol brillaba cálido sobre su cara y una brisa le levantó el pelo. ¡Calidez! ¡Movimiento! Estaban parados junto a un parapeto, observando el festival que se desarrollaba bajo sus pies. La gente se reía y cantaba. Esa visión hizo que Lisavet estuviera a punto de echarse a llorar. Le pareció casi real. Casi.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —preguntó la niña.

A su lado, el recuerdo del hombre sonrió a la espera de su reacción.

—Fui cronauta —contestó.

—¿En serio?

—El primero. Antes de que los romanos conquistaran a mi pueblo, yo ya había encontrado el espacio-tiempo a través de los relojes de sol y la meditación. Fue a mí a quien le robaron esos secretos.

La invitó a bajar del parapeto mientras le señalaba a una niña, la dueña del recuerdo en el que comenzaban a adentrarse. Parecía tener la misma edad que Lisavet, estaba sentada por encima de la multitud y lucía un vestido de seda fina.

—Es una de las hijas de los Médici —le contó el hombre—. Es muy rica e importante.

Lisavet no sabía mucho sobre los Médici y su supuesta riqueza. A ella le pareció que la chica se aburría, como si deseara sumarse al festival pero no pudiera. Al avanzar entre la multitud, Lisavet comenzó a comprender sus sentimientos. Ella también estaba allí, solo que en realidad no era así. Tenía ganas de saborear las exquisiteces que vendían en los carritos. Tenía ganas de jugar con los otros niños que corrían a toda velocidad entre la gente. Todo lo que tocaba traspasaba sus manos. Las miradas la ignoraban, pues donde se encontraba no veían más que un espacio vacío.

Lisavet dirigió su atención a la única persona con la que podía hablar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si quieres…

—Si eres un… olvidado —lo dijo con toda la delicadeza posible, pero él se estremeció de todos modos—, ¿cómo es posible que aún te vea?

—Oh, no me eliminaron por completo. De haberlo hecho habrían borrado su propio conocimiento del espacio-tiempo. Así que lo poco que queda de mi recuerdo ha permanecido de esta manera. En el espacio-tiempo.

—Me parece un poco confuso.

—Es que es confuso, ¿verdad? —Frunció el ceño, con la misma expresión de perplejidad que ella—. Aun así, me alegro porque me permite ayudar a otros cronautas cuando me necesitan. Si tienen dificultades, puedo enseñarles la manera en la que funcionan las cosas.

—Si no tienes nombre, ¿cómo debería llamarte?

El recuerdo se encogió de hombros.

—Como tú quieras, supongo.

Lisavet lo examinó. Nunca le había puesto nombre a nada al margen de sus muñecas, pero eso era diferente. Se trataba de una persona. O al menos lo había sido. No podía señalar bien de dónde procedía. Su piel no era ni muy blanca ni demasiado oscura, sino de un color cálido y oliváceo. Quizá fuera italiano. Eso explicaría su amor por ese país. Llevaba la cabeza afeitada. La sotana que vestía tampoco le ofreció ninguna pista. Era vieja y sencilla, como algo que se pondría un monje. Pero, puesto que nunca había conocido a ningún monje, no podía estar segura.

—Azrael —dijo, al cabo de un instante.

Al hombre pareció hacerle gracia.

—¿Azrael? ¿El ángel judeocristiano de la muerte? Un poquito evidente, ¿no te parece?

Lisavet se sonrojó.

—O podemos elegir otro.

—No, no, Azrael me parece bien. —Repitió el nombre en voz alta algunas veces, como si estuviera probándoselo—. Creo que me sienta bastante bien.

Se quedaron un rato más escuchando la música, hasta que los límites del mundo comenzaron a desvanecerse, arrugándose y

ondulándose como el agua. Lisavet levantó la vista hacia Azrael, alarmada. Él sacudió la cabeza.

—No te preocupes. El recuerdo está llegando a su fin. —Señaló el parapeto, donde la nana se llevaba a la niña—. Por el momento, volvamos al espacio-tiempo. —Le ofreció la mano.

—Yo no quiero volver a ese sitio.

Azrael frunció un poco el ceño.

—No tienes que permanecer allí mucho rato. Ahora que sabes caminar por el Tiempo, puedes ir donde quieras. Pero… —Ladeó la cabeza y la miró con los ojos entornados—. Ten cuidado. No has conocido toda la maldad que hay en el mundo.

Lisavet le prometió que tendría cuidado mientras se le disparaba la mente al imaginar las posibilidades. Pensó en toda la historia que había aprendido en la escuela. El antiguo Egipto. Alemania antes de convertirse en Alemania. La Gran Guerra de la que su padre le había hablado tan a menudo. Podía tocarlo todo con la yema de los dedos. Le dio la mano a Azrael y los dos abandonaron el recuerdo. A su regreso, el silencio la golpeó como una pared. El sol había desaparecido. La brisa, la música y los olores ya no estaban allí. Habían vuelto a la oscuridad inmóvil. Lisavet se sorprendió al experimentar una pequeña sensación de alivio ante la ausencia de tantos estímulos.

—¿Crees que podrías enseñarme tu libro ahora? —le preguntó, señalando los estantes.

Azrael hizo un pequeño gesto de dolor.

—Si pudiera, lo haría. No obstante, yo mismo no tengo libro. Los espectros con los que te encuentres en el espacio-tiempo no han

sido «recogidos», por así decirlo, por un cronauta. Eso quiere decir que no disponemos de un libro de recuerdos que nos confine.

—Oh. No me había dado cuenta de que…

Azrael levantó la mano y se llevó un dedo a los labios. Tenía la vista fija en algo al final de la hilera de libros. La niña siguió su mirada y vio que un hombre pasaba entre las estanterías. Su sombra no se arrastraba como la de Azrael. Se trataba de una persona de verdad, no de un recuerdo.

—Un cronauta —murmuró Azrael.

Lisavet abrió mucho los ojos. ¿Era un cronauta? ¡Quizá podría ayudarla a marcharse de allí! Pero Azrael sacudió la cabeza.

—Dudo que este quiera ayudarte.

—¿Por qué no?

Azrael chistó de nuevo y le hizo una señal para que lo acompañara. Siguieron al cronauta desde lejos hasta que lo vieron meterse en una fila de libros.

—Esa es la sección de Alemania —le dijo Azrael en voz baja—. Bastante cerca de la actualidad.

Lisavet captó el cambio en su tono de voz. ¿Alemania? ¿Su Alemania? Ignorando la advertencia, pasó a su lado y echó a correr hacia la hilera en la que había desaparecido el hombre. No se detuvo hasta alcanzar el borde de la estantería. Se asomó al otro lado, respirando con dificultad. El hombre estaba parado en la mitad del pasillo. Había sacado un libro del estante y, sin abrirlo, recorría la cubierta. Llevaba el pelo muy corto, al estilo militar, y, cuando se volvió con el libro en la mano, Lisavet pudo ver mejor la ropa que vestía. De lado, el uniforme negro era indistinguible, pero de frente

pudo ver con claridad los numerosos broches e insignias plateadas. El brazalete de color rojo brillante que rodeaba su bíceps. Un nazi.

Observó horrorizada cómo el soldado abría el libro y sacaba un paquete de cerillas del bolsillo. Acercó la llama a una de las páginas y la mantuvo allí hasta que prendió. Cuando las llamas comenzaron a crecer, lo dejó caer al suelo: la tapa hacia arriba, el lomo doblado.

—Los cronautas destruyen los recuerdos que no quieren que el mundo conserve.

Lisavet dio un salto. Azrael había llegado a su lado y observaba la escena por encima de su hombro con expresión grave.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella.

Azrael se encogió de hombros.

—Para ratificar su ideología. El pasado es nuestro espejo. Nos dice lo que fuimos y en qué nos hemos convertido. Hay gente a la que no le gusta lo que ve en su reflejo, así que lo altera borrando recuerdos de la faz de la tierra. Borrando la existencia de la gente.

—¿Borrando a la gente? —repitió Lisavet, y el horror la llevó a usar un tono más agudo.

El soldado levantó la cabeza de golpe.

—*Wer ist da?* —preguntó, llevándose la mano al cinturón.

Lisavet se escondió al otro lado de la esquina, el corazón disparado. Azrael se quedó donde estaba. El soldado le gritó, enfadado, le maldijo por haberle asustado y entonces se sacó algo del bolsillo. Lisavet entornó los ojos para verlo mejor. La luz de las llamas se reflejó en el cristal de un reloj de bolsillo, y ella captó ese centelleo inconfundible y familiar. La caja de bronce estaba gastada por el tiempo, su pátina le indicó las muchas manos que lo habían sujetado antes. De padres a hijos, hasta un hijo que en ese

momento era soldado. Reconocerlo hizo que el frío se adueñara de su cuerpo.

El soldado manipuló el reloj hasta que una puerta se abrió a dos metros de él. Entró en ella y dirigió una última mirada a la montañita de papel quemado que había en el suelo. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Lisavet salió corriendo. Se dejó caer de rodillas junto al libro e introdujo las dos manos en las llamas para arrebatarles lo que quedaba del volumen encuadernado en piel. La tapa tenía los bordes quemados. La mayoría de las páginas estaban chamuscadas y se convirtieron en ceniza bajo sus pies cuando intentó apagarlas a pisotones. Pero unas pocas, las más cercanas al inicio, estaban intactas. Y le hablaron entre susurros cuando las limpió de hollín con movimientos cuidadosos, los dedos doloridos por el fuego. Le contaron su historia con voz grave y crepitante. Era la historia de su padre. Era la voz de su padre.

Inspiró con jadeos entrecortados y notó el escozor de las lágrimas en los ojos. Se había olvidado de la presencia de Azrael hasta que este le habló.

—El reloj… —le dijo en voz baja.

Lisavet lloró con más fuerza. No quería pensar en lo que significaba aquello, pero era consciente de que solo existía una razón por la que su padre le habría entregado su reloj de bolsillo a un soldado nazi. Azrael no dijo nada, pero se quedó a su lado mientras ella acunaba los restos de los recuerdos de su padre.

No vendría nadie.



2

Boston, Massachusetts,

1965

No cabía ninguna duda sobre la identidad de la niña parada al borde de la tumba: descuidada y desolada, vestida con una chaqueta de punto demasiado grande que se abullonaba al sobresalir por las mangas del abrigo. Aún no había cumplido los dieciséis, y el rostro pecoso y el cabello lacio y pelirrojo hacían que pareciera más pequeña. Era ese pelo, de tono cobrizo brillante, lo que la delataba como la sobrina del hombre que yacía en el ataúd.

Moira observaba a la muchacha a través de la neblina de humo del cigarrillo. Parada bajo el paraguas, vio acarrear el ataúd por el terreno embarrado. Estaban en octubre, un momento lo bastante tardío del otoño para que las hojas hubieran comenzado a sacudirse el brillo. Moira tiró la colilla al suelo y sacó otro cigarrillo del bolsillo del abrigo. Al encenderlo, el mechero de plata que llevaba consigo emitió un clic tembloroso, que sonó por encima de la oración que el cura dedicaba al difunto. La niña levantó la vista al oír el ruido. Moira

le dedicó una sonrisa, una de esas sonrisas frías que le salían con naturalidad. La niña apartó la mirada de inmediato, incómoda. No se conocían, Moira y ella, y fue evidente que la pequeña se preguntó quién sería. Por qué estaba en el funeral de su tío.

Desde la muerte de Ernest Duquesne, había llovido a diario. La ciudad estaba anegada, las aceras rebosantes de barro. El día del funeral había llovido tanto que se comentó la posibilidad de posponer la ceremonia, pero al final se decidió que siguiera adelante, por lo que la procesión tuvo que chapotear por la hierba fangosa para llegar a la tumba. Poca gente había asistido a la misa. Moira no había sido una de esas personas, sino que se había dedicado a observar desde el coche la entrada de los dolientes en la capilla del centro de la ciudad, llevando la cuenta de los asistentes. Vecinos. Antiguos compañeros de colegio. Algún que otro primo lejano. En cuanto se acabaron las oraciones y el cura cerró el libro, todos se apresuraron a salir; por instinto de supervivencia, no querían que se los viera allí. A excepción de la niña.

En ausencia del resto, la niña permanecía sola, parada al borde de la tumba, con los ojos cerrados y la cabeza un tanto inclinada al frente mientras la lluvia caía sobre ella. El cabello pelirrojo se le pegaba a las sienes y le otorgaba un aspecto aún más lastimero. Moira, que se sentía muy orgullosa de su propia apariencia, tuvo que recordarse que la muchacha era joven y estaba sola y afligida, y que, por tanto, no cabía esperar que se preocupara por esas cosas. Rodeó la tumba en silencio y se plantó detrás de ella, levantando el paraguas para que también protegiera a la niña. Al oír la lluvia golpear contra el vinilo, ella levantó la vista, alarmada.

—¿Amelia Duquesne? —preguntó Moira con tono suave y relajado.

—¿S-sí? —tartamudeó Amelia.

—Me llamo Moira Donnelly. Trabajé con tu tío.

—¿En serio?

Moira vio que la muchacha bajaba la vista para evaluar su vestuario. Una falda de tubo que le llegaba por las rodillas, un jersey negro de cuello alto, zapatos de tacón puntiagudos y una gabardina de cuero con los botones desabrochados, y ninguna de esas prendas parecía adecuada para una empleada del Departamento de Estado donde había trabajado Ernest Duquesne. Si se le sumaban el carmín de color rojo y el corte de pelo cuadrado por encima de los hombros, con el flequillo peinado a un lado, parecía más factible acusar a Moira de ser una *beatnik* que cualquier tipo de empleada gubernamental.

—Ya nos habíamos visto, tú y yo —le dijo Moira—. Cuando tenías unos nueve años. ¿Lo recuerdas?

—La verdad es que no —contestó Amelia, cerrando los puños sobre las mangas de la chaqueta de punto. Se preguntaba qué hacía alguien procedente de esa faceta de la vida de su tío allí, en su funeral, después de todas las acusaciones que había recibido.

Era fácil interpretar los pensamientos de la chica. Tendrían que ponerle solución.

—Sostenme esto, ¿quieres? —dijo Moira, y le puso el paraguas en la mano. Ella lo aceptó sin dudar. Moira se volvió hacia la tumba y metió la mano en el bolsillo para sacar un segundo cigarrillo—. Es graciosa, la manera en la que funciona el Tiempo —se lamentó—. Vivimos con la sensación constante de estar parados frente al precipicio de nuestras vidas, de que nuestros años se expanden ante nosotros. Y no nos damos cuenta de que, en cualquier momento,

podría llegar algo y empujarnos al vacío. Todos somos inmortales en nuestro propio tiempo. Hasta que dejamos de serlo.

Hizo una pausa para encender el cigarrillo con el mechero de plata. La niña la observaba.

—Ernest hablaba mucho de ti —dijo Moira, con gesto despreocupado—. Siempre nos estaba contando lo inteligente que eras. Debes de estar muy triste ahora que se ha ido.

A Amelia se le nublaron los ojos y sacudió la cabeza de inmediato.

—Dicen que les vendió secretos a los rusos —se apresuró a decir.

Moira le dedicó una pequeña sonrisa. No era lo único que se decía. Lo llamaban comunista. Ernest Duquesne. Devoto funcionario público. Distinguido veterano de guerra. Comunista. Traidor. Espía. De eso hablaban todos los periódicos, junto con algunos detalles desgarradores sobre su muerte. «La bala le atravesó la cabeza cuando aún tenía secretos de Estado en la punta de la lengua», habían escrito. Lo habrían arrestado, lo habrían acusado de traición y le habrían soltado una descarga, igual que a los Rosenberg en el 53, si no fuera por el hecho de que ya estaba muerto.

—¿Y? ¿Por qué debería alterar eso lo que significó para ti? —preguntó Moira.

Amelia se puso en tensión, recelosa.

—¿Estabais unidos? ¿Es esa la razón por la que has venido hoy?

—He venido porque quiero preguntarte una cosa —contestó, yendo por fin al grano—. Cuando murió, tu tío estaba en posesión de algo muy importante. Tenía la esperanza de que pudieras ayudarme a localizarlo.

—Ya ha venido gente a casa. Han registrado su despacho… Se han llevado todo lo que han podido encontrar relacionado con su trabajo.

Moira asintió con la cabeza, impaciente. Eso ya lo sabía.

—La cuestión es que trabajo para un departamento especial que no está relacionado con los agentes que han registrado tu casa. Lo que busco no es algo en lo que ellos fueran a fijarse. No se les habría ocurrido buscarlo.

—¿De qué se trata?

Hubo una pausa. La lluvia golpeaba el paraguas sobre sus cabezas.

—De un reloj.

—¿Un reloj?

—De esfera blanca, con el engaste dorado. Hecho por un relojero llamado Glashütte.

Los ojos de Amelia se posaron en el féretro.

—Es el que siempre llevaba consigo.

Moira echó un vistazo a las mangas abullonadas de la chaqueta de punto de la niña, quien, llevada por la ansiedad, tiraba de ellas hacia la izquierda.

—Esperaba que supieras de algún otro lugar en el que pudiera haberlo guardado. La casa de un familiar, quizá. O de una amante.

Amelia hizo un gesto hacia el camposanto vacío.

—Es evidente que no —dijo, con más ironía de la que Moira le hubiera supuesto capaz—. Quizá lo tenía consigo cuando murió.

Moira miró a Amelia un instante, preguntándose cuánto podía revelar, pero también cuánto sabría ya la niña.

—Como podrás suponer, no es un reloj normal. Cuenta con unas funciones especiales de las que la mayoría de relojes de mano carecen, lo que lo convierte en un bien muy valioso. Y nos gustaría recuperarlo, ahora que tu tío ha muerto.

—¿Os? —preguntó Amelia.

—Al departamento. —Moira sacó una tarjeta de otro bolsillo del abrigo. Mostraba su nombre impreso en tinta roja, del mismo tono que su carmín, y lo acompañaba un número telefónico—. Si resulta que lo encuentras, llama a este número.

Amelia agarró la tarjeta con dos dedos.

—¿Ese reloj tiene algo que ver con los secretos que dicen que mi tío vendió a los rusos?

Moira le dirigió una sonrisa sombría.

—Digamos solo que, si cayera en manos de los rusos, acabaríamos viviendo en un mundo muy diferente.

—¿Lleva los secretos de la bomba atómica grabados en el reverso o algo así?

Moira frunció los labios. Era consciente de que había una razón por la que en general se mantenía alejada de los adolescentes.

—Hay más de una manera de acabar con una guerra, Amelia. Y hay secretos mucho más peligrosos que las armas de destrucción masiva. —Dio una calada larga al cigarrillo, protegiéndolo de la lluvia que seguía cayendo—. Así es como se acaba el mundo. No con una explosión, sino con un gemido.

Para su sorpresa, Amelia se espabiló.

—T. S. Eliot —dijo.

—¿Has leído a Eliot? —preguntó Moira, escéptica.

—Mi tío me regaló un libro de sus poemas la Navidad pasada.

Moira no se sorprendió. Ernest siempre había sido un fanático de la poesía, capaz de citar de memoria los versos menos populares. Tenía sentido que su sobrina fuera igual.

—Entonces reconocerás este verso: «Entre la idea y la realidad. Entre el movimiento y el acto…».

—«… cae la sombra» —remató Amelia.

Moira la examinó durante unos instantes, el cigarrillo colgando entre dos dedos.

—No le des el reloj a los otros agentes. No conocen su significado. Cuando lo encuentres, asegúrate de traérmelo a mí. Y solo a mí. ¿De acuerdo?

—Si lo encuentro, querrás decir —la corrigió Amelia.

—Oh, estoy segura de que aparecerá.

Dejó caer la colilla, que chisporroteó de inmediato en la hierba húmeda, y el brillo rojo se extinguió en el barro. Se subió la manga de la gabardina para mostrar su propio reloj, un modelo más pequeño con una pulsera de oro blanco.

—Llegará usted tarde a clase, señorita Duquesne —le advirtió.

La mención a la escuela hizo que una expresión de temor atravesara el rostro de Amelia. Y con razón. Moira llevaba más de una semana observando a la chica, había escarbado en los registros, y por ello lo sabía todo acerca de su situación en la Academia Pembroke. Aunque era brillante, su expediente estaba acompañado de una lista bastante larga de sanciones y notificaciones de ausencia. Resultaba que, por debajo de esa fachada apocada, Amelia Duquesne era toda una rebelde.

La niña le devolvió el paraguas y se volvió para irse, pero dirigió una última mirada a la tumba de su tío.

—Ah, Amelia —dijo Moira, y esperó a que ella se volviera—. Pase lo que pase, cuando encuentres el reloj… —Hizo una pausa y dirigió una mirada a la manga de su chaqueta—. No le des cuerda.

Amelia acercó la muñeca unos milímetros al pecho; se controló a tiempo de fingir que pretendía cruzarse de brazos. Entonces se volvió y se alejó con prisas bajo la lluvia. Moira la vio atravesar la verja y salir a la calle.

Amelia llegaba tarde a la primera clase de la mañana, pero, por una vez, a su maestro no pareció importarle. Por lo general, el señor Markham era muy estricto con esas cosas. La mayoría de sus castigos por retraso eran cosa suya. La clase comenzaba sin demora a las ocho de la mañana, y Amelia tenía dificultades para despertarse antes de las nueve. Pero esa mañana, al ver que ella abría la puerta, se limitó a hacerle un gesto para que pasara. Ella pensó que quizá se había ahorrado el sermón gracias al entierro, pero entonces, mientras se dirigía a su escritorio, le dijo en voz alta:

—Por cierto, señorita Duquesne, es su tercer retraso este mes. Por favor, venga a verme después de clase.

A Amelia se le cayó el alma a los pies. Tomó asiento, sintiéndose desdichada, entre las risitas de sus compañeras. El señor Markham prosiguió con la lección sobre la guerra civil de Estados Unidos allí donde la había interrumpido. Amelia se puso a hojear el libro de texto, consciente de las numerosas miradas que tenía sobre ella. La muerte de su tío había sido la comidilla de la escuela durante esa última semana. Los rumores acerca de su traición habían seguido a Amelia por las instalaciones como una nube de tormenta.

—He oído que lo han enterrado esta mañana —dijo la chica que se sentaba delante de ella, con un susurro grave, volviéndose para provocarla mientras el señor Markham escribía en la pizarra.

Esa chica, Rebecca, era hija de un congresista, una de las varias que estudiaban en Pembroke. La escuela era un destino popular entre las familias de clase política por su proximidad con la mayoría de las principales ciudades de la Costa Este, así como por su historial como centro que producía al por mayor tanto candidatas a ingresar en la universidad como jóvenes instruidas a las que se pudiera presentar en sociedad. Amelia, que no veía demasiados atractivos a ninguno de esos caminos, siempre se había movido por los márgenes pese al cargo de su tío en el Departamento de Estado. Su caída en desgracia solo había servido para alejarla aún más del epicentro social de Pembroke.

—Entonces, ahora que tu tío ha muerto, ¿desertarás para huir a la madre patria rusa? —le preguntó Rebecca al cabo de unos minutos.

—Sí —contestó Amelia con sequedad, la cabeza inclinada sobre el libro de texto—. Solo estoy esperando a que Stalin me mande un avión.

La alumna a su izquierda profirió un grito ahogado.

—Deberías tener cuidado con ese tipo de bromas —le dijo Rebecca con tono amenazador—. Mi padre dice que, si tu tío siguiera vivo, lo habrían mandado a la silla eléctrica. Dice que se lo habría merecido por traicionar a su país de esa manera.

—Habla con muchas agallas para tratarse de alguien que falsificó los resultados de un examen auditivo para evitar que lo llamaran a filas —le devolvió el alfilerazo Amelia.

El señor Markham les chistó desde el frente del aula y dijo el nombre de Amelia con tono admonitorio. Rebecca esperó a que se volviera de nuevo para contraatacar.

—He oído que lo mataron mientras vendía secretos a los rusos. De un disparo en la cabeza, ¿verdad?

Amelia inclinó el libro para crear una barrera, negándose a levantar la vista.

—¿Tu madre no murió de lo mismo? Me parece recordar que sí. Solo que supongo que con ella fue diferente. Se lo hizo a sí misma.

Amelia sujetó el libro con fuerza. Miró al señor Markham mientras evaluaba las consecuencias de un castigo frente a la posible satisfacción de disparar algunas palabrotas bien escogidas.

Rebecca se inclinó un poco más y metió una mano intrusa sobre el pasaje que Amelia estaba leyendo.

—Pero lo entiendo. Yo también querría morirme si tuviera una hija con un hombre casado. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas lo que se sentirá al saber que eres una hija no deseada? Solo que… supongo que tú no tienes que imaginar nada, ¿verdad?

Amelia cerró el libro de golpe sobre los dedos de Rebecca, que dejó escapar un chillido mucho más sonoro de lo que requería la situación.

—¡Señorita Duquesne! —espetó el señor Markham, y señaló la puerta—. Fuera.

Amelia recogió las cosas entre risitas. En el pasillo, fue a sentarse en un banco que parecía estar allí para su uso exclusivo. Miró el reloj de la pared. Esos cinco minutos representaban una nueva marca personal.

La Academia Pembroke era un internado femenino de gran prestigio. No se toleraba que se infringieran las reglas y había poca paciencia con la ironía, dos apartados en los que Amelia siempre había sobresalido con creces. Llegar tarde, colarse en el comedor

después de la hora de apagar las luces y contestar a los profesores de manera frecuente eran el pan de cada día para ella. Se trataba de un mecanismo de defensa. Había aprendido muy temprano en la vida a reconocer la compasión en los ojos de la gente, y la detestaba.

Amelia intentó reprimir las lágrimas que se le acumulaban en los ojos por si pasaba alguien. No estaba segura de que se le permitiera siquiera estar afligida. El entierro era una cosa, casi nadie había asistido. Pero ¿era correcto que lo siguiera llorando de esa manera después de lo que había hecho? ¿Era aceptable sentir pena por la muerte de un traidor o la gente asumiría que ella también lo era? No podía quitarse de la cabeza la imagen del féretro, que había permanecido cerrado durante la ceremonia, cosa de la que ella, al menos, se alegraba. No tener que verlo así: su tío, el que la había criado tras la muerte de su madre, sin color y sin vida.

Amelia tenía siete años cuando murió su madre, y el tío Ernest, el solterón siempre ocupado y sin la menor experiencia con niños, había sido el candidato menos probable para quedarse con ella. No obstante, fue el único que se ofreció voluntario. Durante los primeros meses de convivencia, Amelia se mostró tan tímida que apenas hablaba, contestaba con movimientos de la cabeza en vez de con palabras. Él le cedió una habitación en el segundo piso que había sido una especie de biblioteca y que estaba llena de estanterías de suelo a techo, con una gran ventana que daba al roble del patio trasero. Los estantes estaban a reventar de libros, encuadernados en piel, con nombres, fechas e historias de países lejanos.

—Esta era la sección de historia europea —le dijo, avergonzado, la primera vez, parados los dos en el umbral, ella con su pequeña maleta en la mano—. Te prometo que los sacaré de aquí en cuanto encuentre otro lugar donde ponerlos.

«¿Dónde?», se preguntó Amelia, mirando a su alrededor.

A veces, la casa del tío Ernest se parecía más a una biblioteca que a un hogar de verdad. Las estanterías ocupaban todas las paredes y había libros apilados en cada espacio que no fuera necesario para comer o dormir. En un esfuerzo por vaciar su habitación, Ernest hizo que le montaran otro conjunto de estanterías en el comedor. Pero, entonces, Amelia comenzó a hacerle preguntas sobre Juana de Arco, Maximilien Robespierre y el rey Enrique VIII a la hora del desayuno, y él se dio cuenta de que ella dedicaba a la lectura esas noches en las que los sueños sobre su madre hacían que se despertara con una sacudida. La primera conversación completa que mantuvieron se debió a que ella le preguntó el significado del término «guillotina», y así Amelia rompió su ayuno voluntario de palabras después de dos meses sin decir nada. Por eso, los libros se quedaron en la habitación, aunque Ernest se llevó de allí los más truculentos y los reemplazó con obras de poesía, género que a ella le gustó casi tanto como la historia, hasta el extremo de que se aprendía de memoria los poemas para poder citarlos tal y como hacía su tío.

Cuando comenzó a sentirse cómoda, los sueños sobre su madre fueron reemplazados por pesadillas en las que se despertaba sola en la casa, abandonada, ya que el tío Ernest había huido en mitad de la noche y la había dejado allí.

—Estás atrapada conmigo, peque —le dijo él una de esas noches, acariciándole el pelo y estrechándola contra sí—. No te abandonaré

nunca.

Pero allí estaba ella, sola. Ernest la había abandonado de todas maneras.

Mientras las ideas y los recuerdos se enmarañaban en su cabeza, Amelia rodeó con la mano el reloj que llevaba en la muñeca. Le había mentido a Moira Donnelly al asegurar que ignoraba su paradero. Había aparecido en su casilla de correo de la escuela tres días antes, envuelto con cuidado en papel marrón. No había ninguna nota. Ningún remitente. Nada que indicara cómo había llegado hasta allí, lo cual debería haberla alarmado. Pero, al verlo, sintió un alivio demasiado grande para caer en la ansiedad. Ese reloj era el objeto que más le recordaba a su tío Ernest. Hasta donde ella podía recordar, él se lo había puesto siempre, a diario. La idea de separarse de él, de dárselo a la mujer, era insoportable.

«No le des cuerda», le había dicho ella.

Pero ¿por qué no? Era un reloj. Los relojes estaban hechos para que se les diera cuerda. Su tío tenía varios relojes más que guardaba en una caja en su habitación. Y, aunque ese era el único que se ponía, seguía dando cuerda a todos los demás para evitar que los engranajes se oxidaran. De pequeña, Amelia lo observaba cuando lo hacía, examinaba la manera en la que sus manos trabajaban para hacer que siguieran avanzando. Que un reloj se parara era un resultado a temer. Una negligencia hacia el Tiempo.

—El Tiempo es algo deliberado —le decía él mientras trabajaba—. Tienes que cuidar de él y él cuidará de ti.

Amelia se subió la manga. Dejó los dedos flotar por encima de la corona, dubitativa. Quizá Moira había supuesto que ella no sabría darle cuerda de la manera correcta. Podían romperse si se hacía

mal. Pero Amelia sabía hacerlo bien. Le pudo la curiosidad. Levantó la corona del reloj con cuidado. La hizo girar varias veces, primero hacia delante, luego hacia atrás, pero no pasó nada. Amelia frunció el ceño, sintiéndose un poco decepcionada. Volvió a empujar la corona hacia dentro. En ese momento, el reloj pareció estremecerse y, de repente, las manecillas de la esfera dejaron de moverse. Siguió una pausa, de un segundo apenas, y entonces comenzaron a desplazarse de nuevo. Solo que, esa vez, lo hicieron hacia atrás.

Amelia se sentó un poco más erguida.

—¿Amelia? —El señor Markham había abierto la puerta de la clase.

Ella levantó la vista, molesta porque la hubiera interrumpido.

—¿Qué?

El hombre frunció el ceño, igualando su malestar.

—Vigile ese tono, señorita Duquesne. Puede volver a entrar. Estoy a punto de dar los deberes para esta tarde.

Amelia volvió a pasarse la manga de la chaqueta de punto por encima del reloj y se puso en pie. Las palabras del poema que Moira le había citado regresaron de repente a su cabeza con tanta claridad que se sintió como si la mujer estuviera parada a su lado.

«Entre la idea y la realidad…».

Una extraña sensación de cosquilleo partió de su coronilla y le bajó por la espalda.

«… cae la sombra».

Atravesó el umbral para entrar de nuevo en la clase, y en ese instante el mundo se puso patas arriba. En un primer momento oyó que alguien gritaba. Luego los gritos fueron miles, al unísono; voces que resonaban en un abismo que ella no podía ver, pero sí sentir. Su cuerpo entero se balanceaba al borde de un precipicio invisible; y

cayó, cayó a toda velocidad a través de la oscuridad y las sombras. Notó una ráfaga de aire caliente y de repente dejó de caer. No hubo impacto, no se detuvo de manera abrupta. Sus pies volvían a pisar tierra firme, igual que siempre.

Abrió los ojos al oír que su propio aliento se prolongaba. Frente a ella había una caverna silenciosa. La flanqueaban sendos muros que se extendían hacia arriba. Un estanque turbio de sombras bailaba en la periferia de su visión. A medida que sus ojos iban acostumbrándose, pudo ver que las paredes eran en realidad estanterías que se proyectaban en forma de laberinto. Desesperada, llevó la mano al reloj e hizo girar la corona de nuevo. Tenía las palmas de las manos sudadas. Retrocedió un paso y notó que pisaba el borde del umbral. También una sacudida en la espalda, como si alguien le hubiera atado una cuerda a la cintura, y algo tiró de ella hacia arriba hasta que sus pies tocaron el suelo por segunda vez.

Mantuvo los ojos cerrados, temerosa de abrirlos y enfrentarse a lo que tuviera delante. El silencio había desaparecido, barrido con la misma rapidez con que había llegado, y en su lugar oyó el crujido de las hojas caídas llevadas por el viento, como un susurro, un clic metálico y…

—Veo que no se te da demasiado bien seguir las instrucciones.

Amelia abrió los ojos de golpe.

Se encontraba parada en el cementerio. El cielo estaba nublado, pero mostraba la luminosidad de la mañana. Tenía la tumba de su tío ante sí. A su izquierda, Moira Donnelly expulsó una larga columna de humo hacia el aire con los ojos puestos en su propio reloj.

—Tendremos que trabajar en eso —dijo, bajando el brazo y clavando los ojos oscuros en la muchacha.

Amelia dejó escapar el aliento ruidoso y desesperado que llevaba conteniendo desde el instante en el que había caído por el precipicio. ¿Cuánto había pasado desde entonces? ¿Horas? ¿Segundos? No estaba segura. Todo era igual que esa mañana. Tenía los zapatos empapados de pisar la hierba húmeda, las gotas de lluvia le golpeaban la cara, la tumba estaba abierta y en ella aún se veía el ataúd.

—¿Q-qué está pasando? —preguntó, mirando desesperada a Moira.

Una sonrisa asomó por las comisuras de los labios rojos de la mujer.

—Cuéntamelo tú.

Amelia intentó inspirar, pero cada vez que lo hacía el aire se le quedaba atravesado en la garganta.

—No lo entiendo. ¿Esto es…? ¿Eres…? ¿Qué hora es?

Moira le dio una calada al cigarrillo antes de contestar.

—Las ocho y treinta segundos de la mañana, más o menos.

A Amelia se le salieron los ojos de las órbitas.

—Pero si… si hace un momento…

—Te dije que no le dieras cuerda.

—Ya lo sé. Pero estaba en el pasillo, y entonces entré en la clase… —Hizo una pausa para respirar—. Y entonces… —Se interrumpió.

Moira enarcó las cejas.

—Y entonces…

Amelia sacudió la cabeza; se había quedado sin palabras.

—No lo sé.

Todo estaba borroso. La caída, los gritos, el abismo.

La mujer tiró la colilla al suelo y estiró el brazo hacia su muñeca.

—Bueno, supongo que será mejor que te llevemos de vuelta.

—¿De qué estás hablando?

—De vuelta al tiempo correcto. —Había comenzado a manipular la corona del reloj—. Cuando salgas de aquí, dale cuerda de nuevo y se abrirá una puerta que te llevará de regreso a la clase. Eso debería funcionar.

Amelia intentó apartar el brazo y Moira le dio una palmada fuerte en la muñeca.

—Pero pensaba… ¿No vas a llevártelo?

—Me temo que es un poco tarde para eso. Ya hablaremos luego. —Se oyó un chasquido cuando Moira devolvió la corona a su sitio—. En marcha, pues —la animó.

—Pero es que… ¿cómo?

—Cualquier tranco servirá. De una puerta, una verja o… —Moira se interrumpió y paseó la mirada por el cementerio desierto—. Ahí va otro poema, a ver si te sirve para deducirlo. De Walt Whitman. «Me adentro en tus terrenos soberanos, sombríos, ilimitados… Así en tus umbrales…».

En ese estado de confusión, Amelia tardó unos instantes en recuperar el poema en su cabeza. Moira había desordenado los versos, pero Walt Whitman era uno de sus autores favoritos.

—«… también la muerte» —remató.

Moira le dedicó una sonrisa amplia, gatuna.

—En muchas religiones, las tumbas también son umbrales, querida. Portales a un mundo que yace dentro del nuestro, pero más allá.

Amelia emitió un pequeño gemido.

—No lo comprendo.

—Ten cuidado con la cabeza —le dijo Moira.

Y, con una mano, empujó a Amelia, que cayó de espaldas hacia la tumba abierta.

Al desaparecer la niña de su vista, la mujer dejó escapar un suspiro. Aquello podía resultar más complicado de lo que esperaba. Se tomó su tiempo en llegar al destino siguiente. En el aparcamiento, sacudió el paraguas y se quitó la lluvia del abrigo. Su coche, un Cadillac de color rojo brillante con la capota negra, era una de las muchas cosas con las que se mostraba estricta, y no quería mojarlo. Tener coche era un símbolo de estatus en una ciudad como Boston. Mantenerlo así de limpio y cuidado era otro.

Por encima de todo, Moira deseaba que nadie pusiera en duda sus aptitudes. Era por completo autosuficiente. Tenía su propio dinero, su propio apartamento. Una carrera en el Departamento de Estado que podía competir con la de muchos hombres. Se había ganado el puesto, pero era consciente de que muchos colegas seguían viéndola como la misma secretaria sonriente, recatada y obediente que fue diez años atrás, cuando comenzó a trabajar para Jack Dillinger. En ese momento tenía el antiguo trabajo de Jack, y algunos de esos hombres eran sus subordinados. La respetaban como jefa, pero eso no implicaba que no estuvieran ojo avizor a la espera de algún descuido.

Así que Moira se aseguraba de no vacilar nunca. Ellos buscaban obediencia, así que les daba tozudez. Deseaban recato y les daba astucia. Esperaban sonrisas y les daba una sinceridad fría e impasible. Era alguien que no necesitaba que le abrieran la puerta

del coche, y que más bien le arrancaría la mano de un mordisco a quien manchara con sus huellas el acabado del vehículo. Se aseguraba a diario de que su apariencia fuera inmaculada. Mantenía el cabello moreno corto, justo por debajo de la barbilla, y evitaba los vestidos claros que lucían las esposas de los hombres con los que trabajaba. En su lugar, se ponía pantalones o faldas de tubo ceñidas a la cintura, zapatos de tacón puntiagudos y jerséis de cuello alto en colores oscuros. Y nunca, bajo ninguna circunstancia, iba a trabajar sin ponerse delineador de ojos gris oscuro o sin rizarse las pestañas con precisión absoluta.

Esa mañana no iba a ver a ninguno de sus colegas, pero siguió representando el mismo papel al sentarse frente al edificio administrativo de la Academia Pembroke. Se fumó otro cigarrillo mientras esperaba, apoyando el codo sobre la ventanilla abierta. Aún era temprano. Desde su asiento podía entrever el despacho donde Amelia Duquesne se reuniría con el director en unas horas. Resultaba que la única persona con una importancia real en la vida de Amelia después de la muerte de Ernest era ese hombre, el encargado de decidir lo que se debía hacer con la pequeña y triste huérfana.

Moira lo vio entrar en su aparcamiento algunas plazas más allá. Era un hombre calvo y grande, al final de la cincuentena, vestido de *tweed* con parches en los codos. Se bajó del coche con una pila de portafolios en la mano y una cartera de cuero colgada del brazo. Al cerrar la puerta, la correa de la cartera se le deslizó hasta el hueco del codo y, en su intento por devolverla a su lugar, soltó los documentos, que salieron volando en todas direcciones. El viento los

atrapó y los arrastró por el aparcamiento. El hombre maldijo en voz alta, dejó caer la cartera al suelo y corrió tras ellos.

Esa era su oportunidad. Moira dio una última calada, tiró el cigarrillo con un movimiento seco y comenzó a manipular la corona del reloj. Medio cuarto de giro y el Tiempo retrocedió con un estremecimiento. Los documentos saltaron del suelo para regresar a los brazos del director. La cartera se fijó a su hombro, como debía. Moira apretó la corona y salió del coche en el momento en el que el hombre hacía lo propio.

—¿Director Hodgkins? —preguntó, y sus tacones resonaron con fuerza contra la acera mientras se acercaba a él.

El director levantó la vista. La cartera se deslizó. Él intentó sujetarla. Pero, en esa ocasión, Moira agarró las carpetas de sus manos antes de que se le cayeran.

—Deje que lo ayude con eso —dijo.

Moira mantuvo el contacto visual, se permitió una breve pausa para que él pudiera examinarla mientras observaba su expresión. Para ella formaba parte de la estrategia, pero también era una forma de entretenimiento. Sus reacciones le indicarían todo lo que necesitaba saber acerca del resultado de esa conversación. Al cabo de un instante, se pasó los documentos bajo el brazo y le ofreció la mano.

—Lamento asaltarlo de esta manera. Me llamo Moira Donnelly.

El director Hodgkins se sobresaltó como un pájaro asustado e hizo un esfuerzo por estrecharle la mano con propiedad.

—¿Cómo está? Me presentaría, pero…, bueno, parece que se me ha adelantado usted.

Moira sonrió para sí. La escena se desarrolló con fluidez. Dos personajes de una película que se encontraban por primera vez. Le mintió al decirle que había llamado a su despacho, pero que no habían contestado al teléfono. Él hizo una broma sobre la incompetencia de su secretaria, y Moira fingió que le parecía graciosa. Dio todos los rodeos posibles, elogió la escuela y alabó su reputación. Todo ello sin interrumpir el contacto visual un solo instante. Cuando al fin fue al grano, ya había recopilado toda la información necesaria sobre el hombre. Moira le caía bien. Se había dejado engañar por su falsa amabilidad. Y, lo más importante, se sentía atraído por ella. Lo supo por la manera en que había recogido la mano izquierda para apartarla de su vista y ocultar el anillo de casado, y porque se inclinaba ligeramente hacia delante cuando ella hablaba, ensimismado en cada una de las palabras que salían de sus labios pintados con meticulosidad.

La conversación iría al dedillo.

Amelia cayó de espaldas, los ojos cerrados, en medio de un lugar oscuro y silencioso. Se puso en pie como pudo, jadeando, y buscó con expresión salvaje la supuesta puerta de la que le había hablado Moira. Tenía el pasillo estrecho ante ella, y las paredes que lo flanqueaban se elevaban muy por encima de su cabeza. En su estado de pánico, se dio cuenta de que esas paredes eran en realidad estanterías repletas de viejos libros encuadernados en piel. Estuvo a punto de dejar de investigar al oír unos pasos en algún lugar fuera de su línea de visión. Frenética, hizo girar la corona del

reloj y corrió hacia la puerta que apareció ante sus ojos; giró el pomo sin pensárselo dos veces.

Cayó hacia el otro lado con un grito, sujeta con fuerza a los laterales del marco con ambas manos. Le temblaba el cuerpo y se negó a abrir los ojos, temerosa de haber acabado en otro lugar. Sus oídos apenas registraron el sonido de las risitas que surgían de la habitación hasta que el señor Markham la llamó por su nombre:

—¿Señorita Duquesne? —le preguntó, no con severidad, sino preocupado—. ¿Se encuentra bien?

Amelia levantó la vista hacia él, haciendo un esfuerzo por situarse. Escudriñó la clase. Los rostros burlones de sus compañeras. Les echó un vistazo a sus pies y reconoció las baldosas sobre las que estaban parados. Entonces, a regañadientes, miró por encima del hombro, pensando que se encontraría con el sitio oscuro lleno de estanterías, pero en su lugar vio el pasillo y el banco solitario. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Señorita Duquesne? —repitió el maestro—. ¿Quiere que llame a la enfermera?

—No —contestó Amelia, sin aliento—. No, estoy bien.

Se escabulló en busca de su sitio y se desplomó sobre la silla mientras el señor Markham se dirigía al frente de la clase para anunciar los deberes para el día siguiente. Bajó la vista hacia el reloj que seguía rodeando su muñeca. Las manecillas ya no retrocedían. Se dijo a sí misma que debía de haber sido un sueño. Se habría quedado dormida en el pasillo. Quizá se había dirigido sonámbula a la puerta, su cuerpo había seguido reaccionando mientras su mente huía de la realidad. Ya le había pasado antes. Después de la muerte de su madre había sufrido una fase de sonambulismo que le duró

meses. El tío Ernest se la había encontrado muchas veces parada junto a la puerta de entrada de la casa, los ojos entornados que se desplazaban con rapidez por debajo de los párpados. Cada vez que la despertaba, ella se ponía a hablar en voz baja y de forma acelerada en el pasillo estrecho y umbrío que había recorrido, no muy diferente al que acababa de ver, siguiendo la imagen desleída de su madre.

Podría haberse convencido de que todo había sido un sueño. Hasta que Moira Donnelly volvió a hacer acto de presencia, parada delante del comedor a la hora de la comida. La muchacha, en un primer momento, intentó ignorarla.

—Amelia —le dijo la mujer en voz alta, llamando la atención de las personas que las rodeaban—. Ven aquí, por favor.

Ella se quedó rígida, abrazando los libros con fuerza mientras intentaba decidir si debía o no hacerle caso.

—Si no vienes ahora, tendré que volver más tarde —le dijo Moira sin tapujos—. Es difícil pasar desapercibida con un pelo como ese.

Amelia resopló, indignada, y se acercó con paso pesado y desdeñoso.

—¿Qué quieres?

—Te dije que hablaríamos luego.

—Pues habla.

Moira frunció el ceño.

—¿Siempre eres así de grosera o me estás ofreciendo un tratamiento especial? —Sacó del bolso las llaves del coche y las sostuvo en alto—. ¿Qué me dices de ir a comer?

—¿Qué?

—Para que podamos hablar. Hay un lugar no muy lejos donde hacen unos sándwiches de pastrami excelentes.

—No pienso ir a ningún sitio contigo. Además, luego tengo clase.

—No, no es cierto. Después de comer tienes una hora libre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Amelia, molesta.

—Le he pedido tu horario al director.

—¿Y te lo ha dado?

—No de primeras. Pero luego le he contado que soy una prima lejana, que he venido en avión desde Londres para cuidar de ti ahora que tu tío ha muerto, y entonces me lo ha dado.

—Tú no eres prima mía.

—No, claro que no. Sin embargo, soy tu única opción. Antes de mi visita, ese director tuyo estaba dispuesto a llamar a Servicios Sociales para que vinieran a recogerte y te llevaran a un hogar social. Así que en realidad deberías darme las gracias. Ahora vamos. Si no quieres ir a comer, te llevo a casa. Prepararé un poco de café y podremos hablar.

—¿A casa? —repitió Amelia, exasperada.

—La casa de tu tío. Está a solo una hora de aquí, ¿verdad?

Amelia comenzó a protestar de nuevo y Moira la interrumpió con un movimiento de la mano.

—No te preocupes por las clases de mañana. He hablado con el director y hemos acordado que es mejor que te tomes unos días de descanso. Para que pases el luto. Ahora vamos.

Tozuda, Amelia cruzó los brazos.

—Me has tirado a una tumba.

—Y tú no me hiciste caso. No habría tenido que hacerlo si no le hubieras dado cuerda al reloj.

—Entonces…, ¿ha pasado de verdad? —preguntó la chica, dejándose llevar por la curiosidad.

—En gran medida.

Amelia se quedó mirándola.

—Hay muchas cosas que explicar —dijo Moira, volviéndose para encarar la acera—. Pero lo primero que deberías saber es que tu tío no fue ningún comunista.

Entre la confusión que seguía traqueteando en su cabeza, el alivio llegó como el rayo de sol que atraviesa las nubes.

—¿No?

—No. Pero sí que lo asesinó uno de ellos.

Cuando llegaron a la casa había comenzado a llover otra vez. Moira aparcó junto al bordillo y agachó la cabeza para ver mejor por la ventanilla del acompañante y examinar cada ventana y cada gablete. A su lado, Amelia seguía enfurruñada. La conmoción de la niña se había prolongado el tiempo suficiente para que Moira se la llevara arrastrando los pies hasta su dormitorio, pero la actitud rebelde había resurgido en cuanto intentó ayudarla a hacer la maleta. Amelia había declarado que no necesitaba ninguna ayuda y se había puesto a meter chaquetas de punto y camisas arrugadas al azar. El único objeto con el que pareció mostrar un mínimo de cuidado fue la pila de libros de poesía que sacó del estante que había encima del escritorio; viejos ejemplares gastados de Whitman, Yeats y Byron que se pegó al pecho, sosteniéndolos con ambos brazos.

De camino a la casa, Amelia había mantenido un silencio agresivo pese a las muchas preguntas que debía de tener. La muchacha se

mostraba más terca de lo que Moira había previsto. Deseaba obtener respuestas, pero no quería que fuera ella quien se las proporcionara.

—¿Entramos? —le preguntó.

Sin decir palabra, Amelia se bajó del coche y cerró de un portazo. Moira puso los ojos en blanco y la siguió, pero antes se detuvo a sacar del asiento trasero la maleta con su ropa. Al llegar al porche, se encontró a Amelia mirando fijamente la puerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Que no tengo llave —farfulló la chica.

Moira sacó un juego de llaves del bolsillo, y esbozó una sonrisa triunfal al ver que Amelia le dirigía una mirada de incredulidad. Dentro, todas las cortinas estaban echadas; un manto oscuro de aflicción amortajaba el lugar. Moira encendió las luces del vestíbulo e inspeccionó la entrada. La casa era tal y como esperaba: antigua, pero bien cuidada. Pulcra, pero abarrotada de estantería tras estantería de libros.

—Qué… cargada está. ¿Nunca abrís las ventanas?

—La humedad es mala para los libros —recitó Amelia, que nunca había sonado tanto como Ernest—. Les sale moho.

Moira se dirigió hacia la cocina.

—Al menos abre las cortinas, ¿no? No me extraña que estés tan pálida. —En la cocina se comportó como si estuviera en su casa: llenó la tetera de agua y la puso en el fogón—. ¿Café? —preguntó.

—¿Qué? No. ¿No piensas contarme lo que pasa?

—Ah, que ya vuelves a dirigirme la palabra…

—Dijiste que íbamos a hablar.

—Y lo haremos. Tomando café —le prometió Moira, levantando la tetera para que la viera.

—Se supone que no puedo tomar café —dijo Amelia, desafiante—. El tío Ernest no me deja.

—No te lo está ofreciendo él, sino yo —señaló Moira. Siguió una pausa—. Puedo hacerte un té, si lo prefieres, aunque por mí mejor que no. Odio el té.

Amelia exhaló, molesta.

—Un café está bien.

Moira le sonrió.

—Siéntate.

Amelia se sentó a la mesa y Moira se dedicó a trastear con la tetera. Mientras hervía el agua, investigó en los armarios, que estaban casi vacíos. La leche de la nevera se había cortado. Tendría que salir a hacer compras. Y pronto. Esa constatación vino acompañada de la primera duda sobre la situación que había orquestado. ¿Qué comían los adolescentes? La propia Moira subsistía con una dieta de café, cigarrillos y sándwiches fríos, pero los adolescentes necesitaban alimentos de verdad. Tres comidas completas al día. Leche fresca. Verduras. Notó la mirada de Amelia, procedente de la mesa, mientras servía café instantáneo en dos tazas. ¿Podían las chicas de quince años beber café?

Moira puso la misma cantidad de agua en las dos tazas y dejó una encima de la mesa.

—Tendremos que tomarlo solo. Parece que la leche se ha puesto mala.

Amelia se limitó a asentir con la cabeza.

Moira no se sentó a la mesa, sino que se apoyó contra la encimera con la taza entre las manos. Había llegado la hora de las explicaciones. Intuyó que Amelia esperaba que ella rompiera el hielo,

así que se tomó unos instantes de más para poner en orden sus ideas antes de proceder.

—Lo primero es lo primero —comenzó a decir—. Esto no ha sido idea mía. No estoy aquí para amargarte la vida, así que prescindamos de esa actitud, ¿vale?

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Bueno, ante todo, estoy aquí para cuidar de ti. Para protegerte de las cosas que vamos a comentar dentro de un momento. Y, en segunda instancia, mi departamento me ha enviado para que investigue el asesinato de Ernest.

Al surgir otra vez una mención al asesinato, las defensas que Amelia había levantado con tanto cuidado se vinieron abajo de nuevo. Moira las vio desplomarse con una especie de satisfacción perversa.

—Entonces, ¿lo mataron los rusos? —preguntó la muchacha en voz baja.

—Eso es lo que creemos, sí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? Pensaba que estaba en la capital.

—Cuando diste cuerda al reloj y atravesaste la puerta, te encontraste en un sitio donde no habías estado nunca. Un lugar oscuro, lleno de estanterías con libros y más libros. ¿No?

Amelia asintió con la cabeza y los nudillos de la mano con la que rodeaba la taza se le pusieron blancos.

—Eso se conoce como el espacio-tiempo. A lo largo de la historia, menos de cien personas lo han visto. Y, ahora, tú eres una de ellas.

—¿Qué es?

—Es el lugar donde las ideas conscientes se convierten en recuerdos. Donde los recuerdos de los muertos y los pensamientos

de los vivos se transforman en algo diferente.

—¿En algo diferente?

Moira frunció los labios, pensativa.

—Has dado clases de ciencias, ¿verdad? ¿Conoces la ley de la conservación de la energía?

Amelia asintió con la cabeza.

—La energía no se puede crear ni destruir. Solo transformarse. Pero las ideas no son una forma de energía.

—¿Ah, no? Al pensar mucho durante un buen rato te sientes cansada, ¿verdad? Crear esos pensamientos conscientes te cuesta energía. Así que, después, ¿dónde va esa energía? ¿Dónde van esos pensamientos? Si no se pueden destruir, tienen que acabar en algún lado, ¿no?

—Supongo —contestó Amelia, un poco vacilante.

—Por tanto, si la consciencia es una forma de energía y la energía se transforma, ¿adónde crees que va?

—¿Al espacio-tiempo?

—Exacto. —Moira se acercó a la mesa y se sentó en una silla.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con mi tío?

—Ahhh. Lo primero que debes saber sobre tu tío es que no trabajaba para el Departamento de Estado, sino para la cia.

El rostro de Amelia se las apañó para palidecer aún más.

—Entonces, ¿sí que era un espía?

—No exactamente. Ernest era lo que se conoce como un cronauta. —Moira hizo un gesto hacia el reloj en la muñeca de Amelia—. Coleccionaba recuerdos. Revelaba la verdad acerca de cosas que otros hubieran preferido que se mantuvieran enterradas. Nosotros lo denominamos «cronoexploración».

—Y… los libros de los estantes…

—Son recuerdos. Los cronautas de la antigua Roma comenzaron a almacenarlos de esa manera y, con el paso del tiempo, han ido evolucionando hasta convertirse en lo que son ahora: una biblioteca de la memoria colectiva de la humanidad.

Amelia se frotó las sienes, frunciendo el ceño.

—Pero, si fui a ese lugar…, ¿cómo es posible que acabara otra vez en el cementerio, contigo?

Moira frunció también el ceño, buscando la mejor manera de contestar a esa pregunta. Ella misma no estaba muy segura de comprenderlo.

—El Tiempo se comporta de manera misteriosa. Creo que lo que viviste es una experiencia llamada «desplazamiento temporal».

—¿Como un viaje en el Tiempo?

—No, simplemente te desplazaste a lo largo de tu propio plano temporal. De tus propios recuerdos. No es lo mismo que el viaje en el Tiempo.

Amelia guardó silencio. Seguía procesándolo, atrapada en un punto entre la negación y la confianza. Moira conocía bien ese proceso. Todos los cronautas habían pasado por él, pero Amelia tenía la ventaja de la edad para ayudarla a eliminar las dudas. Su mente era más maleable, estaba más inclinada a creer cosas en apariencia imposibles. Se tranquilizaría con mayor rapidez, las aceptaría con mayor rapidez, las aprendería con mayor rapidez.

La muchacha respiró hondo.

—¿Y los rusos mataron a mi tío allí, en el espacio-tiempo?

—Sí. No es raro que cronautas de ideologías opuestas entren en conflicto. Llevamos décadas ya chocando con los rusos. Ernest era el

jefe del departamento que trabajaba por mejorar esas relaciones.

—Entonces, ¿cómo he acabado yo con el reloj?

—Nos lo mandaron de vuelta. Querían que supiéramos que lo habían matado ellos. La mayoría de los relojes son propiedad del Departamento de Estado, pero el de tu tío era una herencia familiar. Te lo dejó en su testamento, así que te lo mandé por correo.

—Así que… ¿ya sabías que lo tenía? ¿Antes incluso de preguntarme por él?

—Quise ser cortés. No me imaginé que fueras a mentirme.

Amelia había comenzado a negar con la cabeza, enfadada.

—Entonces, todas esas mentiras sobre que era comunista…, todos los rumores sobre que vendía secretos… ¿Por qué dejáis que la gente se los crea?

—Porque el asesinato de un agente gubernamental haría que la gente se preguntara cosas. Y llamaría demasiado la atención sobre unos secretos que intentamos mantener ocultos. La gente no puede enterarse del espacio-tiempo y todas sus implicaciones.

Siguió una pausa. Moira observó a Amelia con detenimiento, animándola en su trayecto hacia la pregunta que debía llegar tarde o temprano.

—Entonces, ¿por qué me lo estás contando a mí?

Moira frunció un poco los labios.

—Aquí es donde se complica la cosa. Verás, el departamento se está enfrentando a una especie de revuelta.

—¿Una revuelta?

—Un movimiento. Hay un grupo de cronautas que está interfiriendo con nuestra labor. Creen que los entes gubernamentales no deberían regular la historia y están intentando trastocar lo que

hacemos. Sus estrategias suelen ser sutiles, pero en los últimos tiempos se han vuelto un poco… un poco más audaces. Nos preocupa la posibilidad de que los rebeldes hayan formado una alianza con los rusos.

—¿Y por qué harían eso? —preguntó Amelia con el ceño fruncido.

—Porque, en este momento, el programa de cronautas de Estados Unidos es el cuerpo gubernamental más amplio e influyente que existe en la regulación del espacio-tiempo. Librarse de nosotros beneficiaría de la misma manera a los rebeldes y a los rusos.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso conmigo.

Moira se inclinó hacia delante y tomó la muñeca de Amelia entre las manos; tiró de ella con suavidad para que el reloj quedara a medio camino entre ambas. La muchacha tenía la mano fría y húmeda.

—Porque Ernest buscaba algo cuando lo mataron. Algo importante. Un libro de recuerdos que los rebeldes han robado y escondido en algún lugar del espacio-tiempo.

—¿Qué tipo de recuerdos?

—Recuerdos peligrosos. Recuerdos que los rebeldes llevan años robándonos. Entre ellos, el de la manera de hacer relojes como este. —Dio dos golpecitos sobre la muñeca de Amelia—. Antes de la guerra, solo unas pocas personas sabían hacer estos relojes. La mayoría eran alemanes. La mayoría, también judíos. Y la mayoría murieron a manos de los nazis. Cuando estos comenzaron a entrar en el espacio-tiempo, al no estar familiarizados con la manera en que funcionaban las cosas, borraron la mayor parte de los recuerdos de los cronautas antes de darse cuenta de que los necesitaban. Los rebeldes robaron hace más de una década el último conjunto de ese

tipo de recuerdos y lo escondieron en un libro de recuerdos perdidos. Creemos que tu tío podría haber encontrado ese libro antes de morir, lo que lo convirtió en un objetivo. Y ahora tú tienes su reloj. Has visto el espacio-tiempo y sabes la verdad. —Moira hizo una pausa para respirar y miró a la chica a los ojos—. El departamento me ha pedido que obtenga tu ayuda para recuperar el libro.

Amelia retiró el brazo de golpe, los ojos muy abiertos.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Por qué no lo hacéis vosotros? ¿No tenéis otros relojes?

—Los teníamos.

—¿Los teníais?

—Los robaron. Es de suponer que fueron los rebeldes. Por esa razón necesitamos el libro, para fabricar más.

Amelia la miró, frunciendo el ceño, y señaló su muñeca.

—¿Qué me dices de tu reloj? Los rebeldes no lo han robado. ¿Por qué no puedes ir tú?

Moira hizo una mueca.

—Ese era el plan, en un primer momento. Pero mi jefe ha dicho que no.

—¿Por qué?

—Los rusos ya me conocen. Tienen perfiles de todos los cronautas y de todas las personas del departamento que podrían ir a por ellos. Pero a ti no te conocen. Mis superiores parecen pensar que tú tendrás más éxito.

Amelia entornó los ojos.

—No puedo. No quiero. Si solo necesitáis un rostro anónimo, ¿por qué no podéis conseguir a otra persona?

Moira dejó escapar un suspiro de decepción. Había supuesto que la muchacha se resistiría, claro que sí. Pero las órdenes de Jack eran muy claras. Si Amelia no cooperaba por voluntad propia, tenían maneras de obligarla. Moira esperaba no tener que llegar a eso. Siempre era más sencillo gestionar a la gente cuando estaba dispuesta a hacer las cosas. Se puso en pie y se dirigió hacia el fregadero, llevándose consigo las dos tazas de café medio vacías.

—Muy bien. Buscaremos a otra persona.

Amelia exhaló ruidosamente.

—¿En serio?

—Sí. No obstante, si no nos ayudas, tendremos que comentar lo que será de ti a partir de ahora. —Moira volcó el contenido de las tazas en el fregadero y se detuvo un instante antes de proseguir—. No es tan sencillo como que digas que no y ya está, me temo. Ahora sabes demasiado sobre unos secretos de Estado de valor inestimable. Es algo con lo que el departamento no hará la vista gorda. Y, por desgracia para ti, explicar tu desaparición sería muy sencillo. Se ha acusado a tu tío de comunista. De traidor. No costaría nada hacer que la gente crea que tú también lo eres. Los rusos son famosos por reclutar a sus agentes cuando son jóvenes.

A sus espaldas, Amelia hizo un ruido como si se estuviera ahogando. Moira no se volvió, se concentró en limpiar los posos de café del fondo de las tazas hasta que quedaron relucientes.

—Te trasladaremos a algún lugar donde podamos tenerte vigilada —prosiguió con voz mecánica mientras se volvía para mirar a Amelia —. Irás a una institución donde cualquier cosa que se te escape pueda ser descartada como una reflexión absurda por parte de una paciente.

Amelia parecía estar a punto de venirse abajo. De convertirse en líquido y derramarse por los tablones de madera del suelo. Siguieron mirándose en el silencio resultante. Para sorpresa de Moira, de repente Amelia endureció la expresión; el miedo dejó paso a la entereza. Se había dado cuenta de que Moira intentaba manipularla, de que intentaba ponerla contra las cuerdas. No es que hubiera sido muy sutil. No obstante, en los ojos de la chica quedaban algunas ascuas de miedo, pues ignoraba cuánto tenía la amenaza de real y cuánto de farol. Por una vez, la mujer dejó que sus propias emociones asomaran un poco. Ella sabía la verdad. Sabía que había muy poco de farol en lo que le había dicho. Arrastrar a una cría a una guerra subsidiaria no había sido idea suya, pero Jack había insistido. Lo tenía decidido desde un principio y la había mandado a ella, la directora del programa de cronautas, para que lo llevara a cabo de una manera u otra.

—¿Y si acepto ayudaros? —preguntó Amelia con voz vacilante.

Moira reconoció la expresión de sus ojos, pues la había visto en el espejo más veces de las que podía recordar. Una chispa, el rechazo a que la menospreciaran, acosaran o coartaran. El deseo de mantener el control sobre su propio destino, al menos hasta donde fuera posible. De repente, todos esos castigos escolares cobraron más sentido. Moira le dirigió una sonrisa sincera.

—Entonces, te convertirás en una cronauta.



3

Algún lugar del espacio-tiempo,

1944

Lisavet Levy dominó el arte de desplazarse por el Tiempo con la misma rapidez con la que un niño aprende a gatear. Habían transcurrido casi seis años desde su llegada al espacio-tiempo, y los había pasado en el París de los años veinte, en Marruecos durante el apogeo del Imperio otomano, en las calles de Roma bajo el mandato de Julio César. Había inspirado los aromas de otros tiempos y lugares, dejando que la llenaran con su esplendor y sus horrores en idéntica medida. Había crecido con los coletazos de imperios abandonados y había madurado entre reyes, reinas y guerras en ambos hemisferios. El pasado palpitaba en su interior como un segundo corazón.

Azrael se había convertido en lo más cercano a un amigo para ella. Cuidaba de Lisavet como haría un padre, la avisaba en caso de que algún cronauta nazi se le acercara y le había enseñado a esconderse en las páginas de los recuerdos. También a caminar por

el Tiempo, apartándose de los aspectos más desagradables de la historia. Gracias a él, ella había aprendido idiomas de otros países —ruso, inglés, francés y árabe—: practicaban las conversaciones que Lisavet oía en los recuerdos hasta que ella dominaba su significado. Las horas se dividían en forma de días y noches de su propia creación. El día lo conformaban las horas que pasaba reviviendo tiempos pasados. De noche se tumbaba en el suelo, entre las estanterías, y se quedaba mirando el remolino de estrellas sobre su cabeza. Había dejado de dormir mucho tiempo atrás, pues ya no representaba una necesidad.

—¿Qué es eso de ahí? —le preguntó una noche a Azrael.

—¿Eso? —Levantó la vista. Igual que los demás muertos, casi nunca miraba las extrañas luces que flotaban en lo alto—. Son ideas vivas. Recuerdos que tienen lugar en este preciso instante.

Lisavet se sintió fascinada por la idea de que estuvieran pasando cosas de verdad. De que tuvieran lugar en ese mismo instante y no en el pasado. Se preguntó cómo sería volver a ver las cosas tal y como eran en realidad, y no reflejadas en un recuerdo ajeno. Cuando salían a caminar por el Tiempo, Azrael la apartaba de cualquier punto demasiado cercano al mundo contemporáneo.

—Es mejor que los dejemos tranquilos —le dijo cuando ella le preguntó por la década de 1940, cuya primera mitad había desaparecido antes de que ella fuera consciente de que había comenzado—. Saber demasiado sobre el rumbo que está tomando el Tiempo antes de que suceda no lleva más que a atormentarse. Al fin y al cabo, no hay actividad más peligrosa que vivir. Más que la muerte. Más que los recuerdos.

Sus palabras tenían para ella un peso mayor que el de cualquier otra persona, viva o muerta, así que Lisavet hizo lo que le sugería pese a la atracción que le generaba saber lo que pudiera estar pasando.

Pero no siempre le hacía caso. Había ciertas órdenes que se negaba a obedecer, por muchas advertencias que él realizara. Azrael se quedaba flotando a su lado cuando ella intervenía para salvar los recuerdos que los cronautas intentaban quemar. Después de ser testigo del borrado de la memoria de su padre, se había acostumbrado a seguir a los cronautas de lejos, escondiéndose a la vuelta de una esquina e imitando los movimientos lentos de los muertos cuando la pillaban. Los veía elegir libros de los estantes y prenderles fuego, y el humo se convertía en un borrón contra el techo estrellado. Los cronautas nunca esperaban a que el volumen se quemara del todo y, en cuanto se marchaban, Lisavet actuaba. Recogía los restos de las páginas chamuscadas y los escondía entre las tapas de lo que había sido el libro de su padre.

—¿Y si descubren lo que estás haciendo? —le preguntó Azrael mientras ella limpiaba el resto de unas páginas cubiertas de hollín y cenizas—. Tendrás una diana en la espalda —dijo con una expresión ansiosa que Lisavet conocía bien: la frente oscura arrugada, las pupilas opacas y dilatadas pese a lo transparente que solía ser el resto de su cuerpo.

—Siempre he llevado una diana en la espalda —le contestó—. Soy judía.

Él comenzó a decir algo, pero ella le chistó y pegó la oreja a las páginas ardientes para captar los susurros de los recuerdos que contenían. Esos recuerdos, los que llevaba consigo en su libro, eran

los que más apreciaba. Muchos de sus dueños eran judíos, igual que ella. Y eran recuerdos cotidianos de momentos de paz que acababan conformando una vida. Una risa infantil. Un paseo con un ser querido al amanecer, agarrados de la mano. Una cena con amigos. Cosas inofensivas, todas ellas, pero que una fuerza externa había considerado amenazadoras. ¿Qué peligros podía contener una vida para que alguien deseara borrarla?

Al principio, Lisavet había querido salvar los recuerdos por una mera cuestión de principios. Pero, con el tiempo, constató que algo extraño pasaba con los recuerdos que visitaba. Estaban… cambiando. Escenas que creía conocer, de repente, le parecían distintas, su esencia se había alterado. A veces se trataba de un cambio sutil. Un nombre mencionado una vez al que se le restaba importancia. Un rostro en la multitud que se borraba, y el espacio a su alrededor se vaciaba, ignorado. Otras veces, los cambios eran más evidentes. Sucesos enteros que desaparecían. Vidas alteradas, recuerdos y líneas temporales manipulados para llenar los huecos que había dejado alguien a quien se había eliminado.

—En eso consiste que te vuelvas un olvidado —le explicó Azrael cuando ella acudió a él, afligida por uno de esos recuerdos perdidos —. La versión del pasado que recordamos suele ser muy diferente de lo que ocurrió en realidad. Acontecimientos, historias, comunidades enteras… todo se ha escrito y borrado docenas de veces. Nadie conoce el volumen de lo que se ha perdido. Nadie sabe cuánta verdad hay en lo que queda.

—¿Nadie? —preguntó Lisavet, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Bueno…, supongo que los cronautas sí recuerdan lo que han borrado. Pero solo aquello que ellos mismos hayan alterado. La imagen de conjunto se ha perdido.

Llegó a reconocer a la mayoría de los cronautas, y sabía cuáles eran responsables de quemar recuerdos y cuáles cumplían con su deber y los salvaban. La mayoría de cronautas con los que se encontraba eran hombres blancos vestidos de uniforme. Los europeos dominaban el espacio-tiempo, pero Azrael le explicó que antes había habido otros: cronautas procedentes de África, Asia y América del Sur que habían conseguido acceder al espacio-tiempo no con relojes, sino a través de oraciones y meditación profunda.

Sin embargo, esa gente había sido eliminada por los imperialistas muchos años antes, y solo quedaban unos pocos que se escondían del resto de cronautas con la misma agitación que Lisavet cuando los veía llegar. Hasta que, un día, Lisavet vio a uno hacer algo inesperado.

Estaba esperando entre las sombras, preparada para salvar otro conjunto de recuerdos, cuando lo vio. El cronauta alemán llevó a cabo la labor de quemar el volumen con la misma eficiente frialdad de sus compañeros. La experiencia le había enseñado que se marcharía con rapidez después de prender fuego al libro, y ella estaba preparada, los músculos en tensión y expectantes. Pero, cuando llegó el momento, otra persona apareció entre las estanterías, y Lisavet retrocedió a trompicones para que no la viera. Se puso en cuclillas y se quedó observando a ese nuevo cronauta.

El hombre, vestido de uniforme, tomó el manojo ardiente entre las manos tal y como habría hecho ella, como si comprendiera, igual que Lisavet, la valía de lo que sujetaba. Llevaba guantes de cuero,

un lujo que le permitió apagar las llamas cuando aún estaban vivas para que sobrevivieran más páginas. Lisavet lo siguió, sorprendida, y vio que transportaba el libro con cuidado por el espacio-tiempo hasta esconderlo en otra estantería, lejos del lugar donde el primer cronauta lo había encontrado.

Cuando dio media vuelta y pasó por delante de su escondite, tan cerca que ella podría haberlo tocado, pudo verle mejor la cara. Era joven, más joven que muchos de los cronautas que conocía, llevaba el pelo rizado y cobrizo tan corto que le pareció inquietante y tenía los ojos del color del mar. Había algo… algo diferente en él. Y no solo porque estuviera salvando recuerdos. Pese al uniforme, desprendía una especie de dulzura. Su cara y sus rasgos eran bondadosos. Lo siguió de lejos, acabó acercándose más de lo recomendable, sin perder la esperanza de que volviera la cabeza otra vez hacia ella para poder verle la cara por segunda vez. Cuando al fin hizo girar la corona del reloj para marcharse, Lisavet se descubrió deseando que no lo hiciera.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Lisavet notó que la presencia astral de Azrael aparecía a su lado. Él le dirigió una mirada peculiar, y una sonrisa irónica le curvó los labios.

—¿Qué? —preguntó ella.

Azrael la examinaba como si fuera la primera vez que reparaba en Lisavet. Durante esos años había crecido. Ya no tenía que levantar tanto la vista para mirarle a los ojos. El camisón desgastado que llevaba desde aquella noche funesta se ceñía en torno a su pecho, y apenas le llegaba por las rodillas. Sus brazos asomaban por las mangas del abrigo de su padre sin necesidad de que se las recogiera.

—¿Qué año es en el mundo exterior, Lisavet? —le preguntó—. ¿Lo sabes?

Ella negó con la cabeza.

La sonrisa de Azrael se volvió más tensa.

—1944. Este mes de noviembre se cumplirán seis años desde que llegaste. Ya tienes dieciséis.

Lisavet reflexionó sobre sus palabras sin prestarles mucha importancia. Se había acostumbrado hacía bastante a la vida en el espacio-tiempo. Aunque seguía apareciendo en sus ensoñaciones, la idea de marcharse ya no ocupaba cada momento de su vida. ¿Cómo podría haber sido así, habiendo visto lo violento que podía llegar a ser el mundo exterior? En él no había manera de saber lo que era real y lo que había sido alterado por los cronautas. No era posible saber qué partes de su ser podían haberse borrado. Sin embargo, hubo algo en la mirada de Azrael cuando le dijo eso que le indicó que su presencia allí era digna de lamento. Que los dieciséis, los años que tenía entonces, eran una edad importante por alguna razón. Y que la confluencia entre que ella estuviera allí y que tuviera dieciséis años era un motivo de preocupación.

Más tarde, cuando llegó la hora en la que solían irse a pasear por el Tiempo, Azrael le puso un libro en las manos, lo abrió en una página concreta y retrocedió un paso. Lisavet se quedó esperando a que le agarrara la mano, tal y como tenía por costumbre. Confiaba en su tutela para mantenerse apartada de los recuerdos que no debía ver. Guerras, ejecuciones, violencia… todo eso se lo evitaba a propósito; siempre escogía con cuidado el lugar y el momento que visitaban.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿No me llevas?

Azrael sacudió la cabeza.

—No. Esto es algo que debes hacer por tu cuenta.

Sin decir nada más, se sumergió entre las sombras y la dejó sola.

Con el ceño fruncido, Lisavet bajó la vista hacia el libro que tenía en las manos. Oyó los susurros que la llamaban desde sus páginas y se aferró a ellos, aceptando la mano que le tendían. La invitación universal a acercarse. A su alrededor se inició el desplazamiento cromático habitual. Lisavet se deslizó entre los pliegues del Tiempo y se encontró parada en un campo abierto. Era de noche. A sus espaldas, una línea de árboles creaba un perfil dentado contra el horizonte, pero frente a ella no había más que una pradera interminable. En la periferia de su visión, las luciérnagas parpadeaban, comunicándose en su silencioso idioma de luces. Sobre su cabeza, el cielo se extendía de un extremo al otro del horizonte, iluminado por la luna llena de la cosecha. El espacio-tiempo tenía estrellas, miles de ellas, arremolinadas como en un cuadro, pero la luna solo existía en los recuerdos. Verla era su parte favorita de los paseos por el Tiempo.

Oyó voces. Unas risas llegaron hasta ella procedentes del otro extremo del prado y una pareja joven dejó atrás los árboles. Se perseguían. La chica tenía la piel muy blanca y, mientras corría, sujetaba con fuerza los bajos del vestido amarillo entre los puños. El chico que la perseguía, de piel marrón y vestido como un pordiosero, la tomó por la cintura cuando se acercaban al centro del prado, y los dos se dejaron caer sobre la hierba. Lisavet se acercó a ellos, intrigada por sus risas entrecortadas.

El chico había tirado de la chica para colocarla debajo de él y rodeaba su mejilla con la mano. Se miraban con ojos brillantes,

hablando su propio idioma de luces. Sus labios se encontraron con timidez, con torpeza, y Lisavet supo que era la primera vez que se atrevían a hacerlo. Tuvo la impresión de que pasarían mucho rato así, besándose los dos bajo la luz de la luna. ¿Era eso lo que Azrael quería que viera? ¿A dos personas besándose en un prado? Entonces, los movimientos del muchacho comenzaron a cambiar. La respiración de la chica se volvió más superficial, su cuerpo se arqueó y retorció bajo el de él mientras lo atraía hacia ella haciendo fuerza con las manos. Sus besos se volvieron más desesperados, envueltos ambos en la pasión. La mano del chico desapareció bajo la falda de ella, que dejó escapar un sonido muy diferente.

Lisavet no podía apartar la mirada. Aquello era amor, o al menos el comienzo del amor. Y era diferente al tipo de amor que ella creía conocer. Había algo mágico en él. Algo vulnerable. Intuía que existía algo más allá de sus acciones. Un precipicio junto al que se paseaban de puntillas, pero por el que no se atrevían a saltar. En sus ojos había una expresión que no había visto nunca, radiante, vehemente. Llena de una luz que ardía e iluminaba con mayor intensidad que la luna.

Lisavet se embarcó en busca de otros recuerdos sobre el amor. Y los encontró. Eran más de los que esperaba y muchos más de los que había previsto. Dos jóvenes que se besaban durante la puesta de sol en la costa. Una chica que bailaba con su marido el día de su boda con ojos resplandecientes. Dos hombres, un músico y su musa, que se lanzaban miradas íntimas entre los actos de una representación. Lisavet ansiaba sentir la caricia de unos labios. Deseaba saber lo que

se siente al tocar a una persona de esa manera y al ser tocada por ella. Quería que la miraran. Que la viera alguien que no fuera un recuerdo.

Se había quedado al fondo de un salón francés, observando a un joven artista pintar el retrato de su amante, cuando sucedió. La muchacha estaba medio desnuda, una sábana se descolgaba perezosa de uno de sus hombros y estaba despeinada. El artista acababa de trazar la delicadísima línea de los labios de ella, y Lisavet se inclinó hacia delante para ver mejor cuando su brazo rozó una copa llena de pinceles. La sensación del cristal frío contra su piel fue tan repentina y extraña que no reparó en ella hasta que un estrépito llenó la estancia. Tanto el artista como el tema de su obra dieron un salto, asustados. El joven dejó escapar una risa ansiosa mientras se dirigía con prisas a recoger los pinceles. Volvió a meterlos en la copa y se disculpó por su torpeza. El momento pasó.

Lisavet se había quedado quieta, demasiado conmocionada para moverse. Miró la copa. La grieta que se extendía por su costado. ¿Había pasado de verdad? ¿Había tocado algo en un recuerdo? Era algo inédito. Por lo general, cuando tocaba algo, el objeto la atravesaba sin provocarle más que un cosquilleo fantasma. Con cuidado, mantuvo la mano flotando por encima de la superficie de la mesa y dejó caer los dedos. En cuanto su piel rozó el acabado lustroso, se le disparó el corazón. Se sacudió, se cayó del recuerdo y regresó al espacio-tiempo.

Varias horas después, cuando Azrael la encontró, seguía pálida por la impresión.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

Ella le explicó lo sucedido; a duras penas lograba creérselo.

Azrael estuvo largo rato sin decir nada, y ese silencio solo consiguió enervarla aún más. Su amigo tenía explicaciones para todo y ella había acabado confiando en que siempre sería así, en su seguridad. Entre los dos decidieron que era mejor que Lisavet no saliera a pasear sola por el Tiempo hasta nuevo aviso.

Esa noche, tumbada en el centro de las hileras de estanterías, ella estiró los brazos ante su cara y los examinó en busca de algún parpadeo. ¿Y si estaba muriéndose? ¿Acaso se daría cuenta de que era así? Al fin y al cabo, su mente ya estaba allí. Casi todos sus recuerdos provenían del propio espacio-tiempo. ¿A qué otro sitio podía ir? Quizá se había muerto mucho tiempo atrás y su cuerpo había quedado abandonado entre las filas de libros mientras su mente seguía paseándose. Quizá estaba atrapada, igual que Azrael, sin su propio libro de recuerdos. Pero la muerte no era lo que más temía, sino la idea de morir sin haber conocido lo que se sentía al estar enamorada.

En el mundo exterior, el Tiempo seguía girando y avanzando.

Fuera del espacio-tiempo, no tardó en llegar el año 1946. Era otoño. Lisavet acababa de cumplir los diecinueve, pero no lo sabía. Llevaba meses sin ver a un cronauta nazi. Su amenaza había abandonado al fin el espacio-tiempo, pero que hubiera menos nazis no quería decir de forma necesaria que se quemaran menos recuerdos. De hecho, aquellos que se quemaban crecían de manera constante gracias, en concreto, a los rusos y los norteamericanos. Lisavet se había vuelto más audaz en sus esfuerzos por salvarlos, y a veces los recogía antes incluso de que el cronauta se hubiera ido.

Había vuelto a pasear por el Tiempo sin Azrael; seguía preocupada, pero los recuerdos la atraían. Dedicaba los días a vagar por el Tiempo como una sombra, bailando en fiestas o festivales, o subiéndose a los tejados de las casas por la noche para empaparse con la visión de la luna llena en lo alto, como si estuviera allí solo para ella. La luna, que tomaba prestada su luz del sol, tal y como ella tomaba prestada la vida de los recuerdos para llenar su propia existencia.

También había comenzado a llevarse cosas de los recuerdos, cuidándose siempre de evitar cualquier objeto que pareciera importante. El primero fue un vestido hecho con una tela de color azul claro que una veraneante había olvidado, y lo usó para reemplazar su propio camisón andrajoso. Al ponérselo pasó a parecer una adulta. Las nuevas curvas de su cuerpo rellenaron la tela; ya no era una niña. También se llevó otras cosas. Un cepillo para el pelo, que le había crecido largo y lacio, como hilo de oro. Un par de zapatos que habían dejado tirados en una pila de escombros frente al local de un zapatero. Unos guantes como los que llevaba el soldado estadounidense, para poder apagar las llamas igual que él. Ese método era muy efectivo, y su libro comenzaba a estar saturado. Su contenido había rasgado el encuadernado; necesitaba una nueva tapa. Comenzó a fijarse con mayor detenimiento en lo que destruían los cronautas, en busca de la mejor opción.

Una noche, cuando seguía de lejos a un cronauta ruso, encontró justo lo que buscaba. El recuerdo que este había elegido era un grueso volumen que pertenecía a alguien de cien años de edad o más. En vez de quemar el libro entero, le quitó la cubierta de piel azul y la arrojó a un lado. Lisavet lo observó encender las páginas,

se fijó en la falta de interés que parecía mostrar por el proceso. Era un soldado que seguía órdenes, a quien no le importaba el resultado de sus acciones. Se fue con rapidez, sin preocuparse por controlar que el proceso llegara a su fin, y Lisavet salió de un salto. «Primero las páginas», se dijo mientras se ponía los guantes. Al volverse para recuperar la cubierta descartada, se frenó al ver a otra persona, un cronauta, que estaba levantándola del suelo.

Lo reconoció al instante. Era el cronauta de pelo cobrizo a quien había visto rescatando recuerdos. Habían pasado dos años desde la última vez. Ya no vestía de uniforme, sino que llevaba una camisa blanca abotonada y unos pantalones de color gris oscuro.

—Hola, ¿qué tal? —le dijo él en voz baja, como si se dirigiera a un animal asustado.

Sus ojos, de color azul marino, parecieron perforarla. Era la primera mirada que le dirigía una persona viva en ocho años. En vez de emocionarse, Lisavet experimentó una vulnerabilidad aterradora. Sintió deseos de correr, pero la curiosidad detuvo sus pies.

—Menuda prisa te has dado en llegar a ese libro —dijo él, impasible ante su silencio—. Me has ganado. —Sonrió. Tenía los dientes rectos y blancos tras unos labios rosados. Había cambiado en esos dos años. Parte de la suavidad de la primera juventud había desaparecido de sus rasgos—. ¿Eres rusa? —le preguntó.

—Alemana —contestó Lisavet al fin, y su voz sonó cautelosa y asustada.

—¿Sabes hablar inglés? —dijo él, encantado—. Lo siento, no quería espantarte. No sabía que había alguien más aquí.

—¿Tú también seguías al ruso?

—Sí. —Hizo una pequeña mueca.

El joven se frotó la nuca y Lisavet se dio cuenta de que le había crecido el pelo. Los rizos cobrizos sueltos le quedaban mejor que el pelo rapado.

—No había visto nunca a otra persona intentando salvar libros —dijo.

—Yo tampoco —coincidió Lisavet, embelesada por el hecho de que estuvieran hablando. Eran dos personas vivas que mantenían una conversación—. Además de ti, quiero decir.

—¿Me habías visto antes?

—Una vez.

Al oír eso, él sonrió lo mismo que frunció el ceño.

—¿Y no me saludaste?

—Bueno, es que… no. No hablo con… —Hizo una pausa al darse cuenta de que no debía decir la palabra «cronauta», aunque sin saber por qué, y acabó optando por—: extraños.

—Bueno, pues solucionemos eso. —Él dio un paso al frente y le tendió la mano—. Me llamo Ernest, Ernest Duquesne.

Lisavet se quedó mirando su mano. Quería estrecharla, pero se encontró con que vacilaba. ¿Y si pasaba a través de ella? Al fin se la dio. Sus palmas se encontraron: una cálida por los guantes y las llamas, la otra fría al tacto. La claridad de la sensación recorrió a Lisavet de arriba abajo.

—Ernest —repitió ella.

—¿Y bien? ¿No piensas decirme cómo te llamas?

Otro acceso de pánico. Llevaba ocho años sin decir su nombre en voz alta, y solo lo había oído en voz de Azrael.

Negó con la cabeza.

—No.

Ernest enarcó las cejas.

—Oh… ¿Por qué no?

—Porque eres un cronauta.

Él se rio al oír eso.

—¿Y tú no?

Lisavet no contestó. Ernest dejó de reírse. Bajó la vista hacia la unión de sus manos y, a continuación, hacia la muñeca izquierda de ella, que sostenía contra el pecho las páginas que había salvado. La soltó, asustado.

—Oh, lo siento, yo… No estás… no estás muerta, ¿verdad?

—¡No! Al menos eso creo.

La expresión de Ernest se volvió más incrédula. Lisavet comenzó a preguntarse si no debería haberle mentido. Algo había cambiado entre ellos, y no tenía la experiencia suficiente interactuando con otros seres humanos para saber de qué se trataba. Retrocedió un paso y señaló la tapa de libro que seguía colgando de la mano de él.

—¿Me la das?

Él bajó la vista, como si hubiera olvidado lo que había allí.

—¿Esto? No es más que una encuadernación vacía.

—Ya lo sé. La necesito.

Él paseó su mirada de color azul entre ella y la cubierta varias veces.

—Solo si tú me das eso —dijo, haciendo un gesto hacia las páginas.

—¿Para qué las quieres?

—Las necesito —contestó, encogiéndose un poco de hombros—. Es un trato justo. Las páginas por la tapa.

Lisavet vaciló.

—¿Vas a quemarlas?

—¿Importa eso?

—Sí.

Ernest entornó los ojos.

—¿Para qué quiere una chica alemana los recuerdos de un norteamericano?

—No sabía que eran de un norteamericano —contestó Lisavet, imitando su lenguaje corporal.

—Entonces, ¿por qué las has salvado?

—Porque son recuerdos.

—¿Y qué?

—Que vale la pena salvarlos.

Por la manera en que reaccionó, Lisavet se dio cuenta de que lo había pillado desprevenido. Ernest dio un paso al frente y ella se aprestó a retroceder, pero él tan solo había querido apoyarse con el brazo sobre la estantería que tenía al lado.

—Bueno, Alemania, supongo que estamos en un punto muerto —dijo.

—Supongo que sí.

—Es una lástima. Y yo que pensaba que Versalles había significado algo…

¿Qué tenía que ver Francia con todo eso? Estaba a punto de preguntárselo cuando, de repente, él se abalanzó sobre ella. Le quitó las páginas de la mano a la velocidad del relámpago. Ella dejó escapar un grito de sorpresa que perforó el espacio-tiempo y resonó en forma de eco. Él salió corriendo. Lisavet intentó seguirlo, pero Ernest le sacó ventaja y desapareció a la vuelta de una esquina. Cuando ella giró también, él ya no estaba. Se había perdido entre las

sombras. Lisavet bajó la vista y se encontró con la cubierta vacía ante los pies. Se agachó a recogerla y examinó la flor estampada en relieve sobre su centro, convencida de que el joven la había dejado caer a propósito. Un trato justo.

Al cabo de unos instantes, Azrael apareció a su lado.

—¿Estás bien? Te he oído gritar.

Ella asintió con la cabeza y él bajó la vista hacia el libro vacío entre sus manos.

—¿De dónde ha salido?

Lisavet se encogió de hombros, sin darle importancia, tal y como había hecho Ernest.

—Se le ha caído a un cronauta estadounidense.

—¿Estadounidense? Ten cuidado con ellos. En la actualidad, parecen estar a punto de entrar en guerra con el mundo entero. Son muy peligrosos.

«Peligrosos», repitió Lisavet para sí. Con el paso de los años, había comenzado a darse cuenta de que Azrael usaba esa palabra para describir todo lo que quedaba fuera del espacio-tiempo. Las ideas, las sensaciones, las emociones, incluso el Tiempo mismo eran peligrosos. Comenzó a preguntarse si eso implicaba en realidad que lo peligroso era vivir. Quizá la única manera de estar a salvo de verdad consistiera en estar muerto.

Ernest Duquesne estaba vivo; se emocionó un poco al pensarlo. Sus pulmones respiraban, igual que los suyos. Su mano era sólida y en ella palpitaba la vida. Sus ojos rebosaban, profundos como el océano, vivos como todas las lunas que se pudieran ver a lo largo de una vida. Si vivir era peligroso, nada representaba un peligro mayor que Ernest.



4

Boston, Massachusetts,

1965

No había ningún manual que enseñara a convertir a una adolescente rebelde en una cronauta. No era tarea sencilla. Por lo general, las personas que trabajaban para el Programa de Exploración Cronológica (pec) eran agentes de la cia seleccionados con minuciosidad que ya habían recibido una amplia formación en otras áreas. Amelia, no obstante, carecía de preparación y parecía decidida a ponerle las cosas tan difíciles como fuera posible. La muchacha se dejó caer en el asiento, suspiró de manera ruidosa y comenzó a moverse, nerviosa, mientras Moira intentaba explicarle el propósito de los cronautas tal y como se lo habían explicado a ella años antes. Los cronautas contemporáneos tenían la responsabilidad de almacenar los recuerdos importantes que habían surgido a lo largo de la historia. Ellos escogían los recuerdos que se debían catalogar y los que no.

—¿Cómo eligen los que son importantes? —preguntó Amelia.

—Históricamente, dependía de su propio criterio —contestó Moira, satisfecha porque la adolescente le prestara atención por una vez—. Pero ahora lo deciden los programas gubernamentales, como el pec.

—El pec. ¿Mi tío trabajaba en él?

Moira inclinó la cabeza a un lado y al otro.

—En un momento dado, después de dejar el ejército. El Programa de Exploración Cronológica, o pec, lo fundó tu abuelo y en 1947 pasó a formar parte del ámbito de la cia. Así fue como Ernest comenzó su carrera.

—¿Y allí fue donde lo conociste?

—Sí. Por entonces yo era solo la secretaria de Jack Dillinger, el jefe, pero, cuando nombraron a Jack director de la cia, me señaló a mí como su sucesora, y designaron a tu tío para liderar un nuevo programa centrado en la diplomacia dentro del espacio-tiempo. Otra rama de la cia llamada Agencia de Diplomacia Cronológica.

—¿La adc?

—No la llamamos así, pero nos estamos desviando del tema.

Moira continuó. Le explicó a Amelia qué aspecto tenía el libro que buscaban: con tapa de piel de color azul oscuro, lo componían páginas desiguales de distintos tonos de amarillo y blanco, y tenía una sola flor de cinco pétalos estampada en el centro. Cuando pasó a explicarle lo que debía hacer si se encontraba a otro cronauta, Amelia comenzó a flaquear, mucho menos dispuesta a escuchar cosas que le daban miedo. Moira intuyó otro episodio de mala disposición y la mandó al piso de arriba.

—Yo solo puedo prepararte hasta cierto punto para lo que te encontrarás allí —le dijo, antes de que saliera de la habitación—. En algún momento tendrás que volver a entrar.

Los días siguientes no fueron mejores. Amelia no daba señales de querer entrar de nuevo en el espacio-tiempo. El silencio era su nueva táctica de combate. Permanecía encerrada en su habitación, salvo cuando Moira la arrastraba al piso de abajo a la hora de las comidas.

Cuando informaba a Jack, le decía que era ella misma quien estaba retrasando las cosas. Necesitaba más tiempo, insistía, para preparar a Amelia para lo que iba a hacer. Como directora del pec, el espacio-tiempo era su dominio, pero Jack seguía siendo su jefe. Las excusas no aguantarían mucho tiempo.

El viernes por la mañana, Moira fue al supermercado y dejó a Amelia sola en el sofá del salón. Era la segunda vez que salía en dos días. Había subestimado lo que podía llegar a comer una chica tan delgada.

—Deberías intentar entrar mientras estoy fuera —le dijo por encima del hombro, antes de cerrar la puerta, convencida de que al volver se encontraría a Amelia en el mismo sitio donde la había dejado.

No obstante, cuando volvió a abrir la puerta, Amelia ya no estaba en el sofá. Moira dejó la bolsa de la compra en la cocina y prestó atención por si oía pasos en el piso de arriba. La casa estaba en completo silencio. La llamó por su nombre. No obtuvo respuesta. Fue a mirar en su habitación. Estaba vacía. Los libros de poesía estaban sobre la cama sin hacer; la mochila, encima de la silla. La mirada de Moira se posó en el cajón de los calcetines, que estaba entreabierto. Al abrirlo vio el reloj, alojado con cuidado entre las medias enrolladas. Abandonado. Moira lo sacó y cerró el cajón con fuerza, frustrada. Ya había tenido mucha paciencia. Había llegado el

momento de tomar medidas más drásticas. Agarró las llaves del coche de la mesa del recibidor y salió a buscar a la chica.

Amelia había ido a la biblioteca, a dos calles de distancia. Necesitaba salir de la casa, que había dejado de considerar su hogar desde que Moira también vivía allí. Una presencia tan femenina y fría en la casa que había pertenecido al tío Ernest representaba una intrusión. Se daba cuenta de todo. Todo lo oía. Incluso cuando Amelia se encontraba en su habitación, tenía la sensación de que Moira estaba también allí, observándola. Era exasperante.

Amelia fue a sentarse en el último piso de la biblioteca, al lado de una ventana que daba al patio y que estaba entreabierta para dejar que circulara el aire, aprovechando que ese sería con seguridad uno de los últimos días cálidos del otoño. La rodeaban pilas de libros de poesía. A la vuelta de la esquina, procedente de una mesa cercana, oyó los susurros de los alumnos de la escuela pública que frecuentaban la biblioteca. Se puso en tensión por instinto. No estarían hablando de ella, ¿verdad? No sabían quién era. Ya no la acosaban con términos como «comunista» o «traidora». En su lugar, un nuevo grupo de palabras sonaba dentro de su cabeza, en un eco que tenía la voz de Moira. «Asesinado». «Víctima». «Objetivo de los rusos». Intentó leer, refugiarse en los poemas como hacía a menudo, pero no lograba concentrarse. Frustrada, se puso en pie y se acercó a la ventana para mirar afuera, llevándose el libro consigo. Cerró los ojos, sintió la brisa en la cara y pensó que ojalá pudiera desconectar su cerebro.

—Si estás buscando paz y tranquilidad, se me ocurre un lugar donde quizá las encuentres.

Amelia abrió los ojos de golpe. A sus espaldas, Moira estaba apoyada en un estante, con un libro en la mano, hojeándolo con aire despreocupado como si hubiera estado allí desde el principio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Amelia con un susurro agudo.

Moira se tomó su tiempo para contestar.

—«No hay fragata como un libro», ¿verdad? —dijo, con un suspiro satisfecho.

Estaba citando un poema de Emily Dickinson, pero Amelia no tenía ganas de participar en el juego y repitió la pregunta a un volumen un poco más alto:

—¿Qué demonios haces aquí?

Moira enarcó una ceja.

—Vaya, vaya… Qué temperamento. Supongo que es verdad lo que dicen sobre las pelirrojas.

Se acercó y se detuvo a su lado, junto a la ventana. Llevaba puesto un vestido negro que recorría el largo de su cuerpo y que dibujaba una línea recta sobre sus clavículas. Ese día no llevaba carmín de color rojo, sino de un tono un poco más oscuro que el malva, lo que prestaba una apariencia más sombría a sus rasgos. Amelia pensó que el conjunto habría sido más apropiado para un entierro.

—No me has dicho que venías para aquí —dijo Moira, con mirada severa.

Amelia no contestó. Cruzó los brazos sobre el libro de poesía y concentró toda su energía en desear que la cabeza de Moira entrara en combustión espontánea.

—Y no llevas el reloj —añadió.

—Me lo he quitado.

—No deberías hacerlo. No es inteligente dejar algo así suelto de esa manera.

—No lo he dejado suelto de ninguna manera —contestó Amelia, indignada—. Lo he puesto en un sitio seguro.

Moira resopló. Se volvió para encararla y levantó algo para mostrárselo a pocos centímetros de la cara. Era el reloj, que colgaba de su correa de cuero negro.

—¿Un sitio tan seguro como el cajón de los calcetines? —se burló.

—¿Has registrado mi habitación?

—Tendrías que haberme dejado una nota —replicó Moira antes de agarrar a Amelia por el brazo y ponerle el reloj en la muñeca.

La sujetó con firmeza, los labios fruncidos en expresión de enfado. Amelia no la había visto nunca enfadada, y la mera idea la puso nerviosa.

—Ha llegado el momento de que te dejes de evasivas, Amelia. Vas a entrar de una manera u otra. Ya le he dado cuerda. No tienes más que caminar.

Le soltó el brazo y retrocedió un paso, expectante.

Amelia paseó una mirada veloz por la biblioteca.

—¿Ahora?

—Sería lo ideal. No te preocupes por ellos, no se enterarán.

—Pero no… no estoy preparada —protestó la muchacha, notando que comenzaban a sudarle las manos.

—No pasa nada por tener miedo —dijo Moira en un tono un poco más suave—. Pero no puedes dejar que el miedo te detenga.

Amelia la fulminó con la mirada.

—Yo no tengo miedo —dijo a un volumen un poco más alto de lo que pretendía. Al otro extremo de la hilera de estanterías, alguien les chistó. Bajó la voz y clavó la vista en el suelo—. Es… es solo que… que él murió dentro. ¿Y si su cuerpo continúa estando allí? ¿Y si lo encuentro? ¿Y si no sirvo para esto?

Siguió una pausa, y Moira le puso una mano en el brazo.

—Puedes hacerlo, Amelia.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces.

—Yo no. Pero Ernest sí. Ya te lo he dicho: te dejó el reloj a ti. Eso tiene que significar algo.

Amelia sacudió la cabeza.

—No sabes qué tenía en la cabeza cuando lo hizo.

Moira dejó escapar un suspiro de exasperación apenas camuflada.

—Entonces, ¿por qué no vas a averiguar lo que tenía en la cabeza?

Amelia la miró, parpadeando.

—¿Qué?

—Si tanto te preocupa que haya cometido un error, ve a buscar sus recuerdos. Tienen que estar en algún lugar del espacio-tiempo. Si los encuentras, te costará mucho menos dar con el libro.

Amelia tragó saliva con dificultad, abriendo mucho los ojos. Paseó la mirada por la sala, consciente de que se habían quedado solas. Los demás se habían marchado.

—Pero… no hay ninguna puerta por la que entrar —dijo.

Moira dejó escapar una risa queda que provocó un escalofrío en Amelia.

—Oh, no te preocupes. No dejaremos que eso nos detenga.

La muchacha apenas tuvo tiempo de registrar la expresión insidiosa en el rostro de Moira antes de que esta la agarrara del brazo y tirara de ella. Notó que sus pies dejaban de estar en contacto con el suelo, notó los brazos de Moira en la cintura y notó que la empujaba por la ventana abierta. El grito que le desgarró la garganta apenas había comenzado a perforar el aire cuando quedó silenciado por completo, reemplazado por el sonido estremecedor de la oscuridad que se cernía sobre ella.

El chillido de Amelia duró apenas un milisegundo antes de que lo engullera la eternidad del espacio-tiempo. Moira se quedó en su sitio, al lado de la ventana, sintiéndose satisfecha pese a saber que no debería. La chica tenía miedo, eso era todo. Y era comprensible. Mentiría si dijera que no sentía compasión por ella. Pero la compasión no ofrecía resultados y, puesto que el resto de los relojes del departamento estaba fuera de su alcance, necesitaban el libro más que nunca. Sin él, el departamento entero quedaba inutilizado, y los rusos podrían reescribir la historia sin oposición.

—Te has pasado un poco, ¿no crees? —dijo una voz grave y masculina a sus espaldas.

Moira no se volvió.

—Hola, Jack —dijo, la vista fija en el punto donde Amelia acababa de desaparecer.

—Hola, Moira. Veo que las cosas están yendo bien.

Sin mirarle, ubicó su posición a tres metros a su espalda, parado junto a la mesa en la que Amelia había apilado los libros. Lo oyó girar uno para echarle un vistazo a la portada.

—Lee poesía —dijo con curiosidad—. Tú también solías hacerlo.

Moira se volvió para encararlo, los brazos cruzados.

—¿Qué haces aquí?

Jack dejó que el libro se cerrara. Siempre vestía el mismo tipo de traje, de color gris y corte moderno. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y hacia un lado; usaba la cantidad suficiente de gomina para que se mantuviera en su sitio, pero sin que llegara a parecer grasiento. Una corbata de color azul marino permanecía fija en su pecho. La cara, afeitada con pulcritud. Se mostraba tan consecuente con su aspecto que se había convertido casi en una caricatura de sí mismo. Igual que ella.

—Me ha llamado Fred para decirme que había visto a la niña salir de la casa mientras tú estabas fuera, así que he venido a asegurarme de que todo fuera bien.

Moira no se lo tragó.

—Pensaba que ibas a mantener las distancias.

Jack levantó las manos en señal de paz.

—Sí, sí. No pienso meter mano, como te prometí. Pero eso no significa que no vaya a involucrarme si surge la necesidad.

—La necesidad no ha surgido. Ha venido a la biblioteca, no se ha ido a la estación de tren.

—Entonces, ¿sabías que venía aquí?

—Sí.

Jack enarcó una ceja y se acercó a ella, que se puso rígida de manera instintiva. Se dio cuenta de que llevaba una carpeta en la mano, pero no preguntó por ella. A Jack le gustaba que sus interlocutores se hicieran preguntas sobre las cosas. Se sentía

importante al ocultarles información. Al obligarlos a preguntar. Moira había dejado de participar en ese juego muchos años atrás.

—Pareces cansado, Jack —le dijo en su lugar—. No hay paz para los malvados, supongo.

—Mira quién habla —contraatacó él.

Pero la respuesta carecía de la malicia habitual, con lo que Moira supo que debía estar exhausto de verdad. Tampoco podía culparlo por ello. Entre esa investigación y el resto de sus responsabilidades como director de la cia, estaba muy presionado. Razón de más para que dejase de molestar y le permitiera ocuparse del tema a ella sola. Claro que él no lo veía de esa manera.

Jack se volvió hacia ella y sostuvo la carpeta en alto.

—Ten. Fotos de todos los cronautas rusos que conocemos. Tal y como solicitaste. El primero de todos es el sospechoso más probable.

Moira hizo ademán de agarrar la carpeta, pero él la apartó, burlón.

—¿Sabes una cosa, Donnelly? Antes eras tú la que me traías documentos a mí. No sé si me gusta este cambio.

—Tú querías el despacho grande, Jack —señaló Moira.

—Claro, claro —dijo él, volviendo a colocar la carpeta a su alcance —. Pero sigo pensando que me habría gustado conservar el reloj.

Moira no contestó. Dada la escasez de relojes que podían acceder al espacio-tiempo, Jack se había visto obligado a renunciar al suyo cuando dejó el pec. El día que se lo entregó seguía siendo uno de los recuerdos más satisfactorios de Moira. Tomó la carpeta de su mano y la abrió. En su interior había una serie de perfiles recién impresos de cronautas rusos. Nombres, direcciones, fechas de nacimiento. Los lugares en los que se les había visto por última vez.

Las fotos estaban sujetas con un clip a la parte superior de cada página. Moira miró la cara del primero, el sospechoso principal. Parecía joven, pero su mirada era hueca y atormentada. Tenía los ojos de alguien que había visto demasiadas cosas demasiado pronto.

—¿Qué te hace pensar que es el asesino? —preguntó.

—Los demás dicen que es el muchacho al que vieron seguir a Ernest. Un niño, no un hombre. Es el único que encaja con esa descripción. Además…, mira cómo se llama.

Moira levantó la fotografía para poder leer el documento que había debajo.

—Anton Stepanov. Así que es…

—Ajá. Anton Vasilyévich Stepanov. El hijo de Vasily Stepanov. Ya sabes que a los rusos les gusta que las cosas queden en familia.

Moira sintió un frío aciago en el pecho. Se había cruzado con Vasily Stepanov una vez, algunos años antes, y la cosa había acabado mal. Para él, al menos. Y allí estaba su hijo, al servicio del kgb, y quizá en busca de un poco de venganza. Miró la fecha de nacimiento, escrita por debajo del nombre del muchacho. Septiembre de 1948. Solo tenía diecisiete años. Un año y ocho meses más que Amelia. Le dirigió una mirada prolongada a la foto antes de cerrar la carpeta.

—Se las mostraré —dijo, deseosa de que Jack se marchara—. Para que sepa con quién debe andar con cuidado.

Él se mordisqueaba el labio, la mirada pensativa y perdida otra vez más allá de la ventana.

—Entonces, está asustada, ¿no?

—No tendríamos este problema si hubieras dejado que yo misma fuera a investigar.

—No empieces, Moira. Ya sabes que no lo voy a permitir.

Ella dejó escapar un suspiro de frustración.

—Entonces tendrás que ser paciente. Ya se dejará convencer, solo necesita un empujón.

—Supongo que sí —murmuró Jack—. Bueno, sigue tirándola por la ventana, entonces. Cueste lo que cueste. Quiero saber qué ruso es responsable de todo este caos para que podamos volarle la tapa de los sesos.

—Antes de que hagas eso tenemos que averiguar a quién pertenecen esos sesos —dijo Moira.

Jack resopló.

—O podríamos pegarles un tiro a todos. Toda esta diplomacia es muy poco propia de Estados Unidos, si quieres saber mi opinión. ¿Crees que alguien se paró alguna vez a asegurarse de que iba a disparar contra el alemán adecuado?

—Estamos intentando evitar una guerra, Jack, no provocarla.

—Ellos han comenzado —dijo él.

Moira le lanzó una mirada, consciente de que ese deseo de atacar a los rusos no se debía a la aflicción o a su interés por Ernest. Jack había perdido mucho en la guerra. A su padre en la Primera. A la mayoría de sus amigos en la Segunda. Como oficial de la Marina, había visto un barco entero lleno con sus hombres arder bajo el fuego enemigo después de que él les diera la orden de que esperaran. Esa experiencia le había dejado una mentalidad de golpear primero y preguntar después que a veces le costaba controlar. Veía el comunismo y a los rusos que lo apoyaban como el siguiente gran enemigo y, por tanto, hacía todo lo posible para detenerlos.

Moira se dirigió a la mesa y comenzó a ordenar los libros de Amelia en una pila pulcra. Rilke. Donne. Blake. Todos ellos hombres, constató. Al levantar la mirada vio que Jack seguía allí parado.

—¿Necesitas algo más?

—James Gravel —contestó el hombre.

Moira dejó de revisar los libros y enderezó la espalda.

—¿Qué le pasa?

—Sigue sin hablar.

—Entonces, manda a Fred tras él.

—Ya lo he intentado —dijo Jack, negando con la cabeza—. Lo hemos probado todo, y el tipo no da el brazo a torcer.

Moira estaba sorprendida, pero solo un poco. Ella había formado parte de esos esfuerzos durante un tiempo. Antes de que Ernest muriera y todo se frenara en seco. James Gravel era tozudo. Inflexible.

—¿Y qué quieres que haga yo? No sé si te has dado cuenta, pero estoy un poco ocupada haciendo de niñera de tu última incorporación como agente.

Jack ignoró la sutil acusación en su tono de voz.

—Ernest y él tenían buena relación, ¿verdad? Hablaban…

—A veces.

Jack hizo chasquear la lengua contra los dientes, un gesto habitual siempre que tramaba algo.

—¿Crees que hablaría con la niña? Quizá se le escape algo si es ella quien le hace las preguntas.

—El objetivo es encontrar el libro —dijo Moira, tajante—. Todo lo demás tiene que ser secundario.

—No. Encontrar el libro es un objetivo. El otro es encontrar los relojes que nos robaron los rebeldes desde el principio y, para hacer eso, tenemos que encontrar a los rebeldes. Si damos con ellos, desmantelaremos su movimiento por completo. Y James Gravel forma parte de ese movimiento.

Moira apretó la mandíbula en gesto de resignación. Se daba cuenta de que Jack estaba decidido.

—De acuerdo. La llevaré a verlo esta misma semana.

Jack sonrió.

—Mañana. Llévala mañana.

—Mañana será.

Él captó la tensión en su tono de voz y soltó una risita.

—Buena chica. —Se volvió para irse, pero antes se detuvo a darle una palmadita en el hombro—. Y hazme el favor de vigilarla un poco más de cerca, ¿sí? No queremos que salga corriendo por su cuenta.

Se fue sin decir nada más y Moira liberó el estremecimiento que había estado reprimiendo desde su llegada.

Amelia estaba aterrorizada. La oscuridad. Las sombras. Era algo inmenso que se extendía hacia arriba y hacia fuera y la envolvía por completo. Desde el momento en el que entró en el espacio-tiempo había tenido la sensación de estar asfixiándose. El silencio era una manta húmeda que hacía presión sobre ella y la sofocaba. Sus ojos recorrieron la hilera de estanterías. Una serie de imágenes del tío Ernest, su rostro ensangrentado e inerte, inundaron su mente. El mundo giraba a su alrededor y se dejó caer al suelo. Creyó oír que alguien se dirigía a ella en un idioma diferente. Una voz de hombre.

Algo le tocó el hombro. Dejó escapar un grito. La persona que estaba a su lado retrocedió asustada, levantando las manos en gesto de rendición. Era un chico alto de mandíbula prominente, pómulos marcados y cejas espesas y regias. Le hablaba en un idioma que ella no comprendía, y fue agachándose hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel.

—Lo… lo siento. Yo no…

Su rostro traslució reconocimiento.

—Ahhh, norteamericana —dijo con mucho acento—. ¿Estás bien?

Amelia no podría haber tenido la garganta más seca.

—Sí. O no. No lo sé. Nunca había hecho esto. No logro distinguir dónde estoy y…

—Eso no es bueno. —Le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse—. Ven conmigo. Te mostraré el camino.

Amelia tomó su mano, consciente de que la suya le temblaba, y dejó que la pusiera en pie. Él le hizo un gesto para que lo siguiera, y ella comenzó a examinarlo desde atrás. Tenía el cabello marrón oscuro, ondulado, y llevaba puesto un abrigo de lana que no le sentaba bien, pues le colgaba suelto sobre el cuerpo. Caminaba con decisión, dando pasos largos y rápidos, en un recorrido en zigzag por el laberinto de estanterías. No tardaron en llegar al centro del lugar, un sendero que atravesaba las hileras de librerías. El joven se detuvo y señaló hacia arriba.

—Mira —le dijo—. Eso te ayudará a respirar.

Amelia inclinó la cabeza hacia atrás. En vez de respirar mejor, estuvo a punto de dejar de hacerlo por completo. Dibujos ondulantes de luz y de color con motas doradas destacaban sobre el fondo de un firmamento interminable. De vez en cuando, unos

pequeños rayos de luz lo atravesaban disparados, como si fueran meteoritos, y desaparecían por sus extremos. Cuanto más lo contemplaba, más se tranquilizaba su pulso y más se relajaban sus nervios.

—¿Mejor? —le preguntó el muchacho, que estaba apoyado contra una estantería con las manos en los bolsillos. Con esa postura parecía más joven. Era posible que sus rasgos duros se debieran antes al hambre que a la edad.

—Mejor. Gracias.

Él asintió con la cabeza.

—A mí me pasó lo mismo.

—¿Cómo te orientas por este lugar?

—Práctica. No es tan difícil como crees. —Hizo un gesto hacia el libro que ella tenía entre las manos, del que se había olvidado por completo—. ¿Has venido a almacenar recuerdos, pues?

—Oh. No, en realidad… ¿Sabes cómo podría encontrar los recuerdos de una persona en concreto? —le preguntó.

El joven se inclinó hacia un lado y se apoyó con el brazo contra una de las estanterías.

—¿De qué persona? —le preguntó.

Amelia estuvo a punto de decírselo, pero se lo pensó mejor y lo estudió con un poco más de detenimiento. Quizá contarle a ese desconocido que hablaba con acento la razón por la que estaba allí fuera una mala idea. Al fin y al cabo, no sabía de dónde procedía. El reloj que llevaba era un Glashütte, como el suyo, pero eso no significaba nada. Pensó en el idioma que había hablado antes y deseó haberle prestado más atención. ¿Y si era uno de los rebeldes

de los que le había hablado Moira? La idea misma hizo que se alejara un poquito de él.

—Da igual —dijo, estrechando el libro de la biblioteca con un poco más de fuerza contra sí.

—¿Estás segura? Aquí cuesta encontrar las cosas. Puedo…

—Lo encontraré —dijo Amelia, interrumpiéndolo—. G-gracias por tu ayuda.

Él le dirigió una mirada de extrañeza y le sonrió.

—De nada. —Señaló la dirección por la que habían llegado—. La sección de Estados Unidos está por ahí. Sea quien sea la persona que buscas, estará en ella. —Asintió con la cabeza mirando el libro que ella tenía entre las manos—. Si aún no se han asimilado, puedes almacenar sus recuerdos ahí.

—¿Asimilado? —preguntó Amelia, pese a sus recelos.

Él soltó una risita.

—La verdad es que no te han contado nada, ¿eh? Los recuerdos aparecen al principio en forma fantasmal hasta que se almacenan.

—Oh…, entonces, ¿cómo puedo…? ¿Tú lo sabes?

—Así. —Tomó la muñeca en la que Amelia no llevaba el reloj, abrió el libro y puso su mano sobre las páginas, con la palma plana, como se hace al realizar un juramento solemne—. Y entonces los recuerdos, mmm… —Se desplazó con torpeza mientras levantaba la otra mano.

Amelia dio un salto al notar la caricia en la mejilla, la calidez de esa mano sobre su piel húmeda. Pasó un segundo, y él dejó caer la mano de golpe.

—Y eso es todo —dijo el muchacho, bajando la vista, avergonzado.

—¿Eso es todo?

—Bueno, están los recuerdos, claro. Que se ven en la cabeza como si fueran una película de cine, pero… en esencia eso es todo. —Se aclaró la garganta—. Buena suerte. Espero que encuentres lo que estás buscando —le dijo.

Amelia asintió con la cabeza mientras se volvía para irse, sintiendo que se le cerraba la garganta a la vez que el silencio volvía a rodearla. Tomó la dirección que él le había indicado, avanzando con pasos lentos y cuidadosos. Vio de reojo que algo se movía y giró sobre sí misma, medio esperando que apareciera un soldado ruso. En su lugar, lo que vio apenas le pareció real. Era una niña que llevaba un vestido de color marrón y la cabeza tapada, con el cuerpo humeante y transparente. Un fantasma que se desplazaba entre las estanterías. La idea de ver al tío Ernest de esa manera hizo que le escocieran los ojos y fue consciente, por primera vez, de que si encontraba sus recuerdos tendría que ver de primera mano el momento de su muerte. No estaba preparada para eso y no sabía si llegaría a estarlo algún día.

Examinó los estantes llenos de libros que tenía ante ella, preguntándose si no podría encontrar el volumen que Moira quería sin tener que ver los recuerdos de su tío. ¿Cómo era la descripción que le había dado? Piel de color azul oscuro con algún tipo de figura en la portada. ¿Por qué no había prestado más atención? Comenzó a pasearse sin rumbo por los pasillos mientras miraba los libros. Por mucho que hubiera recordado la descripción, encontrar un libro concreto en un lugar repleto hasta arriba parecía una labor imposible. En la periferia de su visión iban apareciendo más figuras

fantasmales, pero las ignoró. Estaba tan concentrada en encontrar lo que buscaba que estuvo a punto de chocar contra una de ellas.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó el espectro, cuya sombra brillante se arrastraba por el aire.

Amelia se sobresaltó y giró sobre sus tobillos para enfrentarse a la figura, que llevaba una sotana de color gris hecha de una tela sencilla y ceñida a la cintura. Pensó que era el vestuario de un monje. O quizá de alguien que había sido muy pobre mucho tiempo atrás.

—¿Perdón? —dijo.

—¿Eres una cronauta?

—Oh, mmm. Supongo que sí.

—Un poco joven, ¿no?

Amelia se removió, incómoda, preguntándose si querría que asimilara sus recuerdos.

—¿Quiere… quiere que yo…?

El recuerdo sacudió la mano.

—No, no. Me temo que me queda muy poco por asimilar. Si lo intentamos será una pérdida de tiempo por mi parte y por la tuya.

Amelia frunció el ceño. Si había sido asimilado, ¿por qué seguía allí?

—Te llamas Amelia —dijo el hombre antes de que ella pudiera preguntárselo.

—¿Cómo lo sabe?

—Conocí al cronauta que llevó ese reloj antes que tú.

—¿Conoció a mi tío?

—Lo conozco. O lo conocí. —El monje se inclinó hacia delante con gesto conspirativo, como si fuera a revelarle algún tipo de secreto—.

Por lo general no hablo con cronautas, pero con él hice una excepción.

—Pero está hablando conmigo.

—Me he visto obligado a hacerlo. Has estado a punto de atravesarme.

—Lo siento —dijo Amelia, avergonzada.

—No pasa nada. Tampoco es que fuera a notarlo, ¿verdad?

—Supongo que no. —La chica reflexionó durante un instante. Quizá el hombre supiera dónde tenía que mirar—. Estoy buscando un libro. Azul, con una especie de grabado en la cubierta. Una planta o… quizá una flor.

La figura se quedó mirándola, sin parpadear.

—No sabrá dónde puede estar… —le dio pie Amelia.

—En este momento, no.

—Oh. Bueno. Vale. Gracias de todos modos. —Comenzó a volverse.

—Ese no es el camino correcto —le dijo el recuerdo, y ella se detuvo en seco.

—Pensaba que no sabía dónde está.

—Oh, y no lo sé. Pero ese no es el camino.

—V-vale.

El recuerdo se hizo a un lado y señaló el sentido opuesto.

—Por ahí. Quieres ir por ahí.

Amelia le frunció el ceño.

—¿Y cómo sé que no me está enviando por el camino equivocado?

—Yo no haría eso.

—Claro que no, pero ¿cómo puedo saberlo? Podría estar mintiendo.

Él se acarició la barbilla, pensativo.

—Entiendo lo que quieres decir. —Pensó en ello durante un minuto, la cabeza inclinada—. Estoy muerto, ¿sabes?

—¿Y?

—Pues que… ¿qué ganaría engañándote?

—Supongo que tiene sentido. —Amelia siguió sin moverse.

—Puedes ir por ahí si quieres, a mí no me importa. Pero es el camino equivocado.

Amelia le frunció el ceño. Avanzó unos pasos en la dirección que le había señalado, mirándolo por encima del hombro. Él no se marchó de inmediato. Seguía observándola, sonriendo para sí mismo con algo de tristeza.

—¿Quería algo más? —le preguntó ella.

—Oh, no. Todavía no.

—¿Todavía?

—Luego. Hablamos luego.

—Pues muy bien —dijo Amelia.

Se puso en marcha de nuevo, sacudiendo la cabeza por la extrañeza de la situación. Quizá todos los espectros fueran así hasta cierto punto. Siguió avanzando, sintiéndose menos ansiosa al disponer de un sitio al que dirigirse, por mucho que no tuviera la seguridad de que fuese el camino correcto. Solo cuando tuvo la sensación de haber estado caminando durante varias horas comenzó a preguntarse si el recuerdo no le habría tomado el pelo. A fin de cuentas, allí no había nada más que libros. Ninguno de ellos era de color azul, y de hecho la mayoría ni siquiera tenía tapas de verdad, sino que estaban envueltos en pieles viejas de animales, lo que indicaba que debían de ser muy muy antiguos. Dejó escapar un

suspiro de frustración y miró el reloj; se alarmó al ver que habían pasado casi tres horas desde que entró en el espacio-tiempo. Moira no podría enfadarse si se marchaba en ese momento, ¿verdad?

Lanzó una última mirada a los libros de los estantes, llevó la mano al reloj e hizo girar la corona. Una puerta se materializó en las sombras. Amelia se coló entre las estanterías silenciosas para dirigirse hacia ella, dejando atrás los recuerdos y las estrellas.

El súbito aluvión de sonidos a su alrededor la sacudió hasta la médula. Volvía a estar al lado de la ventana y la brisa fresca del día otoñal se filtraba a sus espaldas. Se le aceleró el pulso, que volvió después a ralentizarse. Tenía la sensación de que su cuerpo no le pertenecía. El mundo entero parecía zumbar a su alrededor. Tardó un rato largo en volver a orientarse. Buscó a Moira con la mirada, pero no estaba por ninguna parte. ¿Se habría ido? Amelia se asomó a varias estanterías, esperando que la mujer se materializara como el recuerdo de uno de los muertos. Pero no fue así.

Volvió a la mesa en la que había estado trabajando y se encontró una pila de tres libros y una carpeta de papel manila esperándola. Sobre esta descansaba una nota:

Amelia:
Unos perfiles de cronautas rusos para que te los mires.
Sobre todo el primero. La cena es a las siete.

M.

PD: Los libros son poemarios de autoras femeninas.
La verdad es que tienes que diversificar tus lecturas.

Amelia dirigió una mueca a la nota, pero primero miró los libros. Elizabeth Barrett Browning. Emma Lazarus. Edna St. Vincent Millay. Se los puso bajo el brazo para llevárselos a casa, dirigió su atención a la carpeta y la abrió.

La primera foto era de un chico demacrado, de rasgos afilados, con el cabello castaño y ondulado.

Anton Stepanov, diecisiete años de edad. «Cronauta. Agente ruso. Asesino».



5

Algún lugar del espacio-tiempo,

1947

En 1947, meses después de su primera conversación, Lisavet comenzó a tener la sensación de que Ernest Duquesne la seguía.

Había pensado que no volvería a verlo durante mucho tiempo, así que, al no dejar de aparecer —presentándose justo antes de que ella intentara rescatar otro conjunto de recuerdos quemados—, comenzó a sospechar.

—¡Deja de seguirme! —le gritó un día, y lo rodeó corriendo para llegar hasta un libro.

—¿Quién dice que te estoy siguiendo? Quizá me limito a hacer mi trabajo.

—¿Y en qué consiste ese trabajo, con exactitud?

—¿Últimamente? Intento evitar que interfieras.

Lisavet soltó una carcajada.

—¿Que interfiera? ¿Y qué me dices de la gente que destruye recuerdos?

—Su trabajo consiste en decidir lo que se conserva y lo que no. Para eso sirven los cronautas.

—Es una estupidez.

—¿Una estupidez?

—Y un error. Y un ejercicio de chovinismo. Y denota una mentalidad imperialista.

—Vaya, tranquilízate un poco, Merriam-Webster. En inglés, por favor.

Lisavet lo fulminó con la mirada y repitió las palabras en alemán a modo de declaración de principios.

Ernest le dirigió una mirada irónica.

—Qué simpática.

Sin quitarle el ojo de encima para asegurarse de que guardara las distancias, sacó el libro del abrigo para archivar las páginas.

—Entonces, ahí guardas todos los recuerdos que has robado, ¿eh? —preguntó él.

—No, aquí guardo los recuerdos que salvo de los cronautas idiotas como tú.

—¿Por qué?

—Porque necesito un lugar donde meterlos.

—No, me refiero a por qué te molestas en salvarlos. ¿A ti qué te importa?

De repente, Lisavet oyó la voz de su padre en la cabeza. Los susurros de los demás recuerdos que llevaba consigo. Todo lo que le quedaba de él. Se metió el libro entre los pliegues del abrigo y se puso en pie.

—¿Acaso importa? —preguntó.

—Más o menos. ¿Y si estás salvando algo peligroso?

—¿Cómo podrían ser peligrosos los recuerdos de una persona muerta?

Ernest se encogió de hombros. Esa sacudida descuidada y exasperante del torso.

—De la misma manera en que pueden serlo los recuerdos de una persona viva. Se manifiestan. Echan raíces. Se convierten en algo más grande.

Lisavet levantó una ceja.

—Guardo los recuerdos porque borrarlos es un error. Sean peligrosos o no.

Comenzó a alejarse. Ernest la siguió.

—Vale, ¿qué me dices de Hitler?

—¿Qué le pasa?

—¿No hubiera sido fantástico que alguien eliminara esos recuerdos antes de que se propagaran? ¿Antes de que los usara para iniciar una guerra y hacer todas esas cosas horribles?

Lisavet lo miró con fijeza. Cuando entró en el espacio-tiempo, nueve años antes, Hitler y los nazis eran poco más que un movimiento político. Sabía que había tenido lugar una guerra, pero Azrael había evitado aposta que se enterase sobre su resultado. Pensó en preguntárselo a Ernest, pero no quiso darle esa satisfacción.

—Entonces, qué, ¿crees que puedes ir borrando todos los aspectos negativos del mundo? ¿Así como así?

—No, todos no. Hay cosas que se propagan demasiado deprisa para poder detenerlas. Algunos acontecimientos tienen un impacto demasiado grande para que podamos alterarlos. Pero otras ideas sí, claro. ¿Por qué no? Aunque no podamos eliminar el acontecimiento

mismo, sí podemos alterar la manera en la que la gente lo recuerda. Para que recuerden la versión correcta.

Lisavet resopló ante su insolencia.

—¿Y quién murió y te dejó a cargo de decidir lo que es correcto y lo que no?

—Mi padre —contestó él al instante.

Ella se dispuso a burlarse de nuevo, pero se detuvo.

—Un momento…, ¿lo dices en serio?

—Tan en serio como un infarto. Que, por cierto, es lo que lo mató.

Lisavet separó los labios, sorprendida.

—Yo también perdí a mi padre —dijo, y las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. La parte de su ser que seguía ansiando algún tipo de conexión no se dejaría silenciar.

—Oh, lo lamento —dijo él, sorprendido—. ¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. Un cronauta eliminó sus recuerdos para que el mundo se olvidara de él. Yo lo vi.

Le tocó a Ernest sorprenderse. Y la sorpresa mutó en preocupación.

—Un momento. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Bastante.

—¿Cuánto es bastante?

Lisavet retrocedió un paso. Su tono era diferente. Volvía a ser tenso. Su urgencia la sobresaltó.

—¿Importa eso?

Él dio un paso al frente, y añadió otro.

—Bueno…, sí. Esto es el espacio-tiempo. Un lugar donde solo existe el Tiempo. Permanecer aquí durante un período tan largo no puede ser bueno.

—Quizá para ti.

—No, escúchame. Sé que comenzamos con mal pie, pero es que no me di cuenta de… —Se acercó aún más, parecía resuelto a tocarla—. Quizá pueda…

—No te acerques —le dijo ella, la voz tensa por el miedo.

—No. Espera. Puedo ayudarte.

—No necesito ayuda —dijo Lisavet, retrocediendo cada vez más por el pasillo.

—Pero no puedes quedarte aquí. No creo que…

Lisavet no quiso esperar a oír lo que él pensaba o dejaba de pensar acerca de su vida. Giró sobre los talones y huyó.

Ernest había comenzado a preguntarse si estaba haciendo lo correcto. Habían pasado cuatro meses desde que le habló a su jefe de la muchacha alemana que había conocido en el espacio-tiempo y que se dedicaba a entrometerse en los asuntos de los demás cronautas. Cuatro meses desde que comenzó a seguirla, a petición del departamento. Querían saber quién era y, lo más importante, para quién trabajaba. Pero, después de su último encuentro, Ernest ya no estaba seguro de que trabajase para alguien. ¿Cómo podría haber sido así cuando al parecer llevaba años sin salir del espacio-tiempo?

Se lo comentó a Jack, que descartó la idea con un gesto de la mano.

—Pamplinas. Tiene que trabajar para alguien. ¿Por qué si no estaría interfiriendo?

—No lo sé. Parece hacerlo a partir de una especie de superioridad moral. Dice que vio a alguien destruir los recuerdos de su padre. Creo que… —Ernest hizo una pausa, frunciendo el ceño con determinación—. Creo que lleva muchísimo tiempo allí.

Jack emitió un tarareo indiferente. Se puso en pie y asomó la cabeza al otro lado de la puerta para pedirle a su secretaria que encargara la comida. La joven anunció su conformidad con otro grito, que sonó estridente y ansioso. Jack siempre estaba cambiando de secretaria. En el escaso tiempo que llevaba siendo director, después de que el departamento pasara a formar parte de la jurisdicción de la cia, que se había formado ese mismo año, ya había tenido al menos tres.

Era una relación complicada la que mantenían Ernest y Jack. Como director del pec, Jack era en teoría el superior de Ernest. Pero este, como hijo del fundador del programa, era el sucesor indiscutible de Jack, pues contaba con el favor tanto de los subordinados de este como de quienes ocupaban puestos más elevados en el escalafón. Ernest era más listo que Jack, caía mejor que Jack y, en su opinión, era mucho más atractivo que Jack. La única razón por la que el puesto no era suyo aún era la edad. Solo tenía catorce años en 1939, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Dos años después falsificó su cartilla militar para alistarse en el ejército. Su madre se puso furiosa con él. Su padre acababa de morir y él se había convertido en el hombre de la casa. La mujer quería que acabara sus estudios, que consiguiera un buen trabajo, que se casara con una chica bonita. Desde que volvió de la guerra había cumplido con todos esos objetivos menos uno. Había acabado la universidad antes de tiempo, con una doble licenciatura en

Historia y Física, y había conseguido un empleo en el viejo departamento de su padre. Pero no se había casado y eso, según descubrió, era lo que más inquietaba a su madre.

—Una esposa te iría de fábula, Ernie —le había regañado ella en su última visita—. Estás demasiado metido dentro de tu propia cabeza. Siempre leyendo poesía, siempre trabajando. Una esposa te ayudaría con eso.

Ernest se la había quitado de encima, como siempre.

—Si estás diciéndome que una esposa interferirá con mi trabajo, será mejor que evite casarme a cualquier precio.

—Solo quiero que no acabes como tu padre, que se entregó demasiado a ese trabajo.

Ernest no contestó. Si había alguien en el mundo a quien deseaba parecerse, ese alguien era su padre. Todo el mundo coincidía en que Gregory Duquesne había sido un gran hombre. Respetado. Reverenciado. Alguien que siempre sabía lo que había que hacer y que dirigió el pec con una constancia inigualable. Ernest se preguntó qué habría hecho su padre en caso de tener que lidiar con el asunto de la chica alemana en vez de Jack.

—Tendrías que conseguirte una secretaria, Ernest —le dijo Jack mientras volvía a su asiento—. Te liberaría un poco de tener que redactar todos esos informes.

—No, ya estoy bien así. No me importan los informes.

—Ya, lo había olvidado —dijo Jack con una sonrisa traviesa—. Te gusta escribir esas descripciones interminables de la chica alemana. Deja que te diga una cosa: la última me dejó casi extasiado. «El cabello largo y dorado. Los ojos grandes de color marrón. Unas piernas desde aquí hasta San Francisco». Parece todo un bombón.

—Yo nunca he escrito eso —protestó Ernest.

—Oh, ya, ha sido mi imaginación, que se ha puesto a rellenar los espacios en blanco. —Comenzó a tirar arriba y abajo la pelota de caucho que guardaba en el escritorio—. ¿Y nunca la has visto abandonar el espacio-tiempo?

—No en el sentido tradicional. Desaparece de vez en cuando, pero no tiene reloj.

—Quizá se encuentre con alguien. Para entregarle los recuerdos.

—Tampoco es eso. Los conserva todos en un libro que lleva consigo.

Jack dejó de tirar la pelota y se inclinó hacia delante.

—¿Un libro? ¿Quieres decir que los lleva encima?

—Sí. Nunca la he visto sin él.

—Bueno, pues ahí tienes la solución. Quítaselo y veamos qué ha estado escondiendo todo este tiempo.

En parte, la idea hizo que se sintiera incómodo.

—No sé… —dijo.

—Bueno, ¿por qué no? La chica podría estar trabajando para Dios sabe quién, comprometiendo quién sabe qué. O le quitas el libro y averiguas a qué está jugando o la sacas a rastras de allí, por mucho que chille y patalee, para que yo pueda interrogarla en persona. Esa siempre ha sido mi opción predilecta.

Ernest le dirigió una mirada severa. Cada vez que a Jack se le presentaban dos opciones, casi siempre optaba por la más violenta.

—No vamos a hacer eso —dijo con firmeza.

—Entonces necesitamos el libro. —Jack enarcó una ceja—. A menos, claro, que prefieras que te saque del caso. Si no estás dispuesto a hacerlo, estaré encantado de encargárselo a otro.

—No —contestó Ernest de inmediato—. Yo me encargaré de todo.

—Perfecto. Ahora ve a por ellos, soldado. —Jack le dirigió un saludo militar en broma y lo despachó.

Ernest se pasó toda esa noche pensando en la chica alemana; estuvo despierto hasta tarde paseándose por el pasillo de su apartamento de Washington D. C. No pudo dormir, preguntándose qué se sentiría al estar atrapado en un lugar como el espacio-tiempo. Él mismo no soportaba pasar más que unas horas allí antes de contraer una jaqueca insoportable y un caso de claustrofobia aguda. El silencio y la quietud, por no hablar de lo reducido del espacio, eran de lo más desquiciantes. ¿Cómo era posible que no se hubiera vuelto loca en esa soledad?

Hasta donde él sabía, la chica podía estar mintiéndole en todo. Podía ser una agente rusa. O una espía alemana de la que se habían olvidado al final de la guerra. Quería creer en esas posibilidades, pero, en lo más hondo de su ser, sabía que no eran ciertas. Ella sería de su misma edad, veintidós años, quizá incluso fuera un poco más joven, con lo que no tenía edad para que la hubieran involucrado en algo así.

Desvelado de tanto pasearse, fue a la cocina a prepararse una taza de café. Se quedó delante del fregadero mientras el café borboteaba sobre el fogón, mirando con expresión vacua la pared de ladrillo que tenía delante. El apartamento en el que se alojaba mientras estaba en Washington era igual que el del resto de los agentes: un edificio antiguo, decorado con muebles sencillos. No había nada lujoso ni sorprendente. Su madre lo había visitado una vez y no regresó más; se había lamentado diciendo que Ernest podía aspirar a algo mejor. Sin duda, contaban con el dinero necesario

para conseguirle un sitio más bonito, le dijo. Si tanto insistía en quedarse en Washington, debería comprarse una casa. Pero Ernest no quería eso. Si los agentes de Brooklyn y de Chicago podían arreglárselas sin esos lujos, él también.

Su familia tenía dinero, sí. Mucho, de hecho. Eran descendientes de unos relojeros suizos que habían hecho una fortuna comerciando con relojes en Europa antes de emigrar a Estados Unidos. Su padre había vendido el negocio al fundar el pec, y Ernest aún echaba de menos el tictac de los relojes en el taller mientras un ejército de relojeros hacía magia para que cobraran vida.

Cuando el café estuvo listo, se sirvió una taza y se sentó a la mesa. No podía quitarse de la cabeza el rostro de la chica, que lo acosaba como un fantasma. Como un recuerdo. Se la imaginó tal y como la había visto más a menudo, desde lejos, en cuclillas, ocupándose de las páginas quemadas con dulzura, los ojos irradiando un brillo amoroso. Ernest no creía que un espía de cualquier nacionalidad fuera a mirar las páginas de esa manera. Para los cronautas que además eran agentes, los recuerdos eran solo una parte de su trabajo. Una pieza más del tablero político en el que se veían obligados a jugar, enfrentándose entre sí. Ella no era como el resto. Había una convicción real en su voz cuando hablaba de los recuerdos que no existiría en caso de que estuviera limitándose a cumplir órdenes.

Una parte de su ser desearía no haberle hablado nunca a Jack de ella. Debería haber esperado. Jack pasaba a la acción demasiado rápido.

—Siempre es mejor ser quien dispara que la persona a la que disparan —decía.

Como soldado, Ernest por lo general tendía a estar de acuerdo con él. El problema era que, en lo referente a la chica alemana, la idea de pegarle un tiro —o, ya que estaba, de que ella le pegara un tiro a él— le provocaba sensaciones extrañas en el estómago.

La siguiente vez que Lisavet vio a Ernest, algo había cambiado. Él la siguió a distancia, tal y como venía haciendo, pero la manera en que la miraba era diferente. La curiosidad había dejado paso a la expresión que ella había visto en los cazadores a lo largo de toda la historia. Estaba siguiendo su rastro. La observaba. Para cazarla. En vez de sentirse aterrorizada, la constatación le provocó rabia. ¿Quién era él para intentar detenerla? Lisavet no era como Ernest; a veces ni siquiera estaba segura de ser humana. Estaba compuesta por todos los recuerdos que había visto, por todas las épocas por las que se había paseado. Ella estaba hecha de océanos y de montañas, de cielos interminables. ¿Y qué era él? Un hombre que se autolimitaba a un solo hilo de la vida. Ella era eones. Años luz. Él era un siglo en tránsito y nada más. ¿Por qué debía temerle?

En vez de huir de él, dejó que se le acercara mientras esperaba a salvar otro conjunto de recuerdos. Lo fulminó con la mirada antes de centrar su atención en el cronauta ruso de mediana edad que tenía ante sí. El hombre se estaba tomando su tiempo, y Lisavet captaba los movimientos de Ernest por el rabillo del ojo. Se aprestaba no a alcanzar los recuerdos ardientes antes de que pudiera hacerlo ella, sino a capturarla. En el momento en el que el cronauta encendió una cerilla y arrancó la tapa del volumen, ella se agazapó y contuvo el aliento, a la espera de que lo soltara.

En cuanto el ruso comenzó a alejarse, ella salió disparada de su escondite al otro lado de una estantería y esprintó. A sus espaldas, Ernest maldijo entre dientes. El sonido de sus pasos hizo que el cronauta ruso se detuviera. Se volvió. La vio venir. Le gritó algo mientras ella recogía el libro en llamas del suelo con una mano enguantada y giraba sobre sus talones para salir corriendo por el pasillo.

Un estallido sonó detrás de ella. Una bala pasó zumbando por encima de su cabeza, tan cerca que sintió el roce del aire contra su pelo.

Otro estallido, y algo grande y sólido la golpeó con fuerza en la espalda. Lisavet cayó al suelo, encima del libro llameante. Algo o, mejor dicho, alguien se desplomó sobre ella. Se volvió, pensando que vería al ruso, pero en su lugar se descubrió atrapada bajo el cuerpo de Ernest, que la aprisionaba con los brazos. Él se llevó una mano al cinturón y sacó una pistola, se incorporó lo suficiente para devolver tres balazos al ruso, que retrocedió y desapareció al otro lado de una puerta.

Lisavet dejó escapar un grito ahogado. Ernest bajó la pistola y volvió a derrumbarse sobre ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, apretando los dientes—. No te ha dado, ¿verdad?

Lisavet sacudió la cabeza, sin poder decir nada.

Ernest estaba pálido, su rostro había perdido todo el color. Rodó para apartarse de ella, un movimiento que pareció requerir de un esfuerzo increíble. Se pegó una mano al costado y, al separarla del cuerpo, vieron que estaba manchada de sangre.

—¡Te ha disparado! —exclamó Lisavet.

—Eso parece. —Él soltó un aliento entrecortado e intentó llevar la mano hacia el reloj.

—¿Qué haces?

—Tengo que volver. —Intentó ponerse en pie, hizo un gesto de dolor y jadeó, y acabó desplomándose otra vez.

—No te muevas o te desangrarás —dijo Lisavet, que comenzó a sentir náuseas.

—Si me quedo aquí me desangraré de todos modos —protestó Ernest, que estiró el brazo hacia la estantería más cercana para intentar apoyarse en ella.

Lisavet posó la vista en los libros que había junto a su mano ensangrentada. Se le ocurrió una idea, sacó uno y se puso a hojearlo.

—Oh, claro. Parece un buen momento para ponerse a leer —dijo Ernest.

Lisavet lo ignoró. Devolvió el libro a su sitio y sacó otro. Esa vez encontró lo que buscaba. Se volvió hacia Ernest, con el volumen en la mano, y se coló bajo su costado ileso para ayudar a que se pusiera en pie. Pesaba mucho. Mantenerlo estable fue un desafío, pero con suerte no tendría que hacerlo durante mucho rato. Dejó caer el libro para que se abriera por la página que necesitaba.

—Agárrate a mí —le dijo.

—¿Qué haces?

—Confía en mí.

Ernest cedió, se soltó del estante y se apoyó con más fuerza sobre el hombro de ella. Lisavet se concentró en los ecos del libro y cerró los ojos.

Se encontraron rodeados de más disparos. La irrupción de ese sonido lejano hizo que los dos se estremecieran. Ernest dejó escapar un gemido angustiado.

—Deja de moverte —le pidió Lisavet, esforzándose por no soltarlo.

—¿Dónde demonios estamos?

Ella no contestó. Examinó la escena en busca de la chica que era la dueña de ese recuerdo. Una enfermera de guerra. La encontró en la entrada a la carpa médica, contemplando la batalla que se libraba en el horizonte mientras los carros le traían a los soldados heridos.

—¿Dónde… estamos? —volvió a preguntar Ernest entre gritos ahogados.

—Dentro de un recuerdo. Necesito que camines. Solo un poco.

—Dentro de… ¿De qué estás hablando?

—Estamos paseando por el Tiempo. Te lo explicaré luego.

Tardaron cinco minutos largos en lograr que Ernest entrara en la carpa. Lisavet tuvo que hacer un esfuerzo para no experimentar una arcada con el hedor a sudor y carne putrefacta. Ernest pareció no tener el mismo problema, y ella recordó que vestía de uniforme la primera vez que lo vio. Quizá ya había vivido cosas parecidas antes. A su alrededor se oía una mezcla sonora compuesta por los gemidos de los heridos y gritos en un idioma extranjero. Ella lo depositó en el suelo, en una esquina, al no saber bien si traspasaría el catre. La idea la hizo dudar. ¿Y si todo pasaba a través de su cuerpo? Lisavet podía tocar las cosas dentro de los recuerdos, pero eso no implicaba que él también tuviera esa capacidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ernest, intuyendo su titubeo.

Lisavet se puso en cuclillas a su lado.

—Estamos en la guerra de independencia de Ucrania, en 1918. Aquí tienen suministros médicos. Vendas. Medicinas. Voy a ocuparme de tu herida.

—¿Lo habías hecho ya?

—No. Hemos venido hasta aquí para poder ver primero cómo lo hacen. —Hizo un gesto hacia el hombre que yacía en una cama a pocos metros, y que gemía con fuerza mientras los médicos limpiaban la sangre de la herida de bala en su pierna. A sus espaldas, una enfermera preparaba aguja e hilo.

—Oh, no —dijo Ernest, y su rostro cobró un enfermizo color verdoso—. No, no, no. No vamos a hacer eso.

Lisavet lo ignoró y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. El lado izquierdo de la prenda estaba ya empapado en sangre.

Ernest la sujetó por la muñeca.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tengo que quitarte la camisa para poder ver la herida.

Él dejó de oponer resistencia y exhibió una mueca de sufrimiento atroz mientras le hacía pasar los brazos por las mangas. Aunque le brillaba la frente de sudor por el esfuerzo de caminar, había comenzado a temblar. Tenía que actuar con rapidez. Examinó el agujero de la bala. No era profundo, pero vio la bala alojada en su interior. Eso representaba un problema. Tendría que extirparla. Se volvió en busca de suministros. Antes de seguir adelante tenía que probar algo sobre Ernest para asegurarse de que no le traspasara. En un estante cercano había un frasco de medicación analgésica y estiró el brazo para agarrarlo.

—¿Puedes sujetarlo? —le preguntó.

Ernest intentó hacer lo que le pedía. Mientras el frasco estuvo en contacto con la mano de ella, pudo tocarlo. Pero, en cuanto Lisavet lo soltó, atravesó los dedos de él y cayó al suelo.

—¿Pero qué…? —farfulló Ernest, confundido.

Lisavet maldijo entre dientes. Tenía que pensar. Se volvió para observar a las enfermeras mientras se aprestaban a extirpar una bala del hombro a otro hombre, evaluando los suministros a los que podría recurrir sin que traspasaran el cuerpo de Ernest. Unas pinzas metálicas que podría usar siempre y cuando no las soltara. No tenía ni idea de qué hacer en términos de desinfección. Los vendajes no funcionarían. Necesitaba algo diferente. Sin pensar lo que hacía, sacudió los brazos para desprenderse del abrigo y se pasó el vestido azul por encima de la cabeza. Por debajo llevaba aún los restos de su camisón de la infancia, desleído y encogido. Se lo quitó también y notó el golpe del aire frío contra la piel. Volvió a ponerse el vestido azul lo más rápido posible y se ató el abrigo alrededor de la cintura. Al volverse, Ernest tenía la vista clavada en el techo, las mejillas sonrosadas pese a la pérdida de sangre.

—¿Qué pasa? —le preguntó, preocupada por la posibilidad de que el dolor hubiera empeorado.

—Que podrías haberme avisado —contestó él, incómodo.

—¿Avisado?

—De que ibas a… Ya sabes… Me habría girado o algo.

Lisavet sonrió. Dadas las circunstancias, su vergüenza parecía absurda. Al cabo de un instante, él también esbozó una sonrisa.

—Celebro que mi incomodidad te parezca graciosa.

Lisavet se puso a rasgar el camisón en tiras alargadas, y extrajo hilos del dobladillo que usar para los puntos.

—¿Para qué es eso?

—Son vendas.

—¿Y por qué no usas las otras? —Ernest hizo un gesto hacia el estante.

Lisavet vaciló. No quiso asustarle contándole que, en ese lugar, todo lo que usara traspasaría su cuerpo.

—Estamos en tiempos de la gripe española. Hay escasez de suministros, y no tengo la seguridad de que no estén reutilizando las vendas.

—Entonces, ¿por qué me has traído hasta aquí? De todas las guerras de la historia, ¿vas tú y eliges la que tiene lugar en medio de una epidemia?

—Fuiste tú quien decidió que te pegaran un tiro en la sección ucraniana —replicó ella.

—¿Que yo decidí que me pegaran un tiro? ¡Esa bala era para ti! ¿A quién se le ocurre salir corriendo a la vista de esa manera?

—Si no me hubieras seguido, no lo habría hecho. —Le dio un trozo de tela que había formado parte del cuello de su camisón hecho una bola—. Ten, muerde esto.

Él le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Por qué?

Ella levantó un par de pinzas como las que la enfermera estaba usando para retirar el proyectil.

—Voy a sacarte la bala.

—Ni hablar.

—¿Quieres morir desangrado? Tengo que coserte la herida y no puedo hacerlo si hay una bala dentro.

A sus espaldas, el hombre de la herida en el brazo comenzó a gritar en el momento más inoportuno.

Ernest se puso más pálido aún.

—Oh, no. De ninguna manera. Estás loca. Ni te me acerques.

Lisavet dejó caer las pinzas y levantó las manos.

—De acuerdo. Muérete, pues. —Comenzó a alejarse.

—¡Espera! —la llamó Ernest, con la voz un tanto ahogada.

Ella se volvió y lo miró a los ojos con una firmeza incontestable. Al cabo de un instante, él se metió la tela en la boca y la mordió, obediente. Lisavet se alejó de él un momento para observar a la enfermera, y se mareó un poco al considerar la realidad de la situación. Ese hombre acababa de recibir un balazo en el vientre. Lo había hecho por ella, y yacía en una carpa médica improvisada en el medio de un campo de batalla ucraniano. Y ella se disponía a intentar realizar el equivalente bélico de una cirugía abdominal imitando las acciones de algunos médicos que tenía cerca. Se trataba de una locura, era consciente de ello. Pero también era algo real, no un recuerdo, y, si metía la pata, la única persona del mundo que sabía de su existencia iba a morir.

Apartó esas ideas de la cabeza mientras se volvía para enfrentar de nuevo a Ernest, que tenía los ojos cerrados y apretaba la tela entre los dientes. En vez de desinfectante, Lisavet sacó un botellín de vodka del estante superior. Había visto a las enfermeras dárselo a los pacientes antes de operarlos. Se bañó las manos en la bebida y se detuvo a mirar la herida en el costado de Ernest.

—Esto quizá te escueza un poco —le advirtió, e inclinó la botella sobre su propia boca.

Escupió el alcohol ardiente sobre la herida con la esperanza de que fuera lo bastante fuerte para acabar con cualquier infección que hubiera allí dentro. Ernest chilló. Lisavet se arrojó contra su pecho para impedir que se hiciera un ovillo.

—¡No te muevas! —le dijo, aterrorizada al ver que la sangre volvía a fluir en libertad—. Y respira hondo. Tienes que mantener el pulso bajo.

Le demostró lo que quería haciendo unas inspiraciones largas y profundas. Ernest manoteaba el suelo en busca de algo a lo que aferrarse. Ella le tomó la mano y se la apretó con fuerza mientras él se esforzaba por recuperar el control y escapar al dolor. Se aferró a su mano como si fuera una cuerda salvavidas. Cuando pareció que Ernest se calmaba, Lisavet le soltó y levantó las pinzas. Trabajó con la mayor rapidez posible, pero el sonido de los gritos agónicos del enfermo hizo que los minutos le parecieran horas. Cuando al fin logró extraer la bala, Lisavet la dejó caer al suelo y profirió un grito ahogado. El proyectil rodó un poco, alejándose de ellos.

—Todo esto por una moneda de diez centavos —dijo Ernest entre alientos profundos y doloridos.

Lisavet soltó una sonrisa de alivio. Lo peor ya había pasado. Ernest no gritó mientras le cosía el costado imitando el patrón de la enfermera. Al acabar, envolvió su abdomen con los vendajes improvisados y se aseguró dos veces de que los puntos estuvieran seguros.

—Pues no ha estado tan mal, Alemania —dijo él con una sonrisa exhausta. Tenía los ojos cerrados, nadaba en el límite de la consciencia.

Ella se mordió el labio.

—Lisavet.

—¿Mmm?

—Es mi nombre. Me llamo Lisavet, Lisavet Levy.

—Lisavet. Qué bonito. ¿Es francés?

—Mi madre era suiza —contestó ella.

Ernest pareció canturrear algo.

—Mi abuelo también. Y Levy… es un apellido judío.

—¿De dónde proviene el nombre de Ernest?

—Oh, ya sabes. Como en *La importancia de llamarse Ernesto*. Mi madre es una gran fan de Oscar Wilde.

—Duerme —le dijo ella con dulzura—. Voy a llevarte a un sitio donde podrás descansar.

—Lisavet… —murmuró él de nuevo.

Su nombre fue lo último que atravesó su mente antes de sumergirse en el sueño.

Ernest se despertó en un lugar que no había visto nunca. Parpadeó varias veces, acostumbrándose a la luz del amanecer que atravesaba la ventana abierta. Sentía una tensión en la caja torácica. Del costado de su cuerpo irradiaba un dolor sordo. Lo aguantó mientras se obligaba a incorporarse con la determinación de un soldado. Después de alcanzar esa meta, realizó una valoración somera de la situación. Los puntos aguantaban firmes, ya no sangraba. Le habían quitado la camisa, y no estaba seguro de lo que había sido de su pistola, pero el reloj seguía pegado a su muñeca, sano y salvo. En vez de una manta, le cubría un gastado abrigo de color marrón. Lo reconoció porque era el que llevaba la muchacha alemana.

«Lisavet», pensó para sí. Todo ese tiempo siguiéndola, intentando recabar información para el departamento, y ni siquiera había sabido su nombre. «Lisavet». Le sentaba bien.

Satisfecho de encontrarse intacto, devolvió su atención a la estancia. Se trataba de una habitación de hotel sencilla pero cómoda. Una cama con dosel. Un canapé de color rosa bajo la ventana. La puerta que daba al balcón estaba entreabierta. Lisavet debía de estar allí. Ernest hizo un esfuerzo por ponerse en pie, haciendo el menor ruido posible y sirviéndose de las paredes, que parecían lo único que podía tocar, para sostenerse. Sujetó el abrigo con una mano y se dirigió cojeando al balcón.

Lisavet no reparó en su presencia de inmediato. Estaba parada con los brazos cruzados sobre la barandilla. Su vestido azul se mecía en la brisa, las mangas manchadas con la sangre de él. El sol del amanecer caía sobre ella en el ángulo perfecto para bañarla en un halo de luz dorada. Ernest no se había dado cuenta hasta entonces de lo largo que llevaba el pelo, que estaba suelto y se derramaba por su espalda rubio como el trigo. De repente, de manera inesperada, se descubrió sobrecogido por completo ante esa visión, incapaz de moverse o de pensar como debía. «Debe de ser por la pérdida de sangre», se dijo a sí mismo. Un instante después, ella volvió la cabeza.

—Oh, estás despierto. —Se pasó una mano por los ojos. ¿Había estado llorando?—. ¿Los puntos están bien?

—Aguantan. —Ernest dio otro laborioso paso para salir al balcón y situarse a su lado—. ¿Dónde estamos? —le preguntó, mirando la calle bajo sus pies.

Recorrió el adoquinado con la mirada de arriba abajo, igual que las callejuelas que lo atravesaban. A lo lejos, en el lado opuesto al que ocupaba el primer sol de la mañana, unas montañas nevadas se erguían como una muralla por encima de la ciudad.

Lisavet se volvió hacia la barandilla.

—En Ginebra.

—¿Suiza?

Ella asintió con la cabeza.

—En 1922.

Claro. Otro recuerdo.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Tampoco es que las secciones de Suiza y Ucrania estuvieran cerca dentro del espacio-tiempo, y no pensaba que la muchacha, que apenas le llegaba por la mitad del pecho en altura, hubiera podido cargar con él inconsciente hasta allí.

—Es uno de los recuerdos de mi padre. Los que tengo en el libro.

Ernest posó la vista en la barandilla. El grueso volumen encuadernado en piel que contenía los recuerdos robados descansaba a unos centímetros del brazo de ella. Por un brevísimo instante recordó que era un agente de Estados Unidos y que sus superiores le habían marcado el objetivo de confiscar ese libro. Estaba allí mismo. No tenía más que estirar el brazo y llevárselo. Pero entonces la brisa apartó el pelo de la cara de Lisavet y Ernest reparó en el rastro de lágrimas que cruzaba sus mejillas. Sí que había estado llorando. Se apoyó sobre la barandilla, usando la esquina para afianzarse.

—¿Y qué recuerdo estamos viendo? —le preguntó con dulzura.

Lisavet señaló la calle. Dos personas estaban sentadas a una mesa al aire libre. Un camarero les servía el café. Con su cabello moreno y gafas, el hombre no se parecía en nada a Lisavet. La mujer, en cambio, era idéntica a ella.

—Es la primera cita de mis padres. Se conocieron ayer, frente a la escuela de relojeros que hay en esta misma calle. Mi madre vive a dos calles de distancia en sentido opuesto. Él la invitó a cenar y bebieron un poco. —La muchacha tragó saliva y Ernest tuvo la sensación de que reprimía nuevas lágrimas—. Se han pasado toda la noche aquí, en esta plaza, y ahora están desayunando juntos.

Ernest bajó la vista hacia esos dos rostros sonrientes, llenos de amor pese a que acababan de conocerse.

—¿Vienes mucho por aquí?

—A veces. Es… el recuerdo más antiguo que guardo de él. Todo lo que pasó antes…, su infancia, su vida previa a este momento…, todo se quemó.

Ernest no supo qué decir. Miró el libro de reojo.

Lisavet comenzó a hablar de nuevo, pero parecía hacerlo más para sí misma que para él.

—Mi padre siempre contaba la historia de su encuentro de una manera diferente. Decía que el vestido de mi madre era de color azul, y que bebieron té. Pero en el recuerdo de verdad ella viste de rojo y se toman un café. Y mi padre solía decir que esa mañana el cielo había estado más hermoso que nunca. Pero lo miro y no es así.

Ernest volvió a fijarse en el amanecer, semioculto por el cabello dorado de Lisavet. «Es hermoso», pensó. Pero ¿pensaría lo mismo si no fuera ella a quien iluminaba el sol? Se sacudió. La verdad era que había perdido mucha sangre.

—Puede que lo fuera —dijo—. El hecho de que tu madre estuviera allí quizá hizo que para él fuese así.

—Pero ese es el problema, ¿no? La gente no recuerda las cosas de la misma manera. ¿Es posible que recordemos algo tal y como sucedió en realidad? El recuerdo, cuando se acaba, nunca es exactamente igual que cuando tuvo lugar. Lo que pasa después altera su significado. Incluso cuando no llegan los cronautas a destruirlo.

—Eso se llama nostalgia —dijo Ernest, ignorando su comentario sobre los cronautas. Ya tenía plena consciencia de lo que ella pensaba de él.

—Se llama recordar mal. No es la verdad.

—¿Y eso te molesta?

—Sí. No quiero limitarme a recordar las cosas. Quiero saber lo que pasó en realidad. Quiero saber lo que se sintió de verdad al estar allí. Y la única manera de hacerlo es viéndolo todo. Todas las versiones que tenga la gente de la realidad. Si no, ¿cómo podría saberlo?

Ernest ponderó sus palabras por un instante.

—¿Por eso te esfuerzas tanto por evitar que los cronautas quemen recuerdos?

—En parte, supongo que sí.

—¿Y qué otra parte hay?

Lisavet puso la mano encima del libro y lo empujó hacia ella; lo abrió para mostrarle algo. Ernest oyó los susurros procedentes de sus páginas. Les llamaban a los dos.

—Cuando comencé a salvar recuerdos, sobre todo quería quitárselos a los nazis. Eso es lo que ocupa la primera mitad del

libro. He paseado por ellos cientos de veces para descubrir la razón por la que alguien querría destruirlos, pero no lo consigo. Casi nada de lo que destruyen los cronautas representa algún peligro. Son pequeños momentos. Conversaciones de nada. Vidas civiles que contradijeron lo que intentaba hacer el partido nazi. Eso me hizo pensar…, si los recuerdos sencillos son tan importantes para que alguien intente destruirlos… quizá malgastarlos sea un error. Quizá se trate de lo más precioso que tenemos. Y, además, ¿qué derecho tiene nadie a decidir lo que debe perdurar?

—La historia la escriben los vencedores —citó Ernest con el volumen justo para que Lisavet lo oyera.

La muchacha se volvió para mirarlo. No estaba enfadada, pero casi.

—Eso lo dices ahora. Pero ¿qué pasará el día que venzan los otros? ¿Y si deciden eliminar los recuerdos de tu padre, tal y como intentaron acabar con los del mío?

—Supongo que no me gustaría.

Lisavet se mordió el labio, sacudió la cabeza.

—Pero es que se trata de eso. Ni siquiera sabrías que ha pasado. Tu vida se reorganizaría en torno a su memoria.

Ernest observó su rostro transfigurado mientras pasaba la mano por las páginas del libro. ¿Cómo podía quitárselo después de aquello? Había dolor en sus ojos, había dolor en cada parte de su ser, y de repente le golpeó el deseo abrumador de estrecharla entre sus brazos. De no ser por el agujero en el costado, quizá lo habría hecho. Lisavet lanzó un suspiro y devolvió su atención a la pareja, que estaba levantándose de la mesa.

—El recuerdo se está acabando —dijo, melancólica, mientras cerraba el libro—. ¿Te sientes con fuerzas para regresar?

Ernest asintió con la cabeza. Ella comenzó a volverse y él la tomó de la mano antes de que acabara de hacerlo. La mirada que le dirigió hizo que le fallaran las piernas.

—Gracias —le dijo— por coserme.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, las comisuras de sus labios apenas se elevaron.

—Gracias a ti por recibir una bala que me correspondía.

Ernest se dio cuenta de que no le había dado las gracias por salvarle la vida. No lo veía de esa manera. Se miraron durante unos instantes y él deseó tener la capacidad de detener el Tiempo, aunque fuera por un momento. Pero los bordes del mundo a su alrededor comenzaban a desvanecerse, se emborronaban camino de las sombras y la oscuridad.

—¿Puedo verte otra vez? —preguntó Ernest a la vez que el último rayo de sol comenzaba a resquebrajarse—. De esta manera, quiero decir.

La mirada de Lisavet pareció iluminarse; fue más bella que nunca.

—Ya sabes dónde encontrarme —contestó.

Sus manos se separaron mientras el recuerdo se desvanecía y Lisavet comenzó a alejarse de él camino de las profundidades del espacio-tiempo. Ernest se quedó quieto, saboreando la sensación fantasma de su tacto hasta mucho después de que ella hubiera desaparecido.



6

Boston, Massachusetts,

1965

Amelia permaneció callada durante toda la cena. Esa noche tocaba sopa, igual que las dos noches anteriores, desde que Moira había aparecido en su vida. Amelia tenía la sensación de que no era una cocinera muy dotada. De haber tenido fuerzas se habría quejado, pero un agotamiento profundo se había posado sobre ella y apenas podía levantar la cuchara para llevársela a la boca y tragar.

—Es normal —dijo Moira después de diez segundos de absoluto silencio entre ambas.

—¿Qué es normal?

—Sentirse confusa después de estar en el espacio-tiempo. Tu consciencia está acostumbrada a experimentar una única realidad temporal y acaba de verse obligada a entrar en otra diferente. Se resuelve después de una noche de sueño.

—Oh —dijo Amelia, hundiendo la cuchara en el cuenco.

—¿Ha ido todo bien ahí dentro? Pareces nerviosa.

—Bueno, quizá se deba a que hoy me han tirado por una ventana.

Moira le dirigió una mirada lenta y volvió a posarla en su cuenco.

—Lo siento. He perdido los estribos. Muchas cosas dependen de que encuentres ese libro y, si no lo conseguimos…

—Sí, sí, el mundo tal y como lo conocemos se hará pedazos. Lo pillo —dijo Amelia abruptamente. No quería excusas, solo deseaba que todo aquello llegara a su fin.

Comieron en silencio durante un rato. Amelia se frotó los brazos para combatir el frío penetrante.

—También es normal sentir frío —le dijo Moira—. Un baño caliente ayuda. Si quieres, puedo prepararte uno después de la cena.

—No, gracias.

—¿Estás segura? La primera vez siempre es…

—¡No necesito que cuides de mí! —espetó Amelia, tirando la cuchara contra el cuenco—. ¡No eres mi madre, así que déjame en paz!

Moira soltó un suspiro exasperado y alejó la silla de la mesa.

—De acuerdo. Como tú quieras. Mañana tenemos que salir un rato a visitar a un colega de tu tío, así que tienes que estar lista a las diez.

—¿Tenemos que salir? ¿Qué colega?

—A las diez —repitió Moira, que agarró el cuenco y lo dejó caer en el fregadero antes de salir de la habitación.

Amelia oyó abrirse y cerrarse la puerta del cuarto de invitados del primer piso. Dejó el cuenco en la mesa, subió a su habitación y cerró de un portazo. Se abrazó el torso, sintiendo que el frío le calaba los huesos. «Un baño estaría bien», pensó a regañadientes. Se metió en la cama sin quitarse la ropa. El dolor cálido de las lágrimas comenzó

a crecer detrás de sus ojos, pero se negó a llorar. Pese a lo cansada que estaba, no pudo dormir. Cada vez que cerraba los ojos, estos se abrían de golpe. Al cabo de una hora, se incorporó y encendió la luz. La casa estaba en silencio. Moira debía de haberse ido a la cama. Amelia sacó de la mochila, que colgaba del pilar de la cama, los tres libros de poesía que la mujer le había dejado. Examinó sus portadas y seleccionó el más grueso, *Aurora Leigh*, de Elizabeth Barrett Browning. Amelia se acomodó de nuevo entre los cojines y estuvo leyendo hasta que su cabeza se tranquilizó. Se quedó dormida con el libro entre las manos.

Durante el trayecto a la ciudad, Moira estuvo fumando muchísimo. Amelia llevó la cuenta, consciente de que era la primera vez que la veía nerviosa.

—Bueno, ¿quién es esa persona? —preguntó.

—Se llama James Gravel. Es cronauta.

—¿También trabaja para el departamento?

Moira expulsó el humo por la ventanilla y tiró la colilla tras él.

—No. No todos los cronautas trabajan para el Gobierno. Hay algunos que actúan de manera independiente, usando relojes que han pasado de una generación a otra.

—Pero ¿mi tío lo conocía? —Amelia notó que Moira ponía los hombros en tensión, que sujetaba el volante del Cadillac con más fuerza.

—Sí. Estaba en contacto con James, igual que con la mayoría de cronautas del país. Una vez intentó reclutarlo, pero… no funcionó.

—¿Por qué no?

Esa vez, Moira tardó un buen rato en contestarle. Hurgó en el bolso y encendió otro cigarrillo mientras dirigía el coche con la rodilla.

—James tiene una ideología diferente en lo que respecta al espacio-tiempo.

Amelia se daba cuenta de que le estaba ocultando algo, pero no encontraba las preguntas adecuadas. Y deseaba de verdad que Moira dejara de fumar. Se recostó en el asiento y miró por la ventanilla. Después de tomar la salida de la autopista, Amelia se sentó un poco más recta. Los edificios en esa parte de Boston no estaban tan bien cuidados. Las puertas tenían la pintura descascarillada. Las aceras estaban agrietadas. A las ventanas les faltaban las persianas, las cortinas o, a veces, el cristal.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

Moira hizo girar el coche por una calle flanqueada por un amontonamiento de casas de piedra rojiza y escaparates.

—En el lado oeste.

Aparcaron delante de una casa de empeños. En las cristaleras había barrotes de hierro de color negro que protegían un alijo de joyas y objetos antiguos, de coleccionista. Moira apagó el coche y Amelia comenzó a quitarse el cinturón de seguridad, pero la mujer no se movió.

—Amelia… Quizá debería avisarte. Tu tío mantuvo una buena relación con James, pero eso no significa que fuera igual con el resto.

—Oh. ¿Y tú?

—No. De hecho, me temo que es más bien lo contrario. Conmigo…, bueno, el departamento cree que James forma parte de

la rebelión de la que te he hablado. Llevo más de un año investigándolo.

Amelia miró la casa de empeños y volvió a fijarse en Moira.

—¿Sabe que venimos?

—No, no lo sabe.

Si toparse con Moira ya era una experiencia desagradable, encontrársela sin ningún tipo de aviso, tal y como le había pasado a ella…, bueno, no le pareció que fuera la decisión más sabia posible. Salieron del coche a la fresca luminosidad del sol de octubre. Moira había dejado de mostrar cualquier asomo de nerviosismo; este había dejado paso a la actitud seca e intimidante a la que Amelia estaba más acostumbrada. Esa mirada que escudriñaba, esa cabeza en alto de una manera casi regia… como exigiendo que se reconociera su autoridad. También se había vestido para representar el papel, con un abrigo largo de color negro y unos tacones afilados como cuchillos. El carmín de tono oscuro, peligroso.

En la escalera de entrada del edificio contiguo había sentados dos ancianos, las rodillas nudosas y matas de pelo canoso, que las miraron. Amelia los identificó de inmediato: eran jubilados metomentodo que se ocupaban de saber con exactitud todo lo que ocurría en el barrio. Sus miradas pasaron por encima de Amelia sin prestarle mucha atención; debió de parecerles que estaba fuera de lugar, pero que no representaba ninguna amenaza. A Moira, en cambio…, la examinaron con minuciosidad. Quedó claro que la reconocían, o que al menos sabían el tipo de persona que era, y podían anticipar los problemas que la acompañaban a kilómetro y medio de distancia.

—Buenos días, caballeros —dijo Moira, dirigiéndose hacia la tienda.

—Los domingos está cerrada —dijo el de menor edad con tono seco—. Vuelva en otro momento.

—Tiene a los chavales en casa —añadió el de mayor edad, como si eso fuera a disuadirla.

Moira frunció los labios.

—No pasa nada. Hemos venido a charlar.

Los dos ancianos se miraron. Amelia siguió a Moira por unos escalones que se hundían en la acera hacia lo que hubiera debajo de la tienda.

—¿Estás segura de que no deberíamos…?

Moira le chistó.

—No te preocupes que nos recibirá.

Llamó a la puerta con fuerza y retrocedió un paso. Al cabo de unos instantes les abrió una mujer que tenía a un niño pequeño en brazos. La cadena seguía puesta y ella se asomó, recelosa, a la rendija.

—¿Sí?

—Tú debes de ser Edith —dijo Moira con voz melosa—. Me llamo Moira Donnelly. He venido a ver a tu marido.

Hubo un chispazo de reconocimiento en los ojos de la mujer.

—¿Os está esperando?

—Me temo que no. Hemos venido a hacerle unas preguntas sobre el asesinato de Ernest Duquesne.

Moira metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una placa. Amelia se sorprendió casi tanto como Edith por su aparición. El niño

que Edith sujetaba comenzó a quejarse y ella lo apartó de su campo de visión.

—Un momento —dijo.

La mujer cerró la puerta, se escuchó el sonido de la cadena cuando la retiró, y volvió a abrirla. Les pidió que esperaran y entró en la habitación contigua. El apartamento era bastante pequeño, pero estaba impecable; constaba de dos ambientes y una pequeña cocina de galera en la parte posterior. Amelia oyó susurros procedentes de la otra habitación. La puerta se abrió.

James Gravel, que era un hombre alto, negro, con el pelo muy rizado, examinó a las dos personas paradas en el salón de su casa con expresión de pesadumbre. No llevaba reloj, pero Amelia tuvo la sensación de que se lo había quitado aposta. Lo que quedaba fuera de la vista no se podía robar.

—Hola, señor Gravel —dijo Moira, ofreciéndole una de sus intrigantes sonrisas—. Me alegro de verlo.

—Tus muchachos ya estuvieron aquí la semana pasada —contestó James con frialdad—. Les dije que no sé nada sobre lo ocurrido con Ernest.

—Sí, me consta. Pero, por desgracia, nadie se lo ha creído. Ya que fue usted la última persona que lo vio con vida.

Amelia profirió un grito ahogado, y el sonido atrajo la atención de James sobre ella.

—¿Quién es? ¿Se ha cansado Jack de intentar adoctrinarnos al resto y ha comenzado a reclutar niños en su lugar?

—Es Amelia, la sobrina de Ernest —contestó Moira, poniendo una mano sobre el hombro de la muchacha.

James le dirigió una mirada a medio camino entre la perplejidad y el enfado.

—Eso es retorcido de verdad —dijo, y fulminó a Moira con una mirada acusadora—. ¿También la habéis metido en esto?

—Ernest le legó el reloj —se explicó la mujer, encogiéndose de hombros—. Fue él quien quiso meterla.

—Y una mierda —se rio él, burlón.

—No hace falta que me creas, James. No he venido a intentar extraerte información.

—Pues sería la primera vez —murmuró él entre dientes.

Moira deslizó la mano entre el hombro de Amelia y su cintura, la pegó contra ella en una especie de abrazo.

—Señor Gravel, un cronauta ruso ha asesinado a un hombre en el espacio-tiempo. Es algo más importante que cualquier desencuentro que pueda usted tener con el departamento. Ya ha dejado claro que no desea cooperar con nosotros. Pero quizá dejará de lado sus prejuicios durante un rato para ayudar a la sobrina de Ernest. —Puso la mano entre los omóplatos de Amelia y le dio un pequeño empujón hacia delante—. Amelia no desempeña ningún papel en esta mezquina disputa entre el departamento y los rebeldes, pero si no habla con ella…, si no le cuenta lo que sabe sobre la manera y las razones por las que Ernest Duquesne fue asesinado…, en ese caso mandará a esta niña a un duelo, pero sin pistola.

James siguió con la mirada el camino de Moira hacia la puerta. Cuando esta hizo clic a espaldas de la mujer, Amelia sintió el pálpito de la sangre en el cuello. Por un instante, James se quedó quieto. A continuación, soltó una exhalación que podría haber sido una risotada y se pasó una mano cansada por la cara.

—Dios mío, esa mujer es un mal bicho. —Su cuerpo se liberó de parte de la tensión que lo había atenazado y se apoyó contra la pared—. ¿Es cierto que tu tío te legó ese reloj?

Amelia asintió con la cabeza, le costó tragar saliva.

—¿Y han dejado que te lo quedes?

—Bueno. No tenía que darle cuerda, pero lo hice de todos modos, así que… —se interrumpió, con la esperanza de que él se imaginara el resto.

Para su sorpresa, el hombre soltó una risita.

—Ernest siempre dijo que eras un caso. —Lo dijo con una ligereza y un cariño que la tomaron por sorpresa.

—Entonces, ¿conociste a mi tío? —preguntó.

—Ajá. —James se dirigió a la ventana y apartó las cortinas para mirar fuera y controlar los movimientos de Moira—. Me supo muy mal enterarme de que había fallecido.

Se oyó un crujido, el que hizo la puerta del dormitorio al abrirse. Dos rostros pequeños y curiosos aparecieron un instante, hasta que Edith volvió a cerrarla. Eran una niña y un niño en torno a los cinco años.

Amelia miró de nuevo a James.

—¿Es cierto lo que ha dicho ella? ¿De verdad fuiste la última persona que lo vio con vida?

Él la miró con fijeza mientras se golpeaba el brazo con los nudillos.

—Mira, no sé qué decirte. Estuvo aquí, sí, pero que yo fuera la última persona en verlo es debatible. Supongo que el departamento se enteró de que se había pasado por aquí y lo está usando para hostigarme. Llevo mucho tiempo en su punto de mira.

—Porque tú… —¿Cómo lo había formulado Moira? —. Porque crees en una ideología diferente…

James resopló.

—¿Eso es lo que dicen? Supongo que se podría afirmar que tenemos ideologías diferentes. Ideas diferentes acerca de lo que es correcto y lo que no.

—¿Y no les caes bien porque tienes una idea diferente de lo que es correcto?

—No les caigo bien porque soy un hombre negro que se negó a entregarles su reloj y unirse a su causa. Porque trabajo para preservar los recuerdos de mi gente, no de la suya. Esclavos y víctimas por los derechos civiles, personas así. Gente a la que ellos preferirían dejar fuera de la historia por completo porque no les gusta la manera en que nuestros recuerdos los retratan. Piensan que soy uno de los rebeldes que han aparecido durante los últimos años, pero no es así. No intento alterar nada, solo pretendo mantener viva nuestra versión de la historia. —Le echó un último vistazo a la ventana y se apartó de ella—. Bueno, ¿y para qué te ha metido en esto?

Amelia pasó el peso de un pie al otro, preguntándose hasta dónde podía contar.

—Quiere que encuentre el libro que buscaba mi tío. Dice que es de color azul, con el grabado de una flor en el centro. ¿Has oído hablar de él?

No pudo evitar sentirse esperanzada. Quizá el hombre le revelaría dónde estaba y ese asunto llegaría a su fin. Pero entonces vio que sus ojos se vidriaban, oscuros y distantes.

—Sí, he oído hablar de él —contestó James con cautela.

—¿Sabes dónde está? —insistió ella.

—Me temo que no puedo ayudarte con eso —le dijo de inmediato —. Ese libro ha desaparecido. Lleva años así. ¿Y para qué lo quiere ella, a todo esto?

Amelia se medio encogió de hombros.

—Dice que contiene recuerdos robados.

—¿Robados, eh? —repitió James, más para él que para ella—. Menuda cara.

La muchacha frunció el ceño.

—Bueno…, si no fueron robados, ¿cómo acabaron en el libro?

James comenzó a frotarse la nuca, enfrentándose a sí mismo por cada palabra que pronunciaba.

—¿Te han hablado de una persona llamada Lisavet Levy?

Amelia sacudió la cabeza.

—¿Quién es?

El hombre tardó tanto en contestar que ella temió que fuera a ignorar la pregunta. Al fin suspiró y se resignó a las consecuencias que pudieran derivarse de sus palabras.

—Fue una niña judía que vivió en el espacio-tiempo en los años cuarenta.

Amelia abrió mucho los ojos.

—¿Vivió allí?

—Ajá. Su padre era un relojero que construía aparatos de cronáutica para diferentes entidades gubernamentales. Su familia lo había hecho durante generaciones. Lo cual, por supuesto, lo puso en la diana del partido nazi cuando se enteraron de su existencia. Fueron a por él durante la Noche de los Cristales Rotos, pero consiguió esconder a Lisavet en el espacio-tiempo para mantenerla

fuera de peligro. Él murió poco después, cuando se negó a fabricarles relojes nuevos, y ella se quedó atrapada.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Nadie lo sabe con exactitud. Al menos diez años, quizá más.

«Diez años». A Amelia le pareció algo inconcebible.

—¿Y qué tiene ella que ver con mi tío?

—Al crecer, comenzó a interferir con la labor que realizaban algunos de los cronautas.

—¿A interferir cómo?

—Es complicado. Los gobiernos intentan regular lo que se recuerda en el espacio-tiempo. A veces destruyen cosas que consideran peligrosas. Queman recuerdos. Lisavet intentaba salvarlos. Los guardaba en un libro que llevaba siempre encima. El mismo que te han pedido que busques.

Amelia enderezó la espalda. ¿Los cronautas quemaban recuerdos?

James prosiguió:

—Nadie supo de su presencia hasta 1946. Fue Ernest quien la descubrió. Su misión consistió en evitar que interfiriera con los cronautas de Estados Unidos. Con el paso del tiempo, otros grupos se enteraron de lo que hacía y la pusieron en el punto de mira. No fue solo la cia, sino los rusos, los ingleses y casi todos los demás grupos gubernamentales con cartas en el asunto. Entonces, de repente, ella desapareció del espacio-tiempo, alrededor de 1952. Se esfumó, pero no pasó lo mismo con las ideas que había generado. Desde entonces hay cronautas que esgrimen la antorcha que Lisavet Levy encendió hace años. Que intentan salvar lo que gente como Moira Donnelly y Jack Dillinger, su jefe, quieren destruir. A eso se refieren cuando hablan de los rebeldes. No es más que un término

genérico que usan para cualquier persona que no comparta su gran visión sobre lo que debería ser el pasado.

Por la manera en que dijo eso, Amelia no tuvo muy claro que James estuviera diciendo la verdad al afirmar que no estaba involucrado en la revuelta.

—¿Qué fue del libro cuando ella desapareció?

—Lo más probable es que lo escondiera en alguna parte —admitió James—. Y lo hizo bien. Hay gente que lleva una década buscándolo.

—¿Y Lisavet Levy? ¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Al menos no hay nadie que admita saberlo. Se encubrió, ¿sabes? Un día, todo el mundo dejó de hablar de ella, tu tío incluido. Una vez le pregunté a Ernest por ella, cuando ya existía una pequeña afinidad entre nosotros, y actuó como si no tuviera ni idea de lo que le decía. Pero alguien sabe lo que pasó. Si tuviera que hacer una suposición, diría que es el caso de la mujer con la que has venido.

—¿Moira?

James asintió con la cabeza.

—En su momento no oí más que rumores, así que todo esto son solo especulaciones. Por entonces, hasta yo sabía que la persona que iba a ocupar el cargo de director cuando Jack Dillinger lo dejara, si lo dejaba algún día, debía ser tu tío. Entonces, Lisavet Levy comenzó a interferir con las cosas y las circunstancias cambiaron con mucha rapidez. Tuve la sensación de que Ernest corría peligro de perder su empleo por ello. Entonces, cinco años después, cuando al fin ascendieron a Jack…, Moira Donnelly se quedó con su antiguo puesto. Hasta entonces no había sido más que una secretaria. Sin

formación universitaria, sin experiencia previa. Y de repente se convirtió en la directora de todo el maldito departamento.

—Pensaba que fue porque el tío Ernest había aceptado un puesto diferente. En relaciones cronológicas.

James se encogió de hombros.

—Quizá sí. O quizá no. De una manera u otra, de repente el hijo del fundador del pec se encontraba en otro departamento y una secretaria con solo cinco años en la casa se convirtió en la directora de una de las ramas principales de la cia. Esas cosas no pasan así como así. No me gusta el juego, pero me apostaría la tienda, la hipoteca y a mis tres hijos a que Moira Donnelly desempeñó algún tipo de papel en lo que le pasó a Lisavet Levy. Seguro que es la razón por la que le dieron el puesto. —De repente se apartó de la ventana y se acercó a ella—. De verdad que no tengo ni idea de lo que le pasó a tu tío. Ojalá la tuviera. La última vez que vino a verme estaba de paso por el barrio, de camino a Nueva York. Me dijo que iba a visitar a alguien para hablar sobre unas cuestiones que habían tenido lugar en el departamento y con las que no estaba de acuerdo.

—¿Cuestiones? ¿Qué cuestiones?

—No lo sé. No quiso decírmelo. Pero el tema es que… iba a verla a ella. —James sacudió el pulgar en dirección a la ventana.

—Fue a ver a… —se interrumpió Amelia, y el nombre se le quedó en la punta de la lengua.

James contestó, pero la chica no necesitó de esa confirmación para saber que se había referido a Moira. Ella era la última persona que había visto a su tío con vida. Él había ido a Nueva York a verla y no había vuelto nunca. ¿Y si, al fin y al cabo, no había muerto en el espacio-tiempo?

—No sé cómo demonios se les ha ocurrido meterte en este asunto. Los conflictos que tienen lugar en el espacio-tiempo son serios. No es lugar para críos —dijo él con pesadez—. Pero puedo decirte que no creo que los rebeldes hayan tenido nada que ver con eso. Lo más probable es que el departamento mismo urdiera esa historia como excusa para involucrarte en el tema.

—Pero ¿por qué querrían involucrarme a mí?

—No pretendo entender su lógica. —James hizo una pausa, miró hacia la puerta como si esperara que Moira fuese a irrumpir por ella en cualquier instante—. Mira…, si algún día necesitas algo, ayuda o un lugar donde esconderte, busca a algún cronauta que lleve una flor azul. Se puede confiar en ellos.

—¿Una flor azul? —repitió Amelia.

—Son nomeolvides, por Lisavet Levy. Diles que eres la sobrina de Ernest y ellos te ayudarán.

«Nomeolvides, por Lisavet Levy». ¿El símbolo de los rebeldes? Volvió a pensar en el libro. Encuadernado en piel, de color azul, con la flor de cinco pétalos estampada en su portada. Como un nomeolvides. A Amelia le temblaban las manos, así que se las embutió en los bolsillos del abrigo. Sus dedos se encontraron con algo frío y liso al tacto; lo sacó y lo miró frunciendo el ceño. Era un círculo plateado que cabía con facilidad en la palma de su mano. Pero no lo reconoció.

—¿Qué es eso? —preguntó James de inmediato.

Amelia levantó la vista hacia él y se encontró con una expresión sombría.

—No lo sé. No lo había visto nunca.

—Y una mierda —dijo él. En un instante había recuperado la actitud anterior, fría y distante. Todo rastro de simpatía o cordialidad había desaparecido—. Es un transmisor. Nos está escuchando, ¿verdad?

Dirigió una mirada veloz hacia la puerta de la habitación, donde se ocultaban su esposa y sus hijos. El miedo se abrió paso en su expresión. De repente, Amelia recordó el pequeño y reconfortante abrazo de Moira, que en retrospectiva le pareció un gesto extraño. Moira se lo había colocado.

—¿Qué has hecho? —murmuró James, tanto para él como para ella.

—No lo sabía. Te juro que no lo sabía.

Se oyó la voz de Moira, procedente de la puerta.

—No pasa nada, Amelia —dijo la mujer, entrando en el apartamento.

James recorrió la estancia en un par de segundos.

—Tú has organizado esta encerrona —gruñó.

—Pues claro que sí. Y es evidente que ha sido la decisión acertada. ¿Que los rebeldes llevan flores azules? Interesante. —Le hizo un gesto a Amelia—. Vamos, es hora de irse.

Se volvió hacia la puerta y James de repente estampó la mano contra ella, para mantenerla cerrada. A Amelia se le formó un nudo en la garganta.

—Por favor… —dijo él, desesperado—. No lo hagas.

Moira se metió la mano en el abrigo.

—Apártese, señor Gravel.

—Si crees que voy a dejar que…

Se oyó un clic y un traqueteo, y entonces Moira sacó un revólver plateado y lo pegó a la parte baja del mentón de James. Igual que la placa, Amelia no sabía de su existencia.

—Discúlpenos —dijo la mujer con calma, e hizo tamborilear dos dedos contra la puerta.

James vaciló, su mirada recorría disparada la distancia entre Moira y la puerta de la habitación una y otra vez. Al fin dejó caer el brazo y se apartó. Amelia siguió notando la mirada del hombre en la nuca hasta mucho después de que la puerta se hubiera cerrado a sus espaldas. El corazón le martilleaba en el pecho mientras Moira abría el coche y le hacía un gesto para que se subiera a él. La mujer esperó a encender el motor y poner la marcha antes de guardar el revólver.

Moira notaba la vibración de la rabia de Amelia en el aire. La chica echaba humo por las orejas. Maldijo a Jack para sus adentros. Maldito fuera. De no ser por su impaciencia, no se encontrarían en esa situación. Él tenía que saber que pasaría algo parecido. Que James haría o diría algo que sembraría la semilla de la duda en la cabeza de Amelia y daría al traste con todo. Siguió conduciendo, entró en la autopista. Sus ojos se desplazaron hacia la grabadora de casete que descansaba en el asiento de atrás. La prueba de que James Gravel estaba, en efecto, afiliado al movimiento cada vez mayor de los rebeldes. Unos rebeldes a los que se podía identificar por la insignia nomeolvides que llevaban consigo. Todo en nombre de Lisavet Levy. Pensó en el resto de las palabras que había dicho

James. Había dos cosas en esa cinta que Jack ignoraba. Cosas que podrían llevarlo a cuestionar la lealtad de Moira.

Se desvió del rumbo previsto y tomó la salida sur en dirección a Providence.

—¿Adónde vamos? —preguntó Amelia de inmediato.

—Ya lo verás.

Diez minutos después llegaron a un viejo puente de madera que atravesaba el río. Moira detuvo el coche en el medio del mismo.

—¿Dónde estamos?

La mujer no contestó. Apagó el motor, estiró el brazo hacia el asiento de atrás, sacó la cinta de la pletina y la sostuvo en alto para que Amelia la viera.

—Ten.

Amelia miró la cinta. La miró a ella.

—Adelante —dijo Moira, ofreciéndosela—. Deshazte de ella. Le diré a Jack que el micro no funcionó. Al fin y al cabo, es una tecnología nueva, me creerá.

—¿Quieres decir… que no… que no se lo contarás?

—Le contaremos que James decía la verdad. Que no sabe lo que le pasó a Ernest.

Vacilante, Amelia agarró la cinta y la sostuvo entre dos dedos.

—¿Qué hay del resto? Lo de las flores y…

Moira metió la mano en el abrigo y sacó un cigarrillo y un encendedor.

—Si le contamos a Jack lo de las flores, mandará a alguien a por James. Lo matarán. Su esposa y sus hijos perderán a su marido y padre. Y entonces comenzará a usar esa información para perseguir

a todos los rebeldes que pueda y hacerles lo mismo. Que eso pase o no… depende de ti. —Asintió con la cabeza en dirección a la cinta.

Amelia emitió un sonido de confusión.

—No lo comprendo. ¿Para qué me has llevado a verlo? ¿Para qué me has colocado el micro si ibas a dejar que destruyera la cinta?

Moira encendió el cigarrillo y le dio una calada larga y profunda, cerrando los ojos para poder pensar.

—No fue idea mía.

—¿Fue idea de Jack Dillinger?

Moira sintió un rechazo instantáneo ante la manera en que ese nombre sonó en boca de Amelia.

—Sí. Quería ver qué te contaba James. Sospecha de él, cree que podría estar involucrado en la muerte de Ernest. Que quizá sea quien ha estado aliándose con los rusos.

—Pero ¿tú no lo crees?

—Creo que las dos coincidiremos en que es demasiado antipático para forjar algún tipo de alianza secreta con otro país. En lo que respecta a tu tío…, no, no creo que esté involucrado en eso.

—¿Por qué estás tan segura? —le preguntó Amelia.

—Intuición.

—Esa no es una razón de verdad.

—Quizá no, pero es mi razón. —Moira le dio otra calada al cigarrillo y soltó una exhalación larga y sonora—. Este es el brete en el que nos encontramos, Amelia. Sí que vi a tu tío la noche que murió, pero eso Jack no lo sabe. —La miró a los ojos y no apartó la vista.

—¿N-no lo sabe?

—No. Y será mejor para todos que no se entere nunca.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué te reuniste con él?

—Eso no te lo puedo contar. Es la razón por la que te he dicho que estamos en un brete.

—No lo entiendo.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Pero necesito que confíes en mí. Pregúntame cualquier otra cosa y te la contestaré. Pero eso no, ¿vale?

Amelia se quedó en silencio, escudriñándola. Intentando decidir si debía creer a Moira o no.

—¿Qué hay de las demás cosas que ha dicho James? La desaparición de Lisavet Levy… ¿Tuviste algo que ver con eso?

A Moira le desagradó todavía más oír ese nombre en boca de Amelia.

—Si reflexionas sobre las fechas solo un momento tendrás tu respuesta. James ha dicho que Lisavet Levy desapareció del espacio-tiempo en 1952. Yo no comencé a trabajar para Jack hasta 1955. ¿Cómo podría haber tenido algo que ver con su destino?

—Pero ¿sabes lo que le pasó?

Moira apartó la vista, miró por encima de Amelia, más allá de la ventanilla del coche.

—No. Esos archivos llevan años sellados.

—¿Jack lo sabe?

—Quizá sí. Es probable.

—Jack no te cae demasiado bien, ¿verdad?

Moira tuvo que reprimir una sonrisa.

—No, no especialmente.

—Entonces, ¿por qué trabajas para él?

La reacción instintiva de Moira habría consistido en soltarle un pequeño sermón sobre el mundo y el rol que las mujeres

desempeñan en él, pero se contuvo y optó por una versión de las cosas menos pedante, pero incómoda por personal.

—Lo que ha dicho James sobre la trayectoria anormal de mi carrera es verdad. Era solo una secretaria antes de que me ascendieran, y antes de ser secretaria no era nadie. Jack fue la primera persona que vio algo en mí por lo que valía la pena apostar. Antes de él, la vida que me esperaba era desoladora. Así que, aunque no siempre me caiga bien…, él es la razón por la que he llegado donde estoy.

Moira se dio cuenta de que Amelia era demasiado pequeña para entender por completo la lógica de esas palabras. La duda en su mirada seguía meciéndose entre ambas direcciones. No creía en nada ni nadie. No confiaba en James y desde luego que no confiaba en ella.

—Entiendo que no quieras creerme —dijo Moira al fin—. Pero, aunque no lo hagas, necesito que confíes en mí. Necesito que confíes en que le escondo la verdad a Jack por una razón. Así que haznos un favor a los dos, a James Gravel y a mí, y deshazte de esa cinta.

Se quedaron mirándose la una a la otra, escuchando el sonido del río que corría bajo el coche. Al cabo de un rato, Amelia se bajó con la cinta en la mano. Moira la vio dirigirse al lateral del puente y tirar el casete por encima de la barandilla. Regresaron a casa en silencio.



7

Algún lugar del espacio-tiempo,

1948

Ernest tardó cuatro meses en admitir que estaba enamorándose de Lisavet Levy. En ese período la vio al menos una vez por semana; se encontraban junto a las bibliotecas para que ella le llevara a algún sitio. Últimamente, se veían casi a diario. Con el paso del tiempo, él había cobrado conciencia de la extraña armonía de su mundo. Los recuerdos que visitaba con mayor asiduidad. Las épocas en las que se sentía como en casa.

Las suposiciones que se había hecho sobre la soledad de Lisavet se revelaron falsas, pues tenía la vida más llena que él hubiera visto hasta entonces. Todos esos años de paseos por el Tiempo la habían convertido en una mujer de conocimientos interminables e incalculable sabiduría. Llevaba una década sin asistir a una escuela de verdad, pero sabía más que la mayoría de los académicos que trabajaban en el departamento de Ernest. Había aprendido los idiomas de casi media docena de países: inglés, francés, ruso y árabe. Dominaba la historia, por supuesto, pero también sabía

matemáticas y ciencia, y podía percibir la conexión entre los hilos de los sucesos cotidianos con una intuición notable. Era, a ojos de Ernest, una maravilla. Una pequeña obra maestra. Cuando al fin reconoció que estaba prendado de ella, se preguntó por qué había tardado tanto tiempo en constatarlo.

Se dio cuenta en los jardines de Versalles, al ver que ella se agachaba a cortar una rosa de un matorral.

—¿No es hermosa? —Lisavet tenía las mejillas sonrosadas por la calidez del sol, y su pelo relucía bajo los claros rayos de la luz de la luna.

Él estiró el brazo para tocar los suaves pétalos, consciente de que, en cuanto ella soltara la flor, ya no podría hacerlo. En ese momento, sus manos se rozaron y él experimentó una sacudida que le recorrió la espalda. Cuando ella se inclinó al frente para oler la rosa de nuevo, él deseó hacer lo mismo. Que sus frentes se pegaran, reseguir sus labios con el pulgar tal y como el pulgar de ella tocaba el pétalo.

—Las rosas rojas son mis favoritas —dijo Lisavet con una sonrisa —. ¿Cuáles son las tuyas?

«Tú», deseó contestar, pero eso no habría tenido el menor sentido. Pensó en decir «las azules», el color del vestido que llevaba Lisavet. ¿Existían las rosas azules? No lo recordaba.

—Las blancas —dijo al fin, al ver algunas por encima de ella.

Lisavet se volvió para cortar una y Ernest intentó ignorar la sensación que le inundaba el pecho. Amarla era imposible. Era ridículo, sabiendo quién era y la orden que le habían dado. Había estado posponiendo lo inevitable, diciéndole a Jack que había perdido su rastro. Que ella se había dado cuenta de que la seguía y

se escondía mejor. Por el momento había funcionado. Jack tenía otras cosas en la cabeza; entre ellas, encargarse del cronauta ruso que había disparado a Ernest.

Pero esa situación no duraría mucho. Jack acabaría por sospechar. Comenzaría a exigir que le arrebatara el libro, o quizá la querría a ella. Continuar de esa manera, permitirse cualquier nuevo acercamiento a Lisavet, implicaba su autodestrucción. Pero la idea de no verla era igual de insoportable. Por primera vez desde que se alistó en el ejército, con dieciséis años, Ernest comenzó a cuestionarse la legitimidad de esa maquinaria en la que él era un engranaje vital. Comenzó a reflexionar sobre lo que pasaría si decidía saltarse las normas.

Observó a Lisavet agacharse a por una de las rosas blancas y se dio cuenta de que solo escogía aquellas flores que parecían estar a punto de marchitarse.

—¿Siempre has sido capaz de tocar las cosas en los recuerdos? —le preguntó mientras ella sostenía en alto la rosa blanca para él.

—No siempre. Solo durante los últimos cuatro años o así.

—¿Cambió algo en ese momento?

—Que yo sepa, no. Azrael tampoco entiende por qué pasó. Durante un tiempo me preocupó que… —se interrumpió y sacudió la cabeza.

—¿Qué te preocupó?

—Me preocupó que pudiera significar que estaba muerta. Al morir, los recuerdos van al espacio-tiempo, pero nadie sabe qué sería de una persona que muriera en su interior. Pensé que quizá había muerto y había abandonado mi cuerpo sin darme cuenta.

—Pero estás viva… ¿Seguro?

—Durante un tiempo no lo tuve claro. Pero entonces te conocí.

—¿A mí? ¿Por qué?

Lisavet le tomó la mano y pegó los dedos a su palma, en un eco de la primera vez que se tocaron. A Ernest se le aceleró el pulso.

—Los recuerdos no pueden tocar a la gente. Si estuviera muerta, no sería capaz de hacer esto.

La idea le generó una sensación de ansiedad. Se prometió que encontraría la manera de tocarla cada vez que se vieran. Por si acaso.

Esa noche, al volver a casa, Ernest se encontró una carta ante la puerta. En su esquina izquierda, el remitente mostraba una dirección alemana. La recogió de inmediato, entró con prisas en el apartamento y cerró de un portazo. Habían pasado varias semanas desde que tuvo la idea de escribir a la vieja relojería de Alemania para ver si alguien lograba averiguar qué había sido del padre y del hermano de Lisavet. Además, quería saber qué decía la gente sobre el destino de la propia Lisavet Levy. Si había alguien que se acordara de ella. La carta le decepcionó en todos esos apartados.

Estimado señor:

Mis disculpas por este largo retraso en contestar. El hombre que busca no se encuentra en esta dirección. He sido dueño de esta tienda desde el principio de la guerra y no sé qué pasó con la familia que vivía en ella antes de mí. Los registros públicos, aquí en Alemania, sugieren que el relojero que menciona, Ezekiel Levy, murió en la Noche de los Cristales Rotos, y que sus dos hijos fueron enviados a los campos. Existe el registro de un chico llamado Klaus Levy, que fue asesinado en Auschwitz en 1943, pero no hay información sobre lo que pudo pasar con la chica llamada Lisavet Levy. Se supone que murió también. Lamento no poder escribirle con noticias mejores.

Ernest se llevó la carta al escritorio. Eso era todo, pues. No existía ningún rastro de Lisavet Levy en el mundo real. Se sentó y dejó que la carta se cayera por un lateral de la mesa. Aterrizó entre docenas de papeles descartados. Notas que había tomado después de cada encuentro con Lisavet, en las que señalaba adónde habían ido y las cosas destacables que hubiera dicho ella. Con esbozos de su rostro que dibujaba de manera anárquica en los márgenes. Entre todos esos documentos había viejas cartas que su padre había recibido del dueño de una relojería de Núremberg, Ezekiel Levy. Las había encontrado en su última visita a la casa de su madre, a la que había acudido a causa de su hermana. La noticia de que se había quedado embarazada había hecho que su madre tuviera un ataque de rabia, y Ernest había intentado convencerla de que se lo tomara con calma, aunque sin éxito.

Entre una discusión y la siguiente, Ernest se había escondido en el despacho de su padre, y allí había encontrado las cartas.

Poco antes de la muerte de Ezekiel, Gregory le había encargado que fabricara cinco relojes para el Programa de Exploración Cronológica, que se había expandido hacía poco. Las únicas personas que sabían hacer ese tipo de relojes vivían en Alemania, e incluso por entonces quienes disponían de esa capacidad eran pocos y residían alejados entre sí. La escuela original de Glashütte en la que los fabricaban había sido bombardeada por los rusos durante la Primera Guerra Mundial, y las piezas que sobrevivieron representaban la totalidad del arsenal ruso. Los demás relojeros fueron perseguidos durante décadas por los nazis, que los obligaron a fabricar más relojes. En las postrimerías de la guerra, cuando se

dieron cuenta de que habían perdido, los nazis mataron a los relojeros y quemaron sus recuerdos en el espacio-tiempo.

Ezekiel entregó los relojes a principios de 1938 y no volvió a escribir hasta agosto, cuando le pidió ayuda a Gregory. Los nazis se habían dirigido a él debido a su trabajo y necesitaba una vía de escape para él y sus dos hijos. Gregory le contestó ofreciéndole un empleo y un apartamento a cambio de sus servicios como relojero para el pec. Todo estaba preparado para recibirlos, pero Ezekiel Levy decidió esperar que llegara el momento oportuno. Y esperó demasiado. De él no quedaban más que algunos fragmentos. Retazos de recuerdos, como esas cartas, que solo existían porque Lisavet había conseguido salvarlas. Pero el resto, incluido el saber que permitía hacer relojes que doblaran los pliegues del Tiempo, había desaparecido.

Junto con las copiosas anotaciones que había tomado sobre la propia Lisavet, Ernest había comenzado a analizar el misterio de la solidez de la muchacha dentro de los recuerdos. Era algo que le preocupaba y, mucho antes de preguntarle al respecto, había comenzado a elaborar teorías y a compararlas con las clases de ciencia que había recibido durante su formación en el pec. Ya conocía la teoría fundacional del espacio-tiempo. Su propio padre se había encargado de relacionar su existencia con la teoría en la que Hermann Minkowski afirmaba que el Tiempo era la cuarta dimensión del universo. Se había identificado el desplazamiento del Tiempo hacia delante, o el continuo temporal, como un plano propio y separado de la realidad, confirmando lo que los cronautas sabían desde hacía siglos: que el Tiempo era un lugar real. Un plano espacial individualizado. Gregory Duquesne lo había reconocido así al

fundar el pec, pero ninguno de los cronautas, cuando menos en el departamento de Ernest, habían ido mucho más allá, y se limitaban a decretar que se trataba de un acto divino.

Para rellenar las lagunas de su conocimiento, Ernest asistía a clases en la universidad. Se pasaba horas en la Biblioteca del Congreso, sacando libros sobre esa ciencia nueva y emergente. En concreto, la teoría cuántica había llamado su atención; la idea de que las cosas —las partículas, los átomos y demás— podían alterarse entre sí por mucho que existieran a gran distancia unos de otros. Podían enmarañarse. Relacionarse pese al hecho de que estuvieran en planos separados, como el espacio-tiempo y el plano observable de la existencia que conocían como «la realidad». Todo eso hacía que le diera vueltas la cabeza, y entonces se encontró con un estudio que sugería que la mente consciente y el cuerpo físico eran dos cosas del todo independientes. Que los actos propios del aprendizaje que permitían recordar, procesar o imaginar eran acciones distintivas de la consciencia, sin ninguna ligazón con los actos físicos. Las dos teorías sugerían que la memoria y el cuerpo podían residir en dos planos separados, uno en el espacio-tiempo y el otro fuera de él.

Pero, cuando ambos convergían en un mismo lugar…, cuando el cuerpo físico de Lisavet se unía a sus pensamientos conscientes, no por un período corto de tiempo, como en el caso de Ernest, sino durante años…, se desencadenaba una especie de anomalía que le permitía desplazarse por los recuerdos como alguien que de verdad estuviera allí. Lo físico y lo mental se combinaban en esa cuarta dimensión llamada Tiempo.

Comenzó a pensar que lo que le había pasado a Lisavet después de tantos años en el espacio-tiempo era algo novedoso por completo. Algo a lo que se refería en su cabeza como un «desplazamiento temporal». La separación entre la forma física de Lisavet y la dimensión del Tiempo. Un cuerpo y una mente sin ligazón con su propio tiempo, a la deriva. ¿Qué implicaba eso para la Lisavet del presente, la que vivía en el espacio-tiempo? Y, es más, ¿qué suponía para su futuro? ¿Sería posible sacarla de allí, como había insinuado Jack? ¿O, al hacerlo, estarían condenándola a un destino peor que la muerte? ¿A una escisión entre el cuerpo y la mente tan abrupta que los dos sufrirían las consecuencias?

Ernest pensaba en ello cada noche mientras le remitía un informe falso a Jack sobre sus avances para obtener el libro. ¿Cuántas veces podría seguir anunciando su fracaso antes de que Jack insistiera en que había que sacarla de allí? El departamento consideraba que Lisavet era una amenaza, y que Ernest era la herramienta que la neutralizaría.

—¿Cada cuánto ves a ese chico?

Tumbada en el suelo del espacio-tiempo, Lisavet abrió los ojos y se encontró con que Azrael se cernía sobre ella. Tenía arrugas en el ceño.

—No muy a menudo —mintió la muchacha.

—Lisavet —dijo Azrael con severidad—, estoy muerto, no ciego.

Ella se incorporó con un suspiro.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas? Voy con cuidado. Eso es lo único que importa. No tienes por qué preocuparte.

—Ya sé que crees ir con cuidado. Por eso me preocupo tanto. No lo conoces lo suficiente.

—No me hará daño —dijo Lisavet.

—Mi niña querida, ¿no has aprendido nada de tus experiencias en el pasado? En el amor siempre hay alguien que se hace daño.

Lisavet resopló, burlona.

—Menos mal que no estamos enamorados. —Se puso en pie y comenzó a caminar junto a la hilera de estanterías.

Azrael la siguió.

—¿Sabes que, además de que tengo ojos, no soy ningún idiota?

—No estamos enamorados.

—Bueno, pues claro que no. Tú estás en negación. Ya se te pasará. Él, no obstante…, bueno, él está embelesado contigo.

Lisavet notó que se sonrojaba.

—No es verdad. Me habría dado cuenta. Ya he visto a muchísimas personas enamoradas. Sé qué aspecto tiene el amor.

—Eso crees. En los demás. Pero verlo y experimentarlo de primera mano son dos cosas muy diferentes. Créeme.

—Mmm… —Lisavet le dio la espalda y se encogió de hombros—. Bueno, lamento estropearte la ilusión, pero Ernest Duquesne no está enamorado de mí. Estoy segura.

Azrael parecía estar tan preocupado que, en caso de haber podido besarle la mejilla para que se tranquilizara, Lisavet lo habría hecho.

Ernest y ella se veían muy a menudo. No podía evitarlo. Era la primera persona con la que Lisavet había tenido contacto en muchos años. La primera persona que sabía cómo se llamaba. Y la trataba bien. Se mostraba curioso acerca de su vida antes y después de entrar en el espacio-tiempo. Ella deseaba mostrársela. Todas las

partes de la historia por las que se había paseado, todos esos recuerdos que había visto tantas veces y que ya le parecían propios. Le enseñó el París de los años veinte, la Italia del Renacimiento, las montañas de China. Le encantaba ver su cara cada vez que lo llevaba a un sitio nuevo. La manera en que sus ojos brillaban maravillados, en que estiraba el brazo para tocar algo y recordaba que no podía hacerlo. Esa luminosidad en su mirada, la misma que ella había visto en tantas personas enamoradas, nunca se había dirigido hacia ella. La irritaba que eso la molestara, así que se decía a sí misma que no era así.

—¿Has pensado alguna vez en marcharte de aquí? —le preguntó Ernest un día.

Estaban en Múnich, en 1860, la ciudad que Lisavet y su hermano visitarían para ver a sus abuelos más de medio siglo después. Fuera del espacio-tiempo, el año había avanzado hasta 1949, pero Lisavet apenas era consciente de ello.

—Antes sí —contestó ella, echando el cuerpo hacia atrás para mirar las hojas otoñales por encima de sus cabezas—. Pero, cuando me quedé atrapada en el espacio-tiempo, no podía saber bien qué cronautas eran nazis y cuáles no.

—Bueno, ya no quedan nazis —señaló Ernest—. Y me tienes a mí. Yo podría ayudarte a salir.

A Lisavet el estómago le dio un pequeño salto al pensar en salir del espacio-tiempo con Ernest Duquesne. Negó con la cabeza.

—Ahí fuera no hay nada para mí. Mis padres ya no están. Ni siquiera sabría por dónde comenzar a buscar a mi hermano. Y, además, si me marcho, ¿quién impedirá que los cronautas alteren el pasado?

—Pero es que siguen haciéndolo —le recordó Ernest—, aunque estés tú para intentar evitarlo.

—Eso no quiere decir que deba dejar de esforzarme —contestó ella, un poco indignada, e hizo un gesto hacia el libro que descansaba a su lado, en el suelo—. Si me marcho, ¿quién les recordará? ¿Y quién se quedará aquí para impedir que borren mis recuerdos algún día? O los tuyos…

Ernest adoptó la expresión que solía mostrar cuando ella decía algo que se oponía a su propia visión del mundo. Como si nunca hubiera considerado la posibilidad de que alguien intentara eliminarlo un día, tal y como él había hecho con tantas otras personas.

Lisavet sacudió la cabeza.

—Además, este es mi hogar —dijo, haciendo un gesto hacia lo que les rodeaba—. Ya es suficiente.

—¿En serio? A ver, todo esto es muy bonito, pero… no es real. Es solo un recuerdo.

Ella le frunció el ceño.

—Es real. Es tan real como cualquier otra cosa.

—Pero ¿no quieres crear tus propios recuerdos? ¿Unos recuerdos que no pertenezcan a otra persona?

Lisavet se incorporó y pegó las rodillas al pecho. Sus palabras le molestaban. Le recordaban cosas que llevaba años sin pensar. Sobre la vida y lo que significaba en realidad. Si lo que hacía contaba para algo de verdad. Guardó silencio un rato, hasta que notó la mano de Ernest en el brazo.

—Eh —le dijo él con dulzura—. No quería molestarte. Es solo que…

—No me has molestado.

—Sí, lo he hecho. No pretendo decir que esto no sea real. Supongo que… a mí, una vida así me parecería insoportable. Es como en ese poema de Robert Frost, «Familiarizado con la noche». Es como caminar por una ciudad hermosa sin dejar de estar completamente solo.

—¿Un poema? —preguntó Lisavet.

Ernest asintió un poco avergonzado, y procedió a recitarlo.

Lisavet lo observó con una sonrisa cada vez más amplia en el rostro.

—No lo había oído nunca —dijo—. ¿Te sabes un montón de poemas así?

—Por desgracia, sí —contestó Ernest, frotándose la nuca y negándose a mirarla a los ojos—. Es uno de mis dones peculiares, me temo.

Lisavet soltó una risita.

—Recítame otro.

Ernest aceptó hacerlo con un asentimiento de cabeza:

—Sus deseos son órdenes, mi señora.

El poema que recitó a continuación era de amor. Adoptó un acento escocés dramático para declamar «Una rosa roja, roja», poniendo énfasis en cada palabra a fin de hacer que ella se riera. Cuando se acercaba el final echó la cabeza hacia atrás y se puso a hablarle al cielo, y Lisavet se descubrió deseando que la mirara a ella en su lugar. Que le recitara a ella esas palabras acerca del amor y todo lo que lo acompaña. En ese momento, viéndolo recitar versos de amor a las alturas, se dio cuenta de que Azrael tenía razón. Se había enamorado de Ernest Duquesne.

En su encuentro siguiente, Ernest le llevó un libro de poesía y se lo dio con una timidez poco propia de él.

—He pensado que te gustaría —dijo, mirando el libro de tapas de color verde con un cariño especial—. Algunos de estos poemas, algunos, mmm…, bueno, es como que me recuerdan a ti.

La idea hizo que a Lisavet se le acelerara el corazón. La muchacha se pasó los tres días que mediaron hasta que volvió a verlo leyendo cada poema, examinándolo en busca de pistas ocultas. Sus propios sentimientos enturbiaron su percepción, y se descubrió buscándose en cada composición amorosa, preguntándose si Ernest se habría referido a esa en particular. Después de unas semanas de agonía, tomó la decisión de hacer algo al respecto. Planeó llevarlo al recuerdo más romántico que conocía, el de la pareja en el prado, y ver si tenía el mismo efecto sobre él.

Lisavet dedicó el día intermedio entre las visitas a repasar a conciencia los recuerdos, en busca de un vestido que nadie fuera a echar en falta. Un vestido que pusiera a Ernest al tanto de que aquella iba a ser una velada especial. Además, necesitaba encontrar algo con lo que pudiera acarrear de un lado al otro su libro de recuerdos y el volumen de poesía que le había regalado. Encontró ambas cosas en el recuerdo de un viejo dramaturgo y su esposa, procedente de los años veinte, sobre la noche en la que una turbamulta quemó su casa, molesta por el contenido de la última obra que había escrito. Era un vestido de color azul oscuro, como el cielo nocturno, del que colgaban unos abalorios plateados que relucían igual que las estrellas. Para los libros optó por la funcionalidad frente a la belleza, y recogió del suelo del despacho

del dramaturgo, mientras las llamas cobraban fuerza, un bolso en bandolera de piel marrón.

Al día siguiente se cambió de ropa dentro de otro recuerdo, tomando prestado el tocador entre bastidores de una bailarina durante su interpretación. Estaba emocionada. Ernest iba a reunirse con ella en menos de una hora. Regresó al espacio-tiempo tan distraída que estuvo a punto de salir al paso de un cronauta que llegaba en el sentido contrario. En el último segundo logró agacharse y esconderse tras otra hilera de estanterías. Era ruso, vestía un uniforme de color marrón y jugaba a tirar un encendedor por los aires y cogerlo de nuevo. Al ver el encendedor, Lisavet vaciló. Miró la hilera que se extendía en la dirección que debía tomar para ir a reunirse con Ernest. Se dijo a sí misma que aún tenía tiempo y se fue tras el cronauta ruso, que había comenzado a silbar, tan indiferente a la destrucción que estaba a punto de provocar que a Lisavet se le revolvió el estómago.

El hombre escogió el libro con rapidez, casi sin buscarlo. Lo vio encender las páginas sin dejar de silbar esa melodía exasperante. Antes de que las llamas prendieran del todo, dejó caer el libro al suelo y se alejó. Lisavet esperó el número preceptivo de segundos para que estuviera lo bastante lejos e intervino. Cuando llegó junto a él, el libro apenas estaba quemado. Sonrió para sí, regodeándose en la estupidez del cronauta.

Aún tenía la sonrisa en los labios cuando notó de repente que la sujetaban del pelo.

Gritó, pero el sonido quedó amortiguado por la mano enorme que le tapó la boca. El agresor tiró de ella hacia atrás mientras un brazo la sujetaba por la cintura. La arrojó con tanta fuerza contra el suelo

que se quedó sin aire. El ruso que le había disparado la otra vez se elevaba ante sus ojos con un destello maligno y vengativo en la mirada. Mientras jadeaba, aterrorizada, Lisavet se dio cuenta de que había caído en una trampa.

—Te estábamos buscando —dijo el hombre en un inglés chapurreado—. ¿Dónde está tu amigo americano ahora, perra alemana?

Lisavet intentó liberarse forcejeando, pero él le golpeó la cara con tanta fuerza que le hizo voltear la cabeza.

—¿Dónde está? ¿Quién te ha pagado para que hagas esto? ¿Para quién trabajas?

—Para nadie —contestó Lisavet, respirando con dificultad—. Para nadie, no soy…

Él la golpeó de nuevo y esa vez vio las estrellas.

—¡No mientas! Eres una espía americana, ¿eh?

—¡No! Yo…

—¿Crees que puedes interferir en nuestro trabajo? —El hombre cerró la mano en torno a su garganta y la dejó sin aire en los pulmones—. Bueno, voy a enseñarte cómo hacemos las cosas en mi país. Considera esto un aviso para el americano. Cuando atrapamos a una rata, la matamos.

Lisavet le dio manotazos en el brazo, luchando por tomar aire, pero era demasiado fuerte. En un esfuerzo aterrorizado por liberarse, lanzó la rodilla hacia arriba con toda la fuerza posible. Lo oyó gruñir de dolor, notó que su mano se aflojaba. El aire irrumpió en sus pulmones. Tomó una bocanada dolorida y le golpeó de nuevo, esa vez hundiendo el puño en su tráquea. El ruso soltó un aullido de dolor. Con la otra mano encontró el libro en el suelo y lo

estrelló contra la nariz del hombre, de la que salió un chorro de sangre. De repente, el peso del cuerpo del cronauta cayó sobre ella. Tenía sangre en la cara, igual que ella en las manos. No se movía. Lisavet sintió que estaba a punto de desmayarse. ¿Y si lo había matado?

El pánico la llevó a respirar con mayor dificultad. Pero entonces vio que el pecho del cronauta se elevaba y descendía. El ruso soltó un ruidito, comenzó a removerse. Tenía que ponerse en marcha. Logró llegar hasta el bolso y lo arrastró a la vuelta de una esquina antes de desplomarse, sin resuello. La sangre le había manchado las manos y el vestido de color azul oscuro, y notaba el moretón que comenzaba a brotar en su mejilla. En algún momento oyó que el cronauta comenzaba a moverse. El hombre se puso en pie con dificultad, se tambaleó algunas veces mientras maldecía y gritaba en ruso. Ella contuvo el aliento hasta que oyó sus pasos desvanecerse en sentido opuesto.

En cuanto dejó de oírlo, ya no pudo contener los sollozos. Ernest la encontró allí mismo diez minutos después.

—¿Lisavet?

Ella no levantó la vista. No quería que la viera de esa manera.

—¿Lisavet? —Él se acercó, se puso en cuclillas frente a ella—. ¿Estás bien? Mírame… —Le puso una mano en la cabeza hasta que ella levantó la vista. Los ojos se le salieron de las órbitas al ver los moretones—. Dios mío… ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Ella comenzó a decir algo, pero acabó llorando con más fuerza. Ernest se sentó a su lado, la rodeó con los brazos y la estrechó contra él.

—Ha sido el cronauta ruso que te disparó —dijo la muchacha entre alientos entrecortados—. Cree que soy una especie de espía. Y que trabajo contigo, supongo.

Ernest maldijo entre dientes y la abrazó con más fuerza. Pese a las circunstancias, ella disfrutó de la sensación de estar entre sus brazos.

—Lo siento —dijo él después de un largo rato de silencio.

—No es culpa tuya.

—Sí, lo es. Si no te hubiera seguido, él no te habría visto la primera vez. No me habrían pegado un tiro. Las cosas no habrían escalado entre los cronautas rusos y norteamericanos, y él no habría vuelto a por ti.

Lisavet se apartó para poder mirarlo.

—¿Cómo que las cosas han escalado? ¿Qué quieres decir?

—No es nada. Lo que pasa es que… las tensiones han aumentado. Antes las cosas iban bien, si acaso había una pequeña sensación de incomodidad por todo lo que está pasando en el mundo. Entonces me pegaron un tiro y todo se volvió hostil. Mi jefe…, bueno, tanto da. Es un lío. Y es por mi culpa. Debería haberte dejado tranquila.

Lisavet se apresuró a negar con la cabeza.

—No, me… me alegro de que no lo hicieras. Quiero decir que no es que me alegre de que te pegaran un tiro ni de que las cosas estén tensas, es solo que…, bueno, me alegro de haberte conocido.

Ernest le sostuvo la mirada, abrió un poco los labios en señal de pequeña sorpresa. A ella le pareció ver que un fogonazo de emoción atravesaba su rostro, pero entonces él sacudió la cabeza.

—No deberías alegrarte. No he hecho más que provocarte problemas. Antes de mí, nadie sabía siquiera de tu presencia aquí.

Estabas a salvo, y ahora… —Levantó la mano y le pasó el pulgar por uno de los moretones. Con suavidad. Como si pudiera romperla—. No debería haberte seguido nunca. Si pudiera cambiar el pasado…, bueno, soy egoísta, no sé si lo haría. Por si te sirve de algo, yo también me alegro de haberte conocido.

A Lisavet le dio un salto el corazón. Se quedaron inmóviles, mirándose, la mano de él en la mejilla de ella. El aire entre ambos parecía vibrar. Él se apartó, aclarándose la garganta. A fin de hacer algo, Ernest se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio.

—Para la sangre —le dijo.

Lisavet lo aceptó, agradecida. Las iniciales de él estaban bordadas en la tela: «EGD».

—Bonito vestido, por cierto —dijo Ernest—. ¿De dónde ha salido?

Lisavet bajó la vista hacia la prenda, que estaba manchada de la sangre del cronauta.

—Oh. Lo saqué del recuerdo de una casa que se quemaba. Se suponía que era para esta noche.

—¿Para esta noche?

—Iba a llevarte a un sitio especial.

—Oh… —Ernest miró su propio vestuario, un jersey de punto trenzado y un par de pantalones—. Podrías haberme avisado. Me habría vestido mejor.

—Estás perfecto. Además, ya no importa.

—¿Qué quieres decir? Aún podemos ir.

—No. No, ya no podemos. Se ha echado a perder.

—¿Por qué se ha echado a perder?

Lisavet dejó escapar un resuello de frustración.

—Porque sí. Tenía un plan y este no contemplaba que me pasara los primeros treinta minutos llorando en tu hombro.

—Entonces, deja que te lleve yo a algún sitio.

—¿Qué?

—Sí. En realidad, es una idea maravillosa. —Se puso en pie y la ayudó a levantarse—. Deja que sea yo el que por una vez te lleve. Esta vez yo elijo el recuerdo.

—¿Dónde?

Ernest reflexionó un instante. Sonrió y tomó las dos manos de ella.

—Ya lo verás. Tengo una idea.

Se agachó a recoger el bolso en bandolera, se lo pasó por el hombro y echó a andar. Se detuvieron en la sección de Estados Unidos. Lisavet lo observó repasar los volúmenes en los estantes, el ceño fruncido. Esa arruga significaba algo diferente en Ernest que en Azrael. Durante esos meses había aprendido a reconocer ese tipo de matices en la expresión del joven. La curva delicada, casi femenina, de sus pómulos. La manera en que apretaba la mandíbula, fuerte y angulosa, cuando cavilaba.

Ernest sacó un libro de la estantería y lo sostuvo en alto para enseñárselo. Lisavet tomó su mano y puso la otra palma sobre el volumen. Mientras el aire comenzaba a desplazarse, él dijo en un susurro:

—Este es uno de mis recuerdos favoritos.

El mundo que los rodeaba se vio reemplazado por otro. Lo primero en lo que reparó Lisavet fue la música que brotaba del escenario y llenaba por completo el espacio circundante. Unas mesas delimitaban la pista de baile y el camarero servía cócteles a

los invitados, que vestían con glamur. El sonido de un saxofón retumbó en la sala mientras parejas resplandecientes pasaban junto a ellos.

Ernest la guio con cuidado entre la multitud, le hizo subir una escalera hacia una zona donde las mesas estaban más separadas y que se encontraba casi vacía, pero desde donde podían ver la totalidad del escenario y la multitud bajo sus pies.

—¿Dónde estamos? —gritó Lisavet por encima de la música.

—Esto es Nueva York. Manhattan. Vine hace unos meses a ver el espectáculo. El del escenario es Billy Eckstine. El recuerdo le pertenece a ese hombre de ahí —dijo, señalando a alguien que estaba sentado a una mesa.

—¿En qué año estamos?

—En 1949.

—¿En 1949? —Lisavet giró sobre sí para mirarlo. No había estado tan cerca del momento presente…, bueno, desde que vivía en él.

Ernest asintió con la cabeza, la mirada puesta en el escenario, donde un hombre negro vestido con un traje verde cantaba frente a un micrófono.

—Sí. La música swing ya no es tan popular como antes, pero aún quedan algunos lugares donde la tocan bien.

Lisavet se había quedado sin palabras. «1949». Su mirada examinó la sala, reparando en los pequeños cambios. La longitud de las faldas femeninas. El corte de sus vestidos.

—Venga —dijo Ernest, que había dejado el bolso en el suelo y le ofrecía la otra mano—. ¿Quieres bailar?

—¿B-bailar?

—Claro. Aquí arriba hay espacio más que suficiente.

—Oh… No lo sé. —Lisavet había bailado sola cientos de veces. Sabía hacerlo, pues había observado los diferentes estilos a lo largo de los años. Pero los movimientos que hacía la gente allí abajo eran nuevos para ella, no los conocía.

—¿Qué pasa? Tampoco nos verá nadie.

Ernest tenía razón. Lisavet aceptó su mano y se rio, sorprendida, cuando él hizo girar su brazo con tanta rapidez que estuvo a punto de hacerla caer sobre él. En cuanto comenzaron a moverse quedó claro que Ernest tampoco tenía la menor idea de bailar ese estilo musical. La guio en una especie de samba falta de armonía, manteniéndola pegada a él para que no se tambaleara. Se pisaron el uno al otro algunas veces antes de encontrar el ritmo y adecuarse a sus respectivos movimientos, como dos aves que estuvieran aprendiendo a volar juntas. Al final, Lisavet dejó de preocuparse tanto sobre el lugar donde iba a pisar y confió en que él evitaría que se cayera. La emocionaba sentir sus brazos en torno al cuerpo, la cercanía propia del baile. La música ganó intensidad y acabó con una nota estridente del saxofón. Ella dio un paso atrás mientras sonaban los aplausos, pero Ernest la retuvo.

—Aún no —le dijo—. La próxima es mi favorita.

Lisavet notó mariposas en el estómago al ver su mirada, que resplandecía como en otros recuerdos, pero que esa vez se dirigía a ella. Era como la luz de las estrellas. Propia de alguien que quizá estuviera enamorado.

La canción siguiente era más lenta, la puntuaban las notas altas de un piano. La melodía del saxofón era grave y luctuosa, y a Lisavet la maravilló que un solo instrumento pudiera producir dos sonidos tan diferentes, pero entonces el hombre comenzó a cantar y no oyó

nada más que sus palabras. La canción se titulaba «Blue Moon», y tuvo la sensación de que se la cantaban a ellos y a nadie más. El resto del recuerdo era irrelevante. Esa vez bailaron con lentitud, de manera fluida, como dos aves que planearan la una junto a la otra. La mirada de Ernest clavada en la de Lisavet. Sus manos, sólidas, en la cintura de ella. Nunca había sentido algo tan real.

La canción se acercaba a su final, igual que el recuerdo. A su alrededor, los límites del mundo habían comenzado a desdibujarse. Lisavet no quería que se acabara. Quería quedarse allí, entre los brazos de Ernest, reviviendo ese baile durante el resto de su vida. Sonó la última nota y Ernest dejó de bailar, pero no la soltó. Se acercó un poco más, inclinó la cabeza en dirección a la de ella. Lisavet había visto escenas así, el descenso cauteloso previo a que los labios de dos amantes se encuentren. ¿Se disponía él a besarla? Le puso una mano en el pecho.

—Espera…

Por un instante, Ernest temió que lo estuviera rechazando. Temió haber malinterpretado la expresión de sus ojos. Esa sensación momentánea fue tan devastadora que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para que no lo aplastara.

—Aquí no —dijo ella—. No al final de un recuerdo.

—¿Dónde? —preguntó él.

Lisavet lo llevó a un prado en medio de España, lleno de estrellas y con la luna más hermosa que Ernest hubiera visto nunca. A lo lejos, una chica de vestido amarillo corría riéndose por la hierba cubierta de rocío, perseguida por un joven. Estaban lo bastante cerca para oír sus risas, pero no tanto como para que perturbaran su propio paseo bajo las estrellas.

Ernest sujetaba la mano de Lisavet con fuerza mientras ella lo guiaba colina arriba. A la luz de la luna, los moretones de su rostro eran más evidentes, y sintió otra punzada de culpa. «Has sido tú. Tú eres el culpable», lo regañaban las voces en su cabeza. Pero entonces ella le sonrió, la luna hizo que su pelo rubio se volviera blanco, y cualquier otro pensamiento abandonó su mente. Lisavet se volvió hacia él, le soltó la mano para poder girar sobre sí misma. El vestido de color azul oscuro centelleaba como si estuviera hecho de estrellas, le otorgaba la misma palidez que el cielo.

—Este es el lugar al que quería traerte —dijo ella sin aliento, haciendo un gesto hacia la sucesión interminable de estrellas en el firmamento—. ¿Habías visto alguna vez algo tan bonito?

Ernest se le acercó un paso, sonriéndole con timidez.

—Oh, he visto algo mejor.

—¿Dónde?

—Lo tengo aquí delante.

A ella se le sonrojaron las mejillas. Él la tomó de la mano y la acercó hacia sí, deseoso de sentirla una vez más contra su cuerpo. La estrechó igual que durante el baile, ebrio de la sensación que le generaba su cercanía.

—Pero ¿has visto la luna? —le preguntó Lisavet con voz dulce, los ojos muy abiertos.

—No me hace falta —contestó él con un susurro, tocándole la mejilla—. Tú eres la luna.

Lisavet dejó escapar un aliento tembloroso. Ernest lo notó sobre la muñeca al acercarse un poco más a ella. Esa vez, la joven no lo detuvo. Sus labios eran cálidos y suaves y no se mostraron en absoluto tímidos al contacto con los de él. Lisavet espiró otra vez y

Ernest inspiró su sabor, deseando que todas las partes del cuerpo de la muchacha pasaran a formar parte del suyo. La besó una y otra vez, respirando a duras penas, hasta que se dejaron caer sobre la hierba. Hasta que ese recuerdo, como el anterior, acabó por desvanecerse. Lisavet los trasladó sin interrupción a otro, pues ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar que ese recuerdo novedoso que estaban creando llegara tan pronto a su fin. Ernest apenas fue consciente de que volvían a estar en Suiza, en el recuerdo de los padres de ella, en el hotel contiguo, antes de dejarse llevar de nuevo por el momento.

Se había equivocado, pensó mientras Lisavet deslizaba las manos bajo su jersey, siendo la primera que cedía al deseo mutuo de ir más allá. Había asumido que la manera en la que ella vivía, en recuerdos robados y momentos lejanos, era de alguna manera menos verdadera que la suya. Pero aquello era real. Sus labios, sus manos, la calidez de su piel contra la suya cuando le quitó el vestido, bajo la sábana que ella había tomado de la cama para cubrir sus cuerpos… Todo ello era más real que cualquier otra cosa que Ernest hubiera experimentado fuera del espacio-tiempo, y el desplazamiento y el desvanecimiento de los mundos pasados en los que entraban y salían no hizo más que exacerbar esa sensación de realidad. Él solo detuvo una vez su baile, en una pausa para posar unos besos arrepentidos en los moretones del cuello de la muchacha, allí donde el ruso la había estrangulado. Eran la demostración de que le había fallado, igual que el resto del mundo. Pero no volvería a pasar.

Tumbado junto a ella, Ernest recorrió con los dedos el largo pelo rubio que se derramaba sobre su brazo y realizó una promesa silenciosa: nunca más permitiría que le hicieran daño. Ni los demás

cronautas. Ni Jack. Ni, desde luego, él mismo. Por mucho que le costara el empleo. Se quedó dormido con el sabor de Lisavet aún en los labios, con la calidez de su cuerpo acurrucado y a salvo entre sus brazos.

Lisavet se apoyó en el codo para observar el rostro de Ernest mientras este dormía. Ella llevaba años sin hacerlo, ni siquiera en los recuerdos. Al parecer, su cuerpo había olvidado cómo. Pero verlo dormir era fascinante. Se maravilló con el suave ir y venir de su pecho, que tanto removía el interior del suyo. Llevaba años paseándose por todas las edades y épocas de la historia. Había estado en todas partes, pero pertenecía a un solo lugar: ese mismo, entre sus brazos.

A medida que pasaba el tiempo, comenzó a reparar en la sutil estela luminosa que flotaba encima de Ernest. Era como si unos granos de arena reluciente ascendieran hacia el techo. Le recordaron al cielo del espacio-tiempo, los zarcillos enroscados de luz que, según le había contado Azrael, eran pensamientos vivos en movimiento. Lisavet se dio cuenta de que debía de tratarse de los recuerdos recientes de Ernest, que se habían vuelto visibles, puesto que él se hallaba en el espacio-tiempo y su consciencia iba al encuentro del resto de su memoria. Se preguntó cómo serían. Recuerdos sin contaminar por la mirada retrospectiva, puros y sin adulterar. Estiró el brazo, preguntándose si podría verlos así. Si funcionarían igual que los paseos por el Tiempo. Rozó con los dedos los zarcillos brillantes. En vez de sumirse en el recuerdo, como era habitual, las imágenes del pasado comenzaron a reproducirse en el

aire, frente a ella, como una película borrosa. Vio los recuerdos como si un cristal esmerilado la separara de ellos y, para su sorpresa, no pertenecían al día que acababan de pasar juntos, sino a algo diferente por completo. Un despacho bien iluminado. Un hombre de rasgos toscos, sentado al otro lado de un escritorio, que lanzaba una pelota arriba y abajo.

«Me debes una actualización sobre la chica alemana, Ernest», le dijo con voz crepitante, como si saliera de una grabación mal registrada.

Lisavet retiró la mano, sorprendida. Bajó la vista hacia el rostro dormido de Ernest, preguntándose si no debía parar. Quizá él no quisiera que se enterara de eso… Pero la atracción del recuerdo era demasiado intensa. Había algo en él que hacía que se le erizara el vello de la nuca. Tras vacilar un instante, estiró el brazo y vio el recuerdo cobrar forma.

Al despertar, Ernest se encontró con que Lisavet ya no estaba a su lado. La habitación seguía a oscuras. Se estaba preguntando qué le había despertado en el momento en el que sus pantalones volaron por los aires y se estrellaron contra su cara. Soltó un gemido de sorpresa y se incorporó, las piernas aún enredadas en la sábana. Lisavet estaba parada frente a él, con un pie sobre ella. Se había vestido por completo, con el abrigo y todo. Sostenía el libro de recuerdos pegado con fuerza contra el pecho y sus ojos transmitían que se sentía traicionada.

Ella dio un paso al frente y le estampó el libro contra la cara.

—Ten —le dijo enérgicamente.

Ernest parpadeó.

—¿Q…?

—Toma —dijo Lisavet, y lo dejó caer sobre su regazo—. Es lo que quieres, ¿no? Es lo que te ha mandado a buscar tu jefe…

A Ernest se le cayó el alma a los pies.

—¿Cómo…?

—Lo he visto en tus recuerdos —dijo ella.

—¿Que has hecho qué?

—Creo que deberías irte —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas —. Agarra el libro y vete.

—No, Lisavet, puedo explicártelo…

Antes de que acabara de hablar, ella se volvió y salió furiosa al balcón. En su ausencia, la sábana lo traspasó. Se puso los pantalones como pudo e, ignorando el hecho de que no tenía ni idea de dónde estaba su jersey, corrió tras ella, dejando el libro en el suelo.

—Lisavet… —dijo al salir al balcón.

—¿Qué? —espetó la muchacha, volviéndose con expresión de rabia.

Ernest abrió la boca para hablar, pero de repente se dio cuenta de que sus actos eran del todo indefendibles. Los moretones en la cara de ella se habían agudizado durante la noche y verlos hizo que un nuevo sentimiento de culpa le revolviera el estómago.

—No importa. Ahora tienes el libro. No hay razón para que sigas jugando conmigo. Vete de una vez.

—No —dijo Ernest enérgicamente.

Ella giró sobre los talones.

—¿No?

—No pienso irme.

—De acuerdo, entonces me voy yo.

—No. —Ernest se interpuso en su camino, abriendo los brazos sobre la puerta.

—Apártate —espetó ella.

—No. Antes tienes que escucharme. Tienes razón, ¿vale? En un principio, cuando comencé a seguirte, fue porque Jack me lo había pedido. Estabas interfiriendo con las cosas. Él pensaba que eras peligrosa.

Lisavet soltó una risa burlona.

—Oh, sí, peligrosísima. Una niña que salva recuerdos para que unos hombres armados con pistolas y una falsa sensación de autoridad no los destruyan. Si quieres que comentemos cuál de los dos es peligroso de verdad, ¿por qué no nos fijamos en el que cumple a ciegas las órdenes que le dan sus superiores sin detenerse a pensar por sí mismo?

—Tienes razón, tienes razón —dijo Ernest de forma rotunda—. Ya me he dado cuenta de eso.

—Oh, ¿en serio? Entonces cuéntame algo: ¿fue idea de tu jefe lo de ponerme en ridículo?

Él dio un paso al frente y la tomó entre sus brazos pese a los esfuerzos de ella por esquivarlo.

—Lisavet, escúchame. Por favor…

—¡No! —gritó la muchacha, forcejeando para alejarse—. Confiaba en ti. Fuiste la primera persona con la que hablé después de varios años. Creía que te importaba.

—Claro que me importas. Nada de lo que… Ni el baile, ni el tiempo que hemos pasado juntos, ni anoche. Nada ha sido una mentira.

—No te creo.

—Te amo, Lisavet —dijo Ernest a la desesperada, sujetándola con más fuerza por los brazos.

—¿Que tú qué? —preguntó ella, y se quedó callada.

—Te amo. Llevo meses peleándome conmigo mismo por eso. Ha sido agónico. No quería que pasara nada de esto. Ya te lo dije ayer, lamento haberte conocido porque no he logrado más que hacerte daño. Ahora te has convertido en un objetivo, para otros y para mi jefe. Porque le hablé de ti. Porque fui lo bastante estúpido para pensar que no pasaría nada malo. Nunca he querido hacerte daño, tienes que saberlo.

—Te he escuchado hablar con él. Ibas a quitarme el libro.

—Sí, esa era la idea. Pero solo porque, si no lo hacía, Jack pensaba obligarme a sacarte del espacio-tiempo para poder interrogarte en persona.

Lisavet retrocedió todo lo posible. Ernest era consciente de que debía soltarle los brazos, pero no podía obligarse a hacerlo. Temía que, en ese caso, ella desapareciera de su vida para no volver más.

—¿Tú me harías eso? —preguntó ella en voz baja—. El espacio-tiempo es mi hogar, Ernest. El único hogar que me queda.

—No —contestó él, y supo al instante que lo decía en serio—. No podría. Quizá en su momento me sentí justificado por estar cumpliendo una orden. Pero eso se ha acabado. Te amo. Nunca haría nada que pudiera herirte.

—¿Y el libro?

—No lo quiero —contestó él al instante—. Escóndelo. Me inventaré una excusa. Le diré a Jack que me has dado esquinazo. Dimitiré. Haré lo que sea con tal de no perderte.

En el mismo momento en el que decía esas palabras, Ernest fue consciente de los numerosos fallos que contenía su plan. Pero no le importó. Estaba tan seguro de sí mismo, era tan poderosa la convicción de que deseaba protegerla, que estuvo a punto de creer que podría salirse con la suya. Lisavet estuvo mirándolo un rato largo. Los ojos que se habían convertido en la luna de Ernest, en su sol, en su mundo entero, estaban cargados de desconfianza. No podía soportarlo. Fue a la habitación a por el libro y lo apretó con fuerza contra las manos de ella.

—Toma. Escóndelo. A partir de ahí, ya iremos viendo. Pero confía en mí.

Lisavet vaciló, sus dedos se enroscaron sobre las tapas.

—Por favor… —dijo él, su voz apenas un susurro—. No puedo perderte.

Al fin, ella aceptó el volumen. Asintió con la cabeza.

—¿Puedo verte mañana? ¿Por favor? —preguntó él, consciente de que lo necesitaba. Consciente de que quizá ella no querría verlo nunca más

Lisavet tardó un instante en contestar; fueron los siete segundos más atroces de la vida de Ernest.

—Mañana —dijo.

Él exhaló, aliviado. Incapaz de contenerse, la estrechó entre sus brazos y la besó con fuerza. La profundidad del abrazo le permitió relajarse mientras se despedían. La vio partir, sintiendo que el peso de toda la situación se depositaba sobre él, y entonces regresó a su apartamento, el lugar donde estaba cuando le había dado cuerda al reloj. Era de día, ya había amanecido, y la luz del sol le hizo daño en

los ojos. Había pasado doce horas fuera. La noche seguía aferrada a cada centímetro de su cuerpo.

El calendario de pared decía que era el 4 de abril de 1949. Lunes. Ese día tenía una reunión con Jack. Otra reunión en la que se vería obligado a mentir. Pensó en el rostro amoratado de Lisavet. En el ruso que la había atacado. Se dio cuenta de que la solución a sus problemas se encontraba allí mismo. Mirándolo a la cara. Se duchó, aún aturdido, y preparó el desayuno. Se vistió de traje y corbata, y fue al trabajo a tiempo de encontrarse a las nueve en punto con Jack y ponerlo al corriente del ataque ruso. Iba a informarle de que Lisavet Levy había muerto.



8

Algún lugar del espacio-tiempo,

1949

Varios meses después de la noche que pasaron en el hotel suizo, Ernest le llevó a Lisavet un pequeño paquete envuelto con un lazo de color azul. En un primer momento, ella supuso que sería un libro. En los últimos meses habían dedicado casi todas las noches que pasaban juntos a pasear por la amplitud interminable de la historia antes de esconderse en algún lugar donde pudieran entregarse el uno al otro, y casi cada semana Ernest le había regalado algún libro de poesía. Lisavet memorizaba nuevas estrofas de la misma manera que había dedicado los once años anteriores a recordar miles de versiones alteradas de la historia.

Pero la mirada cohibida y nerviosa que le dirigió Ernest le indicó que no se trataba de otro libro de poesía.

—Me he pasado meses buscándolo —confesó—. Desde que me dijiste tu nombre.

Mientras abría la caja, un extraño zumbido pareció irradiar de ella. Al ver de qué se trataba, Lisavet lanzó un chillido. Era el reloj de bolsillo de su padre, viejo y broncíneo, con la pátina de la edad, transmitido de generación en generación durante más de un siglo. Lisavet se dejó caer al suelo, sosteniéndolo con ambas manos.

—¿Cómo lo has encontrado? —le preguntó.

—Intercambiando un montón de correspondencia con cronautas alemanes. Con algunas presiones. Con muchísimos sobornos. Es el suyo, ¿verdad?

—Sí. —Lisavet profirió un grito ahogado, y se aferró al reloj—. Es el suyo.

Casi le dio miedo abrir la caja, preguntándose si era posible que siguiera funcionando. Como si le hubiera leído el pensamiento, Ernest tomó el reloj de sus manos.

—Hice que un amigo que trabaja en nuestro servicio técnico le echara un vistazo. Aún funciona. —Hizo girar la corona en el lateral de la caja para demostrárselo.

Las manecillas del reloj cobraron vida de golpe, comenzaron a emitir su viejo y familiar tictac.

Lisavet contuvo el aliento, a la espera de que apareciera una puerta de algún tipo. Cuando eso no pasó, frunció el ceño.

—¿Aún… quiero decir si puedo usarlo para…?

—¿Para irte? —preguntó Ernest, dirigiéndole una sonrisa insegura.

—Digo hipotéticamente —se apresuró a añadir ella. La idea seguía aterrorizándola, sobre todo a la luz de las teorías de Ernest, pero la perspectiva de tener una elección hizo que se le acelerara el pulso de una manera por completo diferente.

—Podrías —confirmó Ernest.

Le dio cuerda hacia atrás varias veces, tal y como funcionaban todos los relojes de ese tipo, hasta que el tictac de los engranajes ganó intensidad. Su pulgar rondó la corona hasta que acabó por apretarla, y esta se hundió con un clic. A un par de metros de ellos se materializó una puerta de madera gastada, el espectro de un recuerdo lejano. Lisavet se quedó mirándola, sobrecogida, como si se tratara de algo más que una puerta: una entrada al pasado. Se preguntó adónde conduciría. Se preguntó si podría devolverla a casa. Pero las preguntas no tardaron en borrarse de su mente, pues recordó que, desde la última vez que lo vio, el reloj había pasado diez largos años al servicio de los soldados nazis. A saber el número de puertas que había abierto durante ese tiempo. A saber adónde la conduciría esa puerta en concreto.

Ernest le puso el reloj en la palma de la mano y le besó los nudillos sin decir nada; al parecer había entendido de forma tácita lo que ella pensaba. Vieron desaparecer la puerta juntos, las manos unidas con el reloj entre ambas.

Ese mismo día, Ernest le dio también un arma. Un revólver plateado que le cabría con facilidad en el bolsillo del abrigo. El incidente con el ruso seguía grabado a fuego en las profundidades de la cabeza de Lisavet, que sostuvo el arma con dedos temblorosos. Ernest le enseñó a usarla, le advirtió que debía tener cuidado con ella y no volvió a mencionarla.

A partir de ese momento, Lisavet llevó tanto el reloj como el revólver consigo en todo momento, y contaba las horas entre una visita y la siguiente. A veces, mientras los meses seguían corriendo y el año pasaba a ser 1950, soñaba despierta con la posibilidad de abandonar el espacio-tiempo, pero a la vez era consciente de que no

podría hacerlo nunca. Ernest le había contado sus teorías sobre la razón por la que podía tocar las cosas cuando salían a pasear por el Tiempo. Sobre la razón por la que podía ver sus recuerdos. Él lo llamaba «desplazamiento temporal». Una parte de ella se maravilló ante la idea de que el Tiempo ya no formara parte de su ser. De que no pudiese controlarla. Parada, inmóvil en el espacio-tiempo, Lisavet seguía notando su presencia, podía identificar sus susurros sutiles igual que cuando era niña. Se dio cuenta de que seguía hablándole, con la diferencia de que ella había pasado a comprender lo que le decía. Y podía contestarle, también en susurros.

La teoría de Ernest le concedió una nueva forma de libertad. Comenzó a poner a prueba los límites del Tiempo y pasó a dominarlo con una destreza tal que dejó de necesitar los libros para pasear por él. No tenía más que pensar. Conjuraba un lugar o un recuerdo en la cabeza y este aparecía frente a ella. Pero nunca lo hacía delante de Ernest, no quería que se alarmara.

La primera vez que se agregó a un recuerdo lo hizo por accidente. Estaba en la antigua Grecia, en una escena que había tomado de un libro. Frente a ella, un grupo de pastores conducía un rebaño de ovejas hacia lo alto de la colina, hablando y riéndose. Había acudido allí por el sol y el mar, y para saborear uno de los albaricoques que crecían en ese lado de la isla. Se sentó a la sombra, con el reloj en una mano y una fruta en la otra, y vio que un corderito se alejaba del rebaño con paso inseguro, tropezaba con unas piedras y caía sobre el lomo. Se rio al escuchar los balidos de indignación.

El animal levantó las orejas al oírla y la miró. Convencida de que se lo había imaginado, Lisavet cortó otra fruta del árbol y la mordió, sin preocuparse en lo más mínimo. El cordero se le acercó,

titubeante. Ella estiró el brazo, más por curiosidad que por cualquier otra razón, y se sorprendió al ver que el animal pegaba el suave hocico a la palma de su mano. La lengua, cálida y húmeda, real, lamió el jugo del albaricoque. Ella soltó un gritito y se retiró, asustada. Nunca había tenido la capacidad de tocar a un ser vivo dentro de un recuerdo, solo objetos.

Uno de los pastores, un muchacho, bajó corriendo la colina en busca del cordero perdido y se detuvo de golpe, mirándola.

—Veo que has encontrado a mi cordero —le dijo en griego.

Lisavet se quedó paralizada. Le estaba hablando a ella. Con una sonrisa. Se le cayó el albaricoque de la mano y se sacudió el recuerdo de encima. Se sintió agradecida al ver que las estanterías seguras y silenciosas del espacio-tiempo volvían a rodearla. El libro que había usado para entrar en el recuerdo había cambiado. Algunas de sus páginas se transformaron en polvo bajo su mano. Desaparecieron.

Pasó dos veces más antes de que comenzara a ser consciente del patrón que seguían esos incidentes. El suave silencio del Tiempo que parecía envolverla en el instante anterior a que el recuerdo se abriera y le permitiera la entrada. En ambos casos pasó lo mismo, un puñado de páginas quedó destruido. Se prometió a sí misma que no volvería a hacerlo, pero a la tercera ocasión lo oyó llegar y se introdujo en él, pues quería poner a prueba su teoría. Esa vez, al salir del recuerdo, vio que la segunda parte del libro se desintegraba entera entre sus manos. Se dio cuenta con un estremecimiento de que estaba alterando el Tiempo. Y, al alterarlo, lo destruía.

«Nunca más», se dijo. Y esa vez lo dijo en serio.

Jack se había tragado la mentira de Ernest sin el menor problema. No había sido tan difícil. Un cronauta ruso la había agredido. Fue sencillo demostrarlo. Atraparon al hombre unas semanas después, lo sacaron a rastras del espacio-tiempo y lo sometieron a un interrogatorio riguroso. Él admitió de inmediato lo que había hecho y aseguró que Lisavet lo había dejado inconsciente de un golpe. No sabía lo que había sido de ella, pero, cuando Ernest sugirió que quizá la había matado, no lo rechazó. Ernest les dijo que había encontrado el cuerpo con el cuello amoratado y la laringe aplastada en grado suficiente para que la muchacha se hubiera asfixiado poco a poco después de escapar de su agresor. Redactó un informe completo y se lo remitió a Jack. Cada una de sus palabras lo condujo a la náusea.

—Pues es una auténtica lástima —dijo Jack—. Nos habría ido bien tenerla.

Ernest no dijo nada. Se quedó pensando en los alaridos del cronauta ruso mientras le extraían la información.

No le contó a Lisavet lo que había hecho para obtener la libertad de ambos. Los dos estaban enamorados, tan cegados por sus sentimientos mutuos que cualquier otra cosa les parecía insignificante. En lo más profundo de su ser, no obstante, Ernest era consciente de que, en realidad, sus mentiras no les habían dado la libertad, sino tiempo. Disponían de él en mayor cantidad, pero nunca sería suficiente. Al final, este acabaría atrapándolos.

Ese miedo se reflejaba con claridad en su rostro, por mucho que intentara ocultarlo.

—¿Por qué siempre pareces estar tan triste? —le preguntó Lisavet un día.

Estaban tumbados en un bosque en alguna parte de Rusia, contemplando la primera nevada del invierno de 1745. Ernest había extendido su abrigo en el suelo para que pudieran sentarse los dos y estaban muy pegados. Tanto que él oía el tictac del reloj en el bolsillo de ella. Ernest había estado observando la caída de la nieve contra el cielo negro como la tinta, pero Lisavet lo había estado observando a él. Mirando la manera en que su mirada parecía volverse sombría y cambiar hasta que traspasaba lo que tenía frente a ella para perderse en un lugar muy lejano.

—¿Lo parezco? —preguntó.

—A veces. Cuando todo se tranquiliza, es como que te vas a otro sitio.

Ernest hizo una mueca. Su madre solía decirle lo mismo cuando volvió de la guerra.

—Se le llama pensar.

—Entonces, ¿en qué piensas y por qué hace que tengas esa expresión?

«Pensaba en la posibilidad de perderte. En todas las mentiras que he contado para que podamos estar aquí, de esta manera. Pensaba en lo que pasará cuando lo descubran».

Decidió contestar a la pregunta sin entrar en detalles para no tener que hablar sobre las ideas que tenía en la cabeza en ese momento.

—Pensaba, nada más. ¿Por qué nunca visitas recuerdos más cercanos al presente?

Era algo que se había preguntado siempre. Al margen del recuerdo neoyorquino al que él la había llevado, Lisavet nunca había estado en episodios posteriores a 1938.

—Pues porque no. La verdad es que no quiero saber lo que le ha pasado al mundo desde que lo abandoné. La idea de que todo lo que amé pueda haber desaparecido, o peor, que haya sido alterado porque no pude salvar esos recuerdos de los cronautas… —Se interrumpió y levantó la vista hacia la nieve que caía—. En el pasado me siento más segura. Todo se ha acabado ya.

Pese a las fallas evidentes en su razonamiento, Ernest tuvo que darle la razón. A veces, cuando se despertaba de una pesadilla en la que había visto morir a sus amigos o volvía a pasearse por los campos de concentración el Día de la Victoria en Europa, deseaba no haber ido nunca a la guerra. Poder sacarse todo eso de la memoria y olvidarlo. Respecto al otro apartado…, bueno, ni siquiera él podía saber qué fragmentos de su mundo se habían alterado sin que él lo supiera. Pensó en Ezekiel Levy y en lo poco que quedaba de su memoria. Su identidad al completo había sido robada y destruida. Si Lisavet no deseaba saber todo lo que había ocurrido, ¿quién era él para decir nada? ¿Quién era él para destruir los escasos recuerdos preciosos que tenía de su vida previa al espacio-tiempo?

Ernest había comenzado a preguntarse hasta qué punto cronautas como él habrían alterado su propia vida. A veces, Lisavet mencionaba algo que él mismo había olvidado. Figuras históricas que habían sido eliminadas. Detalles de un acontecimiento que se había alterado, y algunos de ellos habían tenido lugar durante su propia vida. Al principio le horrorizó constatar que ella podía recordar las cosas que alguien había borrado. Se sintió incluso receloso. La reacción instintiva de un soldado que descubría una filtración entre sus filas.

Al poco, ese horror se tornó en frustración, y acabó transformándose en algo bastante parecido a la vergüenza. Él también comenzaba a darse cuenta de que no solo perdían el recuerdo, sino también la verdad. A veces, cuando se encontraban en el espacio-tiempo, él le llevaba las páginas de un libro que le habían ordenado eliminar y le pedía que las guardara. En esos casos, Ernest no decía gran cosa, se limitaba a entregarle las páginas mientras lidiaba con la culpa y con un nuevo sentido del dolor que poco a poco iba reemplazando al antiguo.

Después de la visita a Rusia, al volver a su apartamento, Ernest vio que las luces del salón estaban apagadas. Exhausto, se pasó una mano por la cara y miró el reloj. Era casi medianoche. Había estado en el espacio-tiempo con Lisavet desde la hora de la cena. Salió a la cocina a oscuras con un traspié. Mientras manoteaba en busca del interruptor de la luz, oyó el clic de la lámpara al otro lado del salón.

Jack estaba en su apartamento. Tenía una mano en el interruptor de la lámpara y con la otra sujetaba una libreta negra abierta por la mitad.

—Buenas noches, Ernest —dijo el hombre con tono seco y pagado de sí mismo—. Todo un detalle que hayas hecho acto de presencia.

—¿Qué haces en mi apartamento? —espetó él.

—He venido a ver cómo estabas —contestó Jack, que cerró la libreta de golpe, con un restallido, y la dejó sobre la mesa de centro.

—Es tardísimo para ir haciendo visitas.

—Tenemos que hablar.

—¿Y no podía esperar? —preguntó Ernest. La sorpresa inicial estaba cobrando la forma de un nudo en el estómago.

—¿Recuerdas la declaración de los objetivos fundamentales del pec? —inquirió Jack, buscando un tono condescendiente.

Pues claro que la recordaba. La había redactado su propio padre.

Jack no le dio la oportunidad de contestar.

—«Proteger, preservar e inmortalizar los intereses de la humanidad en el seno de la memoria colectiva de la historia. Erradicar las ideologías contrarias a la democracia y defender los valores auténticos en el reino temporal…». Por eso hacemos lo que hacemos. Para evitar que venga otro Hitler a diseminar sus ideas. Para evitar que se repita una guerra como esa en la que tú y yo combatimos.

—Ve al grano, Jack —espetó Ernest, impaciente.

El hombre metió una mano en la americana y sacó una hoja de papel.

—Charles Lambert. Beverly Hawkins. Melvin Caldwell. Ralph Newton. —Hizo una pausa y puso la hoja en alto para que él la viera —. ¿Te suena alguno de esos nombres?

Ernest crispó el ceño. No contestó.

—Son nombres de personas cuyos recuerdos tenías que eliminar. Solo que no lo hiciste…, ¿verdad?

De repente, Ernest lo comprendió todo. Le habían dado esos nombres meses antes para que los destruyera y, después de revisar el contenido de sus recuerdos, se los había llevado a Lisavet para que ella los escondiera.

—Se me habrán pasado por alto. Lo solucionaré por la mañana —dijo, intentando fingir que no pasaba nada.

Jack soltó un suspiro prolongado.

—Siempre has sido el cronauta más riguroso de nuestra plantilla. Si me dijeras que se te ha pasado un nombre, quizá te creería. Pero no es solo uno. De hecho, hemos comenzado a observar un patrón.

—¿Habéis? —preguntó Ernest, sintiendo la punzada de un mal augurio.

Jack ignoró la pregunta y dejó la lista sobre la mesa de centro, al lado de la libreta que había estado leyendo, lo que dirigió la atención de Ernest hacia ella. Se dio cuenta, horrorizado, de que era suya. Se trataba de la libreta que usaba para registrar todas las visitas que le había hecho a Lisavet desde el principio. La había dejado en el escritorio de su habitación. Y eso implicaba que Jack había visto también todo lo que había en ella. Las anotaciones sobre la afección de Lisavet. Las demás cartas de la tienda de Núremberg. Los registros que había solicitado sobre su familia, sobre su historia, sobre ella.

Jack se pasó la mano por la cara con gesto cansado. Parecía un maestro a punto de regañar a un alumno desobediente.

—Les pedí a Brady y a Collins que te vigilaran cuando volvieras a ir al espacio-tiempo y… nunca adivinarás a quién vieron a tu lado.

A Ernest se le secó la boca.

—Jack…

—Me has mentido, Ernest —lo interrumpió el hombre. Su voz comenzaba a traslucir rabia, su tono era cortante como el filo de un cuchillo—. La chica alemana sigue viva. Lisavet Levy. Se llama así, ¿verdad?

—Jack, yo…

—He leído lo de vuestra relación en tu diario. En vez de cumplir con tu deber, decidiste prolongar la luna de miel contándonos a

todos que estaba muerta.

—¡No representa ninguna amenaza! No es culpa suya que se quedara atrapada allí. Yo solo he intentado proteger a una chica inocente para que no le hicieran daño.

—¿Que no representa ninguna amenaza? Ha estado interfiriendo en nuestra misión. Salvando recuerdos que intentábamos destruir, haciendo que mientas por ella. Una chica que puede pasearse por los recuerdos del pasado y sacar objetos de la historia… He leído tus notas sobre la «afección» que padece. Si crees que una chica así no representa ninguna amenaza, eres más idiota de lo que pensaba.

—Jack, por favor… —dijo Ernest, tembloroso—. Salva recuerdos, pero no es lo que tú crees.

El hombre soltó una risa burlona.

—No me importa por qué lo hace, y a ti tampoco debería importarte. Es la hija del último hombre que supo hacer relojes con los que se pudiera acceder al espacio-tiempo. Me apuesto algo a que guarda esa información en el libro. Y aquí estás tú, dejando que se pasee en libertad con unos secretos que podrían cambiarlo todo. Ese hecho, junto con tus teorías sobre su afección… Hay que pararle los pies.

Ernest se quedó pálido. Sabía adónde quería ir a parar.

—No, Jack. Si has leído mis notas ya sabes que… que si la sacas de allí podría morirse.

—Después de todos los problemas que nos ha causado esa chica, tienes suerte de que no mande a alguien a pegarle un tiro directamente.

—Ha sido por mi culpa —dijo Ernest, apretando los puños—. Ella no ha hecho nada. No fue idea suya.

—Tienes razón, tú eres el culpable. Así que tú vas a solucionarlo. A juzgar por tus notas, parece que tienes muy buena relación con ella. Ningún otro cronauta ha llegado siquiera a verla de cerca, mientras que tú sales con ella cada dos noches. Así que serás tú quien la saque de allí.

Ernest apretó los dientes.

—Ni hablar.

—Me imaginaba que dirías eso —dijo Jack con suficiencia—. Pero verás… Si no lo haces, no me limitaré a acabar con tu carrera. Yo mismo me pondré en contacto con el director de la cia y le informaré de que el hijo de Gregory Duquesne, el chico prodigio del pec, ha estado cometiendo traición delante de nuestras propias narices.

Por un instante, Ernest deseó desafiarlo a que lo hiciera. Escupirle en la cara y presentar su dimisión acto seguido, y al diablo con las consecuencias. Pero entonces pensó en su madre, y en lo que algo así significaría para ella. Pensó en Lisavet, a quien sacarían a rastras del espacio-tiempo por mucho que él se negara. Tenía que jugar bien sus cartas. Conseguir un poco de tiempo. No dijo nada, pero Jack pareció reconocer la resignación en su mirada. Le dio una palmada en el hombro. Con fuerza.

—Buen chico —dijo con una sonrisa malvada—. Te doy una semana para que la convenzas de que salga antes de mandar a alguien a por los dos.

Ernest no había tenido nunca tantas ganas de pegarle un puñetazo. Jack se volvió para buscar la libreta negra y salió del apartamento.

Luego, al volver al dormitorio, Ernest vio que las notas no estaban sobre el escritorio. Quizá Jack se las había llevado como prueba.

Para tener algo con que amenazarlo. Todo había desaparecido. Hasta el último trozo de papel, hasta la última teoría. El escritorio estaba vacío, desolado. Como si ya hubieran arrancado a Lisavet de su vida

La noche siguiente, Ernest llegó pronto. Lisavet estaba ocupada doblando un nuevo grupo de páginas para meterlo en su libro de recuerdos. Al verlo llegar se apresuró a meter el libro en el bolso, con la esperanza de que él no se hubiera dado cuenta. Ya lo devolvería a su escondrijo más tarde, se dijo a sí misma, y le sonrió… hasta que vio la expresión de su rostro.

—Ernest, ¿qué…?

Él la interrumpió empujándola contra una de las estanterías para besarla con una intensidad rayana en la violencia. Lisavet casi pudo saborear la energía frenética que derramaba su boca.

—Ernest, ¿te pasa algo?

Él pegó la frente a la de ella, los ojos cerrados.

—Sé que hoy íbamos a visitar el carnaval de Brasil, pero ¿no podríamos ir a un lugar más tranquilo? Tengo… tengo que hablar contigo.

La joven asintió con la cabeza y le tomó la mano. Él se la apretó con más fuerza de lo normal, como si Lisavet pudiera escapársele. Fueron directamente al hotel suizo. Ernest no se inmutó cuando ella los condujo hasta allí sin necesidad de usar un libro. De hecho, ni se dio cuenta. Le soltó la mano y comenzó a pasearse de aquí para allá delante del hogar.

—¿Qué pasa? —preguntó Lisavet.

—Si te pidiera que te marches del espacio-tiempo conmigo, ¿lo harías?

Ella retrocedió un paso, sorprendida.

—¿Marcharme del espacio-tiempo? ¿Para ir adónde? ¿A Estados Unidos, contigo?

—No. Dios, no. Allí no. A otra parte. A cualquier otra parte. Adonde tú quieras ir.

—Pero… pensé que habías dicho que no podía salir…

—No sé si puedes o no. He estado intentando averiguarlo. Hoy he dedicado el día entero al tema. Y creo que es posible. Naciste fuera de este lugar. Guardas recuerdos del exterior lo mismo que del interior, así que, en teoría, tendrías que ser capaz de adaptarte. Bien, no estoy seguro al cien por cien, y quizá tardes un tiempo en recuperar la normalidad, pero…

—Eh, eh… Frena un poco. ¿De dónde sale todo esto?

Los ojos de Ernest transmitían miedo, algo que Lisavet nunca había encontrado antes en ellos.

—Solo dime que te lo pensarás.

—Pero… ¿por qué ahora? ¿Y por qué no podemos volver? ¿Dónde viviríamos?

—Juntos —contestó Ernest de inmediato. Se acercó a ella, tomó sus manos y se llevó una a los labios—. Estaríamos juntos. Podríamos comenzar una vida los dos. Tú y yo. Es lo único que deseo, Lisavet. Una vida a tu lado, siempre a tu lado. Dios… No lo estoy haciendo bien, ¿verdad?

—No te entiendo.

Ernest cerró los ojos. Respiró hondo.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Lisavet. Que salgas de este lugar y te cases conmigo.

A ella le dio un vuelco el corazón. Pero había algo más que él no quería contarle.

—Ernest, ¿qué pasará con tu trabajo? ¿Y con tu vida?

—Olvídate de eso. No podemos volver allí.

—¿Ha pasado algo?

—No. No. No ha pasado nada. Todo va bien.

—Entonces, ¿por qué toda esta charla sobre marcharnos? ¿Por qué de repente quieres que huyamos?

Siguió una pausa, larga y dolorosa.

—No te lo puedo decir —contestó él.

—¿Por qué no?

—Porque he metido la pata. Pensaba que lo tenía controlado, pensaba que me había ocupado del problema, pero… me equivoqué.

—¿Te has metido en un lío?

—Sí —dijo él, exhalando tensión—. Y tú también.

Lisavet retiró las manos, asustada.

—¿Yo?

—Los dos. Lo siento, Lisavet. No quería que pasara esto, pero ya no estamos a salvo. Ya no estás a salvo.

—Este es el lugar más seguro del mundo para mí, Ernest. No puedo marcharme.

—Sé que tienes miedo —dijo él, dando un paso hacia ella—. Créeme, lo sé. Pero no podemos quedarnos aquí, y tampoco podemos volver a Estados Unidos. Vendrán a por ti. A por los dos. Tenemos que irnos a algún sitio donde no se les ocurra buscarnos.

Lisavet escudriñó su rostro, asimilando la desesperación de sus ojos.

—Por favor, Lisavet… —dijo él en un susurro.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

Ernest no contestó de inmediato, y ella lo comprendió. No disponían de tiempo. Él necesitaba una respuesta esa noche. Lisavet deseó poder detener el tiempo para concederse unas horas y pensar. Se dio cuenta con amargura de que era probable que Ernest tuviera razón al decir que podría salir de allí. El Tiempo no se había olvidado por completo de ella. Seguía corriendo demasiado, igual que con el resto del mundo. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo, con el escozor de las lágrimas en los ojos—. De acuerdo, me iré contigo.

Ernest exhaló, aliviado, dejando caer los hombros.

—Gracias a Dios.

—Pero aún no. Dame unas horas. Por favor.

Las necesitaba para despedirse. Del espacio-tiempo. De Azrael. De los recuerdos de sus padres, que quizá no volvería a ver más.

Ernest asintió.

—Por supuesto. Sí, claro que sí.

Él la besó con dulzura y ella lo atrajo hacia sí, llevó la otra mano a los botones de su camisa. El frenesí se había adueñado de ella también. La desesperación se había trasladado a sus besos. Se estrecharon el uno contra el otro y Lisavet se aferró a Ernest, buscando consuelo en los contornos ya familiares de su cuerpo. Él la abrazó con fuerza y hundió la cara en su cuello, susurrando una y otra vez:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento.

«Te amo, te amo, te amo», recitaba ella en silencio, a modo de respuesta.

Cuando Ernest se quedó dormido al fin, exhausto por no haber pegado ojo en dos días seguidos, Lisavet salió al balcón. Levantó la vista hacia la luna y la posó a continuación en la calle bajo ella, donde sus padres bailaban camino del final de la noche. Si se iba, perdería esa imagen. Lo perdería todo, quizá para siempre. En el mundo real no había paseos por el Tiempo. No existía ningún pasado. Solo había presente y el avance incesante del Tiempo.

De repente, Lisavet se sintió como si tuviera once años, y se dio cuenta de que la última vez que había sentido tanto miedo fue justo a esa edad. ¿Cómo podía marcharse? ¿Cómo podía darle la espalda al espacio-tiempo cuando aún había cronautas que quemaban recuerdos sin remordimiento y borraban las mejores partes del pasado? ¿Cómo podía perder todo eso para pasarse el resto de su vida enfrentada a un futuro que desconocía? La historia en su conjunto era susceptible de sufrir el capricho de los cronautas; todos los recuerdos que había apreciado, bajo presión, podían verse alterados en cualquier momento. Comenzó a dejarse llevar por el pánico y de repente deseó no haber aceptado nunca la propuesta de Ernest.

En la habitación contigua, él respiraba de manera irregular, y ella se volvió para ver el flujo de recuerdos que como polvo de estrellas se elevaba hacia el cielo. Se acercó a tocarlos, deseosa de revivir los momentos que habían pasado juntos durante el último año y medio. Pero vio algo diferente. Otros recuerdos en los que no salía ella, pues pertenecían a la vida de Ernest fuera del espacio-tiempo. Eso

era lo que recordaba en ese momento. No a Lisavet y el futuro que tendrían juntos, sino su pasado sin ella. La vida que iba a dejar atrás. Vio a su madre sonriéndole, dirigiendo una mirada de adoración a su único hijo. A su hermana rebelde. A sus primos. A los compañeros de trabajo que le caían bien y a los que no. Vio todos los momentos de paz en los que ella no había podido tomar parte. La lectura del periódico durante el desayuno en compañía de su hermana. Las hojas otoñales camino del trabajo. Las flores que se abrían en el jardín trasero de la casa de su madre.

Le dolía verlos, no porque fueran tristes, sino porque Ernest iba a perderlos. Esos instantes de paz familiar dejarían de existir si se iba con ella. Su madre. Su hermana. Nunca sabrían lo que había sido de él. Lisavet se retiró de los recuerdos. Se dio cuenta de que estaba llorando y se secó las lágrimas. La vida de Ernest sin ella era mucho más plena que la de Lisavet sin él. Y estaba dispuesto a perderlo todo. Por ella. ¿Y cómo sería su futuro? Dos fugitivos sin nombre, sin hogar, desligados no solo del Tiempo, sino también del mundo entero. Esa existencia le parecía bien para ella, pero no la deseaba para Ernest. Él, que tenía una madre y una hermana, y tanto que perder.

De repente supo lo que debía hacer. Sacó del bolso el último libro de poesía que le había regalado. Con una mueca de dolor, arrancó unas páginas de la parte de atrás. Un conjunto lo bastante grueso para cubrir un año y seis meses de tiempo. Se volvió para mirar a Ernest, se detuvo a apartarle los rizos cobrizos de la cara. Él se removió, abrió un poco los ojos.

—¿Lisavet?

—Shhh… —le dijo ella, sonriendo pese a las lágrimas—. No pasa nada. Vuelve a dormirte.

Su mirada cansada recorrió su rostro.

—De verdad eres la luna —le dijo en un susurro.

Ella se inclinó hacia delante para besarle los labios con suavidad. «Te amo, te amo, te amo».

Ernest volvió a quedarse dormido. Lisavet se obligó a apartar la mirada de él para concentrarse. Estiró el brazo de nuevo, con una mano sobre las páginas, repitiendo lo que había visto hacer a tantos cronautas a lo largo de los años. Entró en los recuerdos de Ernest y buscó todos aquellos en los que aparecía ella; fue extrayéndolos uno por uno y depositándolos en las páginas. El baile en Nueva York. El beso en el prado. La rosa roja que le quiso ofrecer y que él no tomó. Hubo ciertas cosas que no pudo eliminar por completo. Él seguiría sabiendo pasear por el Tiempo, pero ella no aparecería en ninguno de los lugares que visitaron. Eliminó su propia cara, su nombre, toda su existencia, de su mente. No podían condenarlo si él no la recordaba. No podían separarlos si ella no había existido nunca.

Al acabar, sostuvo las páginas con ambas manos, fascinada a la vez que desconsolada por el escaso espacio que ocupaban entre su pulgar y su dedo índice. Un año y medio no era nada en comparación con toda una vida de recuerdos, y, sin embargo, tenía la sensación de estar sosteniendo el mundo entero. Las introdujo para que quedaran a salvo en su libro de recuerdos, dedicándoles un lugar especial hacia el principio, cerca de los recuerdos de su padre, donde había comenzado todo.

Ernest se quedó durmiendo en la habitación a oscuras, respirando con más facilidad después de que le borrara de la mente todas las

razones que le provocaban ansiedad. Lisavet siguió parada ante él unos instantes más, consciente de que tenía que irse antes de que se despertara. Consciente de que ya no era nadie para él. Ni siquiera un fantasma. Levantó el bolso del suelo, se extrajo del recuerdo y regresó al silencio solitario del espacio-tiempo.

Al día siguiente, cuando se despertara, Ernest asumiría que se había quedado dormido mientras paseaba por el Tiempo. Estaría aturdido y confuso. Se pondría en pie. Quizá pasaría unos instantes más dentro del recuerdo. Quizá vería desde el balcón a la pareja que tomaba café en el bar al otro lado de la calle. Al final se marcharía. Se iría a trabajar, y sin duda se encontraría con algún problema en la oficina; Lisavet había visto el recuerdo del enfrentamiento con su jefe y se lo había quitado también. Sería una situación embarazosa. Quizá un tanto violenta. Pero, si Jack Dillinger era listo —y Lisavet lo daba por sentado por el miedo que tenía Ernest a lo que pudiera hacer—, acabaría dándose cuenta de que era verdad que él no recordaba nada. Que uno de sus cronautas, un hombre que se encargaba de mantener y eliminar recuerdos, había sido enviado a capturar a una chica que vivía desligada del Tiempo y había regresado despojado de algunos de sus propios recuerdos. Haría encajar las piezas. Dejaría de hacer esas preguntas que Ernest no podría contestar. Los dos pasarían página. Ernest sobre todo: su vida continuaría igual que siempre. Sin ella.

Y ella también seguiría adelante, cargando en secreto con las páginas de sus recuerdos. Lo recordaría durante un período de tiempo mucho mayor que el que habían pasado juntos. Y, al verlo pasar frente a ella por el espacio-tiempo, le diría por siempre entre susurros:

«Te amo, te amo, te amo».



9

Boston, Massachusetts,

1965

Amelia volvió a entrar en el espacio-tiempo el día después de la visita a James Gravel. Fue avanzada la tarde. Moira y ella se habían pasado la mayor parte del día hablando. Amelia quería hacerle preguntas, pero no confiaba en las respuestas que pudiera darle la mujer. Quería conocer la verdad de primera mano. Desde la perspectiva de su tío. Pensaba encontrar sus recuerdos, por mucho que eso la obligara a ser testigo de su muerte.

Después de hacer girar la corona del reloj, se quedó parada en el umbral de la habitación de su tío, la mano puesta sobre el pomo. En la otra tenía un cuchillo de cocina. Entrar en el espacio-tiempo sin algo con que protegerse había dejado de ser una opción.

Tragó aire una última vez y dio un paso al frente. El silencio la engulló al instante. Se adentró en la oscuridad, vio desaparecer la luz que se colaba por debajo de la puerta y las sombras se proyectaron sobre ella, procedentes de todas las direcciones.

Moviendo el cuchillo en la mano, avanzó con pasos precisos y cautelosos.

—¿Ya has vuelto?

Amelia dio un salto, asustada, y levantó el cuchillo por instinto. El recuerdo que se había comportado de manera tan extraña la vez anterior acababa de materializarse justo detrás de ella, y su sombra brillante se arrastraba por el aire.

—Tranquila… Si actúas así vas a asustar a los muertos —dijo, con una voz grave que podría haber sonado agresiva de no ser por las risas que ocultaba—. Algunos hemos muerto en el extremo de uno de esos, ¿sabes? —Señaló el cuchillo.

—Lo siento —dijo Amelia, escondiéndolo.

—¿Sigues buscando ese libro?

—En realidad, busco los recuerdos de mi tío.

—Ahhh, sí. Ernest Duquesne.

—Sí, él. ¿Puede ayudarme?

El espectro negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Amelia dejó escapar un suspiro de frustración.

—Genial, gracias.

Comenzó a volverse, pero el recuerdo le dijo:

—¿No tendrías que estar buscando el libro?

—Bueno, sí. Pero supongo que tampoco querrá ayudarme con eso…

Él le dirigió una mirada de confusión y Amelia sintió un fuerte deseo de golpearlo. De no ser porque se trataba de un fantasma…

—Estoy seguro de que lo averiguarás.

Amelia lo fulminó con la mirada.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—La gente me llama Azrael.

—¿La gente?

—Bueno, una persona. —Ladeó un poco la cabeza, los ojos entornados—. Intenta escuchar.

—¿Escuchar qué?

—Los recuerdos. Los recuerdos hablan. Así que escucha.

—¿Qué debo oír?

Él se encogió de hombros, con pocas ganas de ayudar, y ella frunció el ceño. No pensaba facilitarle las cosas, pero no pasaba nada. Ya lo averiguaría por su cuenta. Giró sobre los talones y se puso a escudriñar los estantes en busca de algún color azul mientras se mantenía alerta por si aparecía el espectro de su tío. Aunque sabía que no era prudente, aguzó el oído. En busca de pasos. De ruidos. De cualquier cosa que le indicara que se encontraba en el camino correcto.

Entonces, de repente, los oyó. Unos susurros. Un runrún lejano. Como si mil voces hablaran por lo bajo a la vez. Se detuvo, el corazón acelerado. Volvió a oírlo a la izquierda: un ruido que sonó casi como su nombre. ¿Era eso a lo que se refería Azrael? ¿Debía seguirlo? Se dirigió hacia el sonido. Cuanto más avanzaba, mayor era el volumen de las voces. Sonaban cada vez más alto, pero en apariencia no se acercaban. Tuvo la seguridad de que, si seguía en movimiento, si no dejaba de seguirlas, al final acabaría atrapándolas.

Giró una esquina y se detuvo en seco. A poca distancia, agachada entre dos estantes, había una persona. Un joven hecho de carne y hueso, no de las sombras transparentes de los recuerdos. Amelia se escondió a la vuelta de la esquina. Los susurros misteriosos seguían

sonando en sus oídos. Desde su posición, a duras penas podía ver los rasgos marcados y el cabello ondulado de Anton Stepanov, que tenía la cabeza inclinada sobre un libro. Lo sostenía con mucho cuidado, envolviéndolo en un trozo de muletón andrajoso. Antes de que lo ocultara, Amelia entrevió la portada: era de piel azul oscuro y tenía una flor grabada en el centro.

Profirió un grito ahogado. Anton levantó la cabeza de golpe y ella se escondió detrás del estante, con el corazón martilleándole en el pecho. Siguió un crujido, luego unos pasos. Amelia dobló la esquina, aterrorizada, y contuvo el aliento hasta que lo oyó pasar de largo. No se atrevió a moverse hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció; salió al pasillo y fue directa al lugar donde él había estado acuclillado. Con manos temblorosas, sacó el libro envuelto del estante más bajo y retiró la tela para mirar la flor grabada en la portada. ¿Por qué lo había dejado allí? El volumen estaba raído y maltrecho, pero las páginas se hallaban intactas. De repente, un susurro brotó de su interior, firme como el latido de un corazón. Estaba abriendo las páginas cuando oyó que una voz le decía:

—Me había parecido oír a alguien.

Amelia se puso en pie de un salto, el libro en la mano. Anton estaba parado al final del pasillo, observándola con una marcada expresión de curiosidad en la cara.

—Veo que has vuelto pese al susto —bromeó.

Mostraba una ligera sonrisa, su postura era relajada e indiferente.

Amelia retrocedió un paso. En su cabeza no dejaba de repetirse una sola palabra:

«Asesino. Asesino. Asesino».

Él frunció el ceño.

—¿Te pasa algo? —le preguntó, y paseó la mirada entre el libro que ella tenía en una mano y el cuchillo de la otra—. ¿Qué haces? —preguntó, dando un único paso al frente.

Amelia echó a correr. Con el libro pegado contra el pecho, recorrió a toda velocidad el pasillo entre las hileras de estanterías.

—¡Eh, espera! —le gritó Anton—. ¡Para! ¡No vayas por ahí!

Sus pasos sonaron veloces y pesados. Amelia sujetó el cuchillo con torpeza mientras llevaba la mano al reloj. Corrió entre las filas tan rápido como pudo, ignorando los gritos de Anton. No se dio cuenta de que las estanterías que la rodeaban se convertían en polvo, no reparó en el agujero que se abría en el suelo hasta que uno de sus pies se hundió en la abertura. Sacudió los brazos, dejó caer el libro y el cuchillo al suelo. Se sujetó en un estante, pero este se desmenuzó bajo sus manos. Notó que caía, y entonces una mano la agarró por la muñeca.

Sintió un tirón fuerte en el hombro que estuvo a punto de sacarle el brazo de sitio. Una segunda mano la tomó por el otro brazo y la arrastró hasta ponerla a salvo. Los dos cayeron hacia atrás y Amelia aterrizó sobre la sólida figura de Anton. Se miraron a los ojos y, durante una décima de segundo, ella deseó haber probado suerte con el acantilado.

—¿Estás bien? —preguntó Anton, jadeando, sujetándola con fuerza del cuerpo.

Amelia se sacudió para quitarse sus manos de encima, ignorando el dolor agudo en el hombro. Se puso en pie con dificultad y se incorporó buscando el apoyo de los estantes cubiertos de polvo.

—He intentado avisarte —dijo él con su acento marcado, poniéndose en pie también.

Frenética, Amelia buscó el cuchillo con la mirada y lo encontró tirado al lado del libro, a un metro del borde de… ¿qué era eso? Un abismo que se abría entre dos hileras de estanterías, tan cubierto por las sombras que la única manera de reparar en él era mirando en su interior. A su alrededor, las estanterías estaban llenas de polvo y agujeros, y los libros, hechos jirones, irreconocibles. El lugar no se parecía en nada al resto del espacio-tiempo. Algo había sucedido allí, algo seguía sucediendo. De las profundidades del abismo surgió el susurro que ella había perseguido.

Un movimiento por el rabillo del ojo hizo que volviera a fijarse en el muchacho ruso, que se dirigía hacia el cuchillo. Amelia se abalanzó para agarrarlo y lo esgrimió contra su cabeza. Él se agachó en el último instante y el cuchillo golpeó la estantería que tenía por encima. El polvo y la suciedad que salieron disparados en todas las direcciones bañaron sus cuerpos. Ella le lanzó otra cuchillada, y esa vez él la sujetó por la muñeca. Le retorció el brazo y le hizo soltar el mango del arma con la maestría de alguien que ha recibido entrenamiento de combate. El cuchillo acabó cayendo más allá del borde del abismo.

Amelia le propinó una patada en la espinilla con todas sus fuerzas. A él le fallaron las rodillas, pero no la soltó, sino que la estampó de nuevo contra los estantes, lo que liberó más polvo.

—¿Qué haces? —preguntó él—. ¿Por qué me atacas?

—¡Suéltame! —gritó Amelia, forcejeando para liberarse.

—No. Primero me lo explicas.

Amelia lo miró a los ojos con furia atormentada.

—Eres Anton Stepanov. Eres ruso.

—¿Y te sientes tan amenazada por eso que intentas matarme? ¿Después de que te ayudara? Típico…

El miedo de la chica se transformó en rabia.

—¡Tú mataste a mi tío!

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Has matado a tanta gente que tienes que preguntar? Mi tío, Ernest Duquesne.

Anton se echó hacia atrás para mirarla mejor. Redujo la presión sobre su muñeca.

—Eres Amelia —dijo en voz baja.

Ella hubiera jurado que se le paraba el corazón. Sabía su nombre.

Respondió con violencia, lanzando la rodilla contra su vientre con tanta fuerza que él se dobló, dolorido. Ella echó todo su peso hacia delante y lo empujó. Anton cayó contra los estantes, que se partieron por la mitad con el impacto. Amelia echó a correr sin mirar atrás. No se detuvo para llevarse el libro; no se atrevió a intentarlo con él pisándole los talones. Hizo girar la corona del reloj y corrió hacia la puerta, tiró de ella para abrirla nada más aparecer.

Sus rodillas golpearon el suelo del otro lado en el momento en que el reloj del piso de abajo daba la medianoche. Cerró la puerta de una patada y se desplomó en el suelo. Desesperada, con arcadas y sollozos que sacudían su cuerpo. No podía parar. Era como si la presa se hubiera venido abajo y toda la confusión, la aflicción y el dolor que había sentido en las dos semanas anteriores la hubieran inundado.

Una luz se encendió en el pasillo, unos pasos se detuvieron ante su puerta, pero Amelia no levantó la vista.

—Ay, cielos…

La voz de Moira se arrastró por la habitación a oscuras. Siguió otra ronda de sollozos y arcadas. Moira se había quedado parada en la puerta, observándola.

Amelia supuso que la trataría con severidad. Que la regañaría, quizá. Pero entonces, cuando se puso en cuclillas junto a ella, notó la calidez de su presencia.

—He… he vuelto a entrar —dijo, atragantándose, la voz pastosa por las lágrimas—. P-por favor, no me obligues a entrar de nuevo. No puedo.

—Shhh —le dijo Moira con dulzura, y le puso una mano sobre el pelo.

Su rostro era una mezcla de emociones. Llevaba puesto un conjunto de pijama de satén de color violeta. Se había limpiado el maquillaje y, por una vez, parecía humana.

—Oh, Amelia… —dijo en voz baja, como si de verdad se compadeciera de ella.

Moira la rodeó con los brazos y Amelia se puso rígida. No estaba acostumbrada a ese tipo de contacto, sobre todo por parte de una mujer. La única persona que alguna vez había intentado reconfortarla de esa manera era el tío Ernest, y habían pasado años desde entonces. Antes, Amelia supuso que su madre lo habría hecho también. Por mucho que su cabeza se resistiera, su cuerpo lo ansiaba, y no tardó en descubrirse cediendo al abrazo de Moira. Sintió la sedosa tela violeta de la camisa del pijama fresca y suave contra la mejilla. Le dolía mucho el hombro.

—Lo he visto. A Anton Stepanov. Estaba allí. T-tiene el libro.

Moira la abrazó con más fuerza.

—¿Ha ido a por ti?

Amelia intentó contestar, pero las palabras se le atravesaron en la garganta. Comenzó a llorar con más fuerza, hundiendo el rostro en el hombro de la mujer.

—Lo siento, Amelia —dijo Moira con suavidad, y pareció sincera—. Lo siento mucho. Has sido mucho más valiente de lo que debería haber sido necesario. —Se retiró un poco y tomó su cara entre las manos—. Te prometo que no permitiré que te hagan daño.

«Que te hagan daño», había dicho, en plural. No se refería solo a Anton. Su voz traslucía una pesadez tan grande que, por una vez, Amelia confió por completo en ella. Ya no le quedaba nadie más.

Moira abrazó a Amelia mientras sollozaba. No dejó de acariciarle el pelo con una mano, mitad para reconfortarla, mitad para tener algo en lo que concentrarse mientras su cabeza funcionaba a cien kilómetros por hora. Anton Stepanov la había atacado. Tenía polvo en el pelo y la ropa, y la manera en la que se sujetaba el hombro derecho le indicó que se lo había lastimado. Sus peores temores sobre la decisión de Jack de enviar a Amelia al espacio-tiempo habían comenzado a volverse realidad. Ninguna parte de su ser había esperado que el hijo de Vasily Stepanov estuviera en el espacio-tiempo. Pero era así. Peor aún: había encontrado el libro. Y había atacado a Amelia. ¿Pero por qué? ¿Existía la posibilidad de que buscara algún tipo de venganza por lo que había pasado con su padre?

Cuando Amelia comenzó a calmarse, Moira la mandó a su habitación para que se cambiara de ropa y bajó la escalera. En la cocina preparó una taza de té mientras escuchaba el ruido del agua

que corría en el piso de arriba. Subió con dos tazas y se encontró con que Amelia volvía a estar en la habitación de Ernest, hecha un ovillo bajo las mantas de su cama.

—He preparado un té —dijo, ofreciéndole una de las tazas.

Amelia resopló.

—Pensaba que odiabas el té.

Moira levantó la segunda taza.

—Por eso la mía está llena de whisky.

—Oh —dijo Amelia, sorprendida, antes de levantar la taza y tomar un sorbo con delicadeza—. Gracias.

Se relajó y se desplomó sobre los cojines.

Después de considerarlo y reconsiderarlo durante unos instantes, Moira se sentó al borde de la cama.

—Tu hombro… ¿está bien?

—Sí. Un poco dolorido. —Amelia frunció el ceño mirando el té—. ¿Sabías que hay un abismo en medio del espacio-tiempo?

Moira bebió un trago, dejó que la sensación ardiente del whisky la distrajera del resto de sus pensamientos.

—Sí, lo sabía.

—¿Lo has visto?

—No. Yo ya no entro en el espacio-tiempo.

—¿Por qué no?

—Soy la directora del Programa de Exploración Cronológica, no me hace falta entrar.

—Entonces, ¿cómo sabes lo del abismo?

Moira le dirigió una mirada mordaz por encima de la taza.

—Soy la directora del Programa de Exploración Cronológica —repitió—. Sé cosas.

—¿Sabes lo que es?

—Nuestros mejores teóricos dicen que probablemente se trate de un agujero en el continuo espacio-temporal.

Amelia hizo una mueca.

—Eso no parece real.

—¿Y un abismo en el centro de una biblioteca llena de gente muerta sí te lo parece?

La chica frunció un poco los labios.

—¿Cómo ha aparecido allí?

—Nadie lo sabe con seguridad. Dicen que se abrió en la misma época en la que Lisavet Levy abandonó el espacio-tiempo, pero no son más que conjeturas.

—Pero ¿cómo…?

—Shhh. Ya es suficiente. A dormir, Amelia —dijo Moira.

—Pero…

—Shhh. Hablaremos mañana.

Amelia resopló, molesta, y por una vez Moira sonrió para sus adentros. Así que ya se encontraba mejor… Agarró la taza y Amelia se hundió a mayor profundidad entre las mantas.

Moira no se marchó. Se quedó al lado de la chica, escuchando su respiración hasta que se volvió regular. Paseó la mirada por la habitación, recordando de repente dónde estaba. Ese era el dormitorio de Ernest. Allí, como en el resto de la casa, los libros se alineaban a lo largo de dos paredes, casi como si Ernest hubiera intentado crear una versión del espacio-tiempo en su propia casa. Su ropa seguía en el armario, un par de pantuflas estaban aún junto a la puerta. Un abrigo colgaba de uno de los pilares de la cama, como si lo hubiera dejado allí con toda la intención de volver a por él.

Moira estiró el brazo y dejó que su mano planeara por encima del abrigo, pensando en el hombre que solía llevarlo. Tocó la tela, recorrió con los dedos la suavidad de la lana.

Cuando tuvo la seguridad de que la chica no iba a despertarse, salió de la habitación y bajó a llamar a Jack. Aquello se había acabado. No permitiría que obligara a Amelia a entrar de nuevo. Era demasiado arriesgado. Jack tardó solo quince minutos en recorrer el trayecto entre el hotel y la casa. Moira lo oyó aparcar el coche, pero él se quedó unos instantes más en la calle para hablar con Fred, que siempre andaba cerca. Por si acaso.

—¿Ya me echabas de menos? —le preguntó Jack cuando ella abrió la puerta.

Moira lo invitó a pasar. Él entró y se dirigió al salón como si fuera el dueño de la casa.

—¿Dónde está la chica? —preguntó, examinando los estantes de libros de la pared del fondo.

—En el piso de arriba. Durmiendo.

—¿Ah, sí? Qué lástima. Pensaba que ibas a dejar que la conociera.

—Ya la conoces.

—Sí, pero eso fue hace años. Solo era una cría.

—Sigue siéndolo —dijo Moira de manera inexpresiva—. Y es por eso que te he pedido que vinieras. Amelia no volverá a entrar en el espacio-tiempo.

—¿Ah, no? —preguntó Jack, sonriendo como si la idea le hubiera hecho gracia.

—No. Voy a ponerme firme. Es demasiado peligroso.

Jack dejó escapar un suspiro de desconcierto.

—Vale. ¿Qué ha pasado?

—Anton Stepanov se ha enfrentado a ella. Amelia lo vio con el libro y él la ha atacado. Ya he comenzado a considerar qué otras opciones tenemos, pero la niña no puede hacerlo. —Jack comenzó a decir algo, pero Moira prosiguió sin darle la posibilidad de protestar —. Mañana le diré que no debe volver a entrar. Solo quería informarte.

—Mmm… —Jack comenzó a pasearse de un lado al otro de la habitación. Se tomó su tiempo, como siempre—. Me parece bien. Lo último que queremos es que la maten ahí dentro. Así que lo único que toca preguntarse es qué hacemos con ella ahora.

—Nada.

—¿Nada? Pero sabe demasiado. Nos puede dar problemas.

—Ella sigue cooperando. No habrá ningún problema. Yo me quedaré aquí para tenerla vigilada, como habíamos planeado. No hay que hacer nada más.

—No eres tú quien tiene que decidir eso. Si no quieres usarla, habrá que hacer algo con ella.

—No, Jack. Es una cría. No permitiré que la encierres como hiciste conmigo.

El silencio se posó sobre ambos. Jack seguía sonriendo pese al recordatorio de lo que le había hecho a Moira tantos años antes, cuando ella se negó a cooperar.

—Vaya, vaya… —dijo él, soltando una risa—. ¿Qué está pasando? ¿Te has encariñado de la niña, Moira?

Ella le sostuvo la mirada, negándose a reaccionar.

Jack se le acercó, riéndose aún.

—¿Ha logrado alguien resquebrajar tu frío y difunto corazón?

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Jack.

—¿No?

—Se trata de ser eficientes. Ya hemos perdido bastante tiempo. Si dejas que vaya yo en vez de…

Jack la interrumpió.

—Tienes razón. Hemos perdido mucho tiempo. Tiempo, recursos, iniciativa… y el otro día perdiste la cinta.

Moira se encogió de hombros, indiferente.

—Ya te lo dije. El aparato no funcionó. Es una tecnología nueva, son cosas que pasan.

—Claro, claro —dijo Jack, convencido solo a medias—. De acuerdo. Puedes sacar a la cría del caso. Pero… aún no.

—¿Qué?

—Dices que Anton Stepanov tiene el libro…

—¿Y eso qué tiene que ver con Amelia? —preguntó Moira, temerosa de la expresión en la cara de Jack. Era la misma que lucía cuando se aprestaba a ponerla a prueba.

La sonrisa del hombre se volvió más amplia.

—Haz entrar a Fred, ¿quieres? Vamos a hablar de negocios.

—Jack…

—No te preocupes, Moira, lo haremos a tu manera. A partir de pasado mañana, la niña ya no entrará más en el espacio-tiempo. Pero tiene que volver a hacerlo una vez más.



10

Algún lugar del espacio-tiempo,

1950

Lisavet se sentía cansada. No estaba acostumbrada a esa sensación. Y tampoco sabía bien por qué, después de doce años sin haber experimentado nada parecido, de repente se sentía como si su cuerpo se hubiera quedado sin energía, igual que una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Le pesaban tanto las extremidades que el mero acto de caminar le resultaba trabajoso. No quería hacer nada más que dormir, pero, por mucho que lo intentara, tanto dentro de los recuerdos como en el espacio-tiempo, no lo conseguía.

—Quizá esté enferma —sugirió en presencia de Azrael, que sacudió la cabeza.

—No, no es posible, al menos en el espacio-tiempo. —Hizo una pausa, observando el rostro agotado de la chica, apoyada contra los estantes de una esquina a oscuras—. Aunque supongo que el mal de amores en sí mismo ya es una enfermedad.

Quizá lo fuera. Quizá era su corazón roto lo que la tenía tan cansada. En ese momento era ella la que seguía a Ernest por el

espacio-tiempo cada vez que aparecía. Verlo, aunque fuera de lejos, la aliviaba en la misma medida que le hacía daño. Él estaba vivo, bien, ileso. Ya no se encontraba en peligro.

Ella, no obstante, sí. Notaba que algo había cambiado. Los cronautas la buscaban. No solo los estadounidenses y los rusos, sino los ingleses, los franceses, los italianos… Trabajaban con mayor rapidez, después se quedaban un rato más largo. Los recuerdos ardían antes de que Lisavet pudiera llegar hasta ellos y cada vez le costaba más permanecer oculta.

Dos veces se había visto obligada a salir huyendo porque un cronauta la había apuntado con una pistola. Tres veces había descubierto que uno la seguía, igual que Ernest cuando se conocieron. Era otro ruso, este de cabello moreno y mirada hosca y dura. Estaba pendiente de todos sus movimientos desde lejos. Un nuevo cazador. Una nueva amenaza. Lisavet siempre tenía el revólver plateado a mano, pero dudaba que tuviera la capacidad de atreverse a usarlo. La muerte era otra forma de borrado, y no quería causarlo.

Cada vez que su esfuerzo por salvar unos recuerdos se veía desbaratado, maldecía a Jack Dillinger para sus adentros. Estaba convencida de que todo era culpa de ese hombre. Quien, al darse cuenta de lo que le había hecho a Ernest, había hecho correr la voz sobre ella y le había contado a todos los cronautas del mundo que la chica que rescataba recuerdos también podía eliminarlos por completo. Nunca había corrido tanto peligro. Azrael permanecía alerta, se quedaba a su lado igual que cuando era pequeña. A medida que pasaba el tiempo, el agotamiento se asentó en lo más

hondo de su ser. Tanto daba lo mucho que descansara. Tanto daba que intentara dormir a menudo.

Pero entonces, cuatro meses después de la última noche que había pasado con Ernest, se despertó con la sensación de que algo se movía en su interior. Estaba a bordo de un barco que navegaba entre Inglaterra y la India por aguas calmas y cristalinas, acurrucada en el recuerdo de un marinero que hacía guardia en la cubierta. El balanceo del casco la había ayudado a conciliar el sueño, pero de repente el movimiento la inquietó. Registró el interior del barco con la mirada, buscando una causa, y entonces pasó de nuevo. Se puso en pie de un salto y se golpeó la cabeza contra el techo bajo. Con una mano en la frente, salió a trompicones del recuerdo y regresó al espacio-tiempo entre jadeos atemorizados. Azrael apareció a su lado al instante.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No lo sé. Me ha parecido sentir que algo se movía.

—¿Que se movía algo? ¿Dónde?

Pegó una mano a su vientre.

—Algo en mi interior. Es…

Se interrumpió al ver la expresión en la cara de Azrael.

—¿Qué pasa?

—Ven conmigo —dijo él con gran seriedad.

La condujo entre las estanterías del espacio-tiempo. Su forma líquida se desplazaba con tanta rapidez que casi parecía un borrón. Se detuvo entre dos hileras e invocó el espectro de una mujer a la que Lisavet no había visto nunca y que vestía igual que Azrael, con una sencilla sotana de color marrón. Se pusieron a hablar en susurros, haciendo pausas de vez en cuando para que la mujer

pudiera evaluarla con la mirada. Cuando acabaron de hablar, las arrugas en el ceño de Azrael parecieron más profundas que nunca.

—Oh, Lisavet, mi pobre niña…

—¿Qué pasa?

—Se diría que…, bueno, no hay otra explicación. El agotamiento, ahora esto… Querida, estás embarazada.

A Lisavet le fallaron las piernas. No, no era posible. Ella no podía quedarse embarazada. Era algo de lo que estaba convencida. ¡Si ni siquiera había sangrado nunca! «Eso es porque estás en el espacio-tiempo», le dijo una vocecita en la cabeza, casi burlona.

—¿C-cómo? Han pasado más de tres meses desde la última vez que Ernest y yo…

Azrael volvió a consultar con la mujer.

—Dice que eso te situaría entre las dieciséis y las veinte semanas. En la época en la que el bebé comienza a moverse.

Como si le hubieran dado pie con esas palabras, la cosa que tenía en su interior se movió de nuevo. Se llevó una mano al vientre. ¿Era posible? ¿Estaba embarazada del bebé de Ernest? ¿Un bebé de un hombre que ya no recordaba su existencia? La criaturita volvió a patear y esa vez lo notó contra la palma de la mano. Se desmayó y cayó redonda al suelo.

Los meses avanzaron con rapidez.

Cada vez le costaba más permanecer escondida. Huir cuando se le acercaba un peligro. Lisavet permanecía dentro de los recuerdos más tiempo del que pasaba fuera de ellos. En las pocas horas que lograba dormir, comenzó a tener pesadillas en las que la voz de Jack

Dillinger ordenaba a Ernest, quien había olvidado su amor por ella, que la matara de un tiro, y en las que le arrancaban al bebé de los brazos en cuanto nacía. La ansiedad no le daba tregua y se preguntaba hasta cuándo podría seguir despistando a los cronautas. Mientras tanto, el bebé que tenía en su interior se mostraba tan inquieto como ella. Las patadas constantes la mantenían despierta y había comenzado a tararearle canciones para ver si paraba. Pero todas las canciones, menos una, parecían agitarlo. Cuando entonaba «Blue Moon», el bebé se tranquilizaba al fin.

Una tarde estuvo cantando esa canción hasta que el bebé dejó de moverse. Entonces, sin dejar de tararearla, apoyó la cabeza contra los estantes.

—A mi hermano le encanta esa canción —dijo de repente una voz femenina, que la arrancó de esa paz momentánea.

Vio a la mujer de inmediato. Con el paso de los años, Lisavet se había encontrado con cientos, si no miles, de recuerdos espectrales, pero nunca había visto uno al que conociera personalmente. O del que hubiera tenido noticia, al menos. Ese cabello cobrizo y la herencia de esos ojos azules eran inconfundibles; se trataba de la hermana pequeña de Ernest Duquesne. Lisavet la había visto en los recuerdos de él: la chica rebelde que se había quedado embarazada sin estar casada y de la que su familia entera había renegado. A excepción de su hermano mayor. ¿Qué hacía allí?

—¿A quién? —preguntó Lisavet, haciéndose la confundida.

—A mi hermano mayor —contestó el recuerdo de Elaina Duquesne —. La pone siempre en el tocadiscos.

Ernest seguía escuchando su canción…

—Es un tema hermoso —dijo Lisavet, que no sabía qué podía decirle a esa persona.

—Sí, lo es. —Elaina se quedó a su lado, tan insegura como ella—. ¿Vas a tener un bebé?

Lisavet se tocó el vientre.

—Sí. Ya no queda mucho.

—Yo también tuve un bebé —dijo Elaina.

«Ya lo sé», quiso decir Lisavet.

—Murió a los pocos días de nacer. Era tan pequeña… Y los médicos dijeron que estaba enferma.

—Lo siento —dijo Lisavet, que ignoraba que el bebé hubiera muerto. Cuando Ernest y ella se separaron, aún faltaban algunas semanas para que naciese—. Entonces, ¿tu hermano no llegó a conocerla? ¿A su sobrina?

—No. Vino a verme al hospital, pero llegó unas horas tarde. Fue el único. El resto de mi familia… no estaba contenta conmigo. Pero Ernest, mi hermano, era diferente. Se ofreció a ayudarme con su crianza. Cuando murió, Ernest me dijo que podía irme a vivir con él, pero yo fui demasiado terca.

—¿Cómo moriste? —preguntó Lisavet, consciente de que era un tema sensible entre los muertos. Por lo general, no se atrevía a preguntar eso.

Elaina bajó la vista y la apartó.

—Por mi propia mano. No pude aguantarlo. Perder al bebé, quiero decir. Así que seis meses después… —se interrumpió y sacudió la cabeza con violencia—. Fue una estupidez. Fue una estupidez tremenda. Si pudiera cambiar las cosas…

Lisavet asintió con la cabeza, comprensiva. En esos años se había encontrado con muchos recuerdos que se habían quitado la vida. Todos ellos se arrepentían de haberlo hecho.

—Lamento haberte molestado —dijo Elaina al cabo de un instante —. Te oí cantar y no pude evitarlo.

—No pasa nada. Me gusta tener compañía. Ojalá pudiera ayudarte de alguna manera.

—¿Eso deseas? —preguntó Elaina, esperanzada—. No quiero ser atrevida, pero he visto a los otros cronautas por aquí. Casi ninguno de ellos se molestaría en hablar con una chica cualquiera que se suicidó, y no quiero que Ernest vea todos mis recuerdos. Eso… lo destrozaría.

Lisavet comenzó a decirle que no era una cronauta, pero se interrumpió. ¿Por qué no habría de ayudarla? Tenía un reloj. El libro de poemas era lo bastante grande para contener los recuerdos de la corta existencia de esa mujer. Ella era tan cronauta como cualquiera. Y, además, sabía que lo que Elaina le había dicho sobre Ernest era cierto. Aceptó hacerlo y vio que el alivio se extendía por el rostro de la joven. Impulsándose en el estante para ponerse en pie, Lisavet sacó el libro de poemas de la bolsa y repitió lo que había visto hacer a otros cronautas: dejó que sus dedos descansaran sobre la sombra blanquecina de la hermana pequeña de Ernest.

Los recuerdos comenzaron a fluir hacia ella. Momentos fragmentados que pasaban volando. La memoria de los primeros años de Elaina era dolorosa por breve, pero estaba repleta de los mismos momentos de paz que había encontrado en la mente de Ernest. El jardín de flores de la mansión. Los padres que los querían y cuidaban de ellos. El hermano mayor al que adoraba. Lisavet se

deleitó viendo que la versión infantil de Ernest, con el cabello cobrizo y las piernas regordetas, crecía hasta convertirse en un joven tremendamente protector. Contuvo el aliento, igual que Elaina, cuando él se fue a la guerra a los dieciséis, y volvió a contenerlo al ver que, a su regreso, era una persona diferente. Lisavet descubrió que había sido su hermana quien lo sacó de esa oscuridad al volver a casa. Estaban muy unidos. Tanto que, cuando Elaina tuvo que exiliarse por culpa de su aventura y del embarazo consiguiente, Ernest se mantuvo a su lado y actuó con igual firmeza a la hora de ofrecerle una cuerda salvavidas. A diferencia de él, no obstante, Elaina había elegido alejarse de esa cuerda.

Los demás recuerdos también eran cortos. Pero fueron demasiado para ella: el bebé, la separación de Elaina de su familia, el rechazo del hombre que la había dejado embarazada… Lisavet lo vio desovillarse todo y, cuando la hermana de Ernest se plantó sola en el puente, a los seis meses de la muerte de su hija, no apartó la mirada. Los recuerdos se desvanecieron y Elaina desapareció. Lisavet se quedó sola, con lágrimas que le rodaban por las mejillas, una mano pegada al vientre y la otra sosteniendo el libro.

Por primera vez se preguntó qué sería de los recuerdos de un niño pequeño cuando moría. ¿Tendrían alguno que se pudiera salvar? Había visto a muchos niños a lo largo de esos años, había jugado con ellos cuando ella misma era una cría, pero ninguno tenía menos de cuatro o cinco años. ¿Qué pasaba con el resto? Lisavet no tenía ningún recuerdo propio que llegara tan lejos, así que, ¿qué había sido de ellos?

Seguía reflexionando sobre el tema cuando notó, como algo que descendía poco a poco por su espalda, la sensación familiar de que

la observaban. Al levantar la vista vio al cronauta ruso que estaba parado al final de una hilera de estanterías. No hizo ademán de dirigirse hacia ella. Se limitó a observarla con curiosidad, tal y como había hecho Ernest al principio. Sintió deseos de gritarle algo, pero no se atrevió. Había aprendido la lección en lo referente a hablar con los cronautas.

El ruso bajó la mirada hasta la hinchazón de su vientre y frunció el ceño, volvió a levantar la vista y ella vio un gesto de preocupación grabado en sus rasgos angulosos. Lisavet endureció la expresión y se refugió en la seguridad de un recuerdo, dejándolo atrás a él y a sus ojos indiscretos.

Un dolor agudo la sacó a la mitad de un sueño. Se incorporó horrorizada, sujetándose el vientre con fuerza. Aún no era la hora. No estaba preparada. Tenía una manta. Un conjunto de ropa. Pero no había encontrado el lugar adecuado para dar a luz. Un sitio donde tuviera los suministros necesarios para un recién nacido y medicamentos para ella en caso de necesitarlos.

Una nueva contracción en el vientre le indicó, una vez más, que al Tiempo no le importaba que estuviera preparada o no. El bebé estaba en camino y se disponía a salir. Se extrajo del recuerdo, esforzándose por no llorar bajo ese dolor extremo.

—¡Azrael! —llamó, desesperada—. ¡Azrael, ayúdame!

El espectro no acudió. Quizá se encontraba demasiado lejos para poder oírla, o quizá él mismo estaba paseando por el Tiempo. A su alrededor, otros recuerdos despertaron al oír su voz y sus formas difusas la rodearon. Los oyó hablar en susurros. Desesperada,

comenzó a rebuscar entre los libros de los estantes. Estaba en la sección austriaca. Eso era positivo. Podría encontrar un hospital cercano al presente y observar lo que hacían los médicos, de la misma manera que vio a esa enfermera coser una herida de bala. El siguiente dolor en el abdomen fue tan intenso que estuvo a punto de vomitar. Cuando este menguó, sacó otro libro de un estante y lo hojeó con tanta rapidez que a punto estuvo de rasgar las páginas.

Lisavet se introdujo en un recuerdo y fue consciente al instante del ajetreo del hospital que la rodeaba. Era imposible que lo hiciera ella sola: se dio cuenta después de otra sacudida de dolor, y metió la mano en el bolso para sacar el reloj de su padre. Necesitaba ayuda, maldita fuera la historia. En ese momento no había nada más importante que el bebé. Esperó varios segundos a que cesara la sensación estremecedora que provocaba el Tiempo al abrirse y permitirle que pasara a formar parte del recuerdo. Las miradas que antes habían pasado de largo de repente se detuvieron en su figura. Las ignoró y se acercó a la enfermera que tenía más cerca.

—Necesito ayuda —dijo en su lengua materna—. Por favor, voy a tener un bebé.

La enfermera no preguntó de dónde había salido esa joven vestida de manera tan extraña; en su lugar, pidió a gritos que le trajeran una silla de ruedas.

Tardó siete horas. Hubo sangre y dolor. Miradas de ansiedad en los rostros de los médicos.

—Complicaciones —le dijeron, sin ofrecerle más explicaciones.

Le dieron un medicamento que la mareó como nunca, y trabajaron veloces para extraerle al bebé de dentro. «Complicaciones», murmuró Lisavet en su confusión. Eso explicaba lo inesperado del

parto. Su carácter prematuro. Su corazón proyectaba en forma de martillazo el paso de cada segundo. Su mente oscilaba entre el miedo y, de nuevo, la duda sobre dónde irían los pensamientos de un bebé al morir. Se acordó del bebé de Elaina, y la imagen de esa cosita fría y muerta, tumbada aún en su cuna, se le quedó grabada a fuego en la cabeza. Se dijo a sí misma que no permitiría que le pasara lo mismo. De ninguna manera.

Cuando los gritos del bebé perforaron el aire al fin, los médicos presentes en la sala comenzaron a aplaudir.

—Tiene buenos pulmones —le dijo la enfermera mientras depositaba ese fardo chillón sobre el pecho de Lisavet.

—¿Va a vivir? —preguntó ella, entre sollozos estrangulados de alivio.

—Está perfecta —contestó la enfermera con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Perfecta?

—Es una niña.

Una niña… Lisavet abrazó al bebé mientras la enfermera lo limpiaba, pues se negó a que se lo llevaran. Los médicos le advirtieron de que había perdido mucha sangre. Tendría que permanecer en el hospital hasta que se recuperara. ¿Había alguien con quien pudieran ponerse en contacto? ¿Dónde estaba el padre del bebé?

Lisavet no contestó. Estaba cansada, el dolor paralizaba sus sentidos para todo lo que no fuera el bebé que tenía en brazos. Una niña, una hija. La hija de Ernest. Pasó la mano sobre la cabeza minúscula, aureolada por una corona de cabello de color cobrizo. El pelo de Ernest. Los médicos acabaron decidiendo que la falta de

respuesta se debía a la medicación y salieron de la habitación después de indicarle que debía descansar. La enfermera se quedó un rato más para mostrarle cómo hacer que el bebé se prendiera de ella y comiese.

Se ofrecieron a llevar al bebé a la sala de neonatos para que pudiera dormir, pero ella se negó. No se atrevía a soltarlo, temerosa de lo que pudiera pasar si lo hacía. Al fin y al cabo, aquello seguía siendo un recuerdo. No podían quedarse. Quién sabía el daño que Lisavet podía haber provocado ya al estar allí. Se sacudió los miedos y estrechó al bebé con más fuerza entre los brazos. «Complicaciones», habían dicho los médicos. De no haber ido al hospital, ninguna de las dos habría sobrevivido. Que le dieran a la historia. Cuando la enfermera se fue, al fin, Lisavet besó la frente del bebé y le dijo en un susurro dulce mientras dormía:

—Yo cuidaré de ti. No permitiré que te pase nada —le prometió—. Reescribiré la historia entera si es necesario.

Mientras la noche caía al otro lado de la ventana, Lisavet salió de la habitación y cargó con la niña por el pasillo. Le habían quitado el vestido, pero aún tenía el abrigo. Se cambió el camisón del hospital por el uniforme de una enfermera que encontró en un armario de suministros. Tenía la sensación de que un escultor negligente había estirado y remodelado sus propios huesos. Estaba débil por la pérdida de sangre, pero no podía arriesgarse a quedarse allí.

Al regresar al espacio-tiempo, Lisavet se encontró contemplando una montaña de polvo y madera rota. No se trataba de un solo libro, sino que había caído una estantería entera, docenas de vidas se habían visto alteradas.

—Lisavet…, ¿qué ha pasado?

Azrael había aparecido al fin. El horror en su voz era inconfundible. El bebé emitió un ruidito adormilado y llamó la atención del monje.

—Pero ¿cómo…? Lisavet, ¿qué has hecho?

—No importa —dijo ella, sujetando a su hija con más fuerza—. Ha sido por ella.

Azrael miró la montaña de polvo de lo que habían sido recuerdos y no añadió nada.

Lisavet no tardó mucho en darse cuenta de lo que iba a pasar. No habían transcurrido ni veinticuatro horas, sin tener tiempo para curarse ni para dormir, cuando el sonido del llanto del bebé llamó la atención de los cronautas, que ya andaban al acecho. Tuvo que huir de ellos dos veces en un día, obligando a su cuerpo azotado por el dolor a ponerse en marcha. Se acostumbró a estar con la pistola a mano, contando el número de balas que había en la recámara. El mismo número de cronautas a los que mataría a fin de proteger a su hija, pero solo en caso de verse obligada a ello.

Los cronautas no eran el único problema. De hecho, ni siquiera eran el más acuciante de sus problemas. Lo más urgente era que Lisavet no sabía cuidar de su hija. La niña tenía las mismas necesidades físicas que cualquier otro bebé. Comía cada dos horas, un ritmo que ella no podía aguantar. Al cabo de dos días, su cuerpo ya no producía la cantidad suficiente de leche para saciarla. Era como si, desde que el bebé había dejado de crecer en su interior, su conexión con el mundo físico, con el mundo de los humanos, hubiera

quedado cercenada de nuevo y no fuera capaz de producir leche, tal y como haría la mayoría de madres.

El bebé, no obstante, era humano por completo.

—No lo entiendo —se lamentó—. Aquí no debería tener la necesidad de comer. ¿Por qué está pasando esto?

Azrael miró por encima del hombro con expresión de pesadez.

—Un bebé no tiene recuerdos propios. Su mente, sus pensamientos, aún no han comenzado a cobrar forma. Quizá, cuando sea mayor, deje de necesitar comida.

—¿Y hasta ese momento? —preguntó Lisavet—. He intentado darle comida procedente de los recuerdos, pero la traspasa. Igual que Ernest.

El bebé dejó escapar otro grito desgarrador. Lisavet miró de inmediato hacia las estanterías, en busca de cronautas. Convencida de haber oído pasos, se adentró un poco más entre las sombras. Azrael la siguió.

—Lisavet —le dijo él en voz baja—, no puedes seguir así.

—No tengo elección. Como has dicho, es solo cuestión de tiempo. Todo mejorará.

—Todo empeorará —insistió Azrael con una voz severa que ella no había escuchado antes—. Esa niña ha nacido dentro de un recuerdo. En el espacio-tiempo. Es posible que nunca deje de tener hambre, ni siquiera cuando su consciencia se vuelva más fuerte.

Lisavet negó con la cabeza, vehemente.

—Puedo encargarme de ello. Ya se me ocurrirá algo.

—No sé si podrás.

—Tengo que hacerlo.

—Lisavet…

—¿Qué quieres que haga, Azrael? —preguntó ella, con lágrimas corriendo por su cara—. No es que pueda dejarla en algún lado para que Ernest la encuentre. No sabría que es suya. ¿Quién sabe lo que podría pasar?

Azrael le dirigió una mirada intensa y afligida.

—Lo que intento sugerir, Lisavet, es que te vayas.

—¿Q-que me vaya?

—Que abandones el espacio-tiempo. Llévate a la niña y vete según tus propios términos. Antes de que te obliguen.

—No puedo hacer eso. Ya sabes lo que dijo Ernest. Podría morirme.

—Si no lo haces, la que morirá será ella.

Lisavet abrazó al bebé con más fuerza, parpadeando para contener las lágrimas.

—Ya se me ocurrirá algo. Seguro —prometió, más para su hija que para Azrael.

—De acuerdo, Lisavet —dijo el monje, pesaroso—. Confío en que harás lo mejor.

La dejó para que pudiera reflexionar. Lisavet se introdujo en el recuerdo del hotel de Suiza, un lugar en el que no había estado desde la noche en la que se separó de la vida de Ernest. Allí sollozó abiertamente, acariciando la cara de su hija mientras esta dormía.

La niña gimió en sueños, abriendo y cerrando la boca en busca de una comida que no existía. Azrael tenía razón. El bebé no podía quedarse allí. Allí, donde no había nada más que recuerdos. Sin comida. Sin seguridad.

Lisavet se puso a repasar las opciones que tenía. Podía quedarse y rezar por que el suministro menguante de leche le durara lo

suficiente hasta que el bebé dejara de necesitarlo. Podían vivir dentro de los recuerdos. Lisavet disponía de una pistola, podía mantenerlas a salvo. Pero ¿de verdad lograrían escapar para siempre de los cronautas? Quizá, si renunciaba a salvar recuerdos, decidirían que ella no valía la pena y las dejarían tranquilas. La sola idea hizo que le doliera el pecho por el sentimiento de culpa, pero las cosas habían cambiado. Todo lo que le importaba antes palidecía en comparación con la niña que tenía entre los brazos.

La segunda opción no era mejor. Podía marcharse, como le había sugerido Azrael, y esperar que Ernest se hubiera equivocado con su teoría. Pero, por mucho que lo hiciera, su vida no sería sencilla. Estaría sola, sin dinero, sin relaciones. Y, a través de los recuerdos, conocía lo suficiente el mundo para saber lo cruel que podía mostrarse con una madre y una hija que se encontraran solas en él.

El llanto cesó cuando el bebé abrió los grandes ojos de color azul. Los ojos de Ernest. Su hija se parecía mucho más a él que a ella. Lisavet comenzó a cantarle «Blue Moon» mientras ella torcía el gesto de vez en cuando. La canción logró tranquilizarla. A Lisavet se le atragantaron las últimas palabras y salió al balcón. Abajo, sus padres caminaban de la mano por la calle adoquinada.

—¿Ves a esas dos personas de ahí? —le preguntó en voz baja—. Son tus abuelos. Sé que les habría encantado conocerte.

En respuesta, el bebé soltó una especie de arrullo. Lisavet resopló y se secó los ojos. Pensó en su padre, en lo que hizo la noche que los nazis fueron a buscarlos, y se preguntó qué haría él en su situación. Claro que, en cierto sentido, ya había estado en esa posición. Cuando el mundo se reveló peligroso para su hija, se la llevó al espacio-tiempo pese a que una pequeña parte de su ser

supiera que, al interponer esa puerta entre ambos para ir en busca de su otro hijo, quizá no volviera a verla nunca más, por mucho que se esforzara por regresar a su lado. Esa noche eligió a sus hijos por encima de todo. Incluso de su propia vida.

Si hubiera un lugar donde supiera con certeza que su hija estaría a salvo, un tercer tipo de universo en el que pudieran esconderse… Acomodó a la niña entre los brazos y notó el tirón del bolso contra el hombro. El libro de recuerdos, con su portada de piel desleída, era más pesado que nunca. Lisavet lo sacó con una mano, lo apoyó sobre la barandilla y lo hojeó, centrándose en los recuerdos que más quería.

—Quizá deberíamos escondernos aquí —dijo a la ligera, dando unos golpecitos sobre las páginas—. Puedo introducirnos a las dos en los recuerdos y será como si nada hubiera cambiado.

Lo había dicho en broma. Era solo una fantasía. Pero su espalda se puso en tensión. Volvió a mirar a la niña y la inundó una sensación doble de temor y complicidad. Existía otra opción. Notó que se le partía el corazón, como la vez anterior que había estado en ese balcón. Igual que entonces, hacer lo correcto implicaba perder a alguien a quien amaba, quizá para siempre.

Lisavet hizo un esfuerzo por secarse las últimas lágrimas. Abrazó al bebé con fuerza, saboreando su aroma cálido y lechoso.

—Ven, pequeña —dijo en un susurro, obligándose a sonreír—. Antes de que nos despidamos, hay algunas cosas que quiero mostrarte.

La llevó a todas partes. A cada uno de los recuerdos que habían significado algo para ella. En cada momento de la historia le enseñó a su hija los pedazos de Tiempo que habían conformado su mundo

entero, con la esperanza de que algún día una pequeña parte de su ser los recordara. De que la recordara a ella. La llevó al prado donde Ernest le dio el primer beso. A los bosques rusos en los que la nieve caía en copos perfectos. A los jardines de Versalles, donde se agachó para que la niña rozara con los dedos la suavidad de los pétalos de rosa. Se dio cuenta de que el bebé sentía una querencia especial hacia los animales de la sabana africana, que sus ojitos se esforzaban por enfocar esas enormes criaturas que se cernían sobre ellas. Mientras recorría el tapiz de recuerdos, no dejó de cantar su nana. Y, entre un verso y otro, susurraba siempre: «Te quiero, te quiero, te quiero».

Azrael la encontró en el espacio-tiempo en el momento en el que el bebé se quedaba dormido entre sus brazos. Lisavet le contó su plan, observó el desplazamiento de los rasgos de su rostro, que fueron alterándose hasta alcanzar la misma expresión de aceptación que lucían los suyos.

—Sabes que, si haces esto, no podrás deshacerlo nunca.

—Lo sé.

—Nadie ha hecho nunca lo que quieres llevar a cabo. Nadie ha alterado el pasado de manera tan amplia. Es posible que la desligues del Tiempo y acabe siendo como tú. ¿Estás segura de que es lo más inteligente que puedes hacer?

Lisavet no contestó. A decir verdad, no estaba segura. Quizá fuera mejor que su hija se viera liberada de las fuerzas del Tiempo. Así nunca la afectarían los juegos que los hombres en guerra disputaban con la memoria.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Azrael—. ¿Te quedarás aquí?

Lisavet tragó saliva con dificultad, pues el nudo en su garganta no dejaba de crecer, sin apartar la mirada un instante del bebé que dormía entre sus brazos.

—Si sigo en el espacio-tiempo, puedo protegerla de todo lo que vaya a suceder ahí fuera. Puedo cambiar el pasado. Evitar que pasen cosas malas.

—Siempre habrá cosas malas, Lisavet —le dijo Azrael con dulzura —. No puedes protegerla de todas ellas.

—Pero puedo intentarlo —contestó, obstinada—. Tengo que intentarlo.

Azrael no hizo nada por detenerla cuando metió la mano en el bolso para sacar los dos objetos que necesitaba: el reloj y el libro que contenía los recuerdos de Elaina Duquesne.

Por segunda vez, Lisavet se encontró parada en un hospital. Esa vez, en una habitación en silencio, pues era tarde, de noche. No había ni enfermeras ni médicos por allí, solo una joven que dormía frente a ella en una cama. En alguna parte del ala de neonatos, la hija de Elaina, de solo dos días de edad, acababa de espirar por última vez. Lisavet se quitó el abrigo y dejó el bolso en el suelo. Seguía vestida con el uniforme de enfermera que había sacado del hospital austriaco, casi como si su yo del pasado hubiera sabido lo que iba a pasar. Reprimió las lágrimas y prestó atención. El Tiempo se abrió con un estremecimiento, la dejó entrar.

Elaina se incorporó asustada ante la súbita aparición. Había pánico en su mirada. Eran los ojos de una madre a la que habían informado ese día de que su bebé quizá no sobreviviera a la noche.

—¿Qué pasa? —preguntó, frenética—. ¿Quién eres?

—Soy la enfermera del turno de noche —contestó Lisavet, obligándose a esbozar una sonrisa cordial. El bebé hizo un ruidito.

Elaina miró el fardo, asustada.

—¿Está bien? Me han dicho que le costaba respirar.

—Sí, está bien —dijo Lisavet, con dificultades—. Está perfecta. Parece que ha sido un catarro, pero tiene los pulmones fuertes y saludables.

Elaina se relajó, recostándose sobre la almohada, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Gracias al cielo. Estaba preocupada. Tuve una pesadilla en la que… —El bebé comenzó a gritar de verdad y el ceño de Elaina volvió a arrugarse por la ansiedad—. ¿Tiene hambre?

—Sí. Íbamos a darle de comer en la sala de neonatos, pero puesto que se encuentra mejor…

—No, ya lo hago yo —dijo Elaina de inmediato—. Por favor. Quiero hacerlo.

La joven estiró los brazos hacia ella y, por un instante, Lisavet estuvo a punto de cambiar de idea. Llevaba tres días sin soltar a su hija ni una sola vez, ni por un instante. Se obligó a dar un paso al frente. A depositar a la niña entre los brazos estirados de Elaina. A ver a esa otra mujer llevarse a su bebé al pecho y ofrecerle lo que ella no había logrado darle.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por traerla. No sé qué habría hecho si…

Lisavet tragó saliva, hizo acopio de todas sus fuerzas para dedicarle una sonrisa cálida.

—¿Has decidido cómo la vas a llamar?

—Aún no. No quería arriesgarme por si…, pero supongo que ahora está mejor.

—Mucho mejor —dijo Lisavet.

—No había pensado mucho en nombres de chica. Estaba segura de que sería un niño —admitió Elaina—. ¿Tú cómo la bautizarías, si fuera tuya?

Lisavet tuvo que esforzarse al máximo para no quebrarse al oír eso. En su lugar, le dijo el nombre que había elegido para su hija en el momento en el que nació.

—Amelia. La bautizaría como Amelia.

—Amelia —repitió Elaina, saboreando el nombre con detenimiento —. Es perfecto.

El bebé dejó de comer y soltó un gorjeo satisfecho.

—¿Quieres que me la lleve a la sala de neonatos? —preguntó Lisavet—. ¿Para que puedas descansar?

Elaina asintió con la cabeza, a regañadientes.

Lisavet la dejó para que durmiera. Se detuvo a agarrar sus cosas antes de salir de la habitación. Con la cabeza alta para evitar sospechas, llevó a Amelia hasta la sala de neonatos y se quedó esperando en la puerta hasta que tuvo la seguridad de que allí no quedaba nadie. Localizó la cuna en la que la verdadera hija de Elaina Duquesne yacía, fría e inerte. Se obligó a colocar a Amelia en la cuna contigua, que estaba vacía, y se detuvo el tiempo necesario para escribir su nuevo nombre en la placa sujeta a la cuna. Leyó la fecha en su parte inferior y se la aprendió de memoria.

Con mucho cuidado, sacó de la cuna al bebé muerto y se extrajo del recuerdo, dejando a su hija en el pasado, donde Ernest sin duda daría con ella. Él no sabría que era su hija, pero al menos estaría a

su lado y la querría. Por mucho que eso implicara que Lisavet ya no podría hacer lo mismo.

Antes de regresar al espacio-tiempo, visitó otro recuerdo para darle al bebé de Elaina un entierro digno. Lloró sobre su figura diminuta como si fuera su propia hija. Fueron los sollozos desesperados y desgarradores de una madre que había perdido a su bebé.

Se preparó para el retorno, consciente de que habría provocado daños. Había reemplazado a una niña muerta. La madre que se había suicidado por la aflicción que le generaba esa hija perdida volvería a la vida. El curso de ambas historias se había alterado para siempre. Sabía que habría consecuencias, pero nada la había preparado para la realidad de lo que había hecho.

En cuanto el espacio-tiempo cobró definición ante sus ojos, profirió un grito ahogado. Estuvo a punto de perder el equilibrio, tuvo que agitar los brazos para no caer en el agujero, en el abismo que se había abierto en el suelo. Su ancho la superaba en altura, y delimitaba una grieta que se estaba tragando las estanterías a su alrededor. Soltó el bolso y se dejó caer de rodillas al suelo.

Un sonoro susurro le llegó de su interior. Era el Tiempo, cargado con los ecos de los recuerdos que había destruido, y que la llamaban.

Oyó un ruido y levantó la cabeza. A través de las lágrimas vio al cronauta ruso. Que estaba cerca. Demasiado. Se puso en pie como pudo.

—No huyas —le dijo él en ruso, y sujetó la correa de su bolso en el momento en que ella intentaba llevársela—. Solo quiero ayudar. ¿Qué ha pasado con…?

—Aléjate de mí —dijo Lisavet, arrebatándole la bolsa con un tirón tan violento que estuvo a punto de acabar despatarrada en el suelo.

Huyó corriendo. Pero, en lugar de perseguirla, él se agachó a levantar algo del suelo. A Lisavet el corazón le dio un salto. Su libro. Tenía su libro. Se le había caído de la bolsa cuando él intentó quitársela. Consideró la posibilidad de volver a por él, pero el ruso ya estaba haciendo girar la corona de su reloj, llevándose consigo el libro y todos los recuerdos que había compartido con Ernest.

El Tiempo siguió avanzando.

Aunque era consciente de que no debía hacerlo, Lisavet visitó a su hija docenas de veces en los recuerdos, entrando en ellos a través de las páginas alteradas del pasado de Elaina. Vio a Ernest cuando la conoció, vio a Elaina intentar cuidar de ella. Resultó que la muerte de su hija no fue lo único que la había llevado a tirarse desde ese puente. Lisavet había traído de vuelta a una mujer de la muerte, pero eso no implicaba que le hubiera salvado la vida. Para compensar, hizo todo lo posible para mejorar la situación. Realizó más cambios en el pasado, diciéndose a sí misma que las consecuencias valían la pena. Lo hacía por su hija. En los primeros dos años de vida de Amelia, Lisavet interfirió al menos siete veces, haciendo todo lo posible por que Elaina se mantuviera a flote. Mandándole dinero cuando tenía que pagar el alquiler. Evitando que la despidieran. Haciendo acto de presencia para prevenir un accidente el día del segundo cumpleaños de Amelia, cuando Elaina se dejó el horno encendido.

Y, en todo momento, el abismo del espacio-tiempo no dejó de crecer.

—Lisavet, tienes que acabar con esto —le dijo Azrael—. No puedes reescribir el pasado cada vez que no te gusta cómo ha salido.

—Lo haré, te lo prometo. En cuanto hayan superado esta fase.

—No. No cuando la superen. Tienes que parar ahora mismo.

—No puedo. Amelia me necesita.

—Estás destruyendo el pasado, Lisavet. ¿No te das cuenta de que esto ha llegado demasiado lejos? No puedo seguir viendo lo que haces.

—¡Entonces mira para otro lado! —espetó Lisavet, girando sobre sí misma para encararlo—. Ya no soy una niña pequeña, Azrael. No necesito tu ayuda.

El monje la miró con expresión triste. Sus palabras no le habían dolido, ni siquiera le habían molestado. Era demasiado viejo para eso. Era demasiado sabio para que la rabia de la joven le engañara.

—Ahí es donde te equivocas, hija mía. Ahora es cuando más la necesitas.

—Bueno, pues no la quiero. Déjame tranquila. —No esperó a oír la réplica de Azrael y se introdujo, furiosa, en otro recuerdo.

Quizá, de haber sabido que era la última vez que iba a verle, habría vuelto sobre sus pasos. Habría dejado las cosas de mejor manera. Pero, como el hombre decía siempre, el Tiempo no tiene amigos; no le importan las palabras de despedida ni los adioses definitivos.

Fueron a por ella esa noche de 1952.

Unas horas después, mientras caminaba por el espacio-tiempo, Lisavet vio a un cronauta parado y muy quieto en medio de una de

las hileras de estanterías. Era norteamericano y llevaba el pelo castaño muy corto. Su postura, con la cabeza ladeada y los hombros en tensión, le pareció extraña, y retrocedió para ocultarse entre las sombras. Él no sacó ningún libro; en su lugar, avanzó con decisión varios pasos hacia el final de las estanterías y asomó la cabeza para ver lo que había al otro lado. Lisavet lo siguió; sacó los guantes del bolso para estar preparada cuando él seleccionara al fin su objetivo. El cronauta se detuvo por la mitad de otra fila de estanterías y levantó un brazo doblado por el codo, como si estuviera saludando a alguien. Ella entornó los ojos en la oscuridad, tan perpleja por sus movimientos que no reparó en las sombras que se desplazaban a su alrededor. No oyó los pasos sigilosos. Solo cayó en la cuenta de lo que pretendía el hombre cuando estiró el brazo y señaló con un dedo hacia ella.

Alguien la sujetó por la espalda. Unas manos violentas que se aferraron a sus brazos con tanta fuerza que le dejaron la huella de su perfil en la piel. Todo sucedió en un santiamén. El otro cronauta acudió a ayudar y juntos forcejearon para someterla. Alguien la golpeó para que dejara de oponer resistencia. Lisavet suplicó, pero no le hicieron caso. Uno de ellos dio cuerda al reloj y el otro la obligó a dirigirse hacia la puerta que acababa de aparecer. En el último instante, ella se retorció en un esfuerzo cargado de adrenalina y logró liberarse de su captor. Cayó al suelo, se puso en pie con dificultades, tropezando con las manos que intentaban sujetarla, y salió a la carrera. Estuvo a punto de salirse con la suya, estuvo a punto de escapar.

Entonces, al doblar una esquina, cayó directa entre los brazos abiertos de Jack Dillinger, que la estaba esperando. Pese a que no la

había oído nunca fuera de un recuerdo, reconoció su voz.

—Tranquilícese. No vendrá nadie a salvarla.

La agarró por el cuello con tanta fuerza que Lisavet no podía respirar. Notó el frío metal de una pistola pegarse a su sien y el hombre la empujó en dirección a la puerta.

En un último y desesperado esfuerzo, Lisavet llamó a Ernest. Aunque él no se acordara de ella, quizá acudiría. Quizá la salvaría de esa situación.

—Grite todo lo que quiera, señorita Levy —dijo Jack con crueldad —. Él no puede oírla.

Se vio obligada a entrar por la puerta. Al otro lado la esperaban dos hombres con bata blanca. Jack la mantuvo quieta mientras uno de ellos le insertaba una jeringa en el cuello. Un escalofrío enfermizo recorrió su cuerpo a la vez que sus músculos comenzaban a ceder ante el sedante.

Lisavet se sumió en la inconsciencia y la puerta del espacio-tiempo se cerró a sus espaldas para no volver a abrirse nunca más.



11

Boston, Massachusetts,

1965

A la mañana siguiente, cuando Amelia bajó a la cocina, se encontró a dos hombres sentados a la mesa, tomando café.

—Ahí está —dijo uno de ellos, sonriéndole—. ¡Buenos días!

Moira apareció en ese momento. Lucía una expresión extraña, de tensión.

—Amelia, estás despierta…

—¿Qué pasa? —preguntó ella, vacilante.

—Amelia, este es Jack Dillinger, mi jefe. Y Fred Vance, uno de mis colegas. Han venido a ayudarnos con un tema.

La voz de Moira sonaba tranquila e indiferente, pero Amelia veía en sus ojos que algo iba mal.

Miró a los dos hombres.

Jack Dillinger respondía a lo que hubiera esperado en un director de la cia: ancho, contundente y autoritario. En contraste, Fred era robusto y musculoso.

Jack le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—No seas tímida, cariño. Ven a desayunar algo. Te espera un día muy importante.

Amelia miró de inmediato hacia Moira.

—¿De qué está hablando?

La mujer le puso un plato de huevos en las manos.

—Han venido a ayudarnos a capturar a Anton Stepanov.

—¿A capturarle?

—¡Eso es! —exclamó Jack—. Nos hemos enterado de que le viste con el libro que necesitamos, así que hemos decidido que ya va siendo hora de meter en cintura a ese cabrón.

—Entonces, ¿vais a entrar a por él?

Jack soltó una risita.

—Oh, no, nosotros no. Lo harás tú.

—¿Yo? —Amelia se volvió hacia Moira, que se abstuvo de mirarla a los ojos.

—Siéntate —le pidió la mujer, dándole un apretón en el hombro—. Te lo explicaremos mientras comes.

Amelia hizo lo que le había pedido y se sentó en el extremo de la mesa, al lado de Jack. Pero no se puso a comer, estaba mareada.

—Muy bien, el plan es el siguiente —dijo el hombre, dando sorbos a su café—. Lo hemos discutido y te vamos a mandar al espacio-tiempo con Fred, aquí presente. Él se quedará esperando cerca de la puerta, para pillar al ruso y arrastrarlo hacia fuera cuando se acerque lo suficiente, pero serás tú la que tendrá que atraerlo hasta allí.

Iban a utilizarla como cebo. Miró a Moira.

—¿No puedes venir tú conmigo?

Jack contestó antes de que la mujer pudiera hacerlo.

—Cazar a un criminal ruso es tarea de hombres. Además, Moira no entra nunca en el espacio-tiempo, ¿verdad, Donnelly?

Ella le ignoró.

—Hemos acordado que Fred es la mejor opción. Por si algo sale mal.

Siguieron hablando, pero Amelia apenas les oía por encima del pitido en los oídos. Después de tragar de mala manera algunos bocados de huevo, vio que Moira le hacía un gesto para que la siguiera al piso de arriba. La mujer agarró el bolso de la mesa del vestíbulo. Jack y Fred se habían puesto a mover muebles por el salón.

—¿Qué hacen? —preguntó Amelia en cuanto entraron en su dormitorio.

—Oh, ya sabes. Comprueban ángulos. Miden la distancia entre las puertas. Todo lo que suelen hacer los hombres antes de cometer un acto de violencia.

Moira dejó el bolso sobre el escritorio y se puso a examinar la habitación, el edredón de color violeta, las diminutas estrellas que el tío Ernest pintó en el techo cuando ella se mudó a su casa. La mujer se comportaba como si todo estuviera en orden. Como si fuera normal. Era exasperante. Amelia la observó levantar de la mesa de noche el libro que había estado leyendo. *Aurora Leigh*.

—¿Te lo has leído? —le preguntó, mostrándoselo.

Amelia asintió con la cabeza. Moira pareció sorprenderse y se puso a hojearlo.

—Me ha gustado de verdad —dijo Amelia, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para que las palabras le salieran de la boca.

Moira sonrió.

—Esperaba que fuera así. Cuando era joven, este libro me ayudó a sobrellevar unos tiempos bastante oscuros —dijo con voz más suave de lo habitual. Más cálida incluso.

—Oh…

—Tuve una infancia muy solitaria —prosiguió Moira—. Y entonces llegó un período de tiempo en que la poesía fue lo único que me permitió sobrellevar las cosas. Tocar algo real.

—¿Algo real? —repitió Amelia, frunciendo el ceño.

Moira tardó un instante en contestar.

—Llenamos nuestras casas de muebles y nuestras mentes con hechos, pero la poesía nos permite llenar el alma. Es el medicamento de la gente pobre; la más profunda expresión de la humanidad. Que puedas leer poesía significa que ya has experimentado la sombra de las emociones más poderosas de la raza humana.

—¿Eso lo has sacado de un poema?

Moira levantó la vista hacia el techo, como si no acabara de recordarlo, y sacudió la cabeza.

—No, creo que no.

—Pues lo parece —dijo Amelia, que vaciló antes de añadir—: Quizá deberías ser poeta. Ya sabes, si todo este tema de dar miedo como agente de la cia no acaba funcionando.

Moira soltó una risa. Dejó el libro, apartó la silla del escritorio y le hizo un gesto a Amelia para que se sentara.

—¿No tienes un espejo en esta habitación? —le preguntó mientras agarraba el cepillo del tocador y volvía junto a ella—. No me extraña que siempre tengas el pelo hecho un desastre.

Amelia intentó volverse para fulminarla con la mirada, pero los tirones del cepillo contra el cuero cabelludo la mantuvieron en su sitio.

—No está hecho un desastre. Lo que pasa es que tengo mucho.

—Puedo cortártelo si quieres. Hoy en día se lleva el pelo corto.

—Si me tocas el pelo, te tiro por una ventana.

Moira se rio y dejó el cepillo. Deslizó los dedos entre el pelo de la joven y comenzó a tirar de los mechones pelirrojos para transformarlos en una pulcra trenza francesa que caía por la espalda de la muchacha. Amelia se quedó paralizada por ese contacto tan poco familiar para ella.

—Quiero que hoy tengas cuidado ahí dentro, ¿vale? —dijo Moira en voz baja—. Si las cosas se tuercen, quiero que salgas de inmediato. Diga lo que diga Fred. Tú confía primero en tu instinto. ¿Comprendido?

Amelia asintió con la cabeza.

Moira se detuvo para tomar su mentón en la palma de la mano.

—Lo digo en serio, Amelia. Quiero que lo digas en voz alta.

—Tendré cuidado.

Satisfecha, Moira la soltó y siguió haciéndole la trenza. Sus dedos fríos rozaban la nuca de la chica y le provocaban escalofríos. Jack las llamó. Moira acabó la trenza y la encaró para que sus ojos quedaran al mismo nivel. Amelia pensó que se disponía a decirle algo más. En su lugar, la mujer se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—Es hora de irse —dijo.

Amelia se puso en pie y salió de la habitación detrás de ella. Abajo, Jack y Fred habían trasladado todos los muebles del salón al vestíbulo, bloqueando el acceso a las demás habitaciones.

—Esto debería bastar —dijo Jack, jadeando un poco—. Hemos cerrado todas las puertas por las que podría cruzar si se las arregla para soltarse. —Se volvió hacia Amelia y la escudriñó con detenimiento—. ¿Crees que deberíamos darle una pistola?

Moira sacudió la cabeza.

—No. No ha aprendido a usarlas.

La mujer había sacado su propio revólver plateado y estaba comprobando la recámara mientras hablaba. Amelia no tenía ni idea de dónde lo había guardado hasta ese momento. La blusa blanca y los pantalones de lana dejaban poco espacio, pero había aprendido que no debía interrogarla.

—¿Y si no está dentro? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo debo quedarme esperándolo?

—Puedes quedarte todo el tiempo que sea necesario —la tranquilizó Jack—. Te esperaremos.

Amelia tragó saliva con dificultad, le sudaban las manos.

—¿Estáis seguros de que no necesito una pistola?

Moira esbozó una pequeña sonrisa y le dio un codazo para encaminarla en la dirección del despacho de su tío, la única puerta que habían dejado sin bloquear. Amelia avanzó hacia ella, notando que Fred le pisaba los talones. Hizo girar la corona del reloj.

—¡Buena suerte! —sonó la voz animada de Jack a sus espaldas—. Tráenos a ese ruso.

Amelia inspiró y abrió la puerta. El silencio los envolvió al entrar en el espacio-tiempo. Fred la empujó hacia delante y cerró la puerta tras ellos antes de examinar la hilera de estanterías de arriba abajo.

—Estaré justo detrás de ti —dijo. Tenía una voz grave y molesta—. Cuando lo encuentres, haz que te persiga y abre una puerta. Yo me

aseguraré de que la cruce.

—¿Y si me atrapa antes de llegar a la puerta?

—Será mejor que te asegures de que no pase eso.

No era muy tranquilizador. Amelia avanzó entre las estanterías a oscuras. No había tenido tiempo para pensar en la manera de encontrar a Anton Stepanov en medio de ese laberinto. Ponerse a vagar sin fin no le serviría de nada. Decidió que la mejor opción era esperarlo en el centro de las filas, allí donde le había enseñado que el techo pintado se veía mejor. Guiándose por la espiral de recuerdos sobre su cabeza, fue avanzando en zigzag hasta el centro, tomando nota de cada giro que realizaba. A la derecha, luego a la izquierda. Entonces, de nuevo a la izquierda. No encontró nada vivo o muerto. Ni motas de polvo estelar ni sombras acuosas. El espacio-tiempo transmitía una imagen pavorosa porque parecía vacío, como si supiera de las intenciones siniestras que le esperaban ese día. Se preguntó si sería lo mismo que había sentido Anton antes de cargar su pistola y dispararla contra el tío Ernest: el silencio y la quietud de un espacio-tiempo que parecía encontrarse en medio de un auditorio.

Pasó una hora sin que Anton diera señales de vida. Luego una segunda hora. Hacia el final de la tercera vio una figura moverse y se volvió de golpe, pero se trataba solo del espectro líquido de uno de los muertos que se deslizaba entre los estantes. Cansada de esperar, Amelia dio unos pasos en dirección al abismo. Aquello carecía de sentido. Los cronautas no se quedaban a pasar el día entero en el espacio-tiempo, y Anton había estado allí la noche anterior. ¿Y si tardaba varios días en regresar? Se dirigió al centro de las filas, asomándose a cada una de ellas. Otra hora. Dos. Tres.

Transcurrieron seis horas antes de que entreviera a otra persona al final de una fila de estanterías. Se escondió a la vuelta de la esquina. Un cronauta estaba parado de espaldas a ella, observando el recuerdo fantasma de un muerto desvanecerse ante él. La cabeza inclinada hacia atrás, para ver las estrellas viajar hacia dentro. El cabello oscuro. La figura larguirucha. Era él. Había llegado su oportunidad.

Salió de detrás de la estantería. Anton se volvió hacia ella, sus miradas se encontraron en un combate frío; cada uno esperaba que fuera el otro quien reaccionara primero. Por un instante, él estuvo a punto de dar media vuelta. Amelia constató la vacilación en su pose, el deseo de alejarse de lo que fuera aquello. Pero no lo hizo. Dio un paso hacia ella, lento y cuidadoso. Otro, y entonces algunos más. Amelia esperó a que adoptara un ritmo normal antes de dar media vuelta.

Aceleró el paso, escudriñando el espacio-tiempo para ver si Fred estaba cerca. Al mirar por encima del hombro se encontró con que Anton estaba más cerca de lo que esperaba. Ver que le había ganado terreno la llevó a correr y elegir un estante al azar. Ella tenía un plan para atraerlo pero, al seguirla, él debía de tener otro. Sus pasos eran más largos que los de la muchacha. Estaba a punto de alcanzarla. Aterrorizada, Amelia llevó la mano al reloj e hizo girar la corona. La puerta apareció, pero Fred no. Una punzada de temor la recorrió. Era demasiado tarde para detenerse. Siguió corriendo hacia la puerta, con la esperanza de que la inercia los hiciera entrar a los dos.

Estaba a centímetros del umbral cuando Anton la pilló.

La fuerza combinada del peso de los dos golpeó contra la superficie de madera con tanta fuerza que Amelia tuvo la seguridad de que los habrían oído al otro lado. Intentó agarrar el pomo, pero Anton la sujetó y tiró de ella hacia atrás. Se les enredaron los pies, cayeron al suelo. Amelia le arañó el cuello y le golpeó en el pecho. Él esquivó los golpes y estiró el brazo hacia uno de los estantes, atrapando el cuerpo de ella con las piernas y el torso mientras sacaba un volumen cualquiera. Amelia se dejó llevar por el pánico. ¿Qué estaba haciendo? Con la mano libre lo agarró del pelo y tiró con todas sus fuerzas. Entonces se quedó paralizada.

Debajo del abrigo, en el bolsillo frontal de la camisa, Anton lucía la imagen pintada de una flor de color azul. Un nomeolvides con el centro de color amarillo claro. «Busca a un cronauta que lleve una flor azul. Se puede confiar en ellos».

Anton respiraba con dificultad, seguía manoteando el libro.

—Agárrate fuerte —le dijo.

Amelia oyó que Fred la llamaba a lo lejos, notó sus pasos apresurados siguiendo el sonido de las maldiciones de Anton. Profirió un grito cuando el suelo desapareció bajo sus cuerpos y el mundo que les rodeaba pasó a ser algo nuevo. Aterrizaron en una habitación a oscuras, con el suelo de madera. Anton seguía encima de ella. Amelia lanzó el brazo y le golpeó con fuerza en la mandíbula. Él gritó y ella le pegó de nuevo; lo alcanzó en la cara. Anton estampó sus dos muñecas contra el suelo.

—¿Quieres parar? —le espetó.

Se puso en pie y se alejó de ella, pellizcándose la nariz para evitar que la sangre le chorreara por la cara. Amelia se incorporó, se pegó una mano a la cabeza. Le pitaban los oídos. Tenía la manga de la

camisa rota por encima de la muñeca izquierda. Se puso en pie también y recorrió con la mirada esa estancia extraña. Se encontraban en una especie de ático. El aire era frío y estaba estancado. La luz de la luna entraba flanqueada por unas cortinas.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde estamos? —dijo Amelia, jadeando—. ¿Me has traído a Rusia?

—¿A Rusia? No, no seas estúpida. Nunca llevaría a una chica norteamericana a mi país. Te fusilarían.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? Llévame de vuelta —exigió.

—No. Aún no.

Amelia armó el brazo para pegarle de nuevo.

Él la sujetó por la muñeca y le dirigió una mirada severa.

—Si vuelves a pegarme te dejo aquí. —Tiró de ella con fuerza para que se acercara a la ventana—. Mira. ¿Lo ves? No es Rusia.

Bajo sus pies, una calle de adoquines atravesaba un pueblo lleno de edificios achaparrados de madera. No había farolas, lo que sumía el pueblo en una negrura solo rota por la luz de la luna. Tampoco había nada que pudiera indicarle que no estaban en Rusia. Giró sobre sus talones para confrontar a Anton. Él estaba de espaldas a ella, seguía ocupándose de las heridas de su rostro.

—Vale. No es Rusia. Pero ¿dónde estamos?

Anton se volvió.

—¿Qué quieres decir? Esto es Estados Unidos. Estamos en tus Estados Unidos.

—No, no es verdad. No había visto nunca este lugar.

Anton murmuró algo y volvió junto a la ventana.

—¿Ves eso? —Señaló una bandera fijada a lo alto de un edificio. Era, de hecho, una bandera estadounidense, a la que le faltaba

cerca de una docena de estrellas—. Estamos en Filadelfia. En 1843.

—Mil ochocientos… Espera. Un momento. —Amelia le agarró del brazo. ¿Qué has hecho?

—Te he traído al pasado para que puedas explicarme por qué me has atacado. ¿Yo qué te he hecho?

El rostro de Amelia se ensombreció. No sabía qué era peor, que hubiera asesinado al tío Ernest o que pareciera de verdad confundido sobre ese hecho. Como si lo hubiera olvidado.

—Mataste a mi tío.

—¿Por qué no dejas de decir eso? Yo no maté a Ernest Duquesne.

Amelia le fulminó con la mirada.

—No te hagas el tonto. Es un insulto.

Anton soltó una serie de balbuceos.

—¡No me estoy haciendo el tonto!

—Entonces, ¿por qué sabes cómo me llamo? ¿Y por qué me has seguido ahí dentro?

—Era evidente que querías que lo hiciera.

—Pero nadie te ha obligado. ¿Quién te habló de mí?

Una pausa. Un instante.

—Creo que no puedo confiarte una información así. La primera vez que nos vimos fuiste amigable, y la segunda trajiste un cuchillo y quisiste clavármelo. Luego intentas atraerme para llevarme a tu país. ¿Qué quieres de mí?

—Te ataqué porque pensaba que habías asesinado a mi tío.

Anton sacudió la cabeza.

—Yo no he matado a nadie. Ni siquiera sabía que Ernest Duquesne había muerto hasta que me lo contaste.

Amelia se quedó mirándolo sin comprender.

—¿No lo sabías?

—No. Jamás le hubiera hecho daño. Es mi amigo. Él fue quien me enseñó a pasear por el Tiempo.

—¿A qué?

Anton hizo un gesto hacia la habitación en la que estaban.

—A pasear por el Tiempo. A regresar al pasado. Como en un libro.

—¿Él te enseñó a hacer esto?

—Sí. ¿Lo ves? Éramos amigos.

La situación no tenía ningún sentido, pero al menos el chico no parecía empeñado en hacerle daño. Amelia se frotó los nudillos, que le palpitaban por las colisiones múltiples que habían sufrido contra la cara de Anton. El joven retrocedió un paso. Una tregua temporal. Hizo un gesto de dolor y se pellizcó el puente de la nariz.

—Creo que me has roto algo —dijo.

—Si estuviera rota habría más sangre.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Anton, incrédulo—. ¿En vuestras escuelas hay una clase dedicada a las hemorragias?

Amelia lo miró con dureza.

—No. Eso no existe. ¿Cómo es posible que hables inglés?

Anton le devolvió la mirada fulminante.

—Porque lo he aprendido. ¿Tú por qué no hablas ruso?

—¿Por qué debería hacerlo?

—Oh, claro, me olvidaba. No quiera el cielo que aprendáis otro idioma que no sea el vuestro. Reconocer culturas ajenas pondría patas arriba la agenda occidental.

Amelia suspiró, frustrada.

—Esto no nos conducirá a ninguna parte. No quiero seguir discutiendo contigo. Llévame de vuelta.

—¿Crees que yo sí quiero seguir discutiendo contigo? Es como hablar con un gato. Yo no hago nada y lo único que recibo son arañazos y arañazos y más arañazos.

Amelia resistió la tentación infantil de soltarle un bufido.

—Bueno, eres tú el que me ha traído aquí. Ya te he contado por qué te ataqué. ¿Qué más quieres?

—Quiero saber quién está contando mentiras sobre mí. Quiero saber quién te dijo que yo maté a Ernest Duquesne, y quiero saber si vas a seguir atacándome cada vez que nos veamos.

—Eso último aún tengo que decidirlo —gruñó Amelia, frotándose los puños doloridos de nuevo.

Escudriñó el rostro ensangrentado y los pómulos marcados del joven. Los ojos un tanto hundidos, la mirada afilada como un cuchillo, que le confería un aspecto de peligrosidad. Pero llevaba una flor azul… y había impedido que se cayera al abismo.

—Fue Moira. Ella me dijo que lo asesinaste.

—¿Moira? —repitió Anton—. ¿Quién es esa Moira?

—Es una agente federal de Estados Unidos que trabajó con mi tío. Sabía que lo estuviste siguiendo antes de que muriera. Me dijo que los rusos querían a mi tío muerto. Además, tenías el libro —añadió.

—¿El libro?

—El libro de Lisavet Levy. El que contiene los recuerdos robados por los rebeldes. Mi tío estuvo buscándolo. Moira me dijo que también fueron a por él, para impedir que lo encontrara.

Anton cruzó los brazos y apoyó la espalda contra un rincón polvoriento, al lado de la ventana.

—Vale, entiendo por qué me has atacado si te creíste todas esas cosas. Pero deberías saber algo que quizá te haga cambiar de

opinión.

—¿Qué?

—Ernest no fue enemigo de la rebelión. De hecho, fue todo lo contrario. —Anton enderezó la espalda, se sacó un recuadro de tela blanca del bolsillo y se lo mostró—. Esto era suyo.

Amelia miró la tela y la sostuvo con cautela. Era un pañuelo, uno de los muchos que su tío tenía a mano, con sus iniciales bordadas en un costado: «EGD». La madre de Ernest le había mandado un juego cada año como regalo de Navidad hasta que murió. Pero ese era diferente. En la esquina opuesta a la que ocupaban las iniciales había una flor violeta con el centro de color amarillo claro. Un nomeolvides del tamaño de una pulgada. Amelia la miró con incredulidad.

—¿Sabes qué es? —preguntó Anton.

—Flores para Lisavet Levy —contestó ella en voz baja—. Tú también tienes una. En la camisa.

—Ahhh, sí. Pero la mía no es tan bonita —dijo Anton, abriendo el abrigo para revelar la flor pintada en él—. ¿Lo ves? Estábamos en el mismo bando.

—El bando de la rebelión.

Anton frunció la expresión.

—Ehhh, que no es una rebelión, exactamente. Se trata más bien de un movimiento. Para cambiar las cosas.

—Moira me dijo que la rebelión era peligrosa, que está destruyendo el orden del Tiempo. Pero, según tú, mi tío formaba parte de ella…

—No es que formara parte de ella. Era su líder. Reclutó a otros cronautas que compartían con él la idea de que los recuerdos deben

salvarse, no quemarse. Juntos, hacemos lo posible para evitar que tengan lugar grandes cambios. Él nos mostró cómo hacerlo. Nos enseñó a pasear por el Tiempo para que pudiéramos escondernos. Y ayudó a otros cronautas a permanecer ocultos ante quienes trabajan para el Estado.

Amelia lo miraba con fijeza. Deseaba pegarle de nuevo y decirle que estaba equivocado. Que le estaba mintiendo. Pero él tenía una prueba irrefutable en la mano.

—Entonces…, ¿cómo murió?

Anton volvió a acercarse a ella, se detuvo a unos centímetros apenas de su cuerpo.

—¿Por qué no se lo preguntas a la tal Moira, si tan segura está de que fui yo? Muéstrale el pañuelo. —Pegó dos dedos a la sien de Amelia y bajó la voz—. Y veamos cuánto tardan en meterte una bala en la cabeza. Como quieren hacer conmigo…, como probablemente hicieron con Ernest Duquesne.

Amelia se apartó de una sacudida y le dio una palmada a la mano que había quedado en el aire.

Él sonrió con suficiencia; esa vez la violencia no le había molestado.

—Solo los hombres débiles obedecen las órdenes sin chistar. La obediencia suele arrojar buenos soldados, pero también tragedias mucho mayores.

A su alrededor, la habitación comenzó a desvanecerse. La negrura del espacio-tiempo iba ganando terreno.

—¿Qué pasa? —preguntó Amelia.

—El recuerdo se está acabando —contestó Anton, encogiéndose de hombros—. Ahora volveremos al espacio-tiempo.

—Pero…

Anton la amonestó con un movimiento del dedo.

—Se acabaron las conversaciones. Vuelve a tu puerta y diles a tus amigos que he sido demasiado listo para ti. Y la próxima vez que me ataques, no seré tan comprensivo. Solo he hecho esto porque Ernest Duquesne fue amigo mío. Espero que tú y yo podamos serlo también. Pero, hasta entonces, nos comportaremos igual que nuestros países. Si me golpeas, yo te golpearé con más fuerza.

Al cabo de unos segundos, el mundo se disolvió por completo. Anton desapareció de su vista antes de que tuviera tiempo de acostumbrarse a la oscuridad, dejándola con el pañuelo incriminatorio en la mano.

Cuando Fred salió del espacio-tiempo solo, a Moira se le cayó el alma a los pies. Comenzó a pasearse de arriba abajo mientras Jack reprendía al agente y le pedía información.

—¿Qué quiere decir que han desaparecido? ¿Se la ha llevado por su puerta? —le preguntó.

—No, no era una puerta. Se han desvanecido, eso es todo.

Moira tenía el corazón en un puño.

—Un paseo por el Tiempo —dijo en voz baja.

Jack la miró.

—Un poco más alto, Donnelly, por favor.

Moira tragó saliva, arrepintiéndose de inmediato de haber dicho eso.

—Están paseando por el Tiempo. La ha metido en un recuerdo.

—¿Y por qué habría de hacer eso? —preguntó Fred.

—No lo sé —contestó Moira, intentando aparentar calma. Por dentro, no obstante, estaba gritando. En el interior de un recuerdo podía pasar cualquier cosa, y ellos no se enterarían nunca.

—¿Y cómo es posible que sepa hacer eso? —dijo Jack, escéptico —. Pensaba que los únicos que sabían hacerlo eran Ernest y…

—No lo sé —contestó Moira antes de que acabara de hablar.

Siguió un tenso momento de silencio, hasta que Jack recorrió algunos pasos hacia ella.

—Alguien le ha enseñado.

—Eso parece —dijo Moira, con un encogimiento de hombros poco entusiasta.

—Fue Ernest —dijo Jack, con la voz cargada de recelo.

Moira lo miró a los ojos. Supo al instante lo que pensaba su jefe. Y sintió la necesidad de detener ese tren antes de que se alejara demasiado de ella.

—Eso no lo sabemos.

—¿Ah, no? —dijo él, sin emoción—. Quizá las mentiras que contamos sobre que Ernest era comunista fueran ciertas.

—En ese caso, ¿por qué atacó Anton Stepanov a Amelia? Puede haber aprendido por su cuenta

—Oh, lo dudo. Llevo años ligado al pec y no he conocido a un solo hombre que lo haya averiguado solo, sin ayuda. Y ahora, de repente, tenemos a un chico ruso, un muchacho al que vieron seguir a Ernest durante las semanas previas a su desaparición, ¿y me dices que se trata de una coincidencia?

Moira le replicó de nuevo; su propia rabia comenzaba a salir a la superficie:

—Jack. Por favor. Concentrémonos en la situación que tenemos entre las manos. Amelia está en el espacio-tiempo con un ruso que la ha asaltado. Te dije que no era buena idea.

—Tranquilízate.

—No me pidas que me tranquilice. Haz algo.

—¿Y qué quieres que haga, Moira? ¿Que entre a buscarla? Si está en algún tipo de recuerdo, no hay forma de llegar hasta ella.

—Entonces, voy yo —replicó Moira, dirigiéndose hacia la puerta.

Jack la agarró del brazo con rudeza.

—No pensarás en serio que voy a permitir que lo hagas, ¿verdad?

—Amelia está en peligro.

—No —dijo Jack con tono áspero—. En este momento, o está muerta o ha quedado comprometida.

Moira lo miró, boquiabierta.

—¿Comprometida? ¿Después de una conversación? Es un comunista, no un enfermo de peste bubónica.

—No importa. Si el chico sabe pasear por el Tiempo, quién sabe de qué más se habrá enterado. Podría estar contándole todo tipo de cosas. Sobre la rebelión. Sobre la historia de Ernest. —Siguió una pausa, en la que Jack le echó un vistazo cansado a Fred—. Sobre Lisavet Levy.

A Moira se le revolvió el estómago. Si Anton Stepanov le había hablado a Amelia sobre esos temas, sería imposible hacer que Jack se bajara del carro en cualquier decisión que tomara. Abrió la boca para protestar, pero el sonido de un movimiento al otro lado de la puerta hizo que se detuviera. Jack volvió la cabeza de golpe. El pomo comenzó a girar. Fred se abalanzó hacia él. Jack levantó la pistola.

La puerta se abrió y reveló la presencia de Amelia. Moira soltó un suspiro de alivio y evaluó con rapidez en qué condiciones estaba. La manga rota, moretones en los nudillos, la trenza deshecha… Pero estaba viva.

Lo primero que vieron los ojos desorbitados y aterrorizados de la niña fue la pistola. Jack no la bajó.

—¿Qué ha pasado? —gruñó casi el hombre.

«Ten cabeza, Amelia», le pidió Moira.

Ella retrocedió hacia el espacio-tiempo; llevó una mano a la puerta.

—Me temo que no —espetó Jack.

Amelia soltó un chillido cuando él la agarró del brazo y la arrastró hacia el interior de la habitación. Jack cerró la puerta de una patada y la arrojó con fuerza contra el suelo. Volvió a levantar la pistola. Preparado para disparar. Al ver eso, a Moira se le rompió algo dentro. Levantó su propia arma y la apuntó al cráneo de su jefe.

—Apártate de ella, Jack —le ordenó.

Jack volvió la cabeza y abrió mucho los ojos con expresión de incredulidad.

—¿Moira? ¿Qué demonios haces? No me apuntes con eso.

—Que guardes la pistola.

Al cabo de un momento de tensión, Jack devolvió el arma a su funda.

—Fred, quítale el reloj —dijo, sacudiendo la cabeza en dirección a Amelia.

Moira hizo ademán de detenerlo, pero Jack se volvió hacia ella echando chispas por los ojos.

—¿Quién demonios te has creído que eres para apuntarme con una pistola? —dijo, hablándole a centímetros de la cara—. Trabajas para mí. Si quiero pegarle un tiro a la cría, se lo pegaré.

—No mientras yo esté aquí —replicó Moira, apretando los dientes.

Fred profirió un grito, lo que les distrajo a ambos. Le sangraba la cara, la marca roja de unas uñas le atravesaba la mejilla. Jack gruñó de frustración, sujetó la muñeca de Amelia y acabó de quitarle el reloj con rapidez y eficiencia. Se lo tiró a Moira. Amelia se abalanzó sobre él, pero Jack se volvió y le pegó en la cara con tanta fuerza que su cabeza entera se sacudió hacia atrás. El sonido hizo que a Moira se le revolviera el estómago.

Jack se puso en cuclillas, los codos sobre las rodillas.

—¿Has acabado?

Amelia lo miró, furiosa y desafiante, sujetándose un lado de la cara con la mano.

—Escúchame, cariño. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, tú decides. ¿Qué te ha dicho ese chico para que te hayas puesto como loca?

—No estaba como loca hasta que me has apuntado con una pistola a la cabeza —espetó ella.

Jack levantó las manos, admitiendo su error.

—De acuerdo, de acuerdo. Muy bien. Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Me lo puedes contar?

—Me atrapó antes de que pudiera llegar a la puerta.

—Claro, claro. ¿Y entonces qué? ¿Adónde te ha llevado?

—A algún lugar del pasado. Ha usado un libro. —Amelia miró a Moira por encima de Jack. Fue solo un instante—. Llevaba puesta una flor de color azul —dijo en voz baja.

Moira se quedó rígida.

—¿Una flor de color azul? —repitió Jack, resoplando. Sin comprender su significado—. Me parece adorable. ¿Qué te ha dicho?

—Que él no mató a mi tío. Que lo más probable es que fuera uno de vosotros.

—¿Y te lo has creído?

Amelia no contestó, se quedó mirándolo.

Jack suspiró y se puso en pie. Se acercó a Moira y le arrancó el reloj de la mano. Los dos intercambiaron una mirada admonitoria y agresiva.

—Deja que te cuente algunas cosas sobre tu tío. Trabajé durante mucho tiempo al lado de Ernest. Lo conocí antes de que tú nacieras. Todo el mundo te lo pinta como una especie de santo, pero la cuestión es que no siempre fue así. Fue un hombre decente, no me malinterpretes. Pero lo que le sobraba en modales y educación le faltaba en otras áreas. La verdad es que fue un hombre difícil. Fue un santurrón arrogante y autodestructivo. Y eso le metió en problemas. Bien, comienzo a ver un parecido demasiado grande entre él y la manera en que estás comportándote ahora mismo, y déjame que te diga que no me gusta en lo más mínimo.

Moira deseó que Amelia permaneciera callada. Era consciente de lo que Jack veía en ese momento. Lo mismo que la propia Moira había visto ya tantas veces. Y no tenía nada que ver con Ernest. Por fortuna, Jack aún no se había dado cuenta de ello.

—¿Es por eso que hiciste que lo mataran? —preguntó la muchacha.

—Amelia… —intentó meter baza Moira.

Ella la fulminó con la mirada.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú lo mataste. ¿Fue eso lo que pasó la noche en que vino a verte?

El silencio se posó sobre la habitación como una manta fría y húmeda. De haber estado más cerca de Amelia, Moira le habría dado una bofetada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jack con voz grave.

—Amelia, vete a tu habitación —dijo Moira, y, dirigiéndose a Jack y Fred, añadió—: Deberíamos hablarlo en privado. Darle a la niña la oportunidad de que se tranquilice.

—No pienso irme hasta que me devolváis el reloj —metió baza Amelia, mirándolos a todos con rabia.

Moira le echó un vistazo cargado de frialdad.

—Fred, llévatela arriba.

Amelia se puso en pie de un salto antes de que Fred pudiera acercarse a tres metros de ella y subió furiosa la escalera, como la mocosa adolescente que era.

Nadie dijo nada durante el minuto que siguió a su marcha. Moira observaba a Jack, Jack la observaba a ella y Fred los observaba a los dos, percibiendo quizá la tensión entre ambos. Pero, por otro lado, quizá no percibiera nada. Fred no era lo que se dice muy listo. Jack dijo al fin:

—¿Te importaría explicarte, Donnelly? ¿O debo comenzar a arrancar dientes?

Moira cruzó los brazos.

—No sé a qué se refiere, Jack. Anton Stepanov está intentando crearnos problemas. Le ha metido ideas en la cabeza a propósito para salvar la piel.

—O está pasando algo más —dijo su jefe, con toda la intención.

—Jack, no sé lo que intentas insinuar, pero…

—¿Fue Ernest a verte antes de morir?

—De ser así, ¿crees que no te lo habría dicho?

—No lo sé. ¿Me lo habrías dicho?

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Oh, no me vengas con esas mierdas, Moira. Tú y yo sabemos que no siempre has sido sincera conmigo. —Se le acercó y le estampó el reloj contra el hombro—. De hecho, estoy comenzando a preguntarme si no sabrás mucho más sobre esta situación de lo que dejas traslucir.

Moira endureció la expresión y guardó silencio.

Jack la miró con desdén.

—Muy bien. ¿Quieres jugar? Pues juguemos. Fred, ve a buscar a la niña y tráela aquí abajo.

—Fred, no vayas a ninguna parte —espetó Moira.

Fred se quedó paralizado a mitad de camino de la escalera, dividido entre sus dos jefes.

Jack habló de nuevo, en voz alta y con tono exigente:

—Ve a buscarla, Fred. Es una orden.

Moira notó un martilleo en el corazón con cada paso que Fred daba al subir la escalera.

—No voy a permitir que la interrogues —le dijo, con tono seco.

—Oh, no pienso interrogarla —contestó Jack con una carcajada sombría—. Tú vas a hacer limpieza por mí.

Hacer limpieza. Era una orden que Moira conocía demasiado bien. Pero esa vez, en especial esa vez, no deseaba cumplirla en absoluto.

—No.

—Si no me dejas interrogarla a mi manera, tendrás que extraerle la información tú misma. Al fin y al cabo, es solo la sobrina de Ernest. ¿A ti qué te importa lo que le pase? —Se interrumpió y ladeó la cabeza—. A menos, claro…, que haya otra razón por la que quieres protegerla.

Un silencio tenso se posó entre ambos.

—Eh, jefe… —dijo Fred desde la escalera.

—¿Qué? —espetó Jack, girando sobre sí mismo para encararlo.

—No está ahí arriba.

—¿Perdona?

—Que la cría no está arriba. Se ha ido.



12

Washington D. C.,

1952

No vendría nadie.

Lisavet no sabía cuánto tiempo llevaba sola en esa habitación. Iba y venía entre este mundo y ese otro que conocía mejor, pues su consciencia se había quedado en algún punto intermedio. De vez en cuando se daba cuenta de que había alguien en la habitación con ella. De que unas manos comprobaban su pulso y le administraban más medicamentos. Aunque en los confines de su mente sabía que seguía viva, era casi como si su cuerpo se hubiera olvidado de ese hecho.

Pero entonces, un día, se despertó con un grito ahogado y se incorporó, sintiendo que la sangre volvía a correr por sus venas. Abrió los ojos a una habitación de blanco riguroso, con las luces tenues para no abrumarla. Veía borroso, desenfocado. Tenía la piel húmeda y fría, y una sed terrible. Todo parecía zumbar, desde las paredes y el suelo hasta el aire mismo que inflaba y desinflaba sus

pulmones. Al otro lado de la habitación había una mesa metálica con una bandeja de comida cubierta de plástico, al lado de un vaso de agua. Ya no llevaba su ropa, sino un pijama liso de color gris. Tenía los pies desnudos. Su abrigo, el reloj, todo lo que llevaba consigo había desaparecido.

Se sentó en el lateral de la cama y, cuando se disponía a ponerse en pie, notó que le temblaban las piernas. Todas las partes de su cuerpo gritaron en señal de protesta. En cualquier caso, se obligó a impulsarse hacia delante, decidida a llegar hasta el vaso de agua. Dio varios pasos, esforzándose por mantener el equilibrio. Al llegar a la mesa, agarró el vaso y engulló su contenido con rapidez, derramando la mitad sobre su camisa. Perdió el equilibrio y, para sostenerse en la mesa, soltó el vaso, que se estrelló contra el suelo con estrépito.

Se oyó un ruido de pasos al otro lado de la puerta. Lisavet no había logrado enderezarse del todo cuando esta se abrió y un hombre vestido con un uniforme de color azul marino entró en la habitación. Ella lo fulminó con la mirada, sirviéndose de toda la ferocidad de la que pudo hacer acopio. Él llamó a una enfermera, que se acercó a Lisavet como si fuera un animal salvaje.

—No deberías intentar caminar —le dijo.

Lisavet apartó los brazos de una sacudida y se tropezó con la mesa. Con la ayuda del guardia, la enfermera la devolvió a la cama. Alguien le puso una inyección en el cuello y ella notó que le pesaban las extremidades y que se le nublaba la mente. La obligaron a tragar agua, pero la volvió a expulsar. Se quedó flotando en la neblina de los fármacos, consciente de que al otro lado de la habitación había dos personas, pero incapaz de levantar la cabeza para mirarlas.

—Su cuerpo está traumatizado —dijo la enfermera—. Ni siquiera logra retener el agua.

—Ya le dije que tenía que ir con cuidado. Lleva mucho tiempo sin comer nada de verdad.

Jack Dillinger. Estaba allí. Hablando de ella como si no estuviera presente.

—No parece desnutrida —dijo la enfermera, recelosa.

—En cualquier caso, trátela como si lo estuviera —dijo Jack—. Es el síndrome de realimentación. Como lo que pasó en Bergen-Belsen. No puede digerir la comida con normalidad, así que dele suero intravenoso.

Aquello se convirtió en su rutina. Pasó semanas luchando por permanecer despierta en esa habitación pintada de blanco. La enfermera se presentaba dos veces al día para administrarle el suero directamente en el brazo. Cuando se quedaba sola, Lisavet se sentaba en la cama y se quedaba muy quieta, con la mirada fija en la pared o, a veces, en la ventana. Pero había muy poco que ver al otro lado. Un árbol sin hojas, que le indicaba que estaban en invierno. Un muro de ladrillo más allá. Un recuadro de cielo minúsculo, casi imperceptible, que solo lograba ver cuando estiraba el cuello al máximo. Tres veces al día, alguien la escoltaba por el pasillo para que pudiera ir al baño y asearse. Lo único que impedía que se volviera loca era el susurro familiar del Tiempo, que seguía sonando al fondo de su cabeza. No la había abandonado.

La mantuvieron allí tres meses sin darle explicaciones. El tiempo suficiente para que la estación cambiara al otro lado de la ventana, y para que unas flores blancas y débiles brotaran en las ramas desnudas. Tres meses de manos mudas que le traían la comida y

luego se la llevaban. Y entonces Jack Dillinger fue a verla. Ella estaba sentada en la cama, la cabeza gacha, las piernas contra el pecho. Oyó el chirrido de la puerta, pero supuso que se trataba de la cena.

—Hola, señorita Levy.

Al oír su voz, levantó la cabeza de golpe. Jack estaba en la puerta, vestido con un elegante traje de color gris y un maletín en la mano. En la muñeca izquierda, un reloj hacía tictac con seductora consistencia.

Al no obtener respuesta, el hombre entró en la habitación y cerró la puerta.

La observó con atención; Lisavet no había visto nunca una mirada tan intensa. Al llegar junto a la cama, Jack sacó una silla de la mesa y se sentó del revés, apoyando los brazos en lo alto del respaldo. La habitación era tan pequeña que ella habría podido estirar la mano y tocarlo.

—¿Sabe quién soy?

Lisavet asintió con la cabeza. Eso le satisfizo, se lo notó en la cara.

—Bien. Puede llamarme Jack.

Le ofreció la mano. Lisavet se negó a estrechársela. El hombre estaba allí. Era real. Quería algo de ella.

—No ha de temer nada, señorita Levy. Solo he venido a hacerle unas preguntas. ¿Le parece bien?

Ella no contestó. Jack suspiró y se metió la mano en el bolsillo. Sacó un encendedor y un paquete de cigarrillos y se lo ofreció.

—¿Quiere uno? He descubierto que fumar hace que las situaciones embarazosas se vuelvan más sencillas. Te da algo que hacer con la boca mientras piensas lo que vas a decir a continuación.

Esa vez, él no se rindió al ver que ella no aceptaba la oferta de inmediato, y Lisavet acabó tomando un cigarrillo del paquete con dos dedos.

—Deje que me ocupe —dijo Jack.

Lisavet se quedó paralizada cuando él se inclinó hacia delante y sostuvo el encendedor frente al cigarrillo que tenía entre los labios. De cerca, sus rasgos eran agresivos, de una masculinidad intensa, y carecían de cualquier tipo de sutileza. Nada que ver con los de Ernest, que eran todo matices y delicadeza. Sujetó el cigarrillo encendido entre los dedos índice y corazón e inspiró, negándose a toser en cuanto el aire caliente le golpeó la parte baja de la garganta.

—Buena chica —dijo Jack, que se echó hacia atrás y se tomó su tiempo para encender su propio cigarrillo.

Lisavet se aclaró la garganta un par de veces, de manera discreta. No estaba segura de que le gustara fumar, pero le daba algo con lo que entretenerse. Y parecía hacer que ese malestar tan poco familiar que sentía en el estómago fuera un poco menos doloroso.

—Bien —dijo Jack al fin—. Veamos, necesito que me cuente algunas cosas, señorita. ¿Qué tal si comenzamos por algo sencillo? ¿En qué año nació?

Lisavet no deseaba contestarle. No quería volver a hablar nunca más con nadie. Pero había algo en el tal Jack, una malicia, que la llevó a pensar que, tarde o temprano, dejaría de tener capacidad de elección en ese asunto.

—En 1927 —contestó en voz baja.

—1927 —repitió Jack—. Eso implica que tiene… ¿unos veinticinco, veintiséis años?

Lisavet ignoraba por completo su edad. Después de Ernest, había dejado de contar los años fuera del espacio-tiempo. Si tenía casi veintiséis, estaban en 1953. Era invierno, así que sería enero. Amelia iba a cumplir tres años en breve. Le pareció correcto.

—Supongo.

Jack no dijo nada por un instante, se detuvo a darle una calada al cigarrillo. Lisavet hizo lo mismo, imitándolo.

—Ha pasado mucho tiempo encerrada en ese lugar —dijo el hombre al fin—. Trece años, casi catorce.

—No me ha parecido tanto.

—Esperaba que pudiéramos hablar sobre Ernest.

—No quiero hablar de él.

—Menuda bromita le gastó con lo de su memoria. No recuerda nada en absoluto sobre usted. Después de haber pasado casi dos años juntos. Ni lo más mínimo. —Jack hizo una pausa, la miró con un interés aún mayor—. ¿Cómo lo consiguió?

—¿Qué le hace pensar que fui yo?

Jack la miró desde el otro extremo de su cigarrillo.

—¿Sabe una cosa, señorita Levy? Esto será mucho más positivo para usted si aceptamos ser sinceros el uno con el otro.

Lisavet captó la amenaza sutil en su voz. Recordó la fuerza con la que la había sujetado por los brazos. Apartó la mirada y la enfocó en el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo.

—Cuando él dormía, yo podía ver sus recuerdos.

—¿Podía verlos? Pero ¿cuando estaba despierto no?

—No. Solo mientras dormía.

—¿Y pudo deshacerse de ellos? ¿Borrarlos?

Lisavet asintió con la cabeza.

—¿Sabe por qué? Por qué podía verlos, quiero decir.

—No.

—Ernest tenía una teoría sobre usted. La escribió en sus anotaciones. ¿Se la mencionó alguna vez?

—Una o dos veces.

—Entonces sabe la cuestión esa del desplazamiento temporal… Que, de alguna manera, se desconectó usted del mundo físico y en consecuencia obtuvo la capacidad de atravesar las dimensiones del Tiempo.

—Sí, estoy familiarizada con ella.

—¿Diría que se trata de una teoría acertada?

Lisavet lo miró a los ojos y no dijo nada. Jack, que había deducido todo lo que necesitaba de ese silencio, se inclinó hacia delante y dejó escapar un largo hilo de humo hacia el techo de la habitación.

—Entonces, además de borrar recuerdos, ¿qué más sabe hacer?

—¿Qué más?

—Bueno, asumo que no será lo único que sepa hacer. ¿Tengo razón?

Lisavet vaciló.

Jack hizo chasquear la lengua.

—¿Sabe una cosa, señorita Levy? Si contesta a todas mis preguntas de manera satisfactoria quizá podamos comenzar a hablar de que se marche de aquí.

Lisavet levantó la vista y lo miró, incapaz de impedir que se le notara la esperanza en la cara. Él le sonrió, pero fue una sonrisa petulante y manipuladora.

—Puedo agarrar cosas del pasado. Tocarlas, cuando paseo por el Tiempo. Ernest nunca tuvo esa capacidad.

—¿Pasear por el Tiempo? ¿Qué es eso?

—Visitar los recuerdos de los libros.

Eso pareció interesarle de manera especial, porque hizo una pausa antes de proseguir.

—¿Y? —le dio pie—. ¿Qué más?

—Puedo insertarme en los recuerdos.

—¿Insertarse?

—Pasar a formar parte de ellos. Como si en realidad estuviera allí. Puedo alterar las cosas que han pasado. Alterar su resultado.

Una vez más, eso captó el interés de Jack, que se echó hacia delante.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cualquiera. Todas ellas. Pero eso tiene un precio.

—El abismo.

Lisavet asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿lo provocó usted?

—Sí, lo hice yo.

Jack se rio.

—Perdí a un hombre en esa cosa. Cayó de cabeza y no volvimos a verlo nunca más.

—Oh, lo siento.

Jack encogió los hombros, sin darle mayor importancia. De su cigarrillo no quedaba más que la colilla. Le hizo un gesto para que Lisavet le diera el suyo, cosa que ella hizo con recelo. El hombre apagó los dos sobre la mesa y abrió el maletín.

—Estoy seguro de que se preguntará por qué ordené a mis hombres que la siguieran.

—La verdad es que no.

—¿No?

—Ernest me dijo que se debía a mis interferencias. Usted quería que parara.

—¿Y sabe por qué le pedí que la detuviera?

—Porque a usted y al resto de cronautas les gusta jugar a ser Dios.

Jack volvió a reírse y Lisavet decidió que ese sonido no le agradaba demasiado.

—Es gracioso que lo plantee de esa manera —dijo—. Usted es judía, ¿verdad?

—Lo era.

—¿Ya no?

—Cuando se pasa el tiempo suficiente en lo que la gente podría llamar el más allá, se deja de creer en ese tipo de cosas.

—Entiendo. Su padre era judío.

—Sí, lo era.

—¿Sabe lo que fue de él?

—Mu-murió. Lo mataron los nazis.

—¿Y sabe por qué?

Lisavet intuyó que la conversación estaba dando un giro para el que no tenía la seguridad de estar preparada.

—Porque querían su reloj.

—Claro, claro. Eso fue parte del tema. —Jack dejó de rebuscar en el maletín y se volvió hacia ella con una gruesa carpeta en la mano

—. Ernest me dijo que no había visitado usted ningún recuerdo posterior a 1938.

Ella intentó no mostrar sorpresa ante todo lo que Ernest había llegado a contarle sobre ella.

—No, la verdad es que no. Solo sé lo que vi en los recuerdos que salvé.

—Entonces, no se ha enterado…

Lisavet frunció el ceño.

—Sé que hubo una guerra. Sé que los nazis la perdieron y que ahora los estadounidenses se están peleando con los rusos.

Sin decir palabra, Jack le ofreció la carpeta.

—¿Qué es?

—Algo que he recopilado para usted. Recortes de prensa. Titulares. Fotos de los últimos catorce años. Todo lo que se ha perdido.

Lisavet miró la carpeta como si esta tuviera dientes. En ella había fotos de guerra. La misma guerra que había provocado las ojeras de Ernest. No estaba segura de querer ver eso.

—No, gracias —contestó.

Jack estiró más el brazo.

—Es esto o la ato a una silla y se lo hago ver en una pantalla. Usted elige.

Ahí estaba de nuevo: el brillo en los ojos que era una promesa de dolor si ella no cooperaba. Aceptó la carpeta y la dejó caer para que se abriera sobre la cama, frente a sus ojos. Comenzaba en 1938, la noche que entró por primera vez en el espacio-tiempo. Le habían puesto nombre: la Noche de los Cristales Rotos. Escaparates rotos y cientos de muertos en los disturbios ocurridos por toda Alemania,

Núremberg incluido. A partir de ahí, la cosa empeoraba. Los titulares hablaban de la gestación de una guerra que no tardó en estallar. Leyó artículos sobre los dos apartados de ese mismo conflicto, uno en Europa y otro en Asia.

—¿Combatió usted en ella? —le preguntó, con la esperanza de distraerlo de esa manera y no tener que ver más.

—Combatí en Japón —contestó él, asintiendo con la cabeza—. Continúe.

Lo que vino a continuación fue peor. La victoria en Europa, seguida de algo llamado el Día de la Liberación. Le temblaron las manos al mirar las imágenes. Rostros esqueléticos, más muertos que vivos. Montañas de cuerpos. Fosas comunes al aire libre. Titulares que tenían frases como «cámaras de gas» y números de víctimas que llegaban a ser de varios millones.

—¿Esto qué es? —preguntó, esforzándose por respirar.

—Los campos de la muerte —contestó Jack, inexpresivo—. Algo que los nazis denominaron la «Solución final».

—¿Q-qué?

—Esto es lo que le pasó al pueblo judío mientras usted estaba atrapada en el espacio-tiempo. Su padre la salvó de este destino al encerrarla allí dentro.

—¿Mi padre llegó a estar…?

—¿En uno de esos? No. Lo mataron mucho antes de que pudiera acabar allí. Pero su hermano sí. —Hizo un gesto hacia la carpeta.

Lisavet pensó que iba a vomitar. Volvió la página y se encontró con un informe que llevaba el nombre de su hermano en el encabezado. Klaus Levy. Le echó un vistazo, reparó en los detalles

de su muerte. Era un recuento breve e implacable de una vida corta, partida por la mitad. Lo apartó con la mano.

—No quiero ver más.

—Pues es una lástima —dijo Jack, empujando la carpeta hacia ella —. Tiene que verlo, tal y como lo vimos todos los demás. Tiene que saber.

—Pero ¿por qué?

—Porque tiene que comprender —contestó el hombre, cuya voz había adoptado un tono más enérgico—. Para que sepa a qué nos enfrentamos en ese momento los cronautas y yo. A qué seguimos enfrentándonos. Para que comprenda lo que hizo usted al interferir. Todo el trabajo que se tomó para detener a los nazis y preservar el pasado… al final no representó la menor diferencia aquí fuera, en el mundo real, donde siguieron pasando cosas malas. Donde siguen pasando cosas malas. El Tiempo es algo demasiado grande para que una sola persona pueda abordarlo.

—Entonces, ¿por qué se me consideró una amenaza tan grande?

—No fue usted una amenaza, fue una molestia. Pero entonces a Ernest le pegaron un tiro por salvarle el cuello, y los rusos comenzaron a pensar que les espiábamos. No fueron los únicos. Otros cronautas pensaron que era usted uno de nuestros espías, y la manera en la que comenzaron a comportarse con Ernest desde luego que no facilitó las cosas. Churchill dijo que la historia la escriben los vencedores. Pero la cosa va más allá. La historia no la escriben los vencedores, sino quienes tienen la pluma en la mano. Y usted, señorita Levy, alteró a los rusos e hizo que el tintero se llenara de sangre. Por eso está aquí.

Estremeciéndose, ella profirió un grito ahogado.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Para que comprenda que lo que ha estado haciendo, las interferencias, el salvamento de recuerdos… —hizo una pausa, volvió a señalarle la carpeta—, nunca representó ninguna diferencia.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el vientre.

—Pero pensé…

Jack le dirigió una media sonrisa que fue casi amable. Casi, no del todo.

—Ya sé lo que pensó. Pero se equivocó.

Una sola lágrima rodó por su mejilla. Jack sacó otro cigarrillo del abrigo y lo encendió.

—¿Qué será de mí ahora? —preguntó Lisavet en voz baja, pegando más las rodillas al pecho.

—Eso tendremos que discutirlo —contestó el hombre.

—¿Podré salir de aquí?

—Es posible. Ya veremos. Tendrá que ser bajo mis términos.

A Lisavet no le gustó cómo sonaba eso. Su destino residía por completo en el capricho de ese hombre.

—¿Por qué bajo sus términos?

—Porque, señorita Levy, es usted una criminal. Una refugiada con un historial de acciones contrarias al Gobierno de los Estados Unidos. En el mundo real no hay ninguna Lisavet Levy. Aquí no existe. No tiene hogar. No tiene documentos. Nadie sabe que está aquí. El único lugar que puede ocupar en este mundo es el que yo elija darle.

Lisavet cerró los ojos con fuerza, ansiando también poder dejar de oírlo. Deseó regresar al espacio-tiempo, donde todo tenía sentido y

nada podía hacerle daño. Allí tenía un lugar al que volver. Un sentido de pertenencia.

—Solo tengo una pregunta más —dijo Jack de repente—. ¿Qué pasó con el bebé?

Lisavet abrió los ojos. No era posible que se refiriera a…

—¿El bebé?

—Uno de mis agentes la vio con él.

Lisavet tragó saliva, se secó los ojos con el dorso de las manos.

—Mi pequeña murió.

—¿Su pequeña?

—Era una niña.

—Qué lástima. Supongo que el espacio-tiempo no era habitable para un crío.

Lisavet sintió deseos de contestarle que eso no era del todo cierto. En su día lo habitó una niña. Aunque no pudiera serlo para su hija, era su hogar.

—Ernest fue el padre, ¿verdad?

Ella no contestó. No era necesario.

Jack se puso en pie. Lisavet miró sus manos, grandes y violentas, cuando le ofreció una de ellas para que se la estrechara. Como si estuviera poniendo fin a una reunión de trabajo. Esa vez la aceptó, entrando ya en su juego.

—Hasta la próxima, señorita Levy —dijo él, y se dirigió hacia la puerta.

—Espere —le pidió ella.

El hombre se detuvo y volvió la cabeza, enarcando una ceja.

—¿Cree que… sería posible que me dieran algo para pasar el rato? Un libro o algo de papel y lápiz, lo que sea. Es que… siento que me

estoy volviendo loca aquí dentro.

Jack ladeó la cabeza, examinándola.

—Veré lo que puedo hacer.

En su siguiente visita, justo cuando se cumplía una semana de la primera, Jack le llevó tres libros. Lisavet le dio las gracias, entusiasmada. Eran tres obras de una extensión magnífica. Y estaban en inglés, pero eso no le importó. *Los tres mosqueteros,* que disfrutó. *Lo que el viento se llevó*, que le pareció melodramático. Y *Aurora Leigh*, un extenso poema narrativo que le encantó. Fue el libro que más leyó. Una y otra vez, hasta que la portada quedó desgastada. Al constatar esa predilección, la vez siguiente Jack le llevó más poesía. Un gesto que habría emocionado a Lisavet de no ser por la condescendencia que mostraba el hombre al respecto.

—A Ernest le gusta la poesía, ¿sabes? —le dijo—. La recita igual que un académico pretencioso.

Jack iniciaba cada visita igual que el primer día: ofreciéndole un cigarrillo e inclinándose hacia ella para encendérselo. No se fiaba de darle el mechero. «Tipo listo», pensaba ella, examinando de cerca la tela de su traje, que parecía inflamable. Lisavet pasó a depender de ese pequeño ritual, necesitaba el humo para mantener los nervios a raya. Al principio, él le hacía un montón de preguntas que cubrían todos los aspectos de su vida en el espacio-tiempo, con un énfasis especial en el libro de recuerdos. Cuando le contó que se lo había llevado un ruso, él le pidió que se lo describiera y que le relatara hasta el último de los recuerdos que contenía el volumen. Con el paso de los meses, las preguntas se tornaron menos urgentes. Daba

la sensación de que Jack había recopilado toda la información que necesitaba.

Los nervios de Lisavet alcanzaron su punto máximo. Una pregunta muda quedaba flotando en el aire al final de cada encuentro. Entonces, Jack se presentó un día cargado con un abrigo y una caja de cartón.

—¿Sabe que ha pasado un año entero desde que la sacamos del espacio-tiempo? —le preguntó después de encenderle el cigarrillo mientras se sentaba junto a la ventana, como era habitual.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Un poco más, de hecho.

Eso significaba que estaban en 1954. Amelia tenía cuatro años. También quería decir que, cuando se la llevaron al hospital, pasó más de dos meses inconsciente. Su cuerpo y su mente habían requerido de dos meses para ponerse al día, y habían necesitado más tiempo incluso para regresar por completo a la normalidad. Tal y como había predicho Ernest.

—¿Qué le parecería salir un poco de esta habitación? —le preguntó Jack de repente, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella levantó la cabeza, sorprendida.

—¿E-en serio?

—Si le apetece. Diría que ha pasado el tiempo suficiente para que supongamos que no va a sufrir otra desconexión mental, ¿no cree?

A Lisavet se le secó la boca por los nervios.

—Supongo que sí.

Antes de salir, él le dio el abrigo y un par de zapatillas de color gris.

—No se ponga nerviosa —dijo él, sosteniéndole la puerta para que saliera—. Estaré a su lado en todo momento.

Como era de esperar, a los pocos pasos tuvo que agarrarse de su brazo. Llegaron a una puerta cerrada con llave, que un guardia abrió para ellos, y entraron en una parte del edificio que Lisavet no había visto nunca. Escudriñó el pasillo mientras avanzaban y se dio cuenta de que no estaban en una cárcel, sino en la planta baja de un centro médico de algún tipo. Por las ventanas que iban dejando atrás vio a otros pacientes vestidos con el mismo atuendo gris que llevaba ella, la mirada nublada, la expresión hueca. Muchos de ellos se movían de manera errática, a sacudidas, como si un hilo invisible tirara de sus extremidades.

Lisavet levantó la vista hacia Jack. Al tenerlo parado junto a ella, en vez de sentado, se dio cuenta de que era bastante alto. Más de lo que esperaba.

—¿Esto es…?

—Un hospital psiquiátrico, sí. El mejor de la capital —dijo él, sin que se le moviera un pelo—. Oh, venga, no me mire así —añadió, desplazando la mano entre el brazo y la nuca de ella—. Necesitábamos médicos que pudieran ayudar a alguien con una desconexión de la realidad. Fue la mejor opción.

Jack la condujo más allá del mostrador de recepción. En la entrada principal no había nadie. Le abrió la puerta y salieron al patio.

Llovía. Las gotas de agua fría le golpearon las mejillas. El patio estaba amurallado en tres de sus lados, dejando un pequeño espacio para una verja de hierro fundido que daba a la calle. Las hojas muertas crujían bajo sus pies con un estruendo ensordecedor. Los

coches pasaban veloces al otro lado de la puerta, a apenas seis o siete metros de distancia. El sonido de la lluvia. El olor del viento. El susurro de los árboles. A Lisavet se le aceleró el corazón. Se meció, abrumada por el aluvión de ruidos y sensaciones. Jack volvió a tomarla del brazo, esa vez para mantenerla recta. Le dijo algo. Ella no contestó. Un coche pegó un bocinazo. La lluvia golpeaba contra su coronilla. Era demasiado después de haber pasado tanto tiempo con tan poco. Demasiada luz. Demasiado sonido. A punto de hiperventilar, Lisavet cerró los ojos con fuerza y oyó el tictac silencioso y familiar del Tiempo al fondo de su mente, que la llamaba para ofrecerle un abrazo reconfortante. En cuanto su mente lo aceptó, todo a su alrededor se detuvo. No más ruido. No más lluvia. Dejó escapar un grito ahogado de alivio.

A su lado, Jack profirió otro.

—Pero qué demonios… —murmuró.

Lisavet abrió los ojos y vio que el mundo se había quedado detenido. Estaba paralizado, suspendido en el Tiempo, inmóvil.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Jack, con la voz amortiguada bien por el pasmo, bien por el horror.

—No… no lo sé.

Mientras miraba a su alrededor, su pulso se ralentizó y calmó. Las gotas de lluvia que habían quedado flotando en el aire. Los coches y sus ocupantes al otro lado de la verja, congelados en mitad de su avance. Las ramas de los árboles dobladas por el viento. Lo había hecho ella.

Jack soltó una carcajada ronca y cargada de tensión.

—Ha detenido el Tiempo —dijo, con más curiosidad que alarma—. ¿Lo había hecho antes?

—No. Nunca.

No había estado nunca en un lugar donde el Tiempo avanzara de verdad. Ignoraba que ella pudiera hacer algo así. Pese a que había regresado al mundo físico, seguía llevando el Tiempo dentro. No se había olvidado de ella. Ese hecho le provocó un consuelo mayor que el que hubiera obtenido jamás de algún poema.

A su lado, Jack levantó el brazo para tocar una de las gotas de lluvia en suspensión, la aplastó entre el pulgar y el dedo índice.

—Dios mío, es usted un portento —dijo, y se dispuso a soltarle el brazo.

—Espere —le dijo Lisavet, agarrándolo por la muñeca y manteniéndolo junto a ella—. No me suelte.

Él la miró, extrañado.

—¿Por qué?

—Cuando salía a pasear por el Tiempo, Ernest solo podía tocar las cosas cuando yo se las aguantaba.

—¿Y?

—Que, si se suelta, me temo que también quedará paralizado. Como ellos.

Al decirlo en voz alta se preguntó por qué le preocupaba esa posibilidad. Si él quedaba paralizado, podría marcharse. Nunca sabría adónde había ido. Pero, en el mejor de los casos, la idea de huir y perderse en el mundo era inquietante. Esa jaula a la que estaba acostumbrada le daba menos miedo que el vacío interminable, por mucho que en la primera hubiera también un tigre.

—De acuerdo —dijo Jack, dándole un apretón en el brazo. En vez de tranquilizarse, ella tuvo ganas de soltarle un puñetazo—. Vale. Creo que ya es suficiente. Deshágalo.

—No sé cómo.

—¿Qué quiere decir?

—Que ni siquiera sé por qué ha pasado esto. No estoy segura de poder deshacerlo.

—Inténtelo —dijo él, impaciente.

Lisavet cerró los ojos. Oyó el sonido que hacían los segundos al pasar. Le siguió el susurro casi maternal del Tiempo. Cuanto mayor era su esfuerzo por prestar atención, más aumentaba su volumen. El remolino de Tiempo se le acercó, se abrió como un cálido cortinaje negro para indicarle que entrara. De repente, el torrente de sonidos en movimiento se reanudó. La lluvia le golpeó las mejillas. Se reanudó el zumbido de los motores de los coches. Lisavet abrió los ojos y descubrió que todo era igual que antes. Que todo volvía a avanzar.

—Buena chica —dijo Jack.

Ella volvió a levantar la vista hacia él y se encontró con que la miraba con un brillo en los ojos, el de un hombre que había encontrado oro. Como si ella fuera algo muy valioso, y Jack, su dueño.

Después de esa primera salida, él la acompañó al exterior cada vez que iba a visitarla. Al principio, sus paseos se limitaron al patio, pero con el tiempo comenzaron a visitar otros lugares. Él la llevó en el coche a hacer breves excursiones a un parque cercano; y a sitios donde hubiera más gente. La reintrodujo en el mundo poco a poco a través de cafeterías y tiendas tranquilas. Para esas salidas la dejaban vestirse con normalidad. Una de las enfermeras le hacía una trenza en el pelo y, en vez de las zapatillas endebles de antes, le daban unos zapatos de hebilla. Cada sábado, durante dos horas escasas,

Lisavet recordaba lo que significaba ser una persona. Hablaba con gente real, aunque por lo general era Jack quien llevaba la voz cantante. Comía cosas que no procedían de una bandeja de plástico. Escuchaba la música que salía de la radio, veía a gente de verdad, que estaba viva. Por mucho que odiara a Jack, comenzó a esperar sus visitas y anticipaba adónde irían a continuación. Sentía lo mismo que cuando era pequeña y Azrael le enseñó a pasear por el Tiempo.

Cada vez le costaba más volver de esas excursiones. Temía el momento en el que Jack le dijera que era hora de irse, consciente de que faltaba una semana entera hasta el momento en el que pudiera salir de nuevo.

En junio, Jack se presentó un miércoles por la noche.

—Bien. Estás despierta —anunció—. Quiero que vengas conmigo. Hay algo que quiero probar.

Esa vez no le había llevado un cambio de ropa. Solo los zapatos. Lisavet se los puso y le echó un vistazo a su reloj para saber la hora. Eran las once y media.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —contestó él.

Fuera, todo estaba oscuro y cubierto de rocío. Se subieron al coche y dejaron atrás monumentos y grandes edificios gubernamentales. Aparcaron junto a un edificio de oficinas no muy lejos del centro.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con voz temblorosa—. ¿Dónde estamos?

Él le pasó un brazo por los hombros y la obligó a subir la escalera.

—No hay nada de lo que preocuparse. Aquí es donde trabajo.

La hizo entrar y bajar por una serie de largos pasillos. No se encontraron con nadie hasta llegar al nivel más bajo, donde dos hombres con relojes y trajes oscuros le dirigieron una mirada de curiosidad.

—¿Es ella? —preguntó uno, repasándola de arriba abajo.

—Sí, es ella. Lisavet, ¿te acuerdas de Patrick Brady y George Collins?

De repente, Lisavet los reconoció. Eran los cronautas que habían ayudado a sacarla a rastras del espacio-tiempo casi dos años antes. Intentó retroceder, pero Jack la condujo al interior de una habitación donde un hombre yacía dormido sobre un banco apenas acolchado. Tenía las manos atadas y allí no había nada más. Ni una mesa. Ni sillas. Ni siquiera ventanas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó en cuanto Jack cerró la puerta, dejando a Brady y Collins fuera—. ¿Quién es?

—Este pobre tipo se llama Harry —dijo Jack, poniéndole ambas manos sobre los hombros—. Por accidente, se enredó con uno de mis cronautas. Vio cosas que no debía. Así que lo hemos metido aquí.

Lisavet examinó el rostro inconsciente del hombre. Parecía joven.

—Esperaba que pudieras ayudarme con la limpieza —prosiguió Jack.

—¿Qué limpieza?

—La de su memoria.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Quieres que…?

—Que borres sus recuerdos, sí. Como hiciste con Ernest. —Se sacó una libreta negra del bolsillo. Páginas en las que almacenar los

recuerdos.

Ella negó con la cabeza, alejándole de él.

—No, no puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo. Solo lo he hecho en el espacio-tiempo.

—¿Lo has intentado?

—Bueno…, no.

—Pues inténtalo.

—No puedo.

—Lisavet… —Jack endureció la voz.

Ella volvió la vista hacia el hombre dormido. En realidad, no era más que un muchacho. El Tiempo sonaba al fondo de su mente. Los percibió a un par de metros de distancia: los recuerdos que se arremolinaban sobre él y partían. No eran visibles en el mundo real, pero estaban allí. Ella tenía esa capacidad. Si deseaba emplearla. Pero ¿qué representaría para él? ¿Qué partes de su vida estaría eliminando?

—Si no lo haces, será peor para él —dijo Jack por encima de su hombro—. Te das cuenta, ¿verdad? Peor para él… y peor para ti.

Lisavet se volvió de golpe. Se refería al aislamiento. Se refería a la muerte. Para Harry, pero también para ella, si no obedecía. Jack los tendría encerrados a los dos de esa manera hasta que ella hiciera lo que le pedía, o quizá la mataría. Y, en realidad, ¿qué significaba perder unos pocos recuerdos cuando la alternativa era que te encarcelaran a perpetuidad? ¿Qué valor tenía la verdad en comparación con la muerte?

Tomó la libreta de sus manos. Notó la mirada de Jack mientras se acercaba al muchacho y comenzaba a eliminar los recuerdos de su

mente, tal y como le había indicado. Una sonrisa asomó en la comisura de los labios del hombre, satisfecho con el desenlace que había orquestado.

Al acabar, él la llevó de vuelta al coche y condujo en silencio. Lisavet estuvo echando humo en el asiento del acompañante hasta que Jack habló.

—¿Te pasa algo? —le preguntó, pese a saber a la perfección lo que le pasaba.

—¿Cómo puedes vivir contigo mismo? —dijo ella con amargura—. Sabiendo la de vidas que has eliminado.

Jack pareció sorprenderse con esa acusación.

—Pienso en las vidas que he salvado. Estamos evitando una guerra, ¿recuerdas? Unos pocos recuerdos no son nada en comparación con la posibilidad de evitar que el mundo sufra otro desastre.

—¿Y quién te da derecho a decidir lo que vale la pena salvar? —preguntó Lisavet.

Años antes le había planteado la misma cuestión a Ernest, pero la reacción de Jack fue muy diferente.

—Si no lo decido yo, lo decidirá otro. ¿Crees que, si dimito, todo esto se detendrá? Ni por asomo. Es algo mucho más grande y, tal y como yo lo veo, es mejor ser quien elimina que quien queda eliminado. De esta manera, al menos tengo la oportunidad de proteger lo más importante.

—Querrás decir lo más importante para ti…

Jack le dirigió una mirada inexpresiva mientras frenaba ante un semáforo en rojo, una de las comisuras de sus labios se curvó en una sonrisa irónica.

—¿No es lo mismo que hiciste tú? Alterar el pasado. Transformar recuerdos para salvar a la gente que te importaba.

Lisavet frunció el ceño.

—Lo que yo hice fue diferente.

—¿En serio? He visto el abismo. Lo que alteraste debió de ser importante. Yo nunca he provocado un impacto tan grande.

El semáforo se puso en verde y él devolvió la vista a la calle para seguir conduciendo. Por un momento, Lisavet supuso que la charla había llegado a su fin, pero entonces Jack volvió a hablar en voz baja:

—He estado pensando mucho en ese abismo, ¿sabes? Preguntándome a qué podría deberse. ¿Qué podría haber llevado a la chica que tanto se esforzó por salvar retazos insignificantes de la historia a alterar el pasado de una manera tan drástica? Quizá tuviera algo que ver con Ernest o… ¿con tu hija?

Lisavet se quedó paralizada, helada en cada centímetro de su cuerpo.

—¿Sabes una cosa? Brady cree que sigue viva —prosiguió el hombre, con tono despreocupado—. Su teoría es que está ahí fuera, en alguna parte. Que alteraste el pasado y la escondiste en uno de los recuerdos de ese libro tuyo. Pero, por supuesto, no son más que especulaciones.

Jack ni siquiera la miró, como tampoco añadió una sola palabra más. No era necesario. Lisavet lo conocía ya lo bastante bien para comprender que por debajo de esa declaración se ocultaba una amenaza tácita. Una amenaza con la que se aseguraba que, cuando volviera a pedirle que borrase los recuerdos de alguien, ella lo obedecería sin rechistar.

Dos días después, el sábado, Jack volvió a la hora habitual. Sacó la silla del escritorio y le ofreció un cigarrillo que Lisavet aceptó ansiosa, tan dependiente del tabaco como de él. Al principio, el hombre no dijo nada, pero entonces comenzó a hablar con notable indiferencia mientras observaba la punta del cigarrillo.

—Hoy he hablado con tus médicos —le dijo.

Lisavet se preguntaba a menudo de qué hablarían al tratar su caso. No del espacio-tiempo, eso estaba claro. Ella misma no había llegado a hablar nunca con los médicos. ¿Qué tipo de enfermedad le habían diagnosticado? ¿Cómo había explicado Jack su estado?

—¿Ah, sí? —preguntó, vacilante.

—Sí. Dicen que ya va siendo hora de que te saquemos de aquí.

Lisavet parpadeó varias veces, sin acabar de comprender.

—Estos últimos meses has mostrado grandes señales de mejoría. Durante nuestras pequeñas salidas te comportas casi con total normalidad. Estás comiendo mejor, aunque aún no lo suficiente. Duermes más. Ya casi te has reaclimatado a la vida fuera del espacio-tiempo. Y piensan que la mejor manera de que pases página es dejar que vuelvas a integrarte en la sociedad.

Lisavet apenas se permitió un atisbo de esperanza.

—¿Y tú qué crees?

Jack le dio una calada prolongada y tortuosa a su cigarrillo, retrasando la respuesta.

—Creo que tienen razón.

A ella le costó tragar saliva, mantener una actitud de normalidad.

—¿D-de verdad?

—Ajá. Así que he comenzado a organizar un plan para ti. Esperaba poder consultártelo antes de la salida de hoy.

—Vale. ¿De qué se trata?

—Quiero que vengas a trabajar para mí.

—¿A trabajar para ti? ¿En el pec?

—Quiero que entres siendo mi secretaria. Es un trabajo de nivel bajo, pero está bien pagado. Es perfecto para alguien como tú. Tienes poca experiencia, pero estoy seguro de que no importará, teniendo en cuenta el resto de tus dones. Trabajarías en horario normal, de lunes a viernes. Hay una habitación disponible en una pensión no muy lejos de la oficina. Por lo general, haría falta que un tutor legal firmara su consentimiento, pero podría dar mi nombre. —Hizo una pausa y la observó con detenimiento para evaluar su reacción—. Tú también me estarías haciendo un favor, Lisavet. Me iría bien tener a alguien como tú.

Alguien como ella. Alguien que pudiera detener el Tiempo. Alguien que, bajo su persuasión, pudiera alterarlo y borrar los recuerdos de los vivos a voluntad. Sin duda le iría bien tener a alguien como ella.

—¿Aprobarían algo así? —logró preguntar.

—Ya está aprobado. —Jack sacó unos papeles doblados del bolsillo interior del abrigo—. El perdón por los actos que realizaste en el pasado superó los niveles de aprobación necesarios hace seis meses. Tengo a un colega del Servicio de Inmigración y Naturalización trabajando para conseguirte documentos de identidad.

—¿Documentos de identidad?

—Certificados de nacimiento. Pasaportes. No podrías comenzar a trabajar para el pec como Lisavet Levy, ¿no?

—Supongo que no.

Jack puso los papeles frente a ella.

—Ya he rellenado la solicitud por ti. Si alguien te pregunta, eres una inmigrante de segunda generación y ascendencia irlandesa que se crio en Brooklyn. Tus padres trabajaban en una fábrica. Los dos murieron antes de los cincuenta. Enfermedad pulmonar. Una verdadera tragedia. Eres hija única y todos tus parientes siguen en Irlanda. Apellido, Donnelly.

—¿Y cómo me llamo? —preguntó Lisavet al darse cuenta de que esa sección estaba en blanco.

—Pensaba que quizá eso querrías decidirlo tú misma.

—¿En serio?

—Claro. ¿Por qué no? Pero debo añadir que no podrás hablar de tu antigua vida. Ni en la oficina ni en ningún otro lugar. Asumirás la nueva identidad en todos los aspectos de tu vida. Lisavet Levy dejará de existir por completo.

—Pero… ¿podría salir de aquí? —preguntó Lisavet, vacilante.

Jack le sonrió.

—Sí, señorita Levy, podrías salir de aquí.

—¿Y qué hay de…?

La sonrisa de Jack se ensanchó, amenazadora y perpleja.

—¿De Ernest? ¿Qué pasa con él?

—Que también trabaja en el pec, ¿no?

—Sí.

—¿Y eso no… no representará…?

—¿Un problema? ¿Por qué habría de serlo? Tampoco es que se acuerde de ti.

Lisavet bajó la vista y se miró las manos. Claro que no sería ningún problema para él. Pero ¿y para ella? ¿Sería capaz de trabajar tan cerca de Ernest todo el tiempo, sabiendo lo que había ocurrido

entre ambos? ¿Sería capaz de oírle hablar de Amelia sin romperse en mil pedazos?

—¿Qué me dices, encanto? ¿Te vienes a trabajar para mí? —preguntó Jack, atravesando la nube de sus pensamientos.

El hombre estaba inclinado hacia delante, los codos sobre las rodillas, observándola reflexionar con una exasperante sonrisa de suficiencia fija en la cara. Sabía con exactitud lo que ese acuerdo representaría para ella. Pero ¿qué otra opción tenía?

—¿Cuándo comenzaría?

—La semana que viene. Solo hace falta que escojas tu nombre.

Lisavet miró los documentos, pensativa.

—Moira —dijo, al cabo de unos instantes.

Jack hizo una mueca.

—¿Estás segura? Puedes tomarte un segundo para pensarlo.

Lisavet se dio cuenta de que no le gustaba ese nombre, y eso la satisfizo.

—Mi madre se llamaba Moira —dijo.

Si no podía usar su propio nombre, solo toleraría que la llamaran así.

—Bueno, pues, Moira Donnelly, haré que se ocupen de eso. —Lo escribió y se puso en pie—. ¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Nos queda una salida más antes de que podamos sacarte de aquí —dijo, ofreciéndole la mano con gesto conspirativo. Como si no hubiera sido él quien la había encerrado allí desde un principio.

La llevó a dos calles del hospital en dirección sur, a una sastrería donde una mujer con un peinado alto tomó sus medidas para hacerle un vestuario nuevo. Mientras lo hacía, hablaba como una

ametralladora, con un marcado acento bostoniano, preguntándole todo tipo de cosas sobre sus orígenes y su familia. Era una prueba. Lisavet notó que Jack la observaba fumándose un cigarrillo en el sofá, esperando a ver si metía la pata. Ella interpretó su diálogo con facilidad, mostrando en todo momento una sonrisa confiada que parecía pertenecer a otra persona. La mujer reaccionaba con una risa tonta y entusiasta a todas sus respuestas, y le aseguró que tenía una hermana que se había casado con un irlandés católico. Cuando se dirigió a la trastienda en busca de un rollo de tela, Lisavet miró a Jack en busca de su aprobación. A modo de respuesta, él levantó el cigarrillo en su dirección.

Al acabar, Jack la llevó a una peluquería en esa misma calle para que le cortaran el pelo. Su cabello claro, que le llegaba por la cintura, era una de las cosas que a Ernest más le gustaban de ella; no quería cortárselo. Pero Jack insistió en que era necesario. Luego salió a encargarse «de algo» a unas calles de distancia. Lisavet notó un nudo en la garganta cuando la estilista la condujo al interior del local, consciente de que se trataba de una nueva prueba. Para ver lo que hacía cuando la dejaban sola.

—Bueno, ¿qué haremos hoy, querida? —le preguntó la estilista.

Lisavet se mordió el labio, examinando su rostro en el espejo. Era diferente a como lo recordaba. El pelo le colgaba inerte, sus pómulos parecían más perfilados, las mejillas más huecas. Pero el verdadero cambio estaba en sus ojos, que eran los de alguien atormentado, como los de Ernest. La persona que le devolvía la mirada desde el espejo no era la muchacha que había bailado con él en 1949 y que lo había besado bajo un cielo lleno de estrellas. No reconoció a esa

persona. Se trataba de una desconocida que lucía su cabello como una peluca.

—Córtelo —dijo al fin.

La mujer abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Del todo?

—Del todo.

Al reconocer la determinación en sus ojos, la mujer se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara.

—¿No has pensado nunca en ponerte un color más oscuro?

Al volver, Jack se encontró con que Lisavet salía del local con el pelo cortado a la altura de los hombros, teñido en un tono marrón oscuro. Abrió mucho los ojos al verla, y se quedó boquiabierto.

—Maldición —dijo, soltando una risita.

—¿Te gusta? —le preguntó Lisavet.

Él tomó un mechón entre el pulgar y el índice para examinarlo. Una sonrisa asomó a su rostro; seguía siendo de suficiencia, pero también fue un poco más sincera de lo habitual.

—Sí. Te sienta bien. Intenso y oscuro. Igual que tú.

Camino del coche, Lisavet le dio vueltas en la cabeza a esas palabras. «Intenso y oscuro», había dicho. Era lo que Jack veía en ella cuando la miraba.

Había dejado de ser la luna.



13

Boston, Massachusetts,

1965

Lo primero que vió Amelia al aparcar el coche en la calle de James Gravel fue que habían roto las cristaleras de la tienda de empeños. Las luces estaban apagadas, pero el cartel de la puerta se encontraba en la posición de «Abierto». Allí donde debía estar el escaparate colgaban unas láminas de plástico opaco. Había esquirlas de cristal en el suelo. Apagó el motor y apartó el mapa que había encontrado en la guantera; lo puso al lado de la libreta negra con la dirección de James que había sacado del bolso de mano de Moira. Los mismos dos tipos de la vez anterior estaban apoltronados en la escalera.

—No necesita que le vengas con tus problemas, niña —le dijo el de mayor edad mientras se acercaba—. ¿Por qué no das media vuelta y te vuelves a casa? No hay nada que necesitemos menos en este barrio que a una chica blanca provocando problemas.

—¿Qué le ha pasado a la tienda? —preguntó Amelia.

El hombre entornó los ojos.

—Un par de agentes federales se presentaron con una orden justo después de que te marcharas. Aterrorizaron a los Gravel, hicieron llorar a los críos. Rompieron los cristales y arramblaron con todas sus posesiones. James tuvo suerte de que no fueran más allá. Edith se ha llevado a los niños a la casa de sus padres, fuera de la ciudad.

A Amelia se le secó la boca.

—¿Y James?

Siguió una pausa larga y recelosa.

—Está en la tienda, intentando hacer limpieza.

Amelia notó los ojos de los hombres puestos en ella mientras subía los escalones que llevaban a la tienda, cuidándose de evitar los restos de cristal. La campanilla sobre la puerta tintineó con fuerza, y ella pegó un salto. El local se encontraba a oscuras, algunas de las luces estaban hechas pedazos. Aquello era un caos. Soltó un aliento tembloroso mientras una voz preguntaba al otro lado del mostrador:

—¿Compra o venta?

James Gravel estaba de espaldas a ella, anotando algo en el libro de contabilidad. Tenía los hombros caídos en señal de derrota, pero su voz no parecía amedrentada.

Amelia abrió la boca para contestar, pero no le salió nada.

—Lamento el desorden. Me temo que… —Las palabras se quedaron sin salir en cuanto se volvió hacia ella.

—Señor Gravel. He venido a…

—Largo de aquí —dijo él con tono sombrío.

—Pero…

—Venga. Vete de aquí. —El hombre rodeó el mostrador con expresión amenazadora.

Amelia retrocedió.

—Tengo que hablar con usted.

James la ignoró. Apartó la lámina de plástico y examinó la calle mientras el aire frío se colaba en el local. Tenía un moretón en la parte inferior de la mandíbula. Otro en el dorso de la mano. El cristal del reloj estaba agrietado.

—¿Dónde está tu supervisora? —preguntó con voz burlona—. ¿Esperando a la vuelta de la esquina?

—No, no ha venido conmigo.

—¿Y qué me dices de esos caballeros de gatillo fácil que aparecieron después de que os marcharais?

Amelia tragó saliva, nerviosa.

—Lo siento, pero tengo que hablar con usted. No sabía a quién acudir.

—Bueno, pues no puedo ayudarte. Ahora, si lo sientes de verdad, te largarás de aquí y te llevarás tus problemas contigo.

Amelia paseó la mirada por los escaparates rotos a espaldas del hombre. Los estantes dañados. Hundió los hombros y se volvió para salir. Cuando se disponía a abrir la puerta, James la tomó de la muñeca. Se quedó mirando los moretones en sus nudillos. La marca rojiza que le había dejado Jack en la cara.

—¿Te lo hizo uno de ellos? —preguntó.

Amelia asintió con la cabeza. Siguió una larga pausa. James le soltó la muñeca, se volvió hacia la puerta y giró el cartel para que dijera «Cerrado».

—Ven a la trastienda —le dijo con voz ronca.

Amelia lo siguió hacia el otro lado del mostrador y la parte trasera de la tienda. Sin mirarla, James comenzó a abrir con una llave los cajones de una cómoda de madera.

—¿Qué le ha pasado a tu reloj?

—Se lo han llevado.

Se rio, burlón.

—No deberías habérselo permitido.

—No es que me dejaran elegir.

—Ya —dijo el hombre, suspirando—. Siéntate. —Hizo un gesto en dirección a la mesa repleta de trastos.

Amelia no se sentó. Se quedó mirando al hombre levantar la parte inferior del mueble para meter el brazo por debajo.

—El chico ruso llevaba una flor de color azul —dijo.

James detuvo la búsqueda, dejando quietas las manos.

—¿Cómo se llama?

—Anton Stepanov.

—Oh. Sí. Es uno de los nuestros.

Amelia tragó saliva, temblorosa.

—D-dijo que mi tío también lo era. Que era el líder.

—Ajá.

—Eso no me lo dijiste antes.

—No confiaba en ti. Con razón, parece. —Se volvió. Tenía en las manos una caja de madera con un candado pesado.

—¿Qué es eso? —preguntó Amelia.

—Siéntate.

Esa vez lo hizo, tomó asiento.

—¿También me mentiste al decir que no sabías lo que le pasó a mi tío?

—Por desgracia, no. En eso fui sincero. Pero sí vino a verme. Me trajo esto.

James abrió el candado y la caja. Dentro había relojes. Siete, que sonaban con una melodía idéntica. Amelia se inclinó para mirarlos más de cerca.

—¿Son…?

—Los relojes que robó del departamento. Sí.

—¿Los robó? —preguntó ella, incrédula—. ¿Y el departamento lo sabe?

—Me imagino que habrán comenzado a deducirlo —contestó James con una risita—. Tal y como es probable que hayan comenzado a darse cuenta de que Anton Stepanov no lo mató.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Anton no es un asesino?

—No. En realidad, es todo lo contrario. Lo quieren asesinar.

Amelia no supo por qué, pero sintió alivio.

—¿Quién?

—El departamento. Los rusos. Todos, en realidad.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿Además de ser un miembro fervoroso de la resistencia? También robó los relojes rusos. Todos. Ese era el plan, ¿sabes? Estábamos organizando el robo masivo de los relojes de las organizaciones cronautas de tipo gubernamental. Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña…, todos los países que dispongan de una. No teníamos planeado hacerlo aún, pero pasó algo y Ernest decidió cambiar de rumbo en el último instante.

—¿Qué pasó?

—Que encontró el libro de Lisavet Levy. El que ella usó para almacenar los recuerdos que salvaba.

Amelia frunció el ceño.

—Ahora lo tiene Anton Stepanov —dijo, pensando en voz alta—. ¿Crees que se lo dio mi tío?

James se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Cuando vino a verme estaba apurado y solo mencionó el libro de pasada. Me trajo los relojes antes de irse a tener una charla con Moira Donnelly.

—¿Qué relación tiene ella con todo esto?

—Ernest no me lo contó. Solo dijo que tenía que hablar con ella sobre el libro. Intenté decirle que era una mala idea, pero insistió. Dijo que era importante.

Amelia tuvo la sensación de que le daba vueltas la cabeza. ¿Qué demonios contenía ese libro para que su tío lo hubiera arriesgado todo?

Unos gritos en el exterior hicieron que James se pusiera en pie de un salto. Cruzó veloz el local para mirar por la ventana después de levantar el plástico.

—Mierda —siseó—. Están aquí.

A Amelia se le cayó el alma a los pies.

James pasó corriendo a su lado y comenzó a ponerle el candado a la caja. Con el frenesí, sus manos hicieron traquetear su contenido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Amelia.

Él volvió a meter la caja dentro de la cajonera y puso el fondo falso en su lugar. Lo afianzó, cerró todo con llave y se volvió hacia ella.

—Ven conmigo.

Tiró de ella hacia la parte delantera del local mientras hacía girar la corona de su reloj. El umbral que daba a la trastienda se transformó en una puerta.

—Tú primero —dijo James al desplegarse la oscura extensión del espacio-tiempo ante ellos—. Espera dentro. Solo tengo que…

La puerta de entrada se abrió de golpe. Sonó un disparo. Amelia chilló mientras la mano de James dejaba de hacer fuerza sobre su brazo. Él cayó hacia atrás, contra el mostrador, y su cabeza golpeó la madera del suelo.

—¡No te muevas o la siguiente será para ti!

El miedo atenazó a Amelia al ver a Jack en el umbral. Detrás de él, Fred y Moira entraron con las pistolas en alto. La de la mujer, un revólver plateado, hizo que el pulso de Amelia se acelerara de rabia. Pese a todo lo que había ocurrido, le pareció una traición.

Jack avanzó sin dejar de apuntar contra ella.

—Tienes una sola oportunidad, cielo. O vienes por las buenas o te pego un tiro aquí mismo. ¿Lo entiendes?

A sus pies, James profirió un gemido. Jack movió el arma hacia él, dispuesto a disparar, pero Amelia se abalanzó sobre su brazo y desvió el balazo.

La pistola se disparó a cuatro centímetros de su cabeza y la bala rebotó contra el suelo. Jack la empujó con violencia, y Amelia cayó al lado de James, pero a trompicones logró colocarse delante de él.

—¡Déjalo en paz! —gritó.

—Ya estoy cansado de ti. —Esa vez, Jack apuntó contra ella.

Amelia se preparó para lo que iba a llegar, cerrando los ojos con fuerza.

Sonó un estallido. Un disparo, pero sin impacto. No hubo dolor. En su lugar, todo se quedó quieto. Todo se quedó en silencio. La sala se había detenido. Jack seguía frente a ella. Su pistola aún apuntaba

contra su cabeza. James seguía en el suelo. Pero estaban paralizados. Por completo. Suspendidos en el Tiempo.

Amelia espiró con fuerza, de golpe. La única persona que no había quedado afectada era Moira, que tenía la pistola en alto, igual que Jack, pero, en vez de apuntar contra ella, la dirigía hacia Fred.

—¿Estás bien? —le preguntó Moira, bajando el arma.

—¿Eres…? ¿Cómo… cómo lo has hecho? —tartamudeó la muchacha.

—No he sido yo —dijo Moira con una mueca en el rostro—. Has sido tú.

En ese momento, Amelia reparó en la bala que flotaba en el aire, a medio camino entre el revólver de Moira y el centro del cráneo de Fred.

—¿Yo? Es imposible. Ni siquiera sé qué es todo esto.

—Yo tampoco lo supe la primera vez que pasó —dijo Moira, con voz un tanto luctuosa—. Se llama desplazamiento temporal. Es lo que sucede cuando la mente y el cuerpo de una persona existen en diferentes planos del Tiempo. Como tú. —Se acercó y le ofreció una mano—. Levántate.

Amelia se puso en pie como pudo, paseando una mirada veloz por la escena.

—Has disparado a Fred.

—Sí. Y voy a pegarle un tiro también a Jack dentro de un momento, así que quizá quieras apartar la vista. —Le quitó la pistola de las manos al hombre y se la puso bajo el cinturón.

Amelia la miró, conmocionada. Moira miró a Jack con desagrado, el dedo preparado sobre el gatillo.

—No lo entiendo.

La mujer se volvió hacia ella.

—No puedo explicártelo todo ahora mismo. Necesito que entres en el espacio-tiempo y que esperes allí hasta que vaya a buscarte. —Hizo un gesto hacia la puerta que había abierto James.

A Amelia se le salieron los ojos de las órbitas, estaba horrorizada.

—¿Qué? No.

—Has dicho que Anton llevaba una flor de color azul, ¿no?

—Sí.

—Bien. Ve a buscarlo. Él podrá ayudarte.

—Pero pensaba… ¡tú mataste a mi tío!

Moira se estremeció.

—Ve a buscar el libro que te dije. Entonces lo entenderás todo. Y, en cuanto haya arreglado las cosas aquí, iré a buscarte.

Amelia sacudió la cabeza, agitada.

—No. No puedo. N-no tengo reloj. Me quedaré atrapada.

—Sí, ya lo sé, pero no será mucho tiempo. Te lo prometo. —Moira estiró el brazo y le acarició el cabello, le pasó un mechón por detrás de la oreja—. Lo siento, Amelia —dijo con voz apagada.

Con una mano, Moira la empujó para que cayera de espaldas en el espacio-tiempo. Amelia trastabilló y atravesó el umbral. Antes de que pudiera recuperarse, Moira había cerrado la puerta y la había dejado atrapada allí dentro.

La puerta estaba cerrada. Amelia estaba a salvo. A salvo de Jack y muy lejos de lo que Moira se disponía a hacer. Sin dejar de apuntar a Jack, hizo que el Tiempo se pusiera en marcha de nuevo. No tuvo que tocar el reloj para lograrlo. Llevaba el Tiempo dentro de su ser.

El cuerpo de Fred cayó al suelo en un instante. Un disparo directo a la cabeza.

Jack parpadeó, confundido. Quienes salían de una alteración del pasado siempre lucían ese aspecto. No sabría lo que había pasado. No sabría por qué ella le apuntaba con una pistola a la cabeza. Una parte de Moira lamentó que fuera así. Quería que él supiera por qué hacía eso. Quería que él comprendiera por qué estaba a punto de matarlo. Cuando se volvió a mirarla, abriendo mucho los ojos, ella se conformó al pensar que, por mucho que no supiera con exactitud qué los había conducido hasta ese momento, sí sabría a la perfección todo lo que le había hecho hasta entonces.

—Moira… —dijo en voz baja.

Miró a su alrededor y vio a Fred tirado en el suelo. Miró detrás de ella, donde Amelia había estado parada antes. Llevó la mano a la cartuchera y la encontró vacía.

Sonrió. Incluso a las puertas de la muerte, seguía siendo un capullo.

—¿Dónde está la chica?

—A salvo.

Jack entornó los ojos.

—La has dejado atrapada ahí dentro, ¿verdad?

Moira no contestó.

—Y así se cierra el círculo. Qué encantador.

Él se desplazó un poco y ella imitó sus movimientos, manteniéndolo allí donde quería tenerlo.

Su rostro reflejó la comprensión de todas las piezas que comenzaban a encajar. Piezas que él había tenido ante sí en todo momento, tan cerca de la superficie que Moira había sentido terror

por la posibilidad de que las viera demasiado pronto. Si no se había dado cuenta no era porque ella fuese muy lista o él un estúpido. Jack Dillinger podía ser muchas cosas. Burdo. Violento. Machista. Pero no era tonto. Lo que le había impedido ver la realidad era su arrogancia. La creencia sincera de que aún la tenía bajo control, de que los tenía a todos bajo control.

—Entonces, esta pequeña revuelta… —dijo, haciendo girar el dedo en el aire—. ¿Desde cuándo formas parte de ella?

—¿Acaso importa? —contestó Moira.

—Debería haberlo sabido. Ernest no está muerto, ¿verdad?

—Supongo que estás a punto de averiguarlo.

—Y la chica… es ella, ¿verdad? La niña que nació fuera del Tiempo. El bebé que me dijiste que había muerto.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó Moira. Se odió a sí misma por caer en su provocación, pero tenía que saberlo.

—No lo sabía con seguridad, pero lo he sospechado desde el día que Ernest la trajo a la oficina. Sabes mentir, Moira, pero te conozco demasiado bien.

Ella amartilló la pistola y la pegó a su sien, cansada de tantos juegos.

—No lo bastante bien para salvarte, supongo.

Por un instante, Jack perdió la máscara que tan bien se había construido. Era un fenómeno que ella solo había testimoniado una vez, años antes.

—Solo hazme un favor. Por los viejos tiempos —dijo él, y su voz perdió una parte de su suficiencia habitual en esa última petición—. No quemes mis recuerdos.

Al oír eso, un ligero temblor recorrió las manos de Moira.

—No lo haré —le prometió.

Él levantó el mentón, desafiante, negándose a darle la satisfacción de verlo asustado.

—Bien jugado, señorita Levy.

Sin más titubeos, ella apretó dos veces el gatillo.



14

Washington D. C.,

1955

Moira, se llamaba Moira.

Lisavet se lo repitió docenas de veces a lo largo de la semana antes de comenzar a trabajar, intentando que se le pegara. Practicó diciéndolo en voz alta mientras se paseaba por su nueva estancia, incapaz, como siempre, de dormir. El lugar era apenas un poco más grande que la habitación del hospital psiquiátrico, pero para ella era el cielo. Una cama propia, con sábanas suaves y blancas y un edredón. Un armario en el que guardar la ropa. Un tocador que hasta tenía espejo. La habitación tenía dos ventanas y estaba muy cerca del baño que compartía con otras tres chicas. En la pensión casi todo era comunitario, pero era una de las pocas residentes que no tenía compañera de cuarto. Al parecer, Jack lo había organizado para que fuera así.

—Moira, me llamo Moira —se repitió mientras se preparaba para ir a trabajar esa primera mañana de principios de 1955.

Se puso una falda negra que le llegaba por las rodillas y una camisa con cuello de color verde claro, todo obra de la costurera. Jack le había encargado un vestuario completo: cinco camisas, seis vestidos, varias faldas y tres pares de zapatos de tacón.

—La secretaria del director debe tener un aspecto impecable —le dijo él al ver la expresión de sorpresa en su rostro—. Sé que lo eres, pero no puedo permitir que vistas como una pobre chica de Brooklyn.

La matrona de la pensión la llamó desde el piso de abajo para decirle que había llegado su coche. Lisavet…, no, Moira: se llamaba Moira…, se miró por última vez al espejo y bajó la escalera después de cerrar la puerta de la habitación con llave. En la escalinata de entrada se detuvo de golpe al ver quién había acudido a recogerla.

—Date prisa, Donnelly —le pidió Patrick Brady, haciéndole un gesto para que se apurara.

Ella se dispuso a subir al asiento de atrás, pero el hombre sacudió la cabeza.

—No soy tu chófer. Siéntate delante. —Dio unos golpecitos con la mano en el asiento del acompañante y sonrió con suficiencia mientras ella obedecía—. ¿A qué viene esa cara?

—A nada. Pensaba que vendría a buscarme Jack, eso es todo.

Brady le lanzó una mirada.

—Bueno, bueno. Eres su secretaria, no su novia. Tendrás que llamarlo señor Dillinger.

—Oh. Ya.

Había tantas cosas de las que debía acordarse…

—Además, él es el director. No puede pasarse el día viendo cómo te va, así que nos ha pedido a Collins y a mí que le echemos una

mano. Estaremos cerca si necesitas ayuda.

Moira lo examinó por el rabillo del ojo. ¿Estarían cerca o estarían vigilándola?

Brady la acompañó a la oficina y le presentó a una de las secretarias, una rubia de ojos claros llamada Shelley Watts.

—¿Qué le ha pasado a Suzanne? —preguntó Shelley.

—Que ya no está —contestó Brady, encogiéndose de hombros—. Hazme un favor y muéstrale a la señorita Donnelly cómo va todo por aquí.

Las dejó a solas. Shelley se volvió hacia ella y le sonrió.

—Pues bueno. Bienvenida, supongo. Tu escritorio es ese de ahí.

Le señaló el que estaba más cerca del despacho de la esquina. Se dirigió a él y tiró a la basura la placa que decía «Suzanne Tomlinson».

—Suzanne y tú… ¿erais amigas? —preguntó Moira con timidez.

—Oh, no. Para nada. Solo llevaba aquí unos meses. Al señor Dillinger no suelen durarle mucho las secretarias. —Shelley contestó con una mueca a sus propias palabras y le dirigió una mirada de disculpa—. Pone el listón muy alto, pero estoy segura de que lo harás genial.

Shelley le mostró la oficina, le ayudó a obtener una tarjeta de identificación con su nombre y fotografía, y le advirtió que debía llevarla siempre consigo.

—La necesitarás para entrar al edificio —le explicó—. Y, si te quedas trabajando hasta tarde, te la pedirán también a la salida.

—¿Tú te sueles quedar hasta tarde? —le preguntó Moira.

—Solo a veces. Algunas tenemos que hacer más cosas que otras. Amanda y Pauline son secretarias generales, así que se quedan

hasta tarde bastante a menudo.

—¿Secretarias generales?

—Sí, en el sentido de que trabajan para toda la oficina. Yo trabajo para funcionarios de nivel alto, como el señor Collins y el señor Brady. El señor Dillinger es el único lo bastante importante para tener su propia secretaria. Bueno, supongo que técnicamente el señor Duquesne también podría, pero nunca ha querido que se contratara a una.

Ante esa primera mención a Ernest, Moira sintió que se le paralizaba el rostro.

Con toda la ansiedad por llegar al lugar y averiguar su funcionamiento, casi había olvidado que existía la posibilidad de que se lo cruzara a lo largo del día.

Cuando Shelley acabó con el recorrido, ya había llegado más gente. Tres hombres con trajes de color marrón, todos ellos tirando a jóvenes, merodeaban el escritorio de la secretaria. Al verlas llegar, uno de ellos, un joven corpulento de pelo moreno, le dio un repaso a Moira con la mirada.

—¿Puedo ayudarlos con algo, caballeros? —preguntó ella.

—Buenos días, señorita Watts —contestó el hombre, los ojos aún puestos en Moira—. ¿Quién es su amiga?

—Esta es Moira Donnelly, la nueva secretaria.

—Vaya, vaya, una secretaria nueva —dijo, acercándose a ella con disimulo y dirigiéndole una sonrisa insinuante—. Y tiene pinta de ser muy dulce.

—Déjala en paz, Fred —le advirtió Shelley, sentándose—. No está aquí por ti; es la nueva secretaria del señor Dillinger.

—¿En serio? Jack siempre ha tenido buen gusto —dijo Fred, guiñándole el ojo.

Incómoda, Moira apartó la mirada y se dirigió despacio hacia su escritorio. Fred y los otros dos jóvenes se rieron disimuladamente.

—Se supone que has de sonreír —le dijo Shelley cuando se marcharon.

—¿Qué?

—Cuando flirtean de esa manera contigo. Se supone que has de sonreír.

—Pero no quiero.

—Tanto da. ¿No te lo enseñaron en la escuela de secretariado?

—No he ido a la escuela de secretariado —dijo Moira, pero, al ver la expresión en la cara de Shelley, se arrepintió de inmediato. ¿Tendría que haber dicho que sí? Jack no le había comentado nada sobre ninguna escuela de secretariado.

Cuando Jack se presentó, Moira ya se había dejado llevar por el pánico. Tanto fue así que, al verlo entrar, se puso en pie, tal y como le habían enseñado que debía hacer cuando llegaban los profesores en la escuela de Alemania. Él fingió no darse cuenta, se detuvo a saludar a las otras chicas antes de dirigirse a ella.

—Buenos días, señorita Donnelly —le dijo con una sonrisa disimulada—. ¿Se está adaptando bien?

—Sí —chilló ella.

—¿Por qué está de pie?

—Oh, es que… —Se sentó, consciente de que Shelley y las demás chicas la observaban—. Estaba estirando las piernas, nada más.

—Ya. —Jack metió la mano en el maletín de cuero y sacó una hoja —. Tenga. Su primer cometido. Esta es la agenda de la semana. El

viernes la rellené entera, pero no puedo leer mi propia letra. ¿Me la pasaría a máquina, por favor?

Moira miró la máquina de escribir que descansaba sobre el escritorio. Era eléctrica, no manual. Nunca había usado una máquina de escribir eléctrica. De hecho, a duras penas había usado una manual. Eran bastante comunes en la Alemania de su infancia, pero ella había sido demasiado pequeña para aprender a usarlas, y, de todos modos, su padre lo escribía todo a mano.

—¿Algún problema? —preguntó Jack, tomando nota de esa pausa tan larga.

Moira bajó la voz.

—No sé usar esa cosa.

Él frunció el ceño.

—Ahhh. Ya veo.

Detrás del hombre, Amanda y Pauline habían comenzado a decirse algo entre susurros tensos. Jack les lanzó una mirada, dio una palmada y rodeó el escritorio.

—Bueno, vamos a arreglar eso —dijo.

Le enseñó a cargar el papel y a continuación le hizo una demostración cargada de paciencia, algo poco propio de él, sobre cómo debía hacer otras cosas, como cambiar la cinta y corregir errores. Moira notó que las demás secretarias no le quitaban la vista de encima. Pues claro que no entendían nada. A sus ojos, Jack acababa de despedir a una chica perfectamente capacitada para reemplazarla por una imbécil negada para la tecnología. Una imbécil por la que estaba malgastando su valioso tiempo enseñándole a realizar las tareas más esenciales de una secretaria. Al final, no

obstante, reclamaron a las dos para que se fueran a tomar notas o redactar sus propios informes, y ellos se quedaron solos.

—Son un público difícil, esas chicas —dijo Jack entre dientes.

—Saben que no estoy capacitada para este trabajo —dijo Moira, pues no tenía sentido negarlo.

—¿Y eso a quién le importa? No son más que secretarias.

—Yo también.

—Sí, pero tú no eres como ellas.

—¿Soy peor que una secretaria?

Jack soltó una risita y puso la mano izquierda sobre el escritorio, al lado de la suya, antes de indicar con un gesto el reloj que llevaba en la muñeca.

—Digo que eres la única secretaria que sabe la verdad sobre este departamento.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero… —Jack se inclinó hacia ella y le puso la otra mano en el hombro—. A que aquí, en el pec, no les contamos a nuestras secretarias la verdad sobre lo que pasa en realidad.

—¿No?

—No. Piensan que no somos más que otra agencia que intenta encontrar patrones a lo largo de la historia para anticipar las guerras del futuro. Ni siquiera la última chica que tuve supo la verdad. Y eso implicó que no pudiera tomar notas en los encuentros departamentales, ni tratar con la documentación de tipo más sensible que recibo como director. Lo cual echa por tierra el objetivo principal de tener una secretaria, ¿no crees?

—Supongo.

—Pero tú, querida mía…, bueno, tú eres especial. Por eso te he contratado. Ya aprenderás todas las demás pamplinas. —Se irguió, ajustándose la americana—. Por cierto, puedes dejar de vigilar la puerta de esa manera. Hoy no vendrá.

Moira sintió que parte de la tensión de sus hombros se relajaba.

—¿No?

—Estará fuera las próximas dos semanas. Una cuestión familiar. Trabajará desde la oficina de Boston.

—¿Por su hermana? —preguntó Moira, sintiendo un nudo de ansiedad en el estómago.

Jack le dirigió una mirada de extrañeza.

—No. Algo relacionado con que su madre está enferma. —Dio un golpecito con dos dedos sobre el papel que le había dado—. Transcríbeme esto, ¿quieres? Será un buen ejercicio. —Se dirigió hacia su despacho, pero le dijo por encima del hombro—: Si necesitas algo, llama a la puerta.

Se encerró. Shelley la miró, confundida.

—¿Estás saliendo con él o algo?

—N-no. ¿Por qué?

—Nunca lo había visto mostrarse tan agradable con una de sus secretarias. Y en especial con una que no supiera usar la máquina de escribir. Sin ánimo de ofender.

Moira no dijo nada. Con el paso de los días, las cosas fueron volviéndose más sencillas. A diferencia de lo que pensaba, las otras chicas no le echaron en cara su falta de experiencia. Incluso parecieron preocuparse por ella, intercambiando miradas al enterarse de que iba a acompañar a Jack a las reuniones, cosa que las anteriores secretarias no habían hecho nunca. Shelley le enseñó

a usar el dictáfono, y Amanda y Pauline compartieron con ella los ejercicios de mecanografía que habían aprendido en la escuela de secretariado para que mejorara. Se acostumbró a la extrañeza de ese nuevo papel.

En el trabajo, Jack era una persona diferente a la que había conocido hasta entonces, pero intuía que su otro yo, su verdadero yo, acechaba bajo la superficie. Siempre estaba pendiente de que ella acatara las normas. Se mantuvo tolerante mientras se adaptaba, pero, con el paso de los días, sus expectativas se fueron volviendo más rigurosas. Moira se acostumbró a permanecer sentada a su lado tomando notas durante las reuniones, a llevarle café, a clasificar su correspondencia, a actualizar la agenda. No obstante, a lo que no se acostumbró fue a que los cronautas que se habían pasado años siguiéndola por el espacio-tiempo no tuvieran ni idea de quién era, descolocados por su pelo y por su nuevo vestuario. Una parte de su ser casi deseaba que la reconocieran. Quizá, de haber sabido quién era, no habrían coqueteado de manera tan desvergonzada con ella.

En concreto, Fred Vance se estaba convirtiendo en un problema para Moira. Junto con otros dos agentes, Fred conformaba un nuevo equipo de cronautas que seguía en fase de formación. Ella se negaba con firmeza a «sonreír y aceptarlo», tal y como le había recomendado Shelley, y Fred parecía habérselo tomado como una especie de desafío. Moira hacía todo lo posible por ignorarlos.

Hasta que un día, en su tercera semana, Fred Vance fue a buscarla antes de una reunión importante, cuando en la oficina reinaba una cierta tranquilidad. La mayoría de cronautas ya estaba en la sala de juntas, y Moira esperaba a Jack en la de descanso. Era la primera vez que iba a participar en una reunión de ese tipo y

estaba nerviosa. Así que, cuando Fred se presentó acompañado de sus lacayos y sus groserías, la paciencia de Moira ya estaba casi agotada. Y, cuando él la acorraló contra la encimera y le metió la mano por debajo de la falda, ella estalló y le dio un puñetazo en la cara. Fred retrocedió tambaleándose, sujetándose la nariz, que le sangraba, y aullando de dolor.

—¿Qué demonios pasa aquí dentro?

Fred dejó de gritar al instante. Tanto él como los otros dos cronautas enderezaron la espalda.

Moira se volvió y vio a Ernest parado en el umbral. Estaba vestido de traje y corbata, con el pelo peinado con estilo, y le dirigía una mirada acusadora, de reprimenda, que ella no había visto nunca en él. ¿Cuándo había vuelto a Washington? Tragó saliva al sentirse bajo su mirada, y de repente no pudo pensar en nada más que en la sensación de sus labios al pegarse a su piel.

—¿Y bien? —le dio pie.

Moira parpadeó.

—Perdón. ¿Qué decía?

A su espalda, los novatos soltaron una risita. Una sola mirada severa de Ernest bastó para que se callaran.

—Le he preguntado quién es usted.

—Soy la nueva secretaria de J… del señor Dillinger.

—Bueno, nueva secretaria del señor Dillinger, ¿tiene usted nombre?

—M-Moira Donnelly.

—Entendido. Ahora, ¿quiere hacer el favor de explicarme por qué le ha pegado un puñetazo a uno de mis novatos?

—No sabía que era suyo.

—Y, de haberlo sabido, ¿no le habría pegado?

Moira cruzó los brazos. No le gustaba que la regañara.

—No. Le habría pegado igual.

—¿Tiene por costumbre pegar a sus superiores?

—Solo si ese superior es un capullo que me falta al respeto.

Volvieron a sonar risitas.

Ernest les espetó:

—¿Qué hacéis aún aquí? Sé que tenéis cosas mejores que hacer, así que os sugiero que vayáis a hacerlas. Ya mismo.

Los tres jóvenes salieron de la sala como una manada de perros con las colas entre las piernas.

Ernest volvió su mirada severa hacia Moira.

—La señorita Donnelly, ¿eh? —le preguntó, escudriñándola—. No sé qué le habrá contado Jack sobre la manera que tenemos de comportarnos en esta oficina, pero no toleraremos ningún acto de violencia. No esperaba algo así por parte de la secretaria del director.

—Así que, puesto que soy la secretaria del señor Dillinger, yo me llevo una reprimenda mientras sus subordinados pueden ir por ahí acosando a las jovencitas sin ninguna consecuencia…

Le había tocado una fibra sensible. Se dio cuenta de ello por la manera en que él apretó la mandíbula. No estaba comportándose como haría una secretaria normal. De la manera en que él y el resto de hombres podrían esperar. Cualquier otro la habría despedido en el acto, pero ella conocía demasiado bien a Ernest.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha metido la mano por debajo de la falda.

A Ernest se le sonrojaron las orejas.

—Entiendo. Ya… ya hablaré con él.

—No se moleste —dijo ella, frotándose los nudillos doloridos—. Creo que ha recibido el mensaje.

Ernest soltó una risita antes de recordar el lugar que ocupaba.

—Ya. Bueno, tómeselo como un aviso, señorita Donnelly. No toleraré ninguna violencia, por mucho que sea la secretaria de Jack. Si vuelven a causarle problemas, venga a hablar conmigo.

—Me aseguraré de hacer eso, señor…

Él le ofreció la mano.

—Ah, sí. Duquesne. Ernest Duquesne.

Moira sonrió, fascinada ante la facilidad con que podía aún hacerlo cambiar de parecer.

—Es un placer conocerlo, señor Duquesne.

Jack entró en la sala de descanso en el momento en que se estrechaban la mano, cargado con una pila de documentos. Los miró y se detuvo en seco.

Ernest le soltó la mano.

—Ahí estás, Jack.

—¿Algún problema? —preguntó el hombre, mirándolos con los ojos entornados.

—Ninguno. Tan solo me estaba presentando a tu nueva secretaria.

—Eso hacías, ¿eh?

Moira tragó saliva, notando el pálpito de la sangre en la garganta. Había captado el escepticismo en la voz de Jack. Ernest llevaba menos de un día allí y ya la habían pillado en una habitación a solas con él.

Al salir de la sala de descanso, Ernest se detuvo un instante para darle una palmadita a Jack en el hombro.

—Ten cuidado, Jack. Es posible que hayas contratado a la única mujer del mundo que podría hacer que las pases canutas. —De hecho, parecía un tanto impresionado.

Jack siguió a Ernest con la mirada hasta que desapareció al fondo del pasillo antes de volverse hacia ella.

—Le he dado un puñetazo en la cara a uno de los nuevos cronautas —dijo Moira de golpe, ansiosa por disipar cualquier duda de raíz.

Jack enarcó una ceja.

—Oh…

—Es posible que le haya roto la nariz. No volverá a pasar.

—¿A cuál de ellos?

—Fred Vance.

Jack esbozó una sonrisa perpleja.

—Buena elección.

Lo siguió a la sala de juntas. Los cronautas intercambiaron miradas al ver que Jack daba inicio a la reunión sin molestarse en comentar la presencia de Moira en la habitación.

—Mmm, Jack… —dijo Ernest, interrumpiéndolo—. ¿No debería tu secretaria…?

—Tiene autorización —contestó él, desdeñoso.

—¿Cómo? —preguntó Ernest, frunciendo el ceño.

—Ernest, te sugiero que te concentres en mantener a raya a las nuevas incorporaciones y dejes de preocuparte por mis empleados.

Se hizo un silencio tenso en la sala. Al otro lado de la mesa, Brady y Collins intercambiaron una mirada jocosa.

Jack dejó a las claras en esa primera reunión que, en lo referente a Moira, no iba a aceptar críticas. En cierta manera, ella estaba bajo

su protección, y esa protección tenía el propósito doble de evitar que Jack tuviera que lidiar con el escepticismo de sus subordinados y de que Moira tuviera que lidiar con preguntas indiscretas sobre su vida privada. Se la comenzó a conocer en el pec de dos maneras: como la secretaria que le había roto la nariz a Fred Vance o sencillamente como «la chica de Jack». Y ambas disuadieron a los cronautas de flirtear con ella.

En 1956, cuando llevaba un año en el trabajo, Jack le pidió al fin que hiciera aquello por lo que la había contratado.

—Necesito que hagas una limpieza —le pidió una noche, después de llamarla a su despacho.

Esa vez conocía a la víctima. Pauline, una de las secretarias generales, había interrumpido una conversación que no debía oír. La tenían inconsciente en uno de los pisos inferiores hasta dar con la solución. Moira dio unos golpecitos con el dedo sobre la libreta negra que Jack le había dado para que almacenara los recuerdos mientras examinaba la cara de Pauline. Ante esa ligera señal de duda, el hombre se apresuró a recordarle sus amenazas previas:

—Intenta no pensarlo demasiado —le dijo con suavidad, una mano en el hombro—. En el pasado, un desliz así podía costarle el cuello a una chica como Pauline. Le ha pasado a más de una de mis secretarias. Sin duda, que conserve la vida hará que perder algún recuerdo valga la pena… —Hizo una pausa, inclinándose un poco más hacia ella para hablarle directamente al oído—. Pero, si sigues sin estar convencida, quizá deba recordarle a Brady que escarbe un poco en esa teoría suya… ¿La recuerdas? La de tu hija…

Moira se apartó de él, dejando el brazo fuera de su alcance. Por mucho que la asustaran sus amenazas, también hacían que se sintiera furiosa. Al fin y al cabo, tampoco es que él tuviera la capacidad de leer sus recuerdos para descubrir la verdad. Aun así, no valía la pena arriesgarse. Él la tenía acorralada y era consciente de ello, así que Moira hizo lo que le pedía.

—Buena chica —le dijo al acabar.

Al volverse, dispuesta a marcharse, él la agarró de la muñeca.

—¿Querías algo más? —le preguntó Moira con tono inexpresivo.

La expresión petulante de su rostro había cambiado. Jack la miraba con algo parecido a la ansiedad.

—¿Sabías que ha pasado más de un año desde que comenzaste a trabajar aquí? —le preguntó.

—Nunca te había durado tanto una secretaria, o eso he oído —contestó Moira con indiferencia.

—Eh, no seas desagradable —dijo él, pero con una sonrisa.

—Yo no soy responsable de tu reputación, Jack. Solo te hago saber lo que se dice por aquí.

—¿Y qué se dice sobre nosotros? —Aún no le había soltado la muñeca.

Moira se removió, incómoda.

—Nada. Solo que nunca habías tenido una secretaria que durara tanto. Todo el mundo supone que nos acostamos.

—¿Que nos acostamos? —Le acarició con el pulgar la cara interna del antebrazo—. Menuda idea…

Moira tiró del brazo para liberarse. No le gustaba la manera en la que la había mirado de repente. Esa expresión pesada y sombría que

no se parecía en nada a las que solía dirigirle Ernest, pero sí muchísimo a la de Fred Vance.

Él se acercó y le puso la mano bajo el mentón.

—¿Sabes?, he oído que dicen que eres mi chica.

Ella le dedicó una mirada intimidante. No sabía bien adónde quería llegar, pero desde luego que no le gustaba.

Jack emitió una especie de tarareo y desplazó la mano del mentón a la curva de su cadera, como si pintara algo allí.

—Suena bien, ¿no crees?

Moira volvió a su escritorio de los pisos superiores quince minutos después con un hormigueo en la piel.

Durante los meses siguientes, Jack recurrió a ella con regularidad para que alterara memorias, y cada nuevo conjunto de recuerdos vivos se fue uniendo al primero en las páginas de la libreta. Moira no se separaba nunca de ese nuevo libro, como del antiguo, y el ritmo al que iba llenándose le producía una creciente sensación de desasosiego. Mientras el pec modelaba y remodelaba según sus caprichos el mundo que la rodeaba, solo ella era consciente de que ese mundo estaba en llamas.

Ernest había supuesto que Moira Donnelly no duraría mucho. Se había abstenido de sumarse a la quiniela que mantenían los demás cronautas, pero él habría apostado su dinero por una salida bastante expeditiva. Al fin y al cabo, ella carecía de formación y educación universitaria, y, dada su inclinación a la violencia, estaba del todo incapacitada para llevar a cabo el papel de una secretaria. Pero, por alguna razón, se mantuvo firme. Y no solo eso, sino que se le

permitía acceder a reuniones a las que nunca había entrado ninguna secretaria, y estaba al tanto del funcionamiento interno del departamento más clandestino de la cia. Es más, contaba con la protección de Jack, que se apresuraba a regañar a cualquier empleado que pusiera en duda su presencia, incluido Ernest. Nadie había visto nunca que Jack alzara la voz por un empleado, y mucho menos por una secretaria. Eso hacía que Ernest se mostrara receloso hacia ella, pero también sentía curiosidad. Quizá demasiada.

Se descubrió observándola por la puerta abierta de su despacho. También en las reuniones, los ojos clavados en el punto donde se sentaba, hombro con hombro respecto a Jack, la cabeza gacha sobre sus anotaciones, transcribiendo todas las palabras que se decían con manos veloces y firmes. Al menos dos veces por reunión, ella levantaba la vista y lo pillaba, y, cuando sus ojos se encontraban, él sentía que una descarga aguda le recorría la espalda.

Eran esos ojos los que le llevaban a seguir mirando. Una sensación de complicidad que le exasperaba.

Por desgracia, esa curiosidad no les pasó desapercibida a sus colegas.

—Cierra la boca, Duquesne —le dijo Brady una tarde, mientras entraba por la puerta de su despacho y le impedía seguir viendo el escritorio de Moira—. Estás babeando.

Él lo fulminó con la mirada. Por lo general no habría permitido que un cronauta se fuera de rositas después de decir eso, pero Brady era uno de los que respondían directamente ante Jack. Se pasó una mano por la cara y se recostó contra la silla.

—Lo siento. Estoy cansado. Debo de haberme distraído.

Brady soltó una risita.

—Eh, que no tienes que explicarme nada. Está buena, de eso no hay duda.

—Y tiene un gancho de derechas endiablado —farfulló Ernest. No tenía sentido negar nada ante Brady, que había estado cinco años en el fbi antes de unirse al pec, así que sabía interpretar a la gente.

Brady se sentó en la silla frente a él.

—Cierto, cierto. Pero… contrólate con ella, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —preguntó Ernest.

El otro lo miró con severidad.

—Ya oíste lo que dijo Jack. Tiene autorización, Ernest. A un nivel superior que el tuyo o el mío, supongo. Ya sabes que no se la dan a cualquiera. Lo más probable es que sea una especie de exespía soviética o desertora alemana que han reclutado en la sede central. Además, es la chica de Jack. Aunque tuvierais buena relación, robarle la novia al jefe no acabaría de ser la manera más rápida de lograr un ascenso.

Ernest frunció el ceño al oír eso.

—¿Entonces es cierto? ¿Jack y ella son…?

Brady se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero algo estará haciendo bien para haber durado todo este tiempo, ya sabes a lo que me refiero. —Dejó caer una carpeta gruesa sobre el escritorio con un ruido sordo—. Pero ya hemos hablado bastante de ella. Ajustes temporales de parte de Jack. Cosas pequeñas, en su mayoría. Quiere que se las des a los nuevos para que practiquen.

A Ernest se le cayó el alma a los pies. Levantó la carpeta y la hojeó. Nombres e historias arrancados al pasado que esperaban a

ser eliminados.

—Me pondré con ello —dijo, tirando la carpeta a un lado.

En cuanto Brady se marchó, Ernest dejó escapar un suspiro largo y se le fueron los ojos, como era habitual, al escritorio de Moira. Esa vez, Jack estaba parado junto a ella, un brazo apoyado en la mesa, mirando los dos la página alojada en la máquina de escribir. Moira dijo algo que hizo sonreír a Jack, quien entonces levantó la cabeza y lo miró a los ojos a través de la puerta. Ernest le dedicó un asentimiento de cabeza y apartó la vista. Decidió no volver a mirarla hasta el final del día.

Unos meses antes, la atracción que sentía hacia Moira no habría representado un problema. No es que se hubiera dedicado a perseguirla como había hecho en su juventud con otras chicas, pero al menos quizá habría podido comportarse de manera un poco más normal en su presencia. Quizá hasta habría coqueteado con ella. Pero, de un tiempo a esa parte, las cosas habían cambiado.

Cerca de dos años antes, Ernest había dejado de quemar recuerdos. No por completo, claro. Su puesto requería que siguiera haciéndolo hasta cierto punto. Pero quemaba menos. Muchos menos. No sabía con exactitud cuándo habían comenzado las dudas. Suponía que había sido en torno a la época en que descubrió la manera de pasear por el Tiempo. Fue algo con lo que más o menos se tropezó. El hecho de que pudiera recorrer esos recuerdos llevó a que se volviesen más preciosos para él. Sentía un lazo tan fuerte hacia ellos que la idea de destruirlos se le antojaba insoportable. Antes de poder darse cuenta, había comenzado a romper las reglas y a desobedecer las órdenes de Jack.

Esa noche, Ernest se llevó la carpeta consigo en vez de darle su contenido a los cronautas que estaban bajo su mando. Se introdujo en la fresca quietud del espacio-tiempo en el momento en el que el reloj daba la medianoche y se puso a buscar los recuerdos. Cada vez que encontraba uno de los libros, pasaba sus páginas con cuidado para dar con los episodios por los que, según Jack y la gente de Capitol Hill, valía la pena destruir a una persona. Esos recuerdos en concreto los quemaba, consciente de que, de no hacerlo, Jack lo descubriría. El sonido de cada recuerdo en llamas resonaba en sus oídos como el aliento último de otro ser humano. Y escondía el resto del libro, enterrándolo en alguna parte de una estantería más alejada. Dejando intactos el resto de sus recuerdos.

Ya casi había amanecido cuando llegó al último, un volumen fino que contenía la memoria de un muchacho que apenas había entrado en la veintena. Lo sostuvo con mucho cuidado, consciente de su escaso y precioso contenido. Acababa de identificar la parte que iba a borrar cuando una voz dijo a sus espaldas:

—No quiero molestar, pero…

Ernest se llevó un susto de muerte y dejó caer el libro, sorprendido. Giró sobre los talones llevándose una mano a la pistola, y se encontró cara a cara con un espectro. Un hombre vestido de monje que flotaba a un par de metros de él.

—Dios, casi me provocas un infarto —dijo, agachándose a recuperar el libro—. Deberías haber anunciado tu presencia o algo así.

—Pensé que lo había hecho —recalcó el recuerdo, mirándolo con expresión divertida—. Mis disculpas. Tengo una pregunta para ti.

—Lo siento. Hoy no he venido a almacenar recuerdos —dijo Ernest.

—Esa no era mi pregunta.

Él parpadeó. Los espectros no solían dirigirse a los cronautas a menos que quisieran que almacenaran sus recuerdos.

—Oh, vale. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Por qué haces eso?

—¿Por qué hago qué?

El monje hizo un gesto hacia el libro.

—Salvar recuerdos. Me vas a perdonar, pero es algo que los tuyos no suelen hacer.

Ernest no contestó de inmediato, sino que se pasó el libro de una mano a la otra.

—Es solo que… ya no me parece correcto —dijo, de la manera más convincente posible—. Quemarlos, digo.

Siguió una pausa y, por un instante, Ernest pensó que el recuerdo se limitaría a aceptar su respuesta y se iría. Sus ojos fantasmales lo escudriñaron con detenimiento.

—Deberías ir con cuidado —dijo al fin—. Conocí a una chica que solía hacer eso mismo. Y al final solo le provocó problemas.

—¿Una chica? —preguntó él, frunciendo el ceño—. ¿Qué chica?

El hombre le dirigió una mirada ausente, penetrante, y asintió con la cabeza en dirección al libro.

—Hay otros, ¿sabes?

—¿Otros?

—Otros que vacilan a la hora de hacer lo que se les pide. Otros que ya no desean quemar…

—¿En serio?

—Por supuesto. No hay idea que haya sido concebida por una sola persona. Algunas son inevitables. —El hombre hizo una pausa y sonrió de manera burlona, irónica—. Y tanto da el número de hombres que intenten librarse de ellas.

Ernest vaciló. Sentía curiosidad.

—¿Es otro estadounidense? ¿Como yo?

—Me temo que no. —Siguió otra pausa, y el monje añadió—: Podría… presentaros, si quieres. Nunca darías con él sin ayuda. A menos que tengas ganas de que te peguen un tiro.

Ernest lo miró, receloso.

—¿Qué quieres decir?

—Se llama Vasily Stepanov.

Ernest dio un paso atrás por instinto.

—¿Un ruso?

—¿Ves a qué me refiero? No es alguien a quien puedas acercarte como si nada, necesitas una especie de mediador. Pero, si lo deseas…, podría facilitar algo.

Las arrugas del ceño de Ernest se volvieron más profundas.

—¿Y por qué harías eso?

—Por la misma razón por la que él dejó de quemar recuerdos —dijo el hombre, y su expresión se tornó afligida—. Por ella.

Ernest tomó en consideración la oferta, preguntándose qué podría surgir de un encuentro como ese entre él y un cronauta ruso. Sin duda, nada bueno. Deseó decirle al monje que no, pero las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas:

—El viernes que viene —dijo—. A medianoche. Dile que venga.



15

Algún lugar del espacio-tiempo,

1965

No vendría nadie.

Amelia llevaba horas vagando por el espacio-tiempo. Exhausta, se descubrió sentándose delante del abismo, junto a unas estanterías polvorientas que se elevaban hacia las alturas. Puso la cabeza entre las manos, las rodillas pegadas al pecho. Estaba hiperventilando por tercera vez cuando oyó unos pasos que se acercaban.

Anton apareció frente a ella, los brazos cruzados, el ceño fruncido.

—¿Ya has vuelto? —le preguntó—. ¿Y tu reloj?

Amelia levantó la cabeza de las manos para mirarlo.

—Me lo han quitado.

El muchacho se puso en cuclillas frente a ella. Estiró la mano y le tocó la mejilla, donde tenía el moretón, sin respetar su espacio personal.

—Veo que has comenzado a hacer preguntas —dijo con dulzura.

—Estás equivocado. Ella no lo mató —dijo Amelia con voz débil. Seguía intentando hacerse a la idea.

Anton suspiró.

—¿Estás bien?

—Estoy exhausta. Necesito dormir.

—Nadie necesita dormir en el espacio-tiempo.

—Al parecer hay gente que sí —dijo Amelia cerrando los ojos, molesta.

Él la observó unos instantes más y le ofreció la mano.

—Ven conmigo, *koshka*. Busquemos un lugar mejor para que duermas.

James Gravel comenzaba poco a poco a recobrar la consciencia. Moira estaba sentada a la mesa de la cocina, con una taza de café entre las manos, mientras esperaba. Un ojo nervioso puesto en la ventana. Más de una vez se imaginó que oía sirenas fuera, pero se lo quitó de la cabeza. No vendría nadie. ¿Por qué habrían de hacerlo? Nadie sabía que estaban allí.

James se removió. Abrió los ojos y dirigió una mirada vidriosa y distante a los vendajes con los que Moira le había cubierto la herida. Intentó incorporarse y profirió un grito ahogado de dolor.

—No haga eso —le dijo ella—. Acabo de conseguir que dejara de sangrar.

—Tú… —dijo él con voz grave y ronca, y comenzó a esforzarse por enderezarse—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Salvarle la vida, parece. Ahora quédese quieto o se fastidiará los puntos.

—¿Puntos? —James dejó de moverse para evaluar de nuevo los vendajes—. ¿Tú has hecho esto?

Moira llevó la taza de café vacía al fregadero. Sobre la encimera descansaba el frasco de analgésicos que uno de los habituales de la escalera de fuera había comprado en la farmacia después de recibir su soborno. Sacó dos pastillas, llenó un vaso de agua y se lo llevó todo a James.

—¿Qué es esto?

—Algo para el dolor.

Él acabó por tomar el medicamento de su mano. Moira lo vio tragarlo. James le echó un vistazo a las manchas de sangre que lucía su blusa blanca. Algunas le pertenecían. Otras no.

—Tengo que saber dónde ha escondido los relojes —anunció de golpe.

James tomó otro trago de agua para no tener que contestar.

—¿Qué relojes?

—Los que Ernest robó del departamento.

Él la miró entornando los ojos.

—No sé a qué te refieres.

—Sé que se los trajo. Él me lo contó. ¿Dónde están?

James soltó una risa de incredulidad.

Moira resopló.

—Ahora mismo hay dos cadáveres en su tienda. Uno de ellos pertenece al director de la cia. Puede contarme dónde están los relojes y me aseguraré de que alguien se ocupe de esos cuerpos. Si no, me molestará mucho haber perdido todo este tiempo y haber hecho todo este esfuerzo por salvarle la vida solo para que lo condenen por dos cargos de homicidio.

James la miró, furioso.

—¿Dos cadáveres?

Moira puso los ojos en blanco, impaciente.

—La niña está bien.

—¿Dónde está?

—A salvo.

—¿A salvo?

—Sí, pero no por mucho tiempo si no me cuenta dónde están los relojes.

James no contestó.

—¿Y bien?

—Tú no mataste a Ernest.

—No.

—Maldita sea. Pensaba que te tenía calada.

—Señor Gravel, no me obligue a dispararle de nuevo.

James enroscó las comisuras de los labios en una mezcla de odio y diversión.

—El armario en la trastienda, arriba, tiene un fondo falso de madera. Dentro hay una caja. Las llaves estaban en mi bolsillo, pero voy a suponer que ya las tienes.

—Gracias —dijo Moira—. Dentro de unos días debería ir al médico a que le mire la herida. Hay más analgésicos en la encimera. Limpiaré todo arriba, pero quizá quiera salir de la ciudad e irse con su familia durante un tiempo. —Se volvió para marcharse.

—No lo pillo —le dijo James—. Llevas más de un año con mi caso. Acosándome. Aterrorizando a mi familia. ¿Y esperas que me crea que durante todo este tiempo has sido una especie de agente doble? ¿Que estabas de nuestro lado?

—No estaba de su lado —dijo Moira, en tensión—. Y no soy una agente doble.

—Entonces, ¿por qué has decidido pegarle un tiro a tu jefe? ¿Por la emoción de hacerlo?

Moira le dirigió una sonrisa irónica y abrió la puerta.

—Adiós, señor Gravel. Si todo va bien, no volverá usted a verme.

—Gracias a Dios —dijo él mientras Moira cerraba la puerta.

Los cuerpos ya estaban en el maletero del coche. Era lo primero que había hecho mientras esperaba a que James se despertara. Volvió a la tienda a buscar los relojes, cerró con llave y la dejó en el buzón del correo. Ninguno de los dos hombres de la escalera abrió la boca mientras ella se subía al coche y lo ponía en marcha. La habían visto con los cuerpos, pero eso no le preocupaba. No es que fueran a llamar de buena gana para que más fuerzas del orden acudieran a su barrio.

Con la esperanza de que la ayudaran a aclararse las ideas, entre la tienda y su primer destino se fumó tres cigarrillos. Puesto que no funcionó, tiró el tercero por la ventanilla cuando estaba por la mitad. Llegó al puente en el que Amelia se había deshecho de la cinta de casete a la puesta de sol. Se había levantado viento. Iba a llover.

Nadie la vio sacar esos cuerpos tan pesados del maletero, arrastrarlos bajo el puente y dejarlos uno al lado del otro junto a la orilla.

—Lo siento, Fred —murmuró al dejarle la pistola sobre la mano abierta, para que pareciera que era el responsable de todo aquello.

Al acabar, estaba sudada y sucia, y seguía cubierta de sangre. Regresó junto al coche en el momento en el que la tormenta

comenzaba a descargar. Bien. Que lloviera significaba que habría menos gente en la carretera.

Tardó siete horas en recorrer el trayecto entre Boston y Washington D. C. Aparcó el coche junto a las puertas de la oficina de Jack a la una y media de la mañana. Todas las luces estaban apagadas. Al ver que el vigilante se acercaba, se puso el abrigo con rapidez para ocultar las manchas de sangre de la blusa y abrió la ventanilla.

—¿Nombre? —le preguntó, la vista clavada en un portapapeles, mientras la lluvia golpeaba contra su paraguas.

Moira enarcó una ceja y esperó. Él levantó la mirada y comenzó a disculparse de inmediato.

—Oh, directora Donnelly. Lo siento mucho, no me he dado cuenta de que era usted.

—Tengo que entrar en el despacho de Jack —le dijo con brusquedad—. Ahora mismo está ocupado en Boston, pero necesita algo.

El hombre no puso en duda su historia, sino que le abrió las puertas al instante.

—Si me da un momento, puedo escoltarla.

—No es necesario —dijo Moira—. Tengo un poco de prisa.

Había otros dos coches en el aparcamiento donde dejó el suyo. Uno era el del vigilante de seguridad, pero el otro… Examinó sus matrículas, dando golpecitos con el dedo sobre el volante. ¿Quién seguía allí dentro a esas horas? ¿El personal de la limpieza, quizá? Por si acaso, volvió a cargar el revólver y se lo guardó en el abrigo.

Salió del coche bajo el azote de la lluvia y subió la escalera, taconeando contra el cemento. Cinco años antes, Moira había

trasladado el pec a las oficinas de Nueva York. Lo presentó ante los demás como una decisión estratégica que permitiría proteger lo mejor posible su trabajo en un momento en el que las operaciones de la cia ganaban terreno en la capital. Pero, en realidad, lo hizo para alejarse de Jack. Este seguía trabajando en Washington, así que ella sabía dónde guardaba las cosas. Y, aún más importante, sabía con exactitud dónde guardaba aquellas cosas que seguía conservando con la esperanza de que ella ignorara su existencia. Dentro, el edificio estaba cálido y silencioso. No se oía más que el zumbido de los radiadores. Quizá no hubiera nadie más allí. No encendió ninguna luz al atravesar el vestíbulo y meterse en el ascensor. En el tercer piso se detuvo a prestar atención, no oyó nada y salió del cubículo.

Se detuvo junto al escritorio de la nueva secretaria de Jack para mirar el asiento que le había pertenecido. El nombre de la placa era diferente al de la última vez que había estado allí. La pobre aún no sabría que se había quedado sin trabajo. Moira sacó la cartera y dejó dos billetes de cincuenta dólares encima del escritorio, consciente de que, en el caos que estaba a punto de desatarse, podría pasar un tiempo hasta que la nueva secretaria de Jack recibiera su último cheque. Moira tuvo la esperanza, aunque lo dudaba, de que esta al menos se largara sin que él la hubiera manipulado para que se acostase con él, tal y como había hecho con todas y cada una de sus secretarias. Pensándolo mejor, le dejó otro billete de veinte.

Entró en el despacho de Jack usando las llaves que le había robado del abrigo. El aire allí olía a papel carbónico y colonia. El escritorio lucía tan pulcro como su dueño, no había un solo bolígrafo suelto ni un sujetapapeles fuera de sitio. La caja de seguridad que

buscaba estaba debajo del escritorio. Era pesada, metálica, y estaba dentro de un armarito. Se puso de rodillas ante ella y comenzó a trastear con la combinación, rogando a Dios que Jack no hubiera tenido la prudencia de cambiar el código. La caja se abrió con un clic satisfactorio.

Dentro estaba justo lo que esperaba encontrar. Su abrigo, el abrigo de su padre, se encontraba bien doblado encima de una caja etiquetada con sus iniciales. Las de verdad. Enroscó los dedos sobre la puerta para equilibrarse mientras estiraba el otro brazo. Tocó la suave lana de color marrón y de repente tuvo la sensación de que sus manos pertenecían a otra persona. Debajo de la prenda, la caja contenía las anotaciones que Jack le había robado a Ernest más de quince años antes. Entre ellas estaban los dibujos que Ernest había hecho de su cara, la libreta donde había registrado todos sus encuentros, además de sus teorías. Los archivos de la parte superior eran algo diferentes: los informes de Brady y de Collins, y, por supuesto, las notas que había tomado el propio Jack durante los dos años que la había tenido encerrada en un hospital psiquiátrico.

El último documento, que estaba arriba del todo, para acceder de manera más sencilla a él, llevaba la etiqueta de «Amelia Duquesne». Y su mero grosor ya era alarmante. «El muy cabrón», lo maldijo Moira entre dientes mientras lo sacaba con manos temblorosas. En lo más hondo, ella había sido consciente de que Jack sospechaba que había algo diferente en Amelia. Moira lo había notado en sus ojos la primera vez que ambos se encontraron, casi diez años antes. Pero ignoraba la existencia de ese legajo. Lo dejó aparte, pues no era lo que había ido a buscar.

Había una última caja allí dentro. Una caja que requería de una segunda llave, la de menor tamaño en el llavero de Jack. Le temblaron las manos al abrirla, imaginándose que comenzaba a oírlo. El reloj de su padre había dejado de correr, años antes, por falta de uso. Pasó la mano por el cristal, por el latón patinado. El susurro del Tiempo se arremolinó al fondo de su mente y ella dio un golpecito con la uña sobre el reloj, que comenzó a correr una vez más, recuperando la vida como un niño al volver a casa. Sonrió para sí misma mientras lo sacaba de la caja.

Una luz se encendió en el vestíbulo. Con rapidez, Moira devolvió los documentos a su sitio y se guardó el reloj de su padre en el bolsillo antes de cerrar la caja. Se colgó el abrigo del brazo y se puso en pie en el momento en el que se abría la puerta.

—Patrick… —dijo, fijando una expresión neutra a el rostro.

Brady estaba en la puerta, mirándola con extrañeza.

—Hola, Donnelly —dijo—. Pensaba que estabas en Boston.

—Estaba allí, pero Jack necesitaba una cosa.

Brady avanzó un paso, mirando el abrigo. Moira se removió un poco, se ajustó las solapas para que taparan mejor las manchas de sangre.

—Habrá sido algo bastante urgente para mandarte hasta aquí en medio de la noche.

—Así es —dijo Moira con una sonrisa seca. Era la directora del Programa de Exploración Cronológica, no tenía que darle explicaciones por mucho que Brady trabajara para Jack y no para ella—. Si me lo permites, tengo que regresar.

Intentó rodearlo, pero Brady le bloqueó el paso.

—¿No tenías que estar cuidando de la cría de Ernest?

—Lo que tenga que hacer no es asunto tuyo, Brady —dijo, fulminándolo con la mirada—. Por cierto, ¿qué haces tú aquí tan tarde?

—Oh, ya sabes. Estoy esperando una llamada.

Una sensación gélida se depositó en la garganta de Moira.

—¿Una llamada?

—De Jack. Me llamó ayer, de madrugada, para decirme que iba a pasar algo en Boston entre la cría de Ernest y el muchacho ruso. Dijo que me llamaría esta noche en algún momento, en cuanto todo hubiera llegado a su fin. Dijo que debía esperar a que lo hiciera. Para asegurarme de que todo hubiera salido bien. —Brady hizo una pausa, sus ojos se posaron en la camisa de ella, donde las manchas de sangre asomaban apenas—. Verás…, había cosas que le preocupaban.

Moira echó el brazo hacia atrás, agarró la lámpara del escritorio y la proyectó con fuerza contra la cabeza de Brady. Este se agachó, y la lámpara se estrelló contra la pared. Moira salió corriendo de la habitación, sintiendo el tirón del Tiempo en el pecho. Pensó en Amelia, en el espacio-tiempo, y resistió la tentación de detener el paso de los segundos, consciente de que el abismo no dejaba de crecer cada vez que lo hacía. Cerró la puerta del despacho tras pasar e introdujo la llave en la cerradura antes de que Brady lograra recuperar el equilibrio. El hombre se puso a golpear contra la puerta, maldiciéndola por su nombre, su verdadero nombre, mientras ella huía.

Llegó al coche, salió del aparcamiento y comenzó a seguir las indicaciones hacia Manhattan.

Amelia se despertó con el canto de las aves.

La luz del sol irrumpía a través de un desgarro en las cortinas de motivos florales y llenaba la pequeña habitación de una calidez dorada. Era un habitáculo minúsculo, de techos inclinados y con una ventana a la altura de las rodillas. Ella estaba tumbada sobre una alfombra vieja y gastada, al lado de una cama. Notaba la mente confusa, y tardó varios instantes en lograr que todo encajara en su sitio. Se encontraba dentro de un recuerdo. Se obligó a incorporarse, le dolía el cuello por haber dormido en una posición incómoda. No vio a Anton por ninguna parte. Prestó atención en busca de alguna señal que le indicara la época en la que podían estar. El muchacho no se lo había contado la noche anterior, y ella había estado demasiado cansada para preguntárselo. Por la ventana se veía un prado dorado salpicado de flores silvestres. Era verano. En algún lugar de provincias. Oyó voces amortiguadas procedentes del piso de abajo, el crujido de unos goznes viejos y, a continuación, unas risas infantiles.

Amelia bajó la escalera. La casa era mucho más pequeña de lo que esperaba. Tres habitaciones en total, incluido el ático en el que había dormido. Una cocina con fogón, pero sin fregadero. Seguía sin ver a Anton. Las risas infantiles procedentes del exterior ganaron intensidad, así que siguió su sonido. Al salir, un suave sol veraniego se posó sobre su rostro.

Frente a ella, al otro lado de una puertecilla, cuatro niños pequeños —tres niñas y un varón, todos menores de diez años— bailaban alrededor de un hombre alto que debía de ser su padre y que cargaba con dos cubos vacíos. El hombre llamó en ruso a la más pequeña, una niña que estaba quedándose rezagada y cuyos rizos

castaños rebotaron cuando echó a correr sobre sus piernecitas para atrapar al resto. Amelia se fijó en una figura que había ido a sentarse bajo un roble enorme, los brazos sobre las rodillas. Era Anton. Atravesó el prado herboso y Anton no dejó de mirar a los niños hasta que se detuvo frente a él.

Amelia se sentó a su lado, en la hierba. Sobre sus cabezas, los pájaros iban y venían entre las ramas del roble, piando sus canciones matutinas. El lugar transmitía paz, pero Anton parecía tenso.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

Él guardó silencio durante un minuto.

—En Rusia —dijo al fin, poniendo más énfasis de lo normal en la erre—. 1955.

Amelia siguió su mirada vidriosa hasta los niños, que subían la colina a la carrera detrás del padre. Se fijó en el niño, de seis o siete años, con los ojos oscuros y penetrantes, y sus extremidades largas y torpes.

—Oh, o sea que esto es… —Se interrumpió al ver que Anton ponía los hombros en tensión. Siguió otra pausa—. ¿Esto es tu…?

—Sí —contestó Anton antes de que pudiera acabar. Y señaló con el dedo—. Ese hombre de ahí es mi padre. Las niñas son mis hermanas.

—¿Dónde está tu madre?

—Murió dando a luz, dos años antes de este día.

Amelia volvió a mirar a la niña pequeña, que se esforzaba por mantener el ritmo de sus hermanos.

—Lo siento —dijo con voz débil.

«Yo también perdí a mi madre», deseó añadir.

Anton frunció el ceño.

—No hay nada que debas sentir. No me conoces. Para ti soy un extraño.

—¿Dónde están tus hermanas? —preguntó Amelia.

El rostro de Anton se ensombreció.

—Muertas.

—¿Todas?

—Antes de que los estadounidenses lo mataran, mi padre era cronauta. Teníamos una buena vida. Una vida normal. Mi padre estaba ahorrando dinero para mandarme a Estados Unidos en un programa de intercambio escolar. Se me daban muy bien las matemáticas. Pero…, bueno, entonces murió, y todo se acabó para mí. Me obligaron a ocupar su sitio en el programa de cronáutica. El Gobierno me metió en su plan de tres años de entrenamiento en Moscú. Cuando pude volver a ponerme en contacto con mis hermanas, ellas ya no estaban. Nadie supo decirme qué les había pasado. Más tarde me enteré de que habían muerto de hambre en un orfanato.

—¿De hambre? —repitió Amelia.

Anton se encogió de hombros.

—Es habitual en lugares como este.

Amelia miró a las tres niñitas, que tropezaban entre sí y se reían.

—¿Por qué decidiste venir aquí? —le preguntó. Era evidente que le costaba, que estaba compartiendo un recuerdo que lo hacía vulnerable con una completa desconocida.

—Quería volver a verlo. Siento el deseo constante de experimentar estos momentos por segunda vez. No dejo de soñar con ello. En su momento no supe que estas cosas tendrían el valor que tienen.

Su voz transmitía un dolor enorme. Los gritos de dicha de la niña pequeña volvieron a sonar, seguidos de la risa de su padre.

—«Remordimiento es memoria al despertar» —murmuró ella en voz lo bastante baja para que no la oyera, o eso pensó.

—¿Qué has dicho?

—Oh, nada.

—No, ¿qué era? ¿Algo sobre la memoria?

—Es un poema. De Emily Dickinson —dijo Amelia con timidez—. «Remordimiento es memoria al despertar / Su comitiva puesta en pie / Una presencia de actos pasados / A la puerta y la ventana / Su pasado expuesto ante el alma / E iluminado por una cerilla…» —se interrumpió, sonrojándose al ver la extraña mirada que él le dirigía.

—Es bonito —dijo Anton, pensativo—. ¿De qué lo conoces?

—Me lo aprendí de memoria cuando era pequeña. Este paseo por el Tiempo… ha hecho que me acordara de él.

—¿En eso piensas cuando huyes del Gobierno de Estados Unidos? —preguntó Anton, como si le hiciera mucha gracia—. ¿En poemas?

—Claro, ¿tú no? —preguntó ella, sarcástica.

Anton soltó una risa.

—Soy ruso. Destruimos a todos nuestros poetas con el auge del comunismo y los que quedan se limitan a cantar las glorias del Estado. Nada de recuerdos arrepentidos en puertas y ventanas.

—Estoy segura de que te parecerá una estupidez —dijo Amelia, apartando la mirada—. Pero es la manera que tengo de enfrentarme a las dificultades.

—No, no es una estupidez —dijo Anton—. Tuviste suerte de aprender esas cosas de pequeña.

Había un brillo en sus ojos, pero no era de burla, sino de celos.

—¿Me lo recitas de nuevo? —le pidió en tono más suave. Tímido incluso. Como si querer escuchar un poema fuera una señal de debilidad.

Amelia repitió los versos hasta el final y vio que las sombras bajo los ojos de Anton se agudizaban. Se sumieron en un silencio largo y pesado, durante el cual Anton estuvo contemplando la colina de color amarillento y a su familia, que se perdió al otro lado de la cima.

—Es bonito —señaló por segunda vez—. Tu voz es agradable.

—Gracias —farfulló Amelia.

Hubo otra pausa larga.

—Bueno… —dijo Anton, recostándose sobre los brazos—. ¿Qué pasará ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estás atrapada. No tienes reloj.

—Pero tú sí.

—Claro, pero, a menos que quieras que te pegue un tiro el Gobierno ruso en vez del estadounidense, no te recomendaría que lo usaras.

—Quieres decir que… ¿estás atrapado aquí?

—Sí. Llevo ya cerca de un mes. La kgb me ha puesto en la diana, así que no puedo irme por mucho que conserve el reloj. Por eso tu tío me estaba ayudando. Pensé que ya lo sabías.

—Supongo que no me di cuenta de que estuvieras atrapado.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Resulta que los dos somos criminales, ¿eh? —dijo, golpeándole el hombro con el suyo.

Amelia le sonrió y apartó la vista con rapidez.

—¿Existe alguna posibilidad de que recuerdes dónde dejaste el libro? —le preguntó. No había visto que lo llevara encima desde ese día—. El de color azul, con la flor en la tapa…

Él la miró con un cierto recelo.

—¿Te refieres al libro de Lisavet Levy? ¿Para qué lo quieres?

—Moira me pidió que lo buscara. Dijo que ayudaría a explicarme las cosas.

—¿Y no crees que podría ser una trampa?

Amelia se mordió el labio.

—No creo que intente engañarme. Le pegó un tiro a su propio jefe para salvarme la vida.

—Claro —aceptó Anton—. Pero sí que intentó hacer que me asesinaran a mí.

Amelia se estremeció.

—Eso fue más o menos por mi culpa. Ella pensó que me habías agredido y yo no la corregí, así que… —Se interrumpió y le dirigió una mirada de disculpa.

Anton entornó los ojos y la escudriñó con detenimiento.

—Eres todo un quebradero de cabeza. ¿Lo sabías, *koshka*?

—¿Qué significa eso? —preguntó Amelia.

—¿Qué significa qué?

—*Koshka*. Ya lo has dicho dos veces.

Una expresión pícara apareció en el rostro de Anton.

—Significa «gatita». Por los arañazos.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿me mostrarás dónde está?

Anton se tomó su tiempo para contestar; estuvo ladeando la cabeza a un lado y al otro mientras reflexionaba.

—De acuerdo. Te lo mostraré.

Se puso en pie de un salto y le ofreció la mano, que llegó acompañada de otra sonrisa irritante.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Se acabó lo de ser enemigos? ¿Podemos ser amigos?

Amelia quiso decir algo mordaz, pero, por una vez, no se le ocurrió ninguna réplica. En cambio, aceptó la oferta de amistad junto con su mano y dejó que la guiara fuera del recuerdo y de vuelta al espacio-tiempo.

Anton había escondido el libro en las alturas.

—Lo cambio de sitio a diario —le dijo, aupándose en los estantes más bajos para llegar hasta él—. Para que nadie lo encuentre.

—¿Por qué no te limitas a llevarlo contigo? —preguntó Amelia—. Así te enterarías si alguien intenta quitártelo.

Anton recorrió el estante dando pequeños pasos.

—Es más seguro así. Yo soy fácil de encontrar. Pero un libro en un lugar con millones de libros… no tanto. —Como si quisiera demostrárselo, se bajó del estante y se desplazó a otro punto un poco más alejado para seguir buscando.

—Bueno, ¿y cómo acabaste en posesión del libro? —le preguntó ella—. James me dijo que se había perdido.

—Es que se perdió. Un montón de cronautas lo buscaban, incluido yo. Pero todos lo hicimos en el lugar equivocado. —Anton saltó del estante y cayó con un ruido sordo, sosteniendo el libro envuelto en una tela gruesa con una mano—. Resultó que ya lo había encontrado alguien.

—¿Quién?

—Mi padre —contestó Anton con una sonrisa de orgullo—. Lo tuvo durante años, escondido bajo los tablones de madera de su habitación. Cuando me reclutaron me alojaron allí, pero no lo encontré hasta hace un mes, y fue solo por accidente.

Con delicadeza, quitó la tela que cubría el libro y se lo ofreció. Amelia lo tomó, pasó la mano por la gastada tapa de color azul. Prestó atención en busca de los susurros que había oído antes y captó el sutil sonido procedente de las páginas, que le rogaban que las abriera. Aun así, vaciló.

—¿Tú has visto lo que hay dentro? —le preguntó.

Anton negó con la cabeza.

—Cuando descubrí lo que era, se lo llevé a Ernest. Él decidió mirar los recuerdos, pero yo tuve que volver. La siguiente vez que lo vi estaba… cambiado. Me dijo que había llegado el momento de llevar a cabo el plan de robar los relojes de nuestros respectivos departamentos. Me pidió que escondiera el libro en algún sitio y nos separamos. —Anton se interrumpió, se quedó mirando el volumen con melancolía—. Cumplí con mi parte y me quedé esperando que viniera, pero… no lo hizo nunca. Supuse que lo habrían capturado. No supe que había muerto hasta…

—Hasta que aparecí yo —dijo Amelia, tragándose el nudo que tenía en la garganta—. ¿Dónde están los relojes ahora? —preguntó para no afligirse.

A Anton se le iluminó la cara con una expresión pícara.

—En el abismo.

—¿En el abismo?

—Es un buen escondite, ¿no?

Amelia se rio.

—Supongo. Así que, en todo este tiempo, ¿aún no has mirado lo que contiene el libro?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no he querido hacerlo.

Ella no pudo reprochárselo. En ese momento no estaba segura de querer mirar ella misma. Tragó saliva y recorrió el lomo del volumen con el pulgar.

—¿Lo mirarías conmigo? —preguntó.

Anton enarcó una ceja.

—Quiero ver los recuerdos, pero no sé pasear por el Tiempo —se apresuró a explicarle Amelia—. Y, además…, no quiero ir sola.

El muchacho la examinó con aprensión, como si le hubiera pedido que hiciera algo muy doloroso. Quizá temía encontrarse con su padre en esas páginas, tal y como ella tenía miedo de ver al tío Ernest. Amelia contuvo el aliento, a la espera de una respuesta. Él acabó por asentir con la cabeza y le agarró la mano.

Anton puso la palma sobre el libro y, antes de que Amelia pudiera darse cuenta, la oscuridad y las sombras del espacio-tiempo se desvanecieron para transformarse en un lugar diferente: una habitación cubierta por el cálido brillo del hogar, con una sola cama en una esquina en la que una niña de cabello dorado esperaba sentada. Al otro lado de la ventana, las calles habían oscurecido hacía rato y el viento de noviembre las helaba.

En la puerta, un hombre de voz tan crepitante como las llamas de la chimenea dijo:

«Es hora de acostarse, Lisavet. Ya basta de cuentos por esta noche…».



16

Washington D. C.,

1957

En la primavera de 1957, Moira supo a través de las demás secretarias que Elaina Duquesne había sucumbido a la depresión y que Ernest había tenido que hacerse cargo de Amelia. Durante los dos años que llevaba trabajando en el pec, Moira se había abstenido de preguntar por la niña, pues no quería levantar sospechas, pero esa circunstancia era bastante más difícil de ignorar.

Ernest se pasó todo aquel verano en Boston para poder estar con Amelia. Se rumoreaba que iba a pedir el traslado definitivo a esa ciudad, y Moira se esforzó por ocultar su interés en las reuniones de planificación donde se comentó el destino de Ernest Duquesne y de su nueva tutelada. Entonces, de repente, él volvió un día de septiembre mostrándose apagado y silencioso. No hablaba ni la mitad que antes. Comenzó a quedarse en el trabajo hasta tarde, mucho rato después de que se hubiera ido todo el mundo.

—Pobre hombre —dijo Shelley una tarde lluviosa, observando a Ernest por la ventana interior de su despacho.

—¿Qué le pasa? —preguntó Moira, fingiendo que no le interesaba demasiado.

—Su madre murió la semana pasada. Pocos meses después que su hermana. Al parecer ya no le queda más familia.

—¿No tenía una sobrina?

—Bueno, sí, pero no creo que viva con él. Está internada en una escuela de Boston. Y él vive por su cuenta en un apartamento pequeño y solitario.

La melancolía con que Shelley lo miraba hizo que Moira se irritara de una manera inconfesable. ¿Quién era ella para mirar así a Ernest, a su Ernest? «Ya no es tuyo», se recordó a sí misma. Y Amelia tampoco.

Una semana después, Jack salió temprano para llegar a un vuelo a Denver, en un viaje de dos semanas de duración. Era su primer viaje de negocios desde que Moira había entrado a trabajar para él. Antes de marcharse, la llamó a su despacho.

—Mientras esté fuera, ayudarás de manera temporal a Ernest.

Moira tuvo que mirarlo dos veces.

—Qué… ¿qué?

—Bueno, es el subdirector. Si te asigno a otra persona, parecerá sospechoso.

—Pero…

Él soltó una risita mientras se ponía el abrigo.

—Limítate a hacer lo que te pida y no dejes que te camele para hacer algo que a mí no me gustaría, ¿entendido? —Le dio una palmadita en la mejilla y le pasó el pulgar por el pómulo—. Recuerda que sigues siendo mi chica.

Resultó que no había motivo para preocuparse. Tras el primer día sin Jack ya quedó claro que Ernest no tenía la menor intención de ejercer sus derechos como jefe temporal. Lo máximo que le pidió fue que pasara a máquina las circulares que había dejado Jack, y la dejó tranquila para que pasara el resto del día ocupándose de sus cosas. Como si quisiera evitarla. Fue ella la que acabó por tomar la iniciativa. El martes, como era habitual, él se quedó a trabajar hasta tarde y ella, como secretaria temporal, tampoco se había ido a casa. Ernest parecía cansado, se pasaba las manos por el pelo mientras mecanografiaba con dificultad las notas para las reuniones del día siguiente. Era como si las hubiera escrito en otro idioma y hubiera olvidado la manera de traducirlas. Moira suspiró, mirándolo, y se levantó del escritorio.

—Ya me ocupo yo —dijo, arrancándole las notas de las manos y tomándolas como rehenes—. Usted váyase a casa. Parece un muerto viviente.

—Señorita Donnelly, no tiene por qué…

—Lo hago por los dos. Yo tecleo mucho más rápido y no puedo irme mientras usted siga aquí.

—Oh, no me he dado cuenta de que me estaba esperando.

—¿Cree que me quedo aquí a pasar el rato por diversión?

Ernest le dirigió una media sonrisa cansada. Era la primera que le veía en varias semanas.

—Váyase a casa. No quiero obligarla a hacer mi trabajo.

Intentó agarrar los papeles y Moira le golpeó la mano con ellos.

—¡Ay! Tranquila, Sugar Ray Robinson —dijo él, sacudiendo los dedos.

Moira frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿En serio? ¿No conoce al boxeador legendario? ¿A ese héroe de nuestro tiempo?

—No puedo decir que haya oído su nombre.

Ernest la miró entornando los ojos.

—Debería abrir un periódico de vez en cuando.

—Con todo el tiempo libre que tengo para leer…

—Ya, lo olvidaba. Jack es todo un negrero, ¿eh?

Ella se rio, burlona.

—Váyase a casa, señor Duquesne. Ya podrá matarse a trabajar cuando Jack vuelva, pero hasta entonces yo me encargo de sus informes.

Dándose cuenta de que había perdido, Ernest cedió al fin. Se puso en pie para ponerse el abrigo y el sombrero.

—Entonces le llama «Jack», ¿eh? —le preguntó, escudriñándola.

Moira abrió la boca, sorprendida, consciente del error que había cometido. Y él la miraba como si acabara de confirmarle lo que todo el mundo daba ya por sentado acerca de su relación con Jack.

—Bueno, llamarle «señor Dillinger» me parece demasiado respetuoso para alguien tan vulgar como él, ¿no cree?

Ernest parpadeó, confundido. Intercambiaron una mirada de entendimiento mutuo y él se permitió al fin sonreírle. Esa vez fue una sonrisa de verdad.

—Buenas noches, señorita Donnelly. Gracias por hacer esto.

Moira se pasó las siguientes dos semanas encargándose de que la vida de Ernest fuera lo más sencilla posible. Llegaba antes que él por la mañana y se llevaba de su despacho todos los documentos e informes que eran responsabilidad de una secretaria antes de que él

tuviera la oportunidad de verlos. Hizo que le redirigieran sus llamadas desde el principio y se tomó la libertad de colgar a los burócratas más desagradables. Cuando le parecía que él iba a quedarse trabajando a la hora de la comida, hacía que le subieran algo al despacho y liberaba treinta minutos de su agenda diaria para que pudiera comer. Cuidaba de él. No de la manera que hubiera deseado, pero sí de la única manera que le permitían.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —le preguntó Ernest el viernes de su segunda y última semana juntos.

Esa mañana, él había llegado tarde y, por ello, los dos se habían quedado hasta más tarde de lo normal, y eso que Ernest no había dejado de repetirle que se fuera a casa. Moira se había negado en redondo y se había puesto a organizar los archivos de su despacho mientras él acababa de trabajar. Fue una tarea laboriosa. La falta de organización de Ernest era sorprendente.

—Mmm. No estoy segura.

—Al menos dos años, ¿verdad?

—Un poco más, creo.

Dos años, ocho meses y diecisiete días, para ser exactos. Como si llevara la cuenta…

—Interesante —dijo Ernest, más para él que para ella.

Moira frunció el ceño mientras apilaba una serie de papeles sueltos.

—¿Deduce usted que ya deberían haberme despedido?

Él abrió mucho los ojos.

—Oh, no. No quería…

—Era broma.

Ernest esbozó una sonrisa.

—Solo digo que Jack es exigente, eso es todo. Debe de haberle impresionado.

Moira sonrió para sí; cambió de tema para no sonrojarse.

—Bueno, ¿y cómo es que usted no tiene secretaria, señor Duquesne?

—Oh, no lo sé. Nunca he encontrado una que se adecuara a mí.

—¿Quién es el exigente ahora? —le provocó ella—. Le ahorraría un montón de horas de oficina.

Ernest sonrió por segunda vez y se recostó sobre la silla.

—Bueno, dígale a Jack que más le vale tratarla bien o acabaré robándole la secretaria.

A Moira el corazón le dio un salto. ¿Estaba… coqueteando con ella?

—Mmm, me… me enteré de lo que pasó —dijo, mirando hacia el despacho de Brady, por si podía oírlos—. Con su madre y su hermana. Lo siento.

Ernest posó la vista en la mesa.

—Mi hermana tenía… problemas. No habíamos hablado demasiado durante los últimos siete años. Y mi madre pasó mucho tiempo enferma. Había llegado el momento.

—No por ello es más fácil.

—No, supongo que no. Tenía que volver y ocuparme de la casa, pero ya he usado todas mis vacaciones lidiando con la muerte de mi hermana, así que he tenido que organizar la venta por teléfono.

Moira recordó la casa de la que él le había hablado en su día. Su arquitectura pasada de moda. El jardín de la parte trasera. Era evidente que tanto él como Elaina adoraban ese lugar.

—¿Va a venderla? —le preguntó, intentando ocultar la ansiedad.

—Quería quedármela —admitió él, más para sí mismo que para ella—. Pero nunca podría encargarme de un sitio tan grande. Me he comprado algo más pequeño cerca de allí, para poder conservar algunos de los muebles y no tener que acarrearlos hasta aquí, pero… no es lo mismo.

—¿Por eso ha llegado tarde hoy?

—Oh, no. Problemas con mi sobrina.

—¿Problemas?

Ernest no se lo aclaró de inmediato, y ella se preguntó si no estaría pasándose de la raya. Entonces lanzó un suspiro tenso y prolongado.

—En realidad no es nada. Es solo que… este año ha comenzado a ir a un internado de Boston. Un lugar muy agradable. Pero desde que comenzó el curso acumula cinco castigos, y ni siquiera vamos por la mitad. Anoche la pillaron intentando entrar en los dormitorios con un cubo lleno de ranas del estanque. El director ha amenazado con expulsarla.

—¿De ranas? —preguntó Moira, intentando no sonreír.

—Sí. Al parecer tenía grandes planes para ellas.

—Oh, seguro que sí.

Ernest suspiró.

—Es una buena chica, sé que lo es. Pero lo ha pasado mal. Fue ella quien encontró a su madre.

—Debió de ser muy duro para ella. No puedo ni imaginármelo.

—Cuando vino a vivir conmigo, se pasó meses sin hablar. Tardé semanas en conseguir que soltara una sola palabra. Y a partir de entonces solo quiso hablar de guillotinas.

—¿De guillotinas?

Ernest sacudió una mano.

—Es una larga historia. Lo siento. No debería estar volcando todo esto sobre usted.

—No, no. No pasa nada. No me importa. ¿La está criando usted solo?

—Bueno, con la ayuda de la ilustre Academia Pembroke. Pero sí, yo solo. Por desgracia para ella.

—Oh, no diga eso.

—Es la verdad. No sé cómo educar a una chica. Quizá si fuera varón…

—¿Qué tiene que ver que sea mujer?

—Bueno, yo fui varón. Fui a un internado masculino. Pasé por el ejército. Conozco a los chicos. Pero las chicas… las chicas necesitan a su madre.

Moira notó una tirantez extraña en el pecho y tuvo que apartar la mirada.

—«Entre sus ardientes palabras de amor, ninguna hay tan devota como la de "madre"» —dijo, con expresión ausente.

Ernest la miró, frunciendo el ceño.

—¿Edgar Allan Poe?

—Oh. Mmm. Sí.

—¿Lee poesía?

—A veces.

—Pensaba que no tenía tiempo para leer —dijo él con tono burlón.

—Bueno, ya no. Pero antes sí. —Hizo una pausa—. Debería probar con el zoo.

—¿El zoo?

—Para su sobrina. —A ella misma le encantaba el zoo de pequeña.

—A ver, sé que se está portando mal, pero me parece un poco extremo, ¿no cree?

Moira se rio.

—Quiero decir que debería llevarla. Quizá haga que se sincere.

—¿Eso cree?

—Bueno, me ha dicho que le gustan los animales, ¿no?

—¿Eso he dicho?

—¿Las ranas?

—Ahhh… Bueno. De acuerdo. Supongo que vale la pena intentarlo.

Moira no pensó más en ello; supuso que él no le haría caso.

El lunes por la mañana, se dirigió temprano a la oficina. Jack debía regresar ese día y quería asegurarse de que todo estuviera en orden. Al llegar, Ernest ya estaba allí. Lo pilló cuando le dejaba algo en el escritorio.

—¿Señor Duquesne? —preguntó, quitándose el abrigo.

Él dio un salto, sorprendido, y se aferró al paquete envuelto que tenía en las manos con un marcado aspecto de culpabilidad.

—M-Moira… —dijo—. Quiero decir, señorita Donnelly.

—¿Quería algo?

—Sí. O… mmm, solo he venido a traerle esto. —Le ofreció el paquete—. Como agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí durante las últimas dos semanas.

—Solo he cumplido con mi trabajo —dijo ella, sintiendo que se sonrojaba.

—Ya lo sé, pero para mí ha significado algo.

«Ha significado algo para él». Moira aceptó el paquete con el corazón en un puño. Lo abrió con cuidado y se encontró con un

pequeño volumen, encuadernado en rojo y con los bordes estarcidos en color dorado, de los poemas de Edgar Allan Poe.

—Por si vuelve a tener tiempo para leer algún día —le dijo con timidez.

—Gracias —contestó Moira con suavidad.

No podía mirarlo. Si lo hacía se echaría a llorar, y eso sería inaceptable.

—Por cierto, seguí su consejo. He ido a Boston este fin de semana y me llevé a Amelia al zoo. Funcionó de maravilla. Al fin ha comenzado a hablar conmigo. Y me refiero a frases completas.

Moira sonrió, rebosante de calidez.

—Eso es maravilloso. ¿Y le contó qué planes tenía para las ranas?

Ernest se rio, y un escalofrío recorrió la espalda de Moira.

—Parece que hay una chica, Rebecca, que se está metiendo mucho con ella. Las ranas tenían su cama como destino, pero la matrona las interceptó.

Moira se rio con él, pero en su cabeza no podía pensar más que en la astucia de su hija. En lo mucho que se parecía a ella, a fin de cuentas. A Ernest, tan diplomático, jamás se le habría ocurrido una venganza tan elaborada. Cuando las carcajadas se extinguieron, él le aguantó la mirada, como si quisiera añadir algo más.

—Bueno, en cualquier caso, he venido a darle las gracias. Por la sugerencia.

—No hay de qué —dijo Moira.

Él dio media vuelta y se alejó. Se detuvo a medio camino. Echó a andar de nuevo. Acabó volviéndose.

—Me preguntaba si querría… —Hizo una pausa, desplazó los ojos como si estuviera repensándolo.

Moira aguardaba, expectante.

—¿Sí?

—¿Querría quizá… querría ir a cenar algún día?

—¿Como en una cita? —preguntó en un tono mucho más agudo de lo normal.

—Bueno…, sí.

—¿Una cita con usted?

Los labios de Ernest se curvaron hacia arriba.

—A ser posible, pero supongo que eso es negociable.

Moira vaciló. Una cita con Ernest. Jack se pondría furioso. Debía rechazarlo. Pero algo la detuvo. Habían pasado más de dos años. Hasta ese momento había sido una empleada ejemplar. Y no era que él se acordase de ella. ¿Qué daño podía hacer?

—De acuerdo —contestó al fin—. Me gustaría. ¿Cuándo?

—¿El viernes por la noche, quizá?

—El viernes me parece bien.

—Bien. —Ernest sonrió—. La pasaré a buscar a las siete. Está en la pensión a la vuelta de la Quinta Avenida, ¿verdad?

Moira emitió un ruidito.

—No es que la haya estado siguiendo —se apresuró a añadir él—. Es solo que… Collins lo mencionó una vez y… supongo que tengo buena memoria.

A Moira se le revolvió el estómago otra vez. Había hablado de ella con otros cronautas.

—Oh, claro, estoy segura de que se trata de eso —dijo, y a duras penas reconoció la naturaleza coqueta de su propia voz.

Él se sonrojó.

—Ya, bueno. Nos vemos el viernes por la noche. No es que no quiera verla en la oficina durante la semana, pero nos veremos… sobre todo el viernes. —Se volvió para alejarse, pero se detuvo de nuevo—. Eh, mmm… ¿le importaría no contarle nada a Jack? No es que crea que pueda importarle ni nada, es solo que…, bueno, seguro que se pone insoportable con el tema.

Moira le sonrió.

—Ningún problema.

En cuanto se fue, Moira escondió el libro de poemas en el cajón del escritorio para que Jack no lo viera. Se puso a mecanografiar la agenda del día, como era habitual, y le sonrió cuando al fin llegó a la oficina.

—¿Ha pasado algo reseñable mientras estaba fuera? —le preguntó su jefe mientras se quitaba la bufanda.

Moira mantuvo los ojos puestos en su tarea.

—No. Nada de nada. Sin ti, las cosas han estado bastante tranquilas.

—¿Tranquilas? —repitió Jack.

—Sí, de hecho, todos hemos logrado avanzar un poco de trabajo al fin.

Jack soltó una risotada incrédula.

—Ve con cuidado, Donnelly. No estoy dispuesto a aceptar ese tipo de comentarios por parte de alguien como tú.

Su tono era alegre. Ignoraba por completo que, por primera vez, ella había logrado mentirle sin que él se diera cuenta. Moira sonrió mientras él entraba en el despacho y cerraba la puerta. Después de casi cuatro años, los que habían transcurrido desde que dejó el espacio-tiempo, al fin estaba aprendiendo a jugar a lo mismo que él.

La noche de su cita con Moira Donnelly, Ernest estaba en el espacio-tiempo, paseándose de aquí para allá.

—Pareces nervioso.

La voz había surgido de la oscuridad, a unos metros de distancia.

—¿Ah, sí? —preguntó, pasándose una mano por el pelo, distraído.

Vasily Stepanov salió de detrás de las estanterías.

—No te había visto así desde el día que nos conocimos —bromeó.

—El día que nos conocimos no estaba nervioso —murmuró Ernest, a regañadientes.

Las comisuras de los labios de Vasily se curvaron en un asomo de sonrisa, como si su boca hubiera olvidado mucho tiempo atrás esa expresión, pero aún quisiese probar suerte. Vasily era un hombre alto, pero, para tratarse de un miembro de la kgb, no era tan corpulento. Tenía los hombros anchos, aunque era delgado, el pelo moreno y un par de cejas espesas y serias que acentuaban la profundidad cavernosa de sus ojos. Unos ojos que contenían una chispa de intriga cuando se sacó la pistola del cinturón y la colocó sobre el estante, junto a la que Ernest ya había dejado allí al llegar. Era su saludo habitual. Una manera de generar confianza.

—Bueno, ¿de qué se trata hoy? ¿Es una mujer?

Ernest hizo una mueca.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó, intentando fingir desinterés, pero fracasando.

Vasily se inclinó hacia delante, en gesto conspirativo, y pasó a hablar en susurros:

—Siempre es por una mujer. ¿Qué más podría hacer que unos soldados curtidos como nosotros se conviertan en cobardes bobalicones?

Ernest soltó una risita por la manera en que lo había expuesto. «Un cobarde bobalicón». Había acertado. En los días previos se había planteado cancelar la cita cuatro veces diferentes. Llevaba años sin quedar con una mujer y se le habían ocurrido hasta doce razones para no llevarla a cabo. Pero, por mucho que lo racionalizara, no logró obligarse a cancelarla.

—Bueno, ¿piensas contármelo? —le espoleó Vasily de nuevo.

—Esta noche tengo una cita —admitió Ernest al fin.

—Ahhh —dijo Vasily, sonriendo con un poco más de libertad—. Qué maravilla para ti. ¿Cómo es? ¿Es muy hermosa?

Ernest sonrió a su pesar.

—Bueno, sí, lo es. Es… es luminosa.

—Luminosa —repitió el ruso, evaluando la palabra. Cualquier otra persona se habría burlado de él por usar un vocabulario en exceso poético, pero Vasily no era así. Vasily sentía admiración por las palabras hermosas.

Los dos llevaban casi un mes reuniéndose. Después de que Azrael —el nombre que el recuerdo del monje se daba a sí mismo— les presentara, habían iniciado una especie de relación cautelosa pero cooperativa. Intercambiaban notas sobre lo que se iba a quemar y trabajaban juntos para salvar lo que podían sin arriesgar sus propias vidas en el proceso. Habían desarrollado un sistema para comunicarse los lugares de encuentro que consistía en señalarlos con el dibujo en tiza de una flor. Algo fácil de borrar con una pasada de la mano cuando ya lo habían visto.

—Nomeolvides en honor de Lisavet Levy —había dicho Vasily, dibujando una flor en el suelo del espacio-tiempo a modo de demostración. Los dibujos se le habían ocurrido a él.

Nomeolvides: una flor cuyo nombre significaba lo mismo en inglés, ruso, alemán, español…

Ernest había intentado preguntarle por esa chica, Lisavet Levy, pero Vasily nunca le había contado la historia al completo, asegurándole que era demasiado peligroso. Que saber demasiado podía abocar a Ernest al camino de destrucción que los dos estaban desesperados por evitar. Fuera quien fuese, independientemente de lo que le hubiera pasado, Vasily parecía sentir una responsabilidad personal hacia ella. Al principio, como con todo lo que el ruso dijo o hizo durante esos primeros meses, Ernest se mostró receloso. No era el único. Vasily también sospechaba de él, y ambos controlaban cada movimiento del otro.

Con el tiempo, no obstante, esas sospechas se habían transformado en un respeto reticente, y a continuación en una amistad cauta. Ernest averiguó más cosas sobre su antiguo adversario ruso. Supo de sus hijos: un niño y tres niñas. Y de su difunta esposa. En contrapartida, Ernest le había hablado de las muertes de su madre y de su hermana cuando tuvieron lugar, y se había apoyado en él durante el período de aflicción. También le había hablado de Amelia, y había recibido consejos para lidiar con una niña obstinada de parte de un hombre que tenía tres hijas. Compartían muchas cosas Ernest y su antiguo rival.

—Entonces, esta mujer a la que vas a ver… —dijo Vasily esa tarde, cuando acabaron de intercambiar sus anotaciones—. ¿Hacéis buena pareja?

A Ernest le dio un pequeño vuelco el estómago.

—Supongo que vamos a averiguarlo esta noche.

—¿Aún no lo sabes?

—Es nuestra primera cita.

Al oír eso, Vasily le dirigió una mirada cómplice y le dio un golpecito en el hombro.

—Bueno, entonces te deseo suerte, mi amigo norteamericano. ¿Nos vemos pronto?

Ernest asintió con la cabeza, estiró el brazo para agarrar la pistola del estante y la devolvió a su cartuchera.

—Dentro de tres semanas. A la misma hora.

Vasily inclinó la cabeza con brusquedad y le dirigió un saludo militar antes de agarrar su arma y salir del espacio-tiempo.

Cuando volvió a su apartamento, Ernest tenía menos de treinta minutos para salir. Se duchó con prisas y se peinó lo más rápido posible. No dejó de darle vueltas a la cabeza mientras se hacía y deshacía el nudo de la corbata con dedos nerviosos e insatisfechos. No lograba que la maldita prenda cooperara. Suspiró parado delante del espejo, pensando de nuevo que debería haber cancelado la cita. Una parte de su ser no podía evitar mostrarse recelosa. Por la posibilidad de que Jack hubiera enviado a Moira a averiguar los secretos que él pudiera ocultarle al pec. Lo cual no le hubiera importado si no hubiera tenido nada que esconder…, pero sí lo tenía, claro. Y, sin embargo, allí estaba él, dispuesto a salir a cenar con Moira de todos modos. Por primera vez en su vida, Ernest comprendió la atracción de los hombres de la mitología griega hacia la muerte segura que representaban las sirenas, cuando no podían dejar de lanzarse al mar por voluntad propia.

El sonido del reloj del vestíbulo le indicó que era hora de salir. Soltó un gruñido de frustración y acabó por quitarse la corbata del todo y tirarla al suelo de la habitación. Se dijo a sí mismo que estaba

comportándose como un idiota. Moira Donnelly no era una criatura mitológica que le llevaría a la perdición, como tampoco era una agente doble, conspiradora y malintencionada, que pensaba venderle a Jack. No era más que una mujer. Una mujer bondadosa y encantadora, que había hecho bromas desdeñosas a su costa y que sabía recitar poemas de memoria. Esa era la mujer con la que iba a salir. La sensación de asedio que le provocaba era solo eso: una emoción que no se basaba en nada más que la paranoia y su propia conciencia culpable.

Moira lo esperaba en los escalones de entrada a la pensión. Llevaba puesto un vestido de color azul claro que nunca le había visto en la oficina, y se había recogido el cabello corto con horquillas para que no le cayera sobre la cara. Mientras aparcaba junto al bordillo, ella le sonrió y lo saludó con la mano, y, por un instante, Ernest olvidó todas las preocupaciones que le habían asaltado hasta ese momento. Ella abrió la puerta del acompañante en el momento en el que él se disponía a hacer lo propio con la suya, y se sentó a su lado. Con un pie ya en el asfalto, Ernest titubeó.

—Oh —dijo, dejando que la puerta se cerrara de nuevo—. Bueno, pues ya está.

Moira lo miró con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo?

—No, nada. Es que iba a abrirte la puerta.

—¡Oh! —Moira se sonrojó—. Lo siento. No me he dado cuenta.

—No pasa nada.

—Si quieres puedo volver a salir, para que tú…

—No, no. No pasa nada.

—Lo siento —repitió ella, que parecía consternada de verdad—. Es solo que nunca…, quiero decir que no he…

Ernest sonrió ante su tartamudeo.

—Para mí también ha pasado bastante tiempo —admitió en voz baja.

Moira espiró y le devolvió la sonrisa.

—Supongo que los dos estamos faltos de práctica.

—Supongo.

Se miraron durante unos instantes y, a continuación, Ernest se aclaró la garganta y se volvió para encender el motor de nuevo. Moira se removió en el asiento mientras el coche arrancaba, y de repente Ernest reparó en la fragancia de su perfume, que había comenzado a imponerse al olor a cuero del interior del vehículo. Era un aroma a lilas y algo más, sutil, pero que le resultaba muy familiar y que hizo que le costara concentrarse en la conducción. Tragó saliva varias veces mientras giraba, intentando que se le ocurriera algo que decir. Por lo general se le daban razonablemente bien las conversaciones triviales. O al menos había sido así la última vez que había tenido una cita. En ese momento, no obstante, no lograba separar la lengua del paladar el tiempo necesario para enlazar dos palabras seguidas.

—Bueno…, ¿adónde vamos? —preguntó Moira, rompiendo el silencio mientras se retorcía las manos en el regazo.

—He reservado en La Salle Du Bois —contestó él—. Los viernes hay música en directo. He pensado que estaría bien.

—¿El Salle Du Bois? —repitió ella, con tono escéptico—. ¿No es…, ya sabes…, un poco lujoso?

—Bueno, sí, un poco.

Moira se miró el vestido frunciendo el ceño, y Ernest comprendió al instante lo que la preocupaba.

—No te preocupes, estás… Quiero decir que el vestido es… No pasa nada.

Ella se mordió el labio con timidez.

—No es solo eso, sino que… —Sus mejillas habían enrojecido aún más.

—¿Qué pasa?

—¿No deberías llevar corbata? —preguntó—. Me refiero a que quizá no te dejen entrar.

A Ernest se le cayó un poco el alma a los pies. Ella tenía razón. Se acordó de la corbata que había dejado caer, frustrado, al suelo de su habitación.

—No lo he pensado —admitió, avergonzado—. Lo siento. Por lo general llevo corbata, pero hoy me he peleado para ponérmela porque… —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Porque tenía prisa.

Moira le dirigió una pequeña sonrisa.

—No pasa nada —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Sí que pasa. Te prometí que te llevaría a cenar.

—Aún podemos ir.

—¿Adónde? Es demasiado tarde para intentar entrar en algún sitio decente —se lamentó Ernest, mortificándose con sinceridad.

Moira guardó silencio por un instante. Fijó su atención en la ventanilla y de repente se sentó un poco más recta.

—Gira por aquí —le pidió, señalando con el dedo.

Al no tener otra opción, Ernest obedeció e hizo girar el volante de golpe para cambiar de calle. Avanzaron durante unos minutos más,

hasta que ella le pidió que aparcara delante de una fila de establecimientos de aspecto polvoriento. En el exterior de uno de ellos, una especie de panadería, un anciano barría los escalones de acceso. El cartel de la puerta decía que estaba cerrado.

Él frunció el ceño.

—Me parece que no está abierto.

—No lo está.

Moira salió del coche antes de que él pudiera detenerla y gritó algo. Ernest la imitó, trasteó con las llaves mientras cerraba el vehículo. Cuando llegó a su lado, ella estaba en medio de una conversación animada con el anciano. Su rostro, severo y arrugado, se había iluminado al verla, y los dos estaban parloteando en… ¿le hablaba Moira en alemán? Ernest se quedó clavado en el bordillo, observando ese extraño diálogo. La manera en que los ojos de ella parecían relucir. El cariño especial con el que el anciano le sonreía, como si fueran dos personas cuyos caminos se cruzaban con regularidad. Al cabo de unos minutos, el hombre le puso una mano en el hombro, apoyó la escoba contra la pared y entró en la tienda. Cuando Moira se volvió hacia él con una sonrisa, Ernest notó una tirantez en el centro del pecho.

—Nos va a traer bagels —dijo ella, volviendo a su lado.

—¿Bagels? —preguntó Ernest, echándole otro vistazo a la tienda.

—¿Te parece bien?

—Sí, es… —Parpadeó y la miró de nuevo—. ¿Dónde aprendiste a hablar alemán?

Por razones que no podría haber desentrañado, su rostro se ensombreció.

—Oh… Donde me crie, mis vecinos eran alemanes. Mis padres trabajaban en una fábrica. Tenían que quedarse allí hasta tarde, así que pasé muchas horas en su apartamento.

—También hablas ruso, ¿verdad? He visto que alguna vez se lo traducías a Jack.

—S-sí —vaciló ella.

—¿Otros vecinos? —la provocó Ernest.

Lo había preguntado en broma, pero, por la forma en que ella movió los ojos con rapidez de aquí para allá, nerviosa, constató que no se lo había tomado así.

—Era un barrio de inmigrantes —contestó con voz amortiguada, casi con vergüenza.

—Mmm… —dijo Ernest.

Exespía soviética, le había dicho Brady. Desertora alemana. Moira no era ninguna de las dos cosas. Se trataba solo de una pobre chica del lado equivocado de la ciudad. No como él, que podría haberse criado dentro de una burbuja bañada en oro a juzgar por la experiencia mundana que le había proporcionado su infancia. Se sintió culpable por haber esperado lo peor de ella.

—Bueno, eso explica por qué Jack estaba tan ansioso por contratarte —dijo, intentando aliviar su incomodidad.

—Supongo —dijo Moira, mordiéndose el labio.

Ernest quiso preguntarle más cosas, pero entonces apareció el anciano con dos bolsas de papel de color marrón en las manos. Se las dio a Moira con la misma sonrisa cariñosa y desdeñó con un gesto de la mano el dinero que Ernest intentó darle.

—Parece un hombre muy dulce —dijo, devolviendo los billetes a la cartera.

—Lo es —contestó Moira, sonriendo al escaparate de la tienda—. Lo conocí cuando llevaba pocos meses aquí. Me recuerda un poco a mi padre.

Ernest la miró con expresión divertida.

—¿Un panadero alemán te recuerda a tu padre?

Ella se encogió de hombros.

—Un poco.

—¿No eras irlandesa católica?

—Sí —dijo ella, sin ofrecerle más explicaciones, e hizo un gesto hacia la calle, que estaba bastante iluminada—. ¿Damos un paseo?

—¿Un paseo?

—Claro. Se está bien. No hace mucho frío.

Ernest se guardó las llaves en el bolsillo, junto con la cartera.

—Bagels gratis y un paseo por el centro. No está mal para una primera cita… —Se rio, sacudiendo la cabeza—. No es muy difícil complacerte, ¿eh, Moira Donnelly?

Por segunda vez esa noche, un color rosa se adueñó de sus mejillas y ella dejó caer la vista a la acera.

—Lo más importante para mí es la compañía —dijo con voz suave.

Ernest se esforzó por tragarse el nudo que le había aparecido en la garganta al oír esas palabras. Ella lo miró a los ojos y una vez más él sintió el tirón de algo inevitable, que cada vez le atraía más y más. Era como si existiera un hilo invisible entre ambos, como si hubiera estado allí siempre, acercándolos de la misma manera que la luna lleva la marea hacia la orilla.

Esa noche recorrieron dos veces las calles de Washington, aventurándose acera arriba y acera abajo, comiendo bagels en bolsas de papel. No dedicaron un solo segundo a hablar de trabajo y

Ernest se alegró de ello, pues no quería que alguna mención a Jack, a la oficina o al pec les estropeara la velada. Por encima de sus cabezas, la luna brillaba como si les sonriera y Ernest vio que Moira levantaba la vista hacia ella de vez en cuando, con lo que el resplandor del satélite iluminaba su tez pálida. Cuando regresaban poco a poco al coche, ella le tomó la mano y entrelazó los dedos de ambos, como si ese fuera el lugar que les había correspondido siempre. Él no se soltó hasta que llegaron ante la verja de la pensión, horas más tarde, mientras a su alrededor la noche se acercaba a su fin.

Moira se volvió hacia él con una sonrisa tímida y Ernest, incapaz de reprimirse, se inclinó para darle un beso de buenas noches en la mejilla. Al retirarse examinó su rostro a la luz de la farola y reparó en el hecho de que las estrellas mismas parecían brillar en sus ojos. Con una mano le apartó un mechón suelto de la frente.

—Eres… —comenzó a decir, sin saber bien adónde quería llegar— como la luna, solo que más brillante.

Al oír eso, ella abrió mucho los ojos. Ernest dirigió una mirada rápida a sus labios y, cuando levantaba la vista de nuevo, antes de poder darse cuenta, Moira había dado un paso al frente y le había agarrado del cuello de la camisa para atraerlo hacia ella. Ernest profirió un grito ahogado cuando sus labios se encontraron, y suspiró cuando el beso se volvió más profundo. La estrechó contra su cuerpo, pasándole el brazo por la cintura, ahuecando la otra mano contra su mejilla. El aroma a lilas de su perfume se había desvanecido, dejando atrás ese otro olor más sutil que le resultaba tan familiar. Olía a recuerdo. Olía a nostalgia. Olía a hogar. El simple

acto de besarla hizo que su cuerpo entero entrara en combustión, que se encendieran todos sus nervios.

Alarmado por ese estallido súbito y abrumador de emociones, Ernest se acercó más, pegó la espalda de ella a la verja, sujetándose con una mano de la barra metálica que Moira tenía justo sobre la cabeza. Debía detenerse, era consciente de ello, y, sin embargo, no lograba obligarse a retroceder. Hasta que ella profirió un ruidito y él fue consciente de cierta vivacidad allí donde la parte baja de su cuerpo estaba en contacto con el físico de ella. Se retiró al instante, horrorizado. Moira tenía los ojos igual de abiertos, y se le cayó el alma a los pies al ser consciente de que se había pasado de la raya.

—Lo… lo siento —dijo sin aliento—. No pretendía…

Se puso en tensión, esperando que le diera una bofetada, pero no lo hizo. En su lugar, la conmoción de su rostro dejó paso a una expresión jocosa.

—Ha pasado un tiempo, ¿eh?

Ernest se puso a tartamudear. Se pasó una mano ansiosa por el pelo, estropeando la gomina que con tanto detenimiento había usado para fijarlo.

—L-l-l-lo siento. No me he dado cuenta de que estaba… No debería… Te juro que nunca intentaría…

—Ernest —dijo ella, tomándole la mano para interrumpir sus balbuceos—. No pasa nada.

—Sí que pasa. Yo…

Moira se echó a reír, lo que casi representó una tortura mayor para él, hasta que le dijo:

—No te preocupes. Pero, si quieres compensarme…, ¿crees que podríamos repetirlo en otro momento?

—Repetir… ¿eso? —preguntó él, tragando saliva con dificultad.

—Me refería a la cita. Pero eso también, supongo.

Ernest captó la expresión coqueta de su rostro y la vivacidad de su interior regresó con energías renovadas. Apartó la vista y se aclaró la garganta de manera ruidosa.

—Sí, me… me gustaría. La cita, digo —añadió por si acaso.

Ella se rio de él y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué te parece la semana que viene?

Ese gesto sencillo, sin complicaciones, hizo que Ernest se relajara y le devolviese la sonrisa.

—La semana que viene me parece perfecto.

La vio alejarse con la sensación de que el mundo pasaba a moverse a cámara lenta. La manera en que la brisa nocturna hacía que se meciera el azul de su vestido. El destello de sus ojos al reflejar la brillante luz de la luna. Los movimientos fluidos y elegantes de su cuerpo cuando se volvió para sonreírle. Todo ello le dejó sin aliento. Una sensación extraña se abrió paso a través de su ser. Una sensación de nostalgia por algo que no había tenido lugar. Un truco de la memoria que le llevó a pensar que ya había estado parado en ese mismo punto, observando a esa mujer alejarse de él bajo la luz de una luna llena mientras la sensación fantasma de sus labios permanecía en su boca.

En cuanto Moira Donnelly entró en la pensión y desapareció de su vista, Ernest se liberó del resto de sus dudas y se dejó llevar. Como la marea que se ve arrastrada hacia la orilla de manera inexorable por la atracción constante de la luna.



17

Nueva York,

1965

Al llegar Moira, el club ya estaba lleno de vida. La música se derramaba por sus ventanas, ganaba o perdía intensidad cuando las puertas se abrían y cerraban al paso de los clientes. Ella agarró sus cosas del asiento del acompañante y se bajó del coche.

—Apárcalo lejos —le dijo al encargado al tirarle las llaves—. No lo necesitaré.

Pasó de largo la entrada al club y lo rodeó hasta llegar al callejón de atrás. Había dejado de llover, pero el suelo seguía resbaladizo. Encaramarse a la escalera de incendios con tacones no fue tarea fácil, pero se las arregló. No quería que algún vecino la viera por si alguien se presentaba allí preguntando por ella. En lo alto, desbloqueó el pestillo de la ventana del segundo piso, la abrió, entró y la cerró tras cruzar.

Ya eran casi las dos de la mañana, y el minúsculo apartamento estaba completamente a oscuras. No era gran cosa. Las paredes

eran finas, tan finas que se oía música dos pisos por debajo a todo volumen y con absoluta claridad, pero no le importó. Era el mismo club en el que Ernest y ella habían bailado en 1949. A veces aún tocaban las canciones de Billy Eckstine. Había una mesa plegable al lado de la ventana y una pequeña cocina en galera con un único fogón, sin horno. La habitación al otro lado del pasillo era en esencia un ropero, y el baño había sido en realidad un armario en algún momento u otro. Pero le pertenecía. Era el primer apartamento donde vivía sin que Jack hubiera firmado el contrato de alquiler. Era el único lugar en el que no la buscaría nadie del pec.

Moira puso las cosas en la encimera. Se quitó el abrigo y lo dejó doblado sobre el respaldo de la silla plegable que había al lado de la mesa. El radiador no funcionaba de manera consistente y el apartamento estaba helado. Se puso a trastear con los botones del aparato en el momento en el que la puerta del dormitorio se abría con un crujido.

—No te muevas —dijo una voz masculina, y oyó que se amartillaba una pistola.

—Relájate —dijo ella, volviéndose.

—Oh… —dijo el agresor en potencia, bajando el arma—. Eres tú.

—Descanse, soldado —confirmó Moira, poniendo los ojos en blanco.

—No sabía que vendrías.

—Debería haber llamado.

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas con Amelia. —Su expresión se volvió tensa—. ¿Ha pasado algo? ¿Está…?

—Está bien.

—¿Bien?

—A salvo. Está en el espacio-tiempo.

—En el… —Su mirada descendió por su cuerpo, reparando en su aspecto. En la sangre sobre su blusa—. ¿Qué has hecho?

Moira vaciló.

—He matado a Jack.

Él parpadeó.

—¿Que has…?

—También a Fred.

—Eso no formaba parte del plan.

—Tuve que hacerlo. Iba a matar a Amelia.

La expresión tensa regresó a su rostro.

—Pero ¿está bien?

Moira puso un brazo en jarras.

—Sí. Está a salvo. Está con el hijo de Vasily Stepanov. Ya sabes, el muchacho ruso del que no me llegaste a hablar. Lo cual, por cierto, ha estado a punto de representar una omisión muy luctuosa.

—Ya. Supongo que se me pasó contártelo —dijo él, entrando en el salón y pasándose la mano por el pelo rojo. El mismo pelo rojo que compartía con Amelia.

—Pareces cansado —le dijo Moira—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Él levantó la vista hacia el techo, pensativo.

—Dormí unas horas ayer.

—Me refiero a una noche entera.

—No puedo dormir. Aún hay trabajo que hacer.

—Siempre quedará trabajo por hacer. Y tú no puedes hacerlo en ese estado.

—Pero…

—Ernest… —le dijo Moira en tono admonitorio—, tienes que dormir.

Siguió una pausa. Ernest dejó caer los hombros en señal de derrota.

—Vale, vale. Pero antes dime lo que has querido decir con lo de «una omisión luctuosa».

—Anton y Amelia tuvieron un encontronazo en el espacio-tiempo cuando ella buscaba el libro. Yo ignoraba que él hubiera colaborado contigo y, después de todo lo que pasó entre el departamento y su padre, supuse que representaba una amenaza. No pensé con claridad. En cuanto Amelia me dijo que él tenía el libro debería haber sabido que…

—Espera un momento. ¿Qué hacía Amelia en el espacio-tiempo? Pensaba que tenías que entrar tú…

—Las cosas no fueron exactamente como habíamos planeado —contestó Moira, restregándose los ojos con una mano, sobre la que quedó la mancha de su propio maquillaje de ojos. Molesta, se sacó un pañuelo del bolsillo y lo mojó en el fregadero para limpiársela.

—Bueno, ¿qué pasó?

—Jack pasó —contestó ella, arrojando el pañuelo a un lado con un poco más de violencia de lo que pretendía.

Percibiendo su frustración, Ernest se le acercó y le dio un beso en la sien mientras le pasaba un brazo por la cintura. Moira se recostó contra él, saboreando la sensación familiar de estar entre sus brazos. Como el suave murmullo de las olas que al fin regresan a la orilla.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó él, mirando la caja de los relojes. La rodeó para acercarse a observarla más de cerca,

frunciendo el ceño—. ¿Le ha pasado algo a James?

Moira suspiró. La expresión de Ernest le indicaba que ninguno de los dos iba a pegar ojo hasta que ella se lo explicara todo.

—Siéntate —le pidió, haciendo un gesto hacia la mesa plegable—. Al menos deja que prepare algo de café antes de que me interrogues.

Lo vio cruzar la habitación y sentarse en la silla. Lo vio pasarse ambas manos por el pelo, angustiado, tal y como llevaba haciendo desde que lo conoció. De veras parecía exhausto. Exhausto y ansioso, y quizá un poco enfadado con ella. Pero al menos estaba vivo.

Mientras Anton y ella recorrían los recuerdos del libro, Amelia notó que la tensión iba creciendo poco a poco en el interior de su pecho. Fueron testigos de la memoria de un hombre llamado Ezekiel Levy, contemplando los recuerdos de su vida de uno en uno, incluidos los últimos que tenía de su hija. Se pasearon por los fragmentos de unas existencias que los cronautas habían destruido. Momentos silenciosos de amor, vida, dolor y aflicción, cada uno de ellos poco más que el destello de un alma que había sido olvidada mucho tiempo atrás. Amelia comenzó a preguntarse por qué quería Moira que viera todo eso, hasta que al fin llegaron a un conjunto de recuerdos que la dejó sin aire en el pecho.

—Tío Ernest… —dijo, viendo su imagen vidriosa cobrar foco.

Estaban en el espacio-tiempo, protegidos por las estanterías. Ernest observaba algo, pero Amelia estaba demasiado distraída para ver de qué se trataba. Avanzó un paso, sintiendo que se le salía el

corazón del pecho al verlo. No era con exactitud el tío al que había conocido desde siempre. Parecía más joven. Sus rasgos eran menos firmes y sus ojos más brillantes, como si el mundo no hubiera acabado aún de formarlo. Pero, por debajo de la juventud y la ingenuidad, seguía siendo él. Sus maneras seguían resultándole familiares.

A su lado, Anton frunció el ceño, señalando la segunda figura que había algo más lejos.

—Creo que es ella —dijo.

Amelia apartó la vista de su tío para ver a quién se refería, y se enfrentó a la estampa de una chica que llevaba un vestido del color de la hierba doncella y que estaba en cuclillas al lado de un libro en llamas. El pelo rubio le cubría la cara mientras rescataba con cuidado unas páginas del fuego. Era Lisavet Levy.

Amelia la examinó, sacudiendo la cabeza.

—Debe de ser un recuerdo de mi tío, pero… —Se interrumpió al llegar un sonido a sus oídos. El susurro amortiguado que brotaba de la chica. Frunció el ceño y prestó atención.

De repente, Lisavet levantó la vista.

—Hola, ¿qué tal? —dijo Ernest, que había abandonado las sombras y sostenía la tapa de un libro en la mano. Esta era azul, y tenía una flor estampada en la portada.

Lisavet Levy se quedó mirándolo como si él fuera un cazador al acecho.

Amelia y Anton observaron su primer encuentro. Vieron a Ernest engañar a la chica y robarle las páginas, dejando atrás las tapas del libro.

Siguieron avanzando. Se vieron arrojados al tumulto de los recuerdos del tío de Amelia, y fueron testigos de su enamoramiento de Lisavet Levy. De su baile en el recuerdo de un club neoyorquino. Mientras paseaban juntos por el Tiempo, su amor florecía en los anales de la historia. Le vieron mentir a Jack, y también cuando le pillaron al fin. Y a continuación vieron que la escena regresaba a un lugar habitual en su memoria, el hotel de los Alpes suizos, donde Ernest, aterrorizado, le rogó a Lisavet que se fuera con él.

Amelia contuvo el aliento al llegar al final del recuerdo, a la espera de conocer el resultado de esa decisión. Pero la imagen que comenzó a cobrar forma entonces no pertenecía a la memoria de su tío, sino a la de alguien distinto por completo.

—Espera. No puede ser todo —dijo Anton de repente, y Amelia dio un salto.

Estaba tan absorta en lo que pasaba que casi se había olvidado de su presencia.

—Quizá haya más luego… —reflexionó Amelia—. O quizá es que…

Se quedó en silencio y el color abandonó su cara por completo.

—¿*Koshka*? —preguntó Anton, tocándole el hombro—. ¿Qué pasa?

Amelia levantó el brazo y señaló a una persona en el interior del recuerdo en el que acababan de entrar. Una joven con el pelo rojo como el suyo, que sollozaba en una cama de hospital, la cara oculta entre las manos.

—E-es mi madre —dijo a un volumen casi ininteligible. La madre que la había descuidado. La madre que la había abandonado. Ansiosa, dio un paso hacia atrás, como si quisiera alejarse del recuerdo—. No puedo ver esto —dijo.

Era consciente de lo que iba a encontrar en esos recuerdos. Pero entonces vio al bebé en la cuna contigua a la cama. A las enfermeras, que permanecían junto a la puerta con expresión afligida. A Amelia le temblaron los labios mientras avanzaba para ver mejor al bebé, que tenía la cara y los labios de color azul. Su cuerpo yacía inerte, inmóvil. Sin vida.

—¿Q-qué? —tartamudeó. Retrocedió horrorizada—. No es posible. No lo entiendo.

Oyó que Anton la llamaba por su nombre, pero su voz sonó confusa y lejana. Comenzaron a fallarle las rodillas y notó que él la tomaba del brazo antes de que el mundo a su alrededor se detuviera en seco. Todo se paralizó con el recuerdo. Anton dejó escapar un grito de sorpresa. Amelia profirió un chillido ahogado y el recuerdo volvió a cobrar movimiento con una sacudida. Pero las cosas habían cambiado. Ya no había ningún bebé junto a la cama, y la mujer dormía. Las enfermeras habían desaparecido, todo estaba en silencio.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Anton, la mano aún en el hombro de ella.

La puerta a sus espaldas se abrió y los dos se volvieron a la vez. Vieron que alguien entraba en la habitación. Era Lisavet Levy, vestida de enfermera, y tenía a un bebé entre los brazos.

Amelia profirió un grito ahogado cuando la mujer se les acercó y les permitió verle mejor la cara.

—Dios mío… —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Anton, su voz, un susurro.

—Creo que es… —Se interrumpió y miró con mayor detenimiento, deseando asegurarse de que la persona a la que miraba fuera en

efecto quien ella pensaba.

Lisavet Levy, la joven que había desatado la revuelta, se parecía muchísimo a Moira Donnelly.

—Veo que lo has descubierto —dijo una voz.

Se volvieron otra vez y se encontraron con que la forma espectral de Azrael estaba parada a su lado, dentro del recuerdo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Anton, con tono seco.

Amelia lo ignoró.

—¿Que he descubierto qué?

—Os estáis desplazando entre dos versiones del mismo recuerdo. Un recuerdo que fue alterado para transformarlo en algo por completo diferente.

Anton profirió un balbuceo.

—Un momento, ¿lo conoces? —preguntó, mirando a Amelia.

—Bueno…, más o menos. No deja de aparecer.

Azrael sonrió con ironía.

—Los recuerdos de los muertos solo contienen la mitad de la historia. Si deseas saberlo todo, tendrás que pasearte por los recuerdos de los vivos.

Anton soltó una risa burlona.

—¿Los recuerdos de los vivos? Eso es imposible.

—Quizá para ti —le dijo el monje con calma—. Pero no para ella.

—No puedo hacer eso —dijo Amelia, sacudiendo la cabeza.

—¿De la misma manera que no puedes recorrer tu propia línea temporal? —dijo, poniendo énfasis en sus palabras—. ¿De la misma manera que no puedes detener el Tiempo?

A Amelia se le aceleró el pulso.

—Se llama desplazamiento temporal. Consiste en saltar de un recuerdo al siguiente. En viajar por el Tiempo sin que sus pliegues representen un obstáculo para ti.

—Desplazamiento temporal… Moira ya lo había mencionado —dijo Amelia, haciendo memoria.

—Ahhh, sí. Lisavet siempre ha sido muy lista.

Anton paseó la mirada entre ambos, los ojos muy abiertos por la confusión.

—¿De qué está hablando?

—Los niños que nacen fuera del Tiempo no se enfrentan a las mismas limitaciones que el resto de nosotros —prosiguió Azrael.

—¿Que nacen fuera del Tiempo? —repitió Amelia.

El monje hizo un gesto hacia el bebé que Lisavet tenía entre los brazos.

—Quizá será mejor que lo veas directamente. A través de los recuerdos.

Amelia se quedó mirando su mano, reflexionando.

—¿Los recuerdos de quién? —preguntó.

Azrael sonrió.

—Los de ella —dijo, asintiendo en dirección a Lisavet—. Quizá no lo sepas, pero en el espacio-tiempo también hay recuerdos vivos. La mayoría no pueden alcanzarlos, pero tú sí, si lo intentas.

Casi en ese mismo instante, los susurros que Amelia había oído antes comenzaron a sonar de nuevo. Procedían de la misma Lisavet. Frunció el ceño, miró a Azrael.

—Pero ¿cómo…?

—Tú escucha, que el Tiempo se encargará del resto —dijo él, tranquilizándola.

Amelia le dirigió una mirada implorante a Anton, que se limitó a asentir con la cabeza y a ofrecerle la mano de nuevo. Los susurros ganaron intensidad. Ella cerró los ojos, dejando que el sonido recorriera su espalda hasta que las formas comenzaron a materializarse.

Y, entonces, todo se desplegó ante ellos.



18

Washington D. C.,

1958

Moira estaba sentada en el escritorio, observando inquieta la puerta del despacho de Jack. Ernest llevaba más de una hora dentro. No podía ser una buena señal. Intentó entretenerse mecanografiando circulares, pero el sonido de la risa de Jack al otro lado de la puerta hacía que se le disparara el pulso. ¿Serían esas risas una buena señal?

Ernest y ella llevaban seis meses viéndose. La noche anterior, Moira se había quedado a dormir en su apartamento por primera vez, lo que había puesto fin al prolongado y tortuoso baile que venían realizando en su camino hacia el dormitorio. Ernest se había mostrado mucho más tímido con ella que en el espacio-tiempo. Esos siete años y la pérdida de dos familiares significativos lo habían vuelto más cauteloso. Hasta la noche anterior.

Había acudido al despacho de Jack. Al despertarse, Moira se encontró con que Ernest ya lo había decidido y estaba reflexionando,

inquieto, sobre lo que iba a decirle. Había decidido contárselo todo, convencido de que sin duda la farsa quedaría al descubierto a partir de ese momento. La mera idea hizo que Moira notara un dolor agudo en el pecho e intentara disuadirlo. Pero él se había mostrado firme. ¿Y qué podía decir ella para detenerlo?

En su espera, Moira no dejaba de golpear el pie contra el suelo. Hacía tanto ruido que Shelley le dirigió varias miradas de irritación. Moira estaba imaginando el peor de los escenarios posibles cuando la puerta se abrió y Ernest salió por ella. Cerró tras él, mordiéndose el labio, y se acercó a su escritorio.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —le preguntó entre dientes.

Ernest levantó la cabeza para mirarla, y una de las comisuras de su boca se elevó, dibujando una media sonrisa.

—Quiere hablar contigo.

—¿E-eso quiere?

—Ajá. Pero no te preocupes. No parece estar enfadado. Creo que estamos fuera de peligro.

«Ay, Ernest», pensó Moira. Si supiera que nunca iban a estar fuera de peligro… Con una última sonrisa para transmitirle ánimo, él regresó a su despacho y ella entró en el de Jack, sintiéndose como el condenado que va camino del infierno.

Jack estaba cerrando la caja fuerte; tenía una bolsa de terciopelo con un cierre de cordón en la mano.

—Cierra la puerta —le pidió, regresando a la silla.

Abrió el cajón del escritorio y sacó un paquete de cigarrillos. Sin decir nada, se lo ofreció. Ella sacó uno, recelosa, reconociendo esa larga tradición entre ambos. Él se lo encendió e hizo lo propio con el suyo. Moira no se lo fumó, lo sostuvo incómoda entre los dedos. A

Ernest no le gustaba que fumara, cada vez que ella sacaba un cigarrillo él le recitaba los avisos sanitarios. Estaba intentando dejarlo.

Cuando al fin la miró, Jack tenía una sonrisa tensa en el rostro.

—Seis meses —dijo—. Seis meses has tardado en contármelo. O, perdóname, seis meses ha tardado él en contármelo. Esperaba más de ti.

Moira parpadeó.

—¿Lo… lo sabías?

—Pues claro que lo sabía. ¿Crees que soy idiota? Nada más volver de Denver ya vi las miradas de cordero degollado que te dirigía. Tú, hija mía, eres muy sutil, pero él es un libro abierto. Lo comprendí cuando tuvisteis vuestra cuarta o quinta cita, y mandé que alguien os siguiera. Solo para confirmarlo.

—¿Brady? —preguntó Moira.

—Fred Vance —contestó Jack, con una sonrisa conspirativa—. Deja que te diga que no es el lápiz más afilado del estuche, pero es más astuto de lo que crees.

—No lo entiendo. ¿Lo sabías y nunca dijiste nada?

—Quería saber hacia dónde se dirigía la cosa. Y quería ver cuánto tardabas en venirte abajo. Eso no pasó. Mantuviste la frialdad en todo momento. Ha sido bastante impresionante. Te he subestimado, Moira.

Esas palabras no la tranquilizaron. Y ella que había pensado, una vez más, que lo estaba engañando, cuando en realidad lo único que había logrado era mostrarle la cara con la que le mentía. Quizá ese hubiera sido el objetivo principal de Jack.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

Él bajó la vista hacia el cigarrillo sin fumar.

—No, no estoy enfadado. Pero sí decepcionado. Te has dejado pillar otra vez con el hombre que te dejó embarazada y te volvió vulnerable. En su día te traicionó, ¿sabes? Me contó todo lo que necesitaba saber sobre ti con la misma boca que usaba para decirte que te amaba. Él es la razón por la que estás aquí. Y has vuelto a caer en su cuento de soldado de mirada inocente.

—Lo que pasó entonces fue diferente —dijo Moira.

—Si tú lo dices… Lo único que intento decir es que podrías conseguirte algo mejor. Hay un montón de hombres ahí fuera. Una chica guapa como tú tiene sus opciones.

«Opciones», había dicho. Moira no tenía opciones y él lo sabía. Jack se había convertido en una presencia tan dominante en su vida que ningún otro hombre se atrevería a mirarla dos veces.

—¿Le has dicho a Ernest que podía seguir saliendo conmigo? —Al fin y al cabo, eso era lo único importante.

—De momento. Quién sabe, quizá hasta pueda usarlo en mi propio beneficio un día de estos. —Jack apagó el cigarrillo en el pequeño cenicero de vidrio—. Hablando de ventajas, espero que no tengas ningún plan con Ernest para esta noche. De otro modo, necesitaré que lo canceléis. —Sacó una carpeta de la pila que tenía junto a él y la deslizó sobre la mesa hacia ella—. Porque tú y yo tenemos una cita con un ruso.

Moira abrió la carpeta y se encontró con el perfil de un cronauta ruso, un hombre de ojos hundidos que estaría sobre la treintena. Lo reconoció de inmediato. Era el ruso que la había seguido por el espacio-tiempo. El que le había robado el libro.

—Vasily Stepanov —dijo, leyendo su nombre.

—¿Lo conoces?

—Lo vi algunas veces, pero nunca hablamos. Es quien se llevó el libro.

—Interesante. Últimamente ha estado interfiriendo con nuestros cronautas. Rescatando recuerdos, tal y como solías hacer tú. —También le pasó por encima de la mesa la bolsa de terciopelo que había sacado de la caja fuerte—. Ten. Necesitarás esto.

Moira la abrió, vacilante. Contenía un revólver plateado que le resultó familiar. Era el que le había dado Ernest siete años antes, y seguía cargado con seis balas en la recámara.

—¿Para qué es?

—Por si acaso —dijo Jack, sonriéndole de una manera que le puso el vello de punta—. Parece que este tipo sabe un par de cosas acerca de Lisavet Levy.

Un presentimiento aciago se depositó sobre el vientre de Moira. Se trataba de otro examen de lealtad. Y había llegado de manera tan puntual después de la confesión de Ernest que se preguntó desde cuándo lo tendría Jack planeado.

Se quedaron al otro lado de la puerta esperando a que salieran. Jack estaba junto a Moira, con una mano sobre su hombro. Se la había puesto allí cuando Patrick Brady y Fred Vance abrieron ese umbral al espacio-tiempo, al darse cuenta de que ella daba un paso hacia él, atraída como la polilla a la llama.

—¿Cuánto tiempo suele llevar? —preguntó ella, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro de una manera que la llevó a ser

consciente de la pistola oculta en su cartuchera, en la parte de atrás de la falda.

Le contestó George Collins mientras hacía girar la jeringuilla con el tranquilizante en la mano para que no se sedimentara.

—Tardamos unas cuatro horas en dar contigo. Pero no es que fueras lo que se dice de aquí para allá, así que diría que nos esperan unas seis horas, más o menos.

Siete horas estuvieron esperando. En esa minúscula habitación del piso más bajo del edificio del pec no había ni relojes ni ventanas, así que Moira midió el tiempo a través del rasguño de los segundos que se arrastraban al fondo de su mente. Se oyó un ruido sordo al otro lado de la puerta, y Jack la soltó para levantar la pistola.

—Quédate detrás de mí —le advirtió.

La puerta se abrió. Brady y Vance entraron por ella, arrastrando entre los dos a una tercera persona. Vasily Stepanov se resistía con fuerza, y solo dejó de hacerlo cuando Jack lo aturdió al golpearlo en la cara con la culata de la pistola. Moira apartó la vista, con el estómago revuelto. Collins se acercó con la jeringuilla, pero Jack levantó la mano.

—Aún no —dijo—. Antes quiero que hable.

Brady pegó el arma a la cabeza de Vasily y lo sacudió para que cayera de rodillas. Vasily escupió al suelo, frente a los pies de Jack, y soltó una vulgaridad en ruso.

—No hace falta que te pongas grosero conmigo, Vasily —dijo Jack, con la voz tranquila y sádica que Moira conocía tan bien—. Solo queremos hacerte unas preguntas.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Vasily, intentando recuperar el aliento.

El ruso examinó la habitación en una búsqueda frenética de una vía de escape. Miró a Moira a los ojos más de una vez, pero quedó claro que no la había reconocido.

—¿Crees que no sé el nombre del tipo que ha estado provocando tantos problemas a mis chicos en el espacio-tiempo? —preguntó Jack—. Collins y Brady dicen que te han visto interfiriendo con nuestro trabajo. Rescatando recuerdos que habíamos decidido eliminar. Todo en nombre de Lisavet Levy.

—¿Vas a deshacerte de mí? —preguntó Vasily con un gruñido—. ¿Me harás desaparecer como hiciste con esa chica?

Moira encogió el cuerpo por más de una razón cuando Jack golpeó al ruso de nuevo.

—¿Qué te parece si soy yo quien hace las preguntas, eh? ¿Qué sabes sobre Lisavet Levy?

—Lo suficiente —contestó Vasily.

Jack levantó la mano a modo de aviso.

—Antes de que desapareciera, mi país me mandó a averiguar cosas sobre ella. Querían que la interrogara y descubriera para quién trabajaba…, pero cambié de idea.

Jack resopló.

—¿Cambiaste de idea?

Tuvo que golpearlo de nuevo para que Vasily se explicara.

—Estaba encinta —dijo, con el labio partido—. Iba a ayudarla. Si me hubiera dejado, al menos podría haber salvado al bebé. Pero ella siempre salía corriendo.

—Qué noble por tu parte —dijo Jack, mirándolo con los ojos entornados—. Dicen los rumores que el bebé murió.

Vasily Stepanov sonrió a su vez.

—Oh, yo no estaría tan seguro. Un bebé nacido fuera del Tiempo no caería víctima de él con tanta facilidad.

Moira notó que Brady la miraba y deseó que el hombre dejara de hablar.

Jack se rio de él. Abiertamente, con crueldad.

—Entonces, ¿qué esperas conseguir al interferir con nosotros? No lograste salvarla ni a ella ni al bebé, así que ¿cuál es tu objetivo?

—No soy el único que sabe lo que le hiciste. Hay otros como yo, que han visto lo que hacéis. Sabemos que está mal. Ella no fue más que el principio. Estamos aquí para luchar por Lisavet Levy. Para impedir que la gente como vosotros, que asesina a chicas inocentes, logre reescribir la historia.

—¿Y qué hay del libro?

—¿Qué libro?

—El libro de recuerdos que llevaba siempre consigo. Se rumorea que tú se lo quitaste. ¿Qué fue de él?

Un temblor recorrió los músculos de la mandíbula de Vasily.

—¿Para qué lo quieres?

—No te hagas el tonto. Ya sabes por qué. Por los recuerdos que contiene.

La expresión de Vasily viró hacia una sonrisa irónica.

—Ahhh… ¿Qué recuerdos temes que vean mis superiores?

Jack le devolvió su propia sonrisa sombría.

—¿Acaso importa? ¿Dónde está?

Vasily se rio en su cara.

—Para conseguir eso, señor Dillinger, tendrá que matarme.

Jack soltó un suspiro y retrocedió un paso.

—Podría hacerlo. Pero, por suerte para los dos, tenemos otros métodos para obtener lo que queremos. —Le hizo una seña a Moira para que se adelantara—. Límpiame esto. Y quiero ver esos recuerdos antes de que te deshagas de ellos.

Moira no se movió. El hombre la miraba con un odio feroz en los ojos. Ese hombre que decía luchar por Lisavet Levy. ¿Por qué había mencionado a Amelia? ¿Sabía lo que había hecho Lisavet?

—Donnelly —dijo Jack—, no me obligues a repetírtelo.

Moira se dirigió hacia el ruso, la libreta negra en la mano. Collins avanzó para suministrarle el tranquilizante.

Sin aviso, Vasily Stepanov se liberó de las manos que le retenían. Le quitó la pistola a Brady con una destreza asombrosa y se echó hacia delante para sujetar a la persona que tenía más cerca. Moira chilló al notar el tirón hacia un lado. La espalda de ella golpeó contra el pecho de él, y la libreta salió volando de sus manos. Notó la punta fría de la pistola contra la sien. Vasily la arrastró hacia atrás, con un brazo cerrado con fuerza en torno a su cuello.

—¡Apartaos de la puerta o le pego un tiro a la mujer!

Todos se quedaron paralizados, las pistolas en alto. Moira miró a Jack con un temor creciente en la base del estómago. ¿Se prestaría a ello? ¿O, después de todo, ella era prescindible?

—¡Moveos! ¡Ahora! —rugió Vasily de nuevo, y la desesperación se coló por las grietas en su voz. Le temblaba la pistola en la mano.

Moira cerró los ojos con fuerza. Se dirigió al Tiempo, lo notó estremecerse bajo su tacto, y lo detuvo. El mundo se paralizó para todos menos para Vasily. Ella le quitó la pistola y lo sujetó por el abrigo con la otra mano. Se miraron a los ojos mientras Moira amartillaba el arma antes de que él pudiera contratacar.

—De rodillas —le ordenó en una voz que a duras penas era la suya—. ¡Ya!

Él se dejó caer al suelo, desorientado y aterrado, una mano enredada en la falda de ella. De haber querido, podría haberla desarmado, era lo bastante fuerte. Pero esa era la ventaja de su capacidad para moldear el Tiempo. Que metía en cintura incluso al más poderoso de los mortales.

—Has mencionado al bebé de Lisavet Levy —le dijo abruptamente —. Cuéntame lo que sepas.

Él vaciló.

—¡Cuéntamelo! —dijo más fuerte, pegándole la pistola a la frente.

—La vi meterlo en un recuerdo. Pasear por el Tiempo, lo llaman. Cuando entró, el bebé estaba vivo, pero al volver… salió sola. Vi que el suelo se desmoronaba. Hemos estado buscando al bebé. Registrando todos los recuerdos que los norteamericanos intentan destruir.

—¿Quién más lo busca?

—Nadie. Solo yo. Nadie más.

Moira le pegó el arma con más fuerza contra la cabeza.

—Has dicho «hemos».

—Me he equivocado. No domino el idioma. Me refería solo a mí.

Estaba mintiendo. Si quería, Moira podría volver a poner el Tiempo en marcha y pedirle a Collins que lo dejara inconsciente. Podría descubrir la verdad. Pero, en ese caso, Jack también se enteraría.

Vasily comenzó a suplicar:

—Por favor. Por favor, tengo hijos. Un niño. Tres niñas pequeñas. Su madre está muerta. Necesitan a su padre. Por favor, piensa en los niños.

—Lo siento —dijo. Y era verdad. Cuatro huérfanos eran un alto precio a pagar para evitar que descubrieran a su propia hija—. Yo también tengo una niña a la que proteger.

En los últimos segundos antes de que apretara el gatillo, a Moira le pareció ver un destello de reconocimiento en los ojos de Vasily. Su cuerpo se desplomó, su mano cayó sobre el zapato de Moira, que profirió un grito ahogado. Se permitió cinco segundos para recomponerse antes de volver a tocar las manecillas del Tiempo.

A sus espaldas, los cuatro cronautas recuperaron el movimiento. Los oyó tomar aire a la vez. La confusión en su memoria ralentizó su capacidad para percibir lo que tenían delante. Un cadáver. Y a Moira, que sujetaba la pistola de Brady en la mano y tenía la parte frontal del vestido manchada de sangre.

—¿Moira? —preguntó Jack, vacilante por primera vez.

Ella apartó la mano de Vasily de su pie, se puso en cuclillas y le quitó el reloj de la muñeca. Se lo tiró junto con la pistola a Brady.

—Mándaselo a los rusos —le dijo—. Eso debería evitar que vuelvan a interferir en nuestro trabajo.

Al menos eso esperaba. Si Vasily sabía que el bebé de Lisavet Levy seguía vivo, ¿a cuántos rusos podía habérselo contado? A sus superiores, sin duda. Pero ¿y los demás?

Jack la agarró del brazo cuando intentaba pasar a su lado.

—¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer. No estaba segura de que alguno de vosotros fuera a salvarme.

Jack se quedó mirándola. Algo centelleó en sus ojos. El recordatorio de que ella seguía siendo capaz de hacer cosas que

escapaban a su control. Cosas aterradoras, inalcanzables. Le soltó el brazo.

Esa noche, cuando salió al fin del edificio del pec, Ernest la estaba esperando fuera, junto al coche. Moira se quedó paralizada en la puerta. Al pasar junto a ella, Jack le puso la mano en la nuca.

—Ni una sola palabra —le murmuró al oído, antes de saludar a Ernest con la mano.

Ella se acercó a Ernest, nerviosa. La atmósfera estaba cargada; sobre sus cabezas, las estrellas colgaban, húmedas, del cielo e iluminaban el aparcamiento neblinoso con un inquietante resplandor de color azul oscuro.

—No hacía falta que me esperaras —le dijo con una sonrisa.

Ernest no se la devolvió. Se quedó mirando las manchas de su vestido.

—¿Por qué estás cubierta de sangre?

Ella tragó saliva.

—Por favor, es… es mejor que no me preguntes por ello.

Ernest echó un vistazo por encima de ella hacia el coche de Jack, que observaba la escena al volante, fumándose un cigarrillo. Al cabo de un instante, Ernest se sacó un pañuelo del bolsillo y lo usó para limpiar las manchas de sangre que ella se había dejado en el cuello.

—¿Jack te ha pedido que tomaras notas durante un interrogatorio o algo así? —le preguntó.

—Algo así.

—¿Estás bien? Sé que pueden ser un poco duros.

Moira le quitó el pañuelo.

—Sí, estoy bien. ¿Podríamos ir a cenar algo? Estoy exhausta.

Ernest se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente. Un gesto simple y familiar.

—Claro. Vámonos de aquí.

Ella suspiró de alivio mientras él le abría la puerta del coche. Ernest se subió al asiento del conductor sin decir nada más. Mientras conducía le tomó la mano, pero no dejó de apretar los dientes tal y como solía hacer cuando algo le preocupaba de verdad. Moira bajó la vista hacia el pañuelo en su mano. Comenzó a pasar los dedos sobre las flores de color azul recién bordadas una y otra vez mientras las súplicas de Vasily Stepanov no dejaban de resonar en sus oídos.

Después de esa noche, Moira se mostró distante durante varias semanas y Ernest no supo romper esa barrera por mucho que lo intentara. Hizo todo lo posible porque ella hablara del tema, pero Moira se negó a articular más que unas pocas frases. Cada vez que él lo sacaba, la expresión de Moira se volvía tensa y sus ojos se llenaban de pánico.

—Por favor, Ernest. No fue nada —le decía—. Estoy bien. De verdad.

Pero entonces, una noche, él se impacientó y estalló.

—Sí que fue algo, Moira. No soy idiota. ¿Qué pasó?

—No quiero hablar de eso —insistió ella, volviendo el cuerpo.

—¿No quieres o no puedes? —preguntó Ernest, agarrándola del brazo—. ¿Te pidió Jack que me lo ocultaras?

—Ernest…, no puedo.

—¿Y por qué te involucró a ti, ya que estamos? Se supone que las secretarias no han de enterarse de ninguna de estas cosas, y a ti te tiene asistiendo a los interrogatorios. Haciendo que estés al tanto de más cosas que yo. ¿Te está chantajeando con algo? ¿O lo estás chantajeando tú a él?

—No. No.

—No estoy ciego, Moira. Veo que hay algo entre vosotros dos. —No lo pensaba de verdad, pero las palabras se le escaparon fruto del acoso constante de los demás cronautas, que desde siempre habían creído que la novia de Ernest se acostaba con su jefe.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ernest, no pensarás que estoy… Ya sabes que no…

—Bueno, si no es eso, ¿de qué se trata?

Ella no contestó; una expresión herida se adueñó de todos los rasgos de su rostro. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y él deseó al instante retirar lo que había dicho. Sin decir una sola palabra, Moira tiró del brazo para liberarse y salió de su apartamento, dejándolo para que se enfrentara a sus propios remordimientos. Esa tarde, él intentó llamar a la pensión, y al día siguiente también, pero ella no lo atendió.

Ignoraba que tenía razones para temer lo peor. Hasta que vio al chico.

Ernest se lo encontró en el espacio-tiempo dos días después de la discusión con Moira, tirado en el suelo, jadeando. Estaba hecho un ovillo y las lágrimas corrían por sus mejillas. Ernest dedujo su nacionalidad a través de su uniforme, pero se le acercó de todos modos, se puso en cuclillas y le tocó el hombro. Al notar el contacto, él retrocedió a gatas y levantó el brazo para protegerse.

—Eh, eh… No pasa nada —le tranquilizó Ernest.

El chico comenzó a balbucear en un ruso ininteligible. Un solo vistazo a su rostro arrasado por las lágrimas y a esos ojos hundidos de expresión salvaje le bastó para saber que se trataba del hijo de Vasily. El reloj en su muñeca no hizo más que confirmarlo.

—No me hagas daño —le dijo el muchacho en un inglés chapurreado—. Por favor, americano, no quiero morir.

Ernest abrió mucho los ojos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en ruso, aunque ya lo supiera.

El chico parpadeó, sorprendido.

—¿Ha-hablas ruso?

—Solo un poco —contestó él. Lo que Vasily le había enseñado. Le ofreció la mano—. Me llamo Ernest —le dijo, esa vez en inglés.

El chico se limpió la nariz con la manga y miró la mano de Ernest como si tuviera dientes. Era muy joven. Apenas algo mayor que Amelia.

—Anton —contestó el joven al fin, pero se negó a aceptar su mano—. Por favor, no me lleves. No quiero ir.

—¿Llevarte? ¿Llevarte adónde?

—A Estados Unidos —le explicó Anton, y se le quebró la voz—. Dicen que eso es lo que nos hacen los norteamericanos. Es lo que le hicieron a mi padre. Lo sacaron a rastras de aquí y lo mataron.

La conmoción dejó a Ernest inexpresivo. ¿Vasily estaba… muerto? Su primer instinto consistió en pedirle más explicaciones, pero Anton seguía temblando. No era el momento.

—Puedes relajarte —le dijo con suavidad—. No voy a hacerte daño.

—¿N-no?

—No. Hoy estoy fuera de servicio —bromeó.

Anton parpadeó varias veces y se sorbió la nariz; tardó en captar la broma.

—¿Te has perdido? —le preguntó, recordando lo mucho que había tardado él en saber guiarse por el lugar cuando comenzó a visitarlo.

—No… no sé volver —contestó él, con hipidos entre las lágrimas.

—¿No te han enseñado a hacerlo? —preguntó Ernest, frunciendo el ceño.

—Sí, pero no presté atención. Iban a mandarme y yo estaba… —Se interrumpió. O no sabía la palabra que quería usar en inglés o no deseaba admitir su miedo.

Ernest se sentó sobre los talones. Estuvieron chapurreando en sus segundos idiomas. Ernest le preguntó por su vida en Rusia, y le habló de la suya. Pequeños fragmentos de información que no le harían daño a nadie. Al final, Anton acabó aceptando la mano que le tendía. Dejó que Ernest le enseñara a manejarse por el espacio-tiempo usando las estrellas en lo alto. Ernest le dio un pañuelo para que se secara los ojos y le explicó cómo usar el reloj para salir de allí. Pero no le contó nada más. Ni sobre Estados Unidos. Ni sobre Vasily ni sobre el hecho de que habían sido amigos. No era el momento. Lo último que necesitaba Anton Stepanov era enterarse del pasado de su padre de boca de uno de los agentes del país que lo había asesinado.

Cuando al fin se separaron y la puerta del mundo de Anton se cerró a espaldas del muchacho, Ernest se puso a vagar por el espacio-tiempo, confundido. No sabía qué pensar de todo aquello. ¿Lo había provocado él? ¿Había dicho algo que no debía sin darse cuenta de que estaba poniendo en peligro la vida de otro hombre?

Existía la posibilidad de que los rusos hubieran mentido sobre lo que le había pasado a Vasily. De que fuera una estrategia de adoctrinamiento para que Anton cooperara. Entonces, Ernest se acordó de la noche de unas semanas antes. De la sangre en la blusa de Moira. De la expresión aterrorizada en sus ojos. Ernest tuvo que hacer frente a su propia aflicción, consciente de que, con independencia de la versión de los acontecimientos que fuera cierta, en las dos Vasily Stepanov estaba muerto.

Cuando se encontró a Azrael entre las estanterías, las palabras brotaron sin saludos ni preámbulos.

—¿Por qué no me contaste lo de Vasily?

El monje enarcó sus cejas espectrales.

—La verdad tiene su propia manera de salir a la luz. No me correspondía entrometerme.

—Tonterías. Ya te has entrometido muchísimo, ¿o no es verdad? Presentándome a Vasily, para comenzar. Haciendo que nos involucráramos. Pero, ahora que alguien ha muerto, ¿de repente no te entrometes?

Ernest era consciente de que se estaba comportando con dureza, pero no le importó.

Azrael bajó la vista al suelo.

—A decir verdad, supuse que ya lo sabrías. No me di cuenta de que te lo habían ocultado.

Así que habían sido los suyos… Ernest se volvió, temblando de rabia.

—Tengo que hacer algo al respecto —dijo, llevando la mano al reloj.

Al instante, Azrael estaba frente a él, sacudiendo la cabeza.

—No te precipites, Ernest. Eso no traerá más que problemas.

—Bueno, quizá eso es lo que necesite el pec: algún problema.

—Es posible. Pero al menos piénsatelo bien.

—Lo he pensado bien.

—¿En serio? ¿Has pensado cómo explicarás tu relación con Vasily? ¿La manera en la que te has enterado de su muerte? La última vez que me fijé, los estadounidenses no hablaban con cronautas rusos.

Ernest ya había comenzado a dar vueltas a la corona de su reloj.

—No importa. Ya me inventaré algo.

—Lograrás que te maten. O que te arresten y torturen para sacarte información, como hicieron con otros antes. ¿Crees que tu rabia no afectará a nadie más?

Él dejó quietos los dedos en cuanto asimiló las palabras del monje. Arrestado. Torturado. Asesinado. Todas esas opciones se le antojaban imposibles, pero ¿lo eran? Se sacudió esas ideas, apretó la corona del reloj y vio la puerta materializarse ante él. Se dirigió hacia ella, llevó la mano al pomo.

—¿Crees que tus actos no afectarán a Amelia? —preguntó Azrael en voz baja.

Ernest se quedó paralizado y volvió la vista hacia el hombre, flaqueando por segunda vez.

—¿Y ella qué tiene que ver con todo esto?

Azrael le dirigió una mirada triste.

—La parte más difícil de la muerte es la gente que dejas atrás. Me imagino que será lo mismo si te encierran en la cárcel para el resto de tu vida.

Ernest soltó el pomo de golpe. Le atravesó una punzada de dolor al pensar en Amelia, que ya había perdido a su madre, sola en el

mundo. Abandonada por culpa de su temeridad. No podía hacerle eso. Pensó en la otra persona a la que iba a dejar, Moira, quien se había visto arrastrada a todo ese asunto. Moira, que bien podría haber presenciado a la fuerza el interrogatorio de Vasily Stepanov. Si Ernest se pasaba de la raya y salía al descubierto, ¿la obligaría Jack a tomar parte también en su interrogatorio?

Ernest desanduvo sus pasos y se volvió hacia Azrael, derrotado.

—¿Le echarás un ojo al chico por mí? —le preguntó con voz débil —. Sé que ahora mismo no puedo hacer nada por él, pero quizá algún día… Si resulta que se parece un poquito al menos a su padre…

Azrael no dijo nada, pero asintió con la cabeza. Una promesa silenciosa.

Esa noche, Ernest fue a la pensión en la que se alojaba Moira y llamó a la puerta. Preguntó por ella, ignorando la regañina del ama de llaves de la casa por lo tarde que era. Insistió en que se trataba de una urgencia. Al fin, la mujer le pidió a Moira que bajara. Apareció en bata y zapatillas, los ojos muy abiertos por la ansiedad, y salió con él al porche.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Él no contestó. En su lugar, la atrajo hacia él y la besó con fuerza, pegando la mano a su nuca. Ella hizo un ruidito de sorpresa y se fundió en él.

—Ernest, ¿qué estás…?

—Te amo —dijo él en voz baja, poco más que un susurro.

Ella inspiró de golpe. Él mantuvo los ojos cerrados y pegó los labios a su sien.

—¿Va todo…? ¿Estás bien? —le preguntó.

Parecía atemorizada.

Él abrió los ojos para contemplar su expresión, levantó la mano para apartarle el pelo de la mejilla.

—Solo he venido a decirte que te amo. Y que lamento lo de la otra noche. No lo dije en serio. Estaba…

—Yo también te amo —dijo ella, interrumpiéndole.

Moira tenía lágrimas en los ojos y parecía terrible, penosamente triste. Él deseó apartarla de todo aquello. Del pec, de la pensión, de Jack. No podía proteger a Anton Stepanov de lo que le estaba pasando, como tampoco podía desvincularse de algo que él había iniciado, pero sí podía protegerla. Si se lo permitía, podría mantenerla a salvo de todo.

—Quiero que conozcas a Amelia cuando venga a Washington este verano —le dijo, aún en un susurro.

Moira soltó otro aliento tembloroso.

—¿E-en serio?

—Sé que aún quedan algunos meses, pero… creo que ha llegado la hora. ¿Tú no?

Ella asintió con la cabeza, los ojos tan abiertos y temerosos como los de Anton. Ernest la besó de nuevo, consciente en ese momento, con una certeza absoluta, de que la quería tener en su vida para siempre. Convencido de que, con la llegada del verano, le pediría matrimonio.



19

Washington D. C.,

1959

No podía durar. Pese a que Moira lo sabía, se tomó esos meses de felicidad junto a Ernest con toda normalidad. Por un tiempo, todo pareció perfecto. Estaban juntos. Estaban enamorados. Él quería presentarle a Amelia. Y, sin embargo, Moira notaba que algo acechaba fuera de su campo de visión. Una tormenta se acercaba.

Después de Vasily Stepanov, comenzaron a recurrir a Moira más a menudo para que tratara con los cronautas a los que Jack traía para interrogar. Se estaba gestando una especie de movimiento. De repente había una afluencia de cronautas de todo el mundo que se afanaban en interferir en su trabajo, siempre en nombre de Lisavet Levy. Luchaban por alguien a quien no habían llegado a conocer, sin darse cuenta de que ella misma había abandonado la batalla mucho tiempo antes. Y no la reconocían cuando les arrancaba esa convicción al eliminar todos sus recuerdos relacionados con ella. En el pasado, la idea de una rebelión podría haberla emocionado. Pero,

en ese momento, tenía su propia versión del pasado que proteger. Tenía sus propios secretos.

Ernest no sabía nada al respecto. El departamento se lo ocultaba, no lo quería cerca de ninguna conversación relacionada con Lisavet Levy. No era sencillo. Rondaba la verdad tan a menudo que daba la sensación de que una fuerza invisible lo atraía hacia ella. Así que las cosas se mantuvieron. Pasaron los meses y Moira comenzó a tener la esperanza, desde la cautela, de que esa vez quizá podría conservarlo. Ernest había comenzado a hablar del verano en ciernes. Habían hecho planes para que ella conociera a Amelia el martes siguiente al final de las clases. Pasarían una semana con ella, los tres juntos.

Pero era inevitable: todo cambió.

—¿Te has enterado de que ha desaparecido otro cronauta? —le preguntó Ernest una mañana.

Moira estaba sentada a la mesa del desayuno, tomándose un café. Ernest preparaba unos huevos con las ventanas abiertas de par en par para que entrara el aire cálido de la primavera.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Un francés, esta vez. Lo vi hace poco y de repente había desaparecido.

Jacques Blanchard. Moira lo sabía. Estaba allí cuando lo trajeron. Ella misma había registrado sus recuerdos, buscando con minuciosidad cualquier cosa que pudiera saber sobre el hecho de que la hija de Lisavet Levy siguiera viva antes de entregarle el resto a Jack.

—¿Le has preguntado a Jack por él? —dijo Moira, evitando contestar.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—¿Y por qué tendría que haberme enterado?

—Oh, no lo sé. Porque eres «la chica de Jack» y te lo cuenta todo. —Le dio un beso en la mejilla para hacerle saber que bromeaba y puso un plato de huevos frente a ella.

—No me lo cuenta todo —dijo Moira, removiéndose incómoda.

—Bueno, no. Pero tú llevas su agenda. ¿Ha tenido alguna cita extraña en los últimos tiempos?

—¿Una cita extraña de qué tipo?

—Ya sabes: «Interrogar al francés, a las nueve en punto». Algo así.

—¿Hay alguna razón para que me preguntes todo esto?

Ernest se encogió de hombros.

—Estoy preocupado, eso es todo. Es algo que está pasando cada vez más a menudo.

—Si tan preocupado estás, pregúntaselo a Jack. Eres el segundo de a bordo, no puede mantenerte desinformado si se lo preguntas directamente.

Ernest resopló.

—¿Sabe Jack que soy el segundo de a bordo? Porque estoy bastante seguro de que lo ha olvidado.

—Entonces recuérdaselo —dijo Moira, besándole los nudillos.

No tendría que haber dicho eso. Esperaba que Ernest se limitara a preguntar y pasase página. Era consciente de que Jack no le contaría nunca lo que pasaba en realidad. Eso lo comprometería todo y correrían el riesgo de que Ernest descubriera la verdad sobre ella. Su nombre, su historia, su pasado. El hombre que en su momento había estado dispuesto a renunciar a su vida entera por

ella, que había estado a punto de darle la espalda al departamento y cometer algo equivalente a una traición, no podía averiguar lo que ella había representado para él. Tampoco en qué se había convertido.

Tenía la esperanza de que el asunto se desinflara, pero le estalló en la cara.

Oyó los gritos nada más entrar en la oficina el lunes siguiente. Ernest y Jack estaban en el despacho del segundo, discutiendo: no había lugar para malentendidos. En cuanto la vio, Shelley hizo un aparte con ella.

—Créeme, ahora mismo no quieres que se enteren de que estás aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

Salieron más gritos de la oficina. Esa vez, Moira tuvo la seguridad de que su nombre había formado parte del mejunje.

—¿Por qué discuten? —preguntó.

—Bueno, al principio conversaban con normalidad, pero no pude discernir de qué hablaban hasta que comenzaron a mencionarte a gritos. Bueno, en sentido estricto el tema era el ascenso del señor Dillinger, pero has salido tú.

—¿Qué ascenso?

Shelley la miró, sorprendida.

—¿No te has enterado? Han ascendido al señor Dillinger. Es el director de toda la cia. Algo bastante importante, la verdad.

Moira frunció el ceño.

—¿Y… y eso qué tiene que ver conmigo?

Shelley tenía toda la pinta de no querer contárselo.

—Porque van a abrir una oficina satélite en Nueva York y al parecer planea transferirte a ella.

Moira sintió que se quedaba pálida. ¿En Nueva York? ¿Podía hacer eso?

—Pensaba que ya lo sabías —dijo Shelley, dirigiéndole una mirada de disculpa.

—No…, no me había enterado.

Se oyó un golpe fuerte procedente del despacho. Jack le había pegado un puñetazo a la pared o al escritorio.

—Alguien debería pararlos antes de que la cosa se ponga violenta —dijo Moira.

—¿Crees que habrá violencia? —preguntó Shelley, que parecía una transeúnte que se hubiera quedado viendo un espectáculo deportivo.

Moira la miró con incredulidad en el momento en el que se abría la puerta del despacho de Jack. Ernest salió, furioso aún, pasándose las manos por el pelo. Al verla, se quedó paralizado. Moira le dio un empujón a Shelley y la chica se escabulló para seguir observando desde lejos.

—Moira… —dijo Ernest, acercándose a ella.

—¿Va todo bien?

—Tengo que hablar contigo —dijo él con los ojos brillantes, mitad de rabia, mitad de ansiedad—. ¿Podemos…?

—Donnelly —perforó el aire la voz de Jack, que estaba parado en la puerta del despacho, las manos a los lados y los puños cerrados con fuerza.

Ernest volvió la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Un segundo, Jack.

—No hablaba contigo, Duquesne —gruñó el otro.

—Ya mismo voy —dijo Moira.

—Donnelly, ahora mismo o estás despedida. —Lo dijo con una gravedad tan aterradora que ella estuvo a punto de creérselo.

Ella liberó la mano que Ernest le había tomado.

—Podemos hablar luego —dijo.

—Moira…

—Esta noche —insistió ella con más firmeza—. Me paso esta noche, ¿vale? Tú ve a tranquilizarte un poco.

A regañadientes, Ernest retrocedió y le dirigió una espeluznante mirada de furia a Jack. Recorrió hecho una hidra el vestíbulo y se metió en el ascensor sin llevarse el abrigo y el maletín.

Moira siguió a Jack al interior de su despacho y cerró la puerta. Él comenzó a pasearse mientras ella se fijaba en el estado del lugar. Una pila de papeles había acabado en el suelo. Varias plumas habían volado al otro extremo de la habitación y, en efecto, a unos treinta centímetros a la derecha de la caja fuerte había un agujero del tamaño del puño de Jack, a quien aún le sangraban los nudillos. Ella lo observó con detenimiento, sopesando lo que debía hacer a continuación.

—¿Va todo…?

Soltó un chillido asustado cuando Jack se volvió de repente y le agarró la cabeza entre ambas manos. Se quedó paralizada, los ojos muy abiertos, observando la furia en la mirada de su jefe.

—Tú… —dijo él con voz grave, casi un gruñido, e inclinó la cabeza hacia atrás y hacia delante, examinándola como si se tratara de un bloque de madera que se disponía a tallar—. ¿Qué tienes que siempre sacas lo peor de él? Siempre dispuesto a defenderte, siempre dispuesto a tirar a la basura toda su carrera… por ti.

—J-Jack… —tartamudeó Moira.

La apartó de él, con expresión burlona.

—Debes de ser un polvo del demonio —dijo, asqueado—. Dime, qué le haces para que se comporte de manera tan… —Se interrumpió y le dio una patada a los papeles del suelo.

Moira no contestó. Mantuvo las distancias, como haría ante un tigre salvaje.

—Necesito que hagas limpieza —dijo él.

Moira tragó saliva. Se puso en cuclillas para comenzar a apilar los papeles.

—Eso no —masculló—. Con él.

—¿Con él?

—Sí. Con él. He permitido que salgas con él durante más de un año y ahora necesito que lo uses en nuestro favor.

«Nuestro favor». ¿Qué iba a sacar ella de todo aquello?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jack le tiró del brazo, los ojos coléricos.

—Está haciendo preguntas sobre Lisavet Levy —le dijo con voz grave.

A Moira se le secó la boca.

—Jack, no le he contado nada. Te lo prometo, no…

—Ya sé que no lo has hecho. ¿De verdad crees que seguirías aquí si pensara que lo has hecho? —La soltó y se alejó; comenzó a pasearse de nuevo—. No sabe gran cosa. Solo que fue una chica que quedó atrapada en el espacio-tiempo y que un día desapareció. Presuntamente, por nuestra culpa. Pero eso ha bastado para que sienta curiosidad, así que ya es excesivo. Necesito que se lo extirpes. Y, ya que estás, sácale de la cabeza el recuerdo de esta mañana.

Ella tragó saliva, temblorosa. Tenía un nudo en el estómago, provocado por una mareante sensación de *déjà vu*. Ernest había vuelto a ponerse en peligro por ella, pero esa vez no sería el único que sufriría. ¿Cómo podía ser tan imprudente cuando debía pensar en Amelia? Se resignó a hacer lo que se le pedía.

—¿Es la única razón por la que habéis discutido? —preguntó.

Jack le dirigió una mirada burlona.

—No, no ha sido ni la mitad.

—¿Ha sido… por tu ascenso?

El hombre se apoyó contra el escritorio, cruzando los brazos.

—¿Quién te lo ha contado?

—Shelley.

Jack se relajó un poco, parte de su rabia se transformó en petulancia.

—Sí, en buena parte. Muchos gritos para decir que no quiere heredar todo este caos. El cabronazo es tan arrogante que se cree que mi puesto será suyo en cuanto me vaya.

Moira se mordió el labio, vacilante.

—Jack, no… no quiero irme a Nueva York.

Él levantó la vista de golpe.

—Pues qué mala suerte, porque eres mi chica, ¿recuerdas? Necesito que seas mis ojos y mis oídos en la nueva oficina.

Moira deseó discutírselo, pero no lo hizo para que no se enfadase de nuevo cuando al fin parecía estar calmándose.

—Arregla todo este asunto cuando vayas al apartamento de Ernest, esta noche, ¿de acuerdo? Y, de paso, cuéntale lo de Nueva York.

Moira tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no echarse a llorar de frustración. Se negó a darle la satisfacción de que la viera salir corriendo al lavabo de mujeres, así que se obligó a quedarse en el escritorio y trabajar todo el día de corrido. Ernest no volvió.

Al salir, Moira se llevó el abrigo y el maletín, y se dirigió a su apartamento en autobús. Ernest abrió la puerta y, al verla allí, pareció sorprenderse.

—Moira…, ¿qué haces aquí?

—Ya te dije que me pasaría —le recordó ella.

La expresión de Ernest se volvió más tensa.

—Ya. Ya lo recuerdo. Es que…

Le llegó el sonido de una risa infantil procedente del interior del apartamento.

—Amelia está aquí —dijo Moira entre dientes, y se obligó a mantener la vista fija en Ernest pese a que deseaba con desesperación mirar por encima de su hombro. Entrever a esa niña a la que no había visto en años.

—Sí —dijo Ernest, removiéndose con incomodidad—. Fui a buscarla a la escuela el fin de semana. Lo siento, pensaba que te lo había dicho.

—Sí que me lo contaste. Supongo que lo olvidé. Lo siento, puedo volver más tarde. Solo quería traerte esto. —Le mostró el abrigo y el maletín—. Esta mañana te has ido sin ellos.

Ernest se mordió el labio. Por razones que Moira no lograba imaginar, parecía un poco avergonzado.

—De hecho, ¿sabes qué? ¿Por qué no entras?

A Moira se le aceleró el pulso.

—¿Estás seguro?

—Sí. De todas maneras, ibas a conocerla mañana. Quizá esto sea mejor.

Claro. «Mañana». A la mañana siguiente, él pensaba llevar a Amelia a la oficina para presentársela antes de pasar el día fuera con ella. El plan era que luego quedaran para comer e ir al cine, los tres solos.

Moira era consciente de que se trataba de una mala idea. No estaba preparada para eso. Para ver a su hija, a la hija de los dos, con tan poco tiempo para armarse de valor contra la infinidad de emociones que estaba ya experimentando. Ernest abrió más la puerta para que ella pasara. Al entrar, tuvo que recordarse a sí misma que debía respirar.

Amelia estaba sentada en el sofá del salón. Moira no le veía más que la nuca, ese pelo cobrizo y ondulado que replicaba con precisión el de Ernest. Pero, entonces, la niña volvió la cabeza. Lo primero en lo que reparó Moira fue que tenía la misma nariz que ella. Su pálida piel marfileña. Por lo demás, era clavada a él, incluidas las pecas que solo aparecían en verano.

—Amelia, esta es Moira —dijo Ernest—. Una, mmm… una amiga.

—¿Es tu novia? —preguntó la niña, examinando a Moira con una mirada dura y analítica. El color azul de los ojos era cosa de Ernest, pero la expresión…, bueno, esa expresión era por completo la de su madre. Moira se preguntó cómo era posible que Ernest no se hubiera dado cuenta.

Él se rio, nervioso.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es demasiado guapa para ser solo tu amiga.

Moira esbozó una sonrisa.

—Pero ¿no demasiado guapa para ser mi novia? —preguntó él.

Amelia entornó los ojos y miró a Moira de nuevo.

—¿Tú también eres espía?

Ernest soltó un ruidito.

—Amelia, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? No soy ningún espía. Y ella tampoco.

La niña se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la televisión.

—Eso es exactamente lo que diría un espía.

Ernest se le acercó por detrás en silencio.

—Bueno, en ese caso más vale que vigiles tus modales, jovencita. Ya sabes lo que dicen sobre los espías, ¿verdad?

Amelia puso el cuerpo en tensión, a la expectativa.

—¿Qué?

Él se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Que son letales.

Ernest la agarró por la cintura y la levantó por encima del respaldo del sofá. Ella chilló, encantada, mientras la hacía girar en el aire. Moira pensó que se le iba a salir el corazón del pecho. Ernest la dejó de pie en el suelo.

—Muy bien, chiqui. A la cama.

—Pero ¡son solo las ocho! —protestó Amelia.

—Y tú solo tienes nueve años —contestó Ernest, dándole unos golpecitos en la nariz—. Lo cual significa que tienes que hacerme caso.

Amelia puso cara de indignación y cruzó los brazos.

—Lo siento, pequeña, yo no he hecho las normas —dijo Ernest, disculpándose. Le dio un beso en la frente y la impulsó hacia el

pasillo—. Para la cama te vas.

Al pasar, Amelia le dirigió a Moira una mirada feroz, después de decidir que su presencia era la razón por la que la mandaban tan temprano a dormir. Entró en la habitación, cerró de un portazo y Ernest suspiró.

—No hacía falta que hicieras eso —le dijo Moira.

—Hacía falta si quiero que tengas una buena opinión de mi capacidad como padre —dijo Ernest, que se le acercó y le pasó el brazo por la cintura—. Amelia puede ser… tremenda. Sobre todo cuando tenemos compañía.

—Parece que se te da bien —dijo Moira, disfrutando de la sensación de su brazo en torno a su cuerpo.

Pero ese destello de felicidad no tardó en desvanecerse para dejarla frente a la dura realidad de lo que llegaría a continuación.

Ernest se fue a la cocina a preparar café. Mientras tanto, Moira prestó atención a los sonidos que salían de la habitación de Amelia. Los cajones que se abrían y cerraban ruidosamente, en señal de protesta, mientras se ponía el pijama.

—Bueno… —dijo Moira, reuniéndose con él en la cocina—. Menuda discusión antes.

Ernest se pasó la mano por el pelo.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Que le pregunté por el francés. Él me soltó una evasiva. Yo insistí. —Dejó de meter el café en la cafetera para levantar la vista y mirarla—. Le recordé que se supone que debo enterarme de todo lo que pasa en el pec. Sobre todo, a la luz de…

—¿Su ascenso? —acabó Moira la frase por él.

—Sí. Si voy a ocupar su puesto, tengo que saber lo que pasa.

—Entonces, ¿te han ofrecido el cargo de director?

—Aún no. Faltan algunas semanas para que se cierre el propio ascenso de Jack. Tienen que verificar sus antecedentes y todo eso.

Moira se entretuvo sacando las tazas del armario para no tener que mirarle.

—¿Ha hablado contigo? —preguntó él—. ¿Sobre Nueva York?

—Lo ha mencionado.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Te irás?

Siguió una pausa. Ernest le agarró la mano e hizo que se volviera hacia él. Examinó su expresión, parpadeando varias veces.

—Sí, te irás —dijo, y la angustia llenó su mirada.

—No tengo otra opción —dijo Moira.

—¿Qué quieres decir? Pues claro que sí.

Ella intentó mantener un tono ligero, se obligó a reírse.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? Porque yo seguro que no sé cuál es.

Ernest tragó saliva, dejó caer la mirada.

—Podrías quedarte.

—Quedarme. ¿Y hacer qué? Jack me despedirá si no voy. Me quedaría sin trabajo.

—Bueno, he estado pensando… —Ernest expulsó un largo aliento. Fuera cual fuese el destino de esa conversación, pareció optar por no seguirlo y cambió de tema—. ¿Te has planteado alguna vez la posibilidad de dejarlo? —le preguntó, volviéndose de nuevo hacia el fogón.

—¿De dejarlo?

—De dejar el pec. De irte a otra parte.

Había pensado en dejarlo. Soñaba constantemente con tomar el control de su propia vida y se preguntaba lo que sentiría al hacerlo. Pero Jack no lo permitiría nunca. Estaba tan atrapada allí como cuando vivía en el espacio-tiempo. Atrapada por Jack, pero también por sus propios deseos de proteger a las personas que quería.

—No estarás pensando en marcharte, ¿verdad? —le preguntó, vacilante.

—Ya no sé lo que pienso y lo que no.

—¿Es por la discusión con Jack?

—Sí y no. No lo sé. Es solo que… últimamente no estoy seguro de que estemos haciendo lo correcto en el pec. Antes pensaba que sí. Pensaba que estábamos construyendo algo. Evitando que las ideas peligrosas dominaran la historia. Pero ahora no lo tengo tan claro.

Así que esa era la razón por la que Jack se había enfadado tanto. Su segundo de a bordo se estaba desviando del rumbo.

—Jack siempre dice que lo que hacemos ayuda a evitar que se propague el comunismo. Que es necesario. Que estamos evitando que se repita una guerra como la última.

Ernest le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿De verdad crees eso?

—Tengo que creerlo.

—¿Tienes que creerlo? Porque tú también formas parte de ello… —Lo dijo poco a poco, como si ya conociera la respuesta—. Porque has estado ayudándole…

—Ernest…

—Moira, sé sincera conmigo. Los cronautas que han desaparecido… tú sabes qué ha sido de ellos, ¿verdad?

Ella no contestó. Él lo entendió.

—Entonces, el otro día, cuando te pregunté si sabías algo, ¿me mentiste?

—No podía contártelo.

—¿Por qué no?

—Por Jack.

—Claro. Jack. Así que, en su lugar, me dijiste que se lo preguntara y dejaste que arriesgase mi carrera con esa discusión cuando podrías haberte limitado a decirme la verdad.

—No pensaba que fuerais a discutir.

En ese momento, la tetera rompió a hervir sobre el fogón. Ernest maldijo entre dientes y la apartó del quemador. Aquello no estaba saliendo como debía.

Él suspiró mientras servía el café en las tazas.

—No quiero discutir también contigo. Solo tengo una pregunta más y luego dejaré el tema.

—Vale. ¿De qué se trata?

—¿Te ha hablado Jack alguna vez de alguien llamado Lisavet Levy?

Ese nombre fue la gota que colmó el vaso. Moira fue consciente en ese momento de que Jack tenía razón. Tenía que solucionar el tema antes de que las preguntas de Ernest se transformaran en algo más. Le dio una respuesta vaga, apenas lo bastante convincente. Podría haberle dicho cualquier cosa, pues él no la recordaría al día siguiente. La situación acabó por relajarse. Se tomaron el café y se pusieron a hablar sobre las ideas que él tenía para el pec tras la marcha de Jack. Ernest quería enriquecer la relación con los demás cronautas y poner fin a las hostilidades. Siempre tan diplomático…

Moira aceptó la invitación a pasar allí la noche, pues se había hecho tarde. Lo besó mientras él se dormía, notando la calidez de sus brazos en torno a su cuerpo, la sensación más real que hubiera conocido. Por un momento, él abrió los ojos y le acarició la mejilla con la mano.

—Moira… —dijo, adormilado—. Eres…

—Shhh —le dijo ella antes de que pudiera acabar la frase. Fuera lo que fuese que iba a decirle, oírlo no haría más que dificultar su labor.

Esperó a que se durmiera de nuevo. Cuando su respiración se normalizó y se inició el zumbido de sus sueños, Moira hizo lo que debía. Eliminó la discusión con Jack. Volvió a borrar el nombre de Lisavet Levy, con suerte por última vez. Se deshizo también de toda la velada anterior, consciente de que, en caso de dejarla, solo conduciría a que él se hiciera nuevas preguntas. Al acabar, se bajó de la cama y se vistió en silencio. Iba camino de la habitación de Amelia para eliminar la visita también de su mente cuando una vocecilla hizo que se detuviera en seco.

—¿Qué haces?

Amelia estaba al final del pasillo, frotándose los ojos adormilados con la mano. Moira se llevó un dedo a los labios.

—Me voy a casa —susurró al volumen más bajo posible—. Tu padre duerme.

Amelia frunció el ceño.

—No es mi padre. Es mi tío.

—Tienes razón. Vuelve a dormirte.

—¿Me haces un té antes?

—¿Qué?

—Para dormir. El tío Ernest siempre me hace un té.

Moira vaciló.

—Puedo despertarlo si tú no quieres.

—No, no —contestó Moira de inmediato—. Ya lo hago yo. ¿Por qué no vuelves a la cama? Ya te lo traigo.

—Dos tazas.

—¿Mmm?

—Que hagas dos. Él siempre se bebe un té conmigo.

—Ah, vale.

Amelia regresó a su habitación y Moira se dirigió a la cocina. Con manos temblorosas, haciendo el menor ruido posible, preparó dos tazas de té con leche y miel. Las llevó a la habitación de la niña, pero hizo una pausa en la puerta para recomponerse. Amelia estaba sentada en la cama, apoyada en los cojines, esperándola. En el apartamento de Ernest en Washington, ese dormitorio hacía también las veces de cuarto de invitados, y parecía demasiado formal para una niña pequeña. Los libros de texto de Amelia descansaban en lo alto del armario, junto con varios volúmenes de poesía que Moira reconoció porque eran los mismos que Ernest le había llevado al espacio-tiempo. Notó un tirón en el centro del pecho al pensar en su hija leyendo algunos de esos poemas, pasando las mismas páginas que ella tanto quiso en su momento. Le dio la taza de té y Amelia bebió un sorbo mirándola por encima del borde.

—¿Está bueno? —le preguntó Moira.

Amelia asintió con la cabeza.

—Lo haces igual que él.

Moira tomó un trago de su propio té, notando que la presión en el pecho se intensificaba.

—¿No te gusta? —preguntó la niña al reparar en su expresión, suponiendo que tenía algo que ver con el té.

—Creo que le he puesto demasiado azúcar —contestó ella. Nunca le había gustado mucho el té, que le recordaba demasiado a su madre. Pero, a partir de ese momento, cada vez que lo tomara, sabía que también se acordaría de esa noche. La constatación le dejó un sabor amargo en la boca.

—¿Estás segura de que no eres una espía? —le preguntó Amelia, frunciendo un poco el ceño.

Moira reprimió una sonrisa.

—¿Por qué piensas que soy una espía?

—Lo pareces. Y mi tío me contó que trabajas con él.

—¿Y piensas que tu tío es un espía?

—No lo pienso, lo sé —insistió la niña—. Me dijo que trabaja para el Departamento de Estado, pero nunca es más específico.

Moira sonrió al oír eso. Era una cría muy perspicaz para tener solo nueve años.

—Ponte a dormir, Amelia.

La niña resopló y se acabó el té. Se acurrucó bajo las sábanas y le dirigió a Moira una última mirada recelosa. Se quedó frita con rapidez, como pasa a menudo con los niños. Moira se quedó muy quieta, escuchando el sonido ligero de su respiración. Examinó su rostro dormido, donde cada centímetro le recordaba a sí misma o a Ernest. En el momento en el que ya no podía soportarlo más, comenzó a sonar el susurro sutil de los sueños que estaban de paso. Moira llevó la mano a la cara de Amelia y tiró con gentileza de los recuerdos de su visita. En un momento de debilidad, se inclinó para darle un beso en la mejilla y salió de la habitación. Diligente, limpió

las tazas vacías en la cocina, junto con las del café. No dejó el menor rastro de su presencia allí.

Al día siguiente, nada más llegar, Jack la llamó a su despacho.

—¿Has hecho lo que te pedí?

—Sí —contestó ella, manteniendo una voz neutra.

—Bien. Bien. ¿Y le hablaste de Nueva York?

Moira dudó un instante.

—Sí, pero…

—¿Pero…?

—Tuvimos una pequeña discusión. Acabé borrando toda la velada de su memoria.

—¿Una discusión?

—Sí —dijo Moira, pasando veloz por encima de la pregunta con la esperanza de que su jefe no quisiera indagar en la esencia del desencuentro.

—Vale —dijo Jack poco a poco—. Cuéntaselo otra vez pronto, ¿de acuerdo? Hoy, quizá. Solo vendrá a una reunión antes de llevarse a la niña a un museo o algo parecido.

Moira asintió con la cabeza y no contestó.

Ernest llegó con Amelia a las ocho y media, sonriente y alerta. Saludó a Jack con la mano como si no hubiera pasado nada entre ellos. Shelley lo miró, confundida, mientras dejaba las cosas en su despacho. Levantó a Amelia, la subió a su silla frente al escritorio, le alborotó el pelo y llamó a Moira.

—Moira —dijo, haciéndole señas con la mano—. Ven un momento. Quiero presentarte a Amelia.

Ella se puso en pie, esbozó la sonrisa alegre que había estado practicando. Esa vez estaba mejor preparada.

—Amelia —dijo Ernest—, esta es la señorita Donnelly. Trabajamos juntos. Ella se…

—Pensaba que se llamaba Moira —dijo la niña.

Moira hubiera jurado que se le paraba el corazón.

—¿Qué? —preguntó Ernest.

—Ya la conozco —dijo Amelia, impaciente—. Me dijiste que se llamaba Moira.

—¿Cómo que ya la conoces, Amelia? —preguntó Ernest.

Amelia resopló, irritada.

—¿De anoche?

Moira notó que se le encogía el corazón. Le había quitado esos recuerdos. Estaba segura de ello. Se le fue la vista hacia el despacho de Jack, donde este había rodeado el escritorio y estaba sentado al borde del mismo, prestándoles atención.

Ernest frunció el ceño.

—¿Anoche?

—Sí. Es tu novia. O eso creo, aunque no lo admitas.

Moira soltó una risita nerviosa.

—Debes estar pensando en otra persona. En la otra novia de tu tío, quizá.

Amelia la miró, indignada.

—Nanay, fuiste tú. Me hiciste un té.

Ernest se volvió a mirar a Moira.

—¿Té?

—Ernest —dijo Jack, interrumpiéndolos. Se había parado justo detrás de Moira y tamborileaba con los dedos sobre el marco de la

puerta—. Tienes una reunión, no lo olvides.

—Ya lo sé, dame un…

—Ahora —dijo Jack.

Ernest le dirigió una mirada de irritación. Volvió a fijar la vista en Moira, vacilante, y entonces le dijo a Amelia que volvería en una hora. En su ausencia, Jack estuvo paseándose por la oficina, los ojos clavados en la niña. Moira notó que el pánico se abría paso por su pecho.

—Eh, cielo —dijo Jack, poniéndose en cuclillas frente a la niña con los brazos sobre la silla que ocupaba esta, atrapándola en ella a todos los efectos—. ¿Has dicho que la conociste anoche?

—Sí —contestó Amelia—. Estuvo en nuestro apartamento.

—Ahhh, vale. Bueno, necesito que me hagas un favor y que no le cuentes a tu tío que estuvo allí, ¿de acuerdo?

—Pero él la vio.

—Ya lo sé, pero no podemos hablar de eso, ¿vale?

—¿Por qué no?

—Porque… —Jack hizo una pausa para pensar.

Amelia intentó retorcer el cuerpo para escapar de él, pero Jack mantuvo las dos manos firmes sobre la silla. Moira estaba desesperada por apartarlo de ella. Por llevarse a Amelia lejos, muy lejos de él. ¿Por qué la había llevado Ernest a la oficina? ¿Acaso no sabía que la hija de los dos jamás debería haber estado cerca de su jefe?

—Porque estuvo allí para organizarle una sorpresa a tu tío —dijo Jack al fin.

—¿Por su cumpleaños?

—Exacto, por su cumpleaños. Que es pronto, ¿verdad? Moira, ¿es pronto?

—En julio —contestaron ella y la niña al unísono.

Jack asintió con la cabeza.

—Eso es. Vamos a organizarle una fiesta sorpresa dentro de un par de semanas y Moira tuvo que ir a averiguar cuál es su pastel favorito. Pero, para evitar que descubra el plan, tuvo que darle una poción especial que le hiciera olvidarlo.

—¿Una poción? —preguntó Amelia, levantando una ceja. Era demasiado mayor para creer en esas cosas. Demasiado realista.

—Como las que usan los espías —metió baza Moira.

—¿Una poción de espías? —repitió la niña—. ¿Como un suero secreto? —Estaba más dispuesta a creer en algo así.

—Sí, un suero de espías —dijo Jack—. Así que no se acuerda de nada, y tú no puedes decírselo o le estropearás la sorpresa, ¿vale?

Amelia se mordió el labio mientras lo consideraba. Con ojos muy abiertos y expresión escéptica, miró primero a Moira y luego a Jack.

—Vale —dijo al fin.

—Buena chica —dijo Jack, acariciándole el mentón.

Amelia le apartó la mano de una palmada.

Jack soltó una risita y se puso en pie. Le hizo señas a Moira para que lo siguiera a su despacho.

—Menuda mocosa… —murmuró mientras cerraba la puerta—. ¿Por qué no te ocupaste de ella cuando estuviste allí?

—Lo hice —contestó Moira sin pensar.

—Entonces, ¿cómo es posible que lo recuerde aún?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que haber cometido un error.

—No, no lo creo. Estaba segura de haber… —Moira dejó de hablar.

No había cometido ningún error, sabía que no. Se trataba de algo diferente. ¿Y si Amelia tenía la misma falta de limitaciones que ella? Las palabras de Azrael resonaron en su cabeza: «Nadie ha hecho nunca lo que quieres llevar a cabo… Es posible que la desligues del Tiempo y acabe siendo como tú». Existía la posibilidad de que fuera inmune a las restricciones del mundo temporal. A la capacidad de su madre para alterar y moldear el Tiempo. Quizá hasta fuera capaz de hacer lo mismo.

Jack había comenzado a mirarla con extrañeza a causa de su silencio.

—Moira… —le dijo, poco a poco—, dime cómo es posible que lo recuerde.

Estoica, ella recompuso la expresión en un esfuerzo por ocultar el pánico que sentía en su interior. Pero, antes incluso de comenzar a hablar, supo que él sabía que estaba mintiendo.

—¿Sabes qué?, fue un error mío —dijo, sacudiendo la cabeza—. Olvidé que me había visto al llegar y solo borré la conversación del momento en el que me marché. Me equivoqué.

Jack frunció los labios. La miró y ella lo miró a él. No se lo había tragado. Moira se dio cuenta de que era así, pero contuvo el aliento con la esperanza de que decidiera pasarlo por alto.

—De acuerdo —dijo él, al cabo de una larga y tensa pausa—. Bueno, de momento hemos evitado la crisis. No vuelvas a meter la pata de esa manera.

Moira le prometió que no lo haría y regresó al escritorio, esforzándose por recordar cómo debía sentarse una persona normal. Pero, cada vez que levantaba la vista para mirar a Jack a través de la

ventana de su despacho, el pulso se le aceleraba por el terror. Él no dejaba de observar a Amelia, que seguía en el despacho de Ernest, con una intensidad que solo le había visto en una ocasión: el día que fue a visitarla por primera vez al hospital psiquiátrico.

Cuando la reunión de Ernest llegó a su fin, Moira supo lo que tenía que hacer. Debería haberlo hecho mucho tiempo atrás, antes de que las cosas llegaran a ese extremo. Nunca debería haber aceptado salir con Ernest, debería haber sabido que con ello solo lograría ponerlos en peligro a él y a Amelia.

—Ernest, tengo que hablar contigo —dijo, poniéndose en pie en cuanto él salió de la sala de reuniones.

—¿Ahora? —preguntó él, las cejas en alto.

—Es sobre el ascenso de Jack —le dijo Moira.

Su expresión flaqueó un poco.

—Oh. Vale. ¿Vamos a…? —Estiró el brazo en dirección al vestíbulo.

Moira lo siguió, notando la mirada de Jack cuando pasaron por delante de su despacho. Respiró hondo varias veces, adoptó una expresión fría y decidida. Cuando ya no podía oírlos nadie, Ernest se volvió hacia ella.

—¿Va todo bien?

—Sí. Bueno. No, en realidad no. Estoy segura de que ya te habrás enterado de que a Jack le han ofrecido el cargo de director de la cia.

—Sí, lo he oído —contestó Ernest, receloso—. De hecho…

Moira lo interrumpió y prosiguió a toda velocidad antes de que él dijera algo que pudiera hacerle cambiar de idea.

—Me ha pedido que me traslade a la oficina de Nueva York durante un tiempo. Y le he dicho que sí.

Ernest parpadeó varias veces.

—¿Eso… eso has hecho?

—Sí. No podremos seguir viéndonos. Lo siento. —Comenzó a volverse.

—Espera. —Ernest la agarró del brazo, dejó escapar una risa de confusión nerviosa—. ¿Podemos hablarlo?

—Ya he tomado la decisión —dijo Moira con voz temblorosa pese a sus esfuerzos por mantenerla neutra. No podía mirarlo a los ojos.

Ernest se quedó muy quieto.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. Yo me voy, tú te quedas. No funcionará. Es… es mejor que acabemos con esto ahora.

—Moira, yo…

Ella cerró los ojos.

—Lo siento, Ernest. Tengo que hacerlo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tienes que hacerlo?

Moira apretó los dientes.

—No hay ninguna razón para que no vaya.

—¿Y si la hubiera? ¿Y si…? —Él hizo una pausa, llevándose la mano al bolsillo—. Yo, mmm… —Se aclaró la garganta y le ofreció algo que tenía en la mano—. Iba a dártelo esta noche. Después de cenar. Lo tenía todo planeado.

Incapaz de reprimirse, ella bajó la vista hacia la cajita del anillo.

—Ernest… —dijo, con impotencia.

—Por favor, Moira. No quiero perderte. Sé que no llevamos tanto tiempo juntos, pero… de alguna manera, tengo la sensación de conocerte de toda la vida.

—Ernest, no puedo. Ya se lo he dicho.

—Entonces dile que has cambiado de idea.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque…

—¿Porque qué? Pensaba que lo nuestro iba bien. Pensaba que sentías lo mismo que yo acerca del camino que estaban tomando las cosas. Pensaba… pensaba que yo significaba algo para ti.

—Sí. Pues claro que sí.

—Entonces, ¿por qué haces esto? Necesito una razón de verdad, porque desde mi punto de vista nada tiene sentido.

Ella cerró los ojos. No podía respirar. No podía seguir escuchándolo. Lo tenía ahí delante, todo lo que había deseado siempre. Una vida casada con Ernest. Una vida con él y con Amelia, los tres juntos formando una familia después de todo lo que habían tenido que superar. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no estirar la mano y aceptar el anillo. Porque no podía hacer eso. Abrió los ojos y dijo lo único que con seguridad podía poner fin a todo aquello.

—Me estoy acostando con él.

A Ernest se le ensombreció el rostro. Le soltó el brazo.

—¿Qué?

—Llevamos unos meses. Simplemente pasó. Lo siento.

Siguió un silencio. La mirada de Ernest estaba tan cargada de dolor que ella hubiera jurado que se le rompía el corazón en pedazos.

Moira sacudió la cabeza, reprimiendo las lágrimas.

—Lo siento, Ernest. De verdad que lo siento. Pero… no puedo. Por favor, intenta comprenderlo. —Se separó de él y regresó a su escritorio.

Ernest se quedó parado en el vestíbulo, observándola mientras ella comenzaba a pasar a máquina una circular. Moira tuvo la sensación de que transcurrían siglos hasta que él llamó a Amelia y los dos salieron de la oficina.

—Vaya… —dijo Shelley cuando salieron—. ¿Te acaba de pedir que te cases con él?

—Cierra el pico, Shelley —le espetó Moira.

Shelley cerró el pico.

Logró mantener el tipo durante el resto del día, se esforzó por concentrarse en cuanta tarea tuviera a mano. Rellenó circulares. Pasó notas a máquina. Escuchó a Brady y Collins parlotear sin cesar en una reunión.

«Azrael se equivocó», pensó para sí misma. Después de todo, vivir no era la actividad más peligrosa de todas, sino amar.

Aguantó hasta que todo el mundo se hubo ido a casa, con lo que solo le quedaba enfrentarse a Jack y Shelley. Cuando Jack salió de su despacho y se recostó contra el lateral de su escritorio con el abrigo y el sombrero en la mano, Moira no lo miró, absorta en lo que estaba haciendo.

—¿Estás bien? —le preguntó con tono suave.

—Estoy bien —contestó Moira, pero su voz la traicionó al quebrarse.

Jack se puso el sombrero y suspiró.

—Venga, Donnelly. Vamos a hacer que pilles una buena.

—¿Qué?

—La mejor cura para un corazón roto es beber un montón de whisky.

Moira lo examinó, recelosa. ¿Quería algo de ella? Escudriñó su rostro, pero no encontró nada más que empatía. Acabó por ceder. Dejó que la ayudara a levantarse de la silla del escritorio y a ponerse el abrigo. Dejó que le pasara el brazo por los hombros como si ella le perteneciera mientras él llamaba a Shelley para pedirle que cerrara al marcharse. Dejó que le abriera la puerta del coche y la ayudara a subir sin detenerse a preguntar adónde la llevaba. Sin que le importase.

La condujo a su propio apartamento. Un lugar opulento y funcional, carente de cualquier asomo de personalidad, pero repleto de dinero. Jack pertenecía a ese tipo de personas que compra los muebles más caros para redimirse por su falta de gusto.

—Siéntate —le dijo, haciendo un gesto hacia el sofá del salón.

Cuando le quitó el abrigo de las manos, Moira reparó en que su mirada permanecía unos segundos de más sobre ella. Se preguntó si no habría cometido un error al acompañarlo. Él se quitó también el abrigo y se arremangó la camisa hasta los codos para preparar sus copas en el carrito de las bebidas.

—Has hecho lo correcto —le dijo.

—¿Ah, sí? —contestó ella, distante.

—Ya te dije desde el principio que eres demasiado buena para él. Ese hombre no puede pensar por sí mismo. Siempre refugiándose a la sombra de su padre, enfrentándose a su indecisión calificándola de moralidad. Como si fuera mejor que el resto.

Moira aceptó el vaso de whisky que Jack le puso en la mano.

—¿Habías tomado whisky antes? —le preguntó al sentarse en el sofá, a su lado.

Demasiado cerca para que ella se sintiera cómoda.

—Nunca me había molestado en probarlo —contestó.

Jack le sonrió.

—Entonces esto va a ser divertido —dijo, haciendo chocar los vasos.

Moira dio un trago y encogió el cuerpo al notar la sensación ardiente. Le gustó que la distrajera de las demás formas de dolor que sentía y vació el vaso en unos pocos tragos.

—¿Tienes más? —preguntó.

Jack enarcó las cejas, sorprendido, y le dio su propio vaso. Ella se lo bebió también y tosió con el último trago.

—Maldición, tómatelo con calma, tigresa —le dijo, riéndose.

Moira recostó la cabeza contra el sofá y respiró hondo.

—Soy una tonta —dijo.

—Oh, venga, nada de eso. No eres tonta. Eres humana. Solo has intentado lo mismo que hace todo el mundo en algún momento de su vida.

—¿Qué? —preguntó ella, taciturna.

—Has intentado tenerlo todo. Revivir el gran amor de tu juventud sin darte cuenta de que ese amor deja de existir cuando uno madura. La gente es demasiado complicada. La vida es demasiado complicada.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —preguntó Moira, sonriendo al pensar en Jack Dillinger embelesado con alguna chica con falda caniche. El alcohol ya se le estaba subiendo a la cabeza.

Jack le devolvió esa sonrisa irónica y estiró el brazo para jugar con un mechón de su pelo.

—El amor es para los perdedores —dijo—. ¿Sabes?, tú y yo nos parecemos mucho.

Moira se rio con amargura hasta que se dio cuenta de que lo había dicho en serio.

—¿Cómo?

—Los dos soportamos una carga pesada. Solo nosotros sabemos lo frágiles que son las cosas en realidad. Somos las dos únicas personas en el mundo que ven la imagen completa. Todo podría desaparecer en un instante, todo lo que valoramos podría deslizarse entre nuestros dedos. Eso lleva a que quieras aferrarte a ello con todas tus fuerzas, pero a la vez… es imposible aferrarse a nada. Así que lo apartas todo de ti. Y al poco tiempo te descubres solo, viendo que esa ilusión que llamamos realidad cambia con cada día que pasa.

Moira lo miró, sorprendida. Lucía una expresión que ella no había visto nunca en él. Pesada, casi afligida; la máscara arrogante se había quebrado para revelar el peso de todo lo que había detrás. Una vida entera de saber demasiado, agravada por el aislamiento que se había autoimpuesto por miedo a que se lo arrebataran todo. Pero entonces parpadeó, la miró a los ojos y las sombras desaparecieron. Era como si nunca hubieran estado allí.

Jack le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesa de café, al lado del otro.

—He estado mirando apartamentos en Nueva York. He pensado que esta vez podrías tener tu propio hogar. No más pensiones.

—¿En serio? —No quería pensar en Nueva York.

—Claro. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí? ¿Cuatro años?

—Algo así. —Moira se removió y su hombro rozó el pecho de Jack. ¿Cuándo se le había acercado tanto?

—Supongo que es tiempo suficiente para que te hayas aclimatado a la manera en la que funcionan las cosas del mundo exterior. Además, si tienes tu apartamento, dispondrás de mucha más intimidad.

—Ya. Intimidad. —Porque eso era lo que necesitaba después de una vida de aislamiento.

Jack soltó un suspiro.

—Mira, sé que esto es difícil ahora mismo. Pero te irá bien. Tienes otras opciones.

Envalentonada por el alcohol, Moira le dirigió una mirada burlona.

—¿Como quién? ¿Tú? —preguntó con sarcasmo.

Hubo una pausa. Él le puso una mano en la rodilla.

—Bueno…, eres mi chica.

La expresión de sus ojos quemaba tanto como el whisky. Ella se aclaró la garganta. Intentó apartarse.

—Creo que debería…

—Aún no —la interrumpió él.

—Pero…

—Lisavet… —murmuró.

El sonido de su nombre la dejó paralizada y, de repente, los labios de Jack besaron los suyos. Eran cálidos, estaban húmedos y sabían a whisky y nada más. Lo apartó, asustada.

—Jack, ¿qué estás…?

—Shhh… —dijo él, besándola de nuevo, esa vez con más fuerza para compensar el esfuerzo que hacía ella por alejarse.

—Jack, no. Esto no es…

—¿No es qué? —preguntó él con un ronroneo seductor en la voz.

—No podemos hacer esto —dijo Moira—. No quiero…

Él la agarró del brazo y la sacudió para acercarla hacia él.

—No pasa nada. Ya no estás con Ernest. Podemos hacerlo.

—No es lo que…

La presencia invasora de su boca en la de Moira volvió a interrumpir sus palabras. Una de sus manos recorría su cuerpo, subía centímetro a centímetro por su pierna. Estaba atrapada por completo, inmovilizada entre el cuerpo de él y el brazo del sofá. Aquello no tenía nada que ver con ella, sino con Jack y su deseo de sentirse poderoso. Tenía que ver con Ernest y el deseo de Jack de obtener algo que consideraba de su pertenencia.

—No tienes ni idea del tiempo que llevo deseándote —gimió él cuando ella cedió y le devolvió el beso.

«¿Cuánto?», quiso preguntarle. ¿Desde que la acorraló para que entrara a trabajar a su servicio? ¿O quizá cuando la conoció y era una chica asustada y temblorosa, encerrada durante semanas por orden suya? ¿Había sido en esa época? Oyó un clic cuando él se abrió el cinturón.

—Espera —le pidió, apartando la cabeza—. Aquí no.

—¿Mmm? —preguntó Jack, impaciente.

—Creo que al menos me merezco el dormitorio.

El dormitorio, donde había calma y oscuridad, y donde podría fingir que aquello no estaba pasando. Que él era otra persona.

Jack soltó una risita y la levantó del sofá. Disfrutó de un breve segundo de alivio antes de que los labios de él volvieran a estamparse contra los suyos. Jack le pasó el vestido por la cabeza mientras la hacía retroceder con firmeza y cerró la puerta del dormitorio tras ellos.

Jack tenía el sueño pesado.

Por la mañana, mientras se elevaba al otro lado de los visillos, el sol tardó varios minutos en despertarlo. Moira estaba junto a la ventana, con la mirada puesta en las calles bajo sus pies. Había sacado un cigarrillo de la mesa de noche y había encendido el mechero haciendo el mayor ruido posible, con la esperanza de despertarlo. Él comenzó a removerse poco a poco mientras ella aspiraba la primera calada de humo.

—Te has levantado temprano —le dijo con un pequeño gemido.

—No duermo demasiado.

Se incorporó para apreciar la visión de ella parada ante la ventana. Moira se había puesto la camisa que llevaba él la noche anterior, con los puños arremangados. Se dio cuenta de que le gustaba lo que veía. De que le generaba algo. Sonrió con suficiencia ante ese carácter previsible y dio otra calada al cigarrillo. Mantuvo la vista puesta en la ventana mientras Jack se bajaba de la cama y se ponía los pantalones. Se le acercó por detrás y le hizo volver la cara con una mano para poder darle un beso en los labios. Como si de verdad fueran amantes. El sabor sutil a whisky seguía allí, pero algo difuminado.

—Lo de anoche fue algo especial.

—Eso se lo dirás a todas tus secretarias…

—Bueno, bueno. Ya sabes que tú no eres como las demás chicas.

«Pues claro que no», pensó Moira con amargura. A ellas las había pillado con la guardia baja, las había sorprendido con un giro súbito y siniestro de su comportamiento, mientras que ella había sabido en todo momento el tipo de hombre que era. Sin embargo, el resultado

había sido el mismo. Él insistía y ellas se prestaban, conscientes de no tener elección en ese asunto.

—Vístete. Te dejaré en la pensión para que puedas cambiarte antes de ir a trabajar —le dijo, camino de la cocina—. ¿Quieres un café?

Moira contestó con un tarareo y esperó a que estuviera en la puerta antes de hablar de nuevo.

—Dime, ¿quién sabe lo que hiciste en Okinawa?

Él se detuvo.

—¿Qué?

—Okinawa. Esas chicas. Lo he visto en tu memoria mientras dormías.

Se volvió hacia ella con movimientos pesados.

—¿Me has leído la mente?

—No te sorprendas tanto, Jack. Ya sabes que puedo hacerlo.

Pues claro que lo sabía. Pero había tenido la arrogancia de suponer que no se lo haría nunca a él.

—Moira, no sé lo que crees haber visto…

—¿Eras consciente de que ese tipo de comportamiento representa un crimen de guerra, Jack? —Moira examinó el cigarrillo con gesto perezoso mientras él se le acercaba—. ¿Sabes?, me pregunto qué dirían tus superiores si se enteraran. Estoy bastante segura de que no les gustaría. Quizá incluso hasta reconsiderarían tu ascenso.

La mano del hombre se cerró con tanta rapidez sobre su cuello que no tuvo tiempo de reaccionar. Su cráneo golpeó la pared y ella dejó caer el cigarrillo para llevar las manos a la muñeca de él.

—Escúchame, zorrita. No sé lo que intentas hacer, pero no puedes probar nada.

Moira se rio de él lo mejor que pudo, pues le costaba respirar.

—¿Tratar a las mujeres así hace que te sientas poderoso?

Él apretó más.

—¿Qué vas a hacer, Jack? ¿Matarme? Shelley sabe que anoche me fui a casa contigo.

No tenía la certeza de que eso bastase para evitar que le partiera el cuello. Pero, al parecer, Jack no había dejado atrás del todo el instinto de supervivencia, porque se detuvo.

—¿Qué quieres? —espetó—. Porque quieres algo, ¿no es así? Por eso has sacado el tema…

—Tu puesto.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—Quiero tu puesto. Cuando tu ascenso sea definitivo.

—¿Quieres ser la directora del Programa de Exploración Temporal? —preguntó Jack, incrédulo.

—Sí. Y quiero trasladar el pec a la oficina de Nueva York. —Lejos de él. Lejos de Ernest. Un lugar donde pudiera tener una vida de verdad.

Jack la soltó, fruto de la sorpresa, y ella cayó contra el muro. Tuvo que servirse del alféizar para incorporarse.

—Eres una secretaria —dijo él, y sonó asqueado.

—Bueno, bueno, Jack. Ya sabes que no soy como las demás chicas, ¿recuerdas? Conozco el espacio-tiempo mejor que nadie. Mejor de lo que tú lo conocerás nunca.

—¿Sabes lo que dirá la gente si te doy ese puesto? ¿Lo que pensarán?

—Supondrán que me acuesto contigo. Que es lo que han pensado siempre. Y ahora es cierto. Pero, si yo fuera tú, me preocuparía más lo que dirán cuando oigan lo que he descubierto sobre ti.

—No te creerá nadie.

—Quizá. O quizá sí. ¿Lo averiguamos?

Jack se alejó y la escudriñó de la cabeza a los pies, palpitando aún de rabia.

—Esto es chantaje.

—Sí, lo es. Pero diría que es un trato justo, ¿no crees? Tú me asciendes y, a cambio, me aseguro de que no pierdas tu ascenso.

Otra larga pausa.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Es el puesto de Ernest. ¿Se lo quitarías?

—Encuéntrale otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Algo mejor. En un departamento distinto.

—No hay vacantes.

—Entonces créala.

—No es tan fácil.

—Serás el director de la cia, Jack. Crea un nuevo departamento de relaciones temporales o algo así. Llámalo Agencia de Diplomacia Cronológica. No me importa. —Hizo una pausa antes de añadir—: Mándalo a la oficina de Boston. —Cerca de Amelia, pero lejos de ellos.

Jack sacudió la cabeza con incredulidad; la rabia seguía allí, pero iba menguando.

—De acuerdo. Tendrás el puesto. Ernest se irá a Boston y dirigirá ese nuevo departamento. Pero no voy a trasladar el pec a Nueva

York.

Ella se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana.

—Entonces no hay trato.

—Moira…

—No voy a quedarme en Washington —dijo ella, tajante. Permanecer allí no era una opción. Ya no le quedaba ninguna razón para hacerlo—. De todos modos, querías tener ojos y oídos en la oficina, ¿verdad?

—Verdad, pero no planeaba trasladar todo el departamento allí. —Jack levantó el brazo y se puso a jugar con los bajos de la camisa que llevaba ella. Parte del ansia de la noche anterior aparecía de nuevo—. Además, ahora no estoy tan seguro de querer que te vayas.

Moira se apartó.

—Nueva York. O puedes ir despidiéndote del ascenso.

La expresión de Jack se endureció de nuevo. Debía hacer sus cálculos en base al hecho de que, después de una sola noche, la dinámica entre ambos había cambiado. Ya no podría ejercer el mismo control que antes sobre su vida. Era demasiado tarde para que ella arreglara las cosas con Ernest, pero quizá aún pudiera salvar una existencia para sí misma con lo poco que le quedaba. Iría a Nueva York. Ernest se iría a Boston. Y Jack se quedaría en Washington. Esperaba que, estando los tres separados, al dejar de mirarse por encima del hombro, Ernest y Amelia pudiesen estar a salvo.

—¿Eso es todo? —preguntó él con sarcasmo.

—Hay una cosa más —contestó Moira, sonriendo con suficiencia—. Si voy a ser la directora, necesitaré un reloj.

—Ni pensarlo —espetó él—. No puedes pensar de verdad que voy a…

—Si no tengo un reloj, la gente se hará preguntas —señaló ella—. Sospechará. Y no queremos que pase eso.

—De acuerdo —dijo él, apretando los dientes—. Pero no entrarás en el espacio-tiempo, ¿entendido?

Ella vaciló un poco. Eso echaría por tierra su objetivo.

—Jack…

—Esas son mis condiciones —espetó él—. Si das un solo paso dentro del espacio-tiempo sin mi aprobación, encontraré una razón para que maten a Ernest. Haré que te arresten y emplearé hasta al último hombre del que disponga para perseguir a esa hija tuya. ¿Comprendido?

Moira se negó a que la viera alterada. Había ganado demasiado para permitirle una victoria a esas alturas. Así que fijó una sonrisa conspirativa en la cara y le ofreció la mano.

—Entonces, ¿trato hecho?

Él apretó los dientes y su mano enorme envolvió la de ella al estrechársela con firmeza pero a regañadientes.

—Bien jugado, señorita Levy.

Le soltó la mano, salió furioso de la habitación y cerró de un portazo. Moira sacó otro cigarrillo del paquete, lo encendió y saboreó el humo lo mismo que la victoria.



20

Nueva York,

1965

Moira llevaba cinco años sin ver a Ernest Duquesne cuando él se presentó en su puerta en medio de una tormenta. Esa noche había vuelto tarde del trabajo, peleándose por mantener el paraguas abierto pese a la lluvia torrencial y el viento. Había sido un día largo, plagado de llamadas telefónicas de Jack. Pese a que llevaba un lustro siendo director de la cia, aún no había logrado cederle el control absoluto del pec. La rebelión ganaba fuerza por mucho que ella se esforzara; cada vez resultaba más difícil erradicarla. Mes tras mes recibían informes de otras agencias de todo el mundo sobre los posibles rebeldes que acechaban en sus filas. Rebeldes que seguían preguntando por Lisavet Levy, que buscaban su libro y que a veces hacían preguntas sobre el bebé con el que se la había visto.

Así que Moira redobló sus esfuerzos. Borraba el nombre de Lisavet Levy de la mente de todos los que se cruzaban con ella sin detenerse a preguntar. No podía permitirse pensar en la moralidad

cuando el movimiento rebelde no hacía más que amenazar con destapar la verdad y ponerlas en riesgo tanto a ella como a Amelia. Así que acataba las normas y dirigía el pec con mano de hierro. Cumplía con lo que Jack le pedía. Y hacía todo lo necesario para mantenerse a salvo a sí misma y a su hija. Durante años, la vida siguió su curso. Hasta que, esa noche de 1965, se detuvo de golpe.

Él estaba en la escalera de entrada, esperándola. A juzgar por la ropa húmeda que llevaba, pese a disponer de un paraguas, debía de haber pasado bastante tiempo allí parado.

—Ernest… —dijo ella, deteniéndose en seco.

Él no dijo nada, la miró con esos ojos de color azul que permanecían inalterables por mucho que pasara el tiempo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Va todo bien? —Ernest y ella seguían hablando de vez en cuando, siempre que el trabajo lo exigía, pero todas las veces por teléfono. Nunca en persona. Cuando le informaron de que ella iba a obtener el puesto de directora, él se esforzó por no tener que volver a tratar con Moira cara a cara.

Ernest se rio por lo bajo.

—Oh, sí, todo va bien. Por eso estoy parado frente a tu apartamento a las nueve en punto de la noche.

Moira lo miró. Ernest estaba más que enfadado; estaba furioso. Ella enderezó la espalda.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Se trata de Lisavet Levy.

Moira intentó mantenerse inexpresiva. Otra vez no… Se había esforzado tanto por quitarle ese nombre de la cabeza… ¿Por qué

seguía regresando para acosarla?

—Bueno, no nos peleemos aquí, en la calle. Entra.

En el ascensor, Ernest permaneció a su lado en silencio, con el abrigo goteando en el suelo. Moira le echó un vistazo breve y se dio cuenta de la tensión en su mandíbula. El aspecto descuidado de su pelo indicaba que se había pasado las manos por él de manera obsesiva. Ernest se acercaba a los cuarenta, pero su cabello estaba igual de tupido y brillante que siempre. No había una sola señal de canas o de que lo estuviera perdiendo. Al ver que lo miraba, él apretó aun más los dientes.

Llegaron al piso más alto. Moira abrió la puerta del apartamento y lo dejó pasar, la cerró y echó el pestillo. Colgó su propio paraguas y abrigo del perchero, y le indicó que hiciera lo mismo.

—¿Un café? —preguntó al dejar el bolso de mano en la mesa que había junto al sofá. Seguiría desempeñando el papel de anfitriona cordial hasta saber lo que quería.

—No, gracias —contestó Ernest, tenso, mientras paseaba la mirada por el lugar.

Se trataba del tercer apartamento que Moira tenía en Nueva York, y era de lejos el más agradable. Lo había montado ella misma, decorándolo con muebles modernos de madera oscura y tapicería pesada. Las ventanas del lado sur daban a la ciudad y, junto con el dormitorio, había una segunda habitación que usaba como biblioteca. Por un momento no hubo entre ellos más que un silencio puntuado por el rugido del viento en el exterior y por la lluvia que golpeaba contra las ventanas.

—Bonito piso —dijo Ernest con amargura—. ¿Te ayudó Jack a elegirlo?

Moira le dedicó una mirada y se dirigió a la cocina.

—¿Quieres un té mejor?

—No.

—Entonces, ¿qué me dices de un trago? Te gusta la ginebra, ¿verdad?

—Moira, no quiero nada.

Dejó su cartera sobre la mesa de café contigua al tocadiscos y la abrió. Los cierres sonaron a crujido de nudillos. Inquieta, ella le vio darle la espalda y sacar algo de la cartera. A fin de encontrar algo que hacer, lo que fuera, Moira abrió el cajón y sacó un cigarrillo. Mientras llevaba el encendedor a la punta del pitillo, oyó el suave rasguño del disco que comenzaba a sonar y se quedó paralizada.

Una canción que conocía demasiado bien brotó de la bocina. La introducción a trompeta de «Blue Moon», cantada por Billy Eckstine, llenó el apartamento. Moira se quedó helada. Buscó con la mirada a Ernest y se lo encontró parado en el centro del salón, con los puños cerrados.

—¿Te suena? —le preguntó él.

—Ernest, no veo la razón por la que…

—Te he preguntado si te suena.

Moira tragó saliva.

—Sí.

—Sí —repitió él con suavidad, y se volvió para mirar el tocadiscos mientras la canción seguía sonando—. Siempre me ha encantado esta canción. Desde la primera vez que la oí, me ha parecido uno de los temas más hermosos que haya conocido. Solía ponerlo todo el rato cuando me quedaba solo. Sobre todo en la época en la que estuvimos saliendo. Me sentía atraído por él porque me recordaba a

ti, aunque no la hubiéramos escuchado nunca juntos… o al menos yo pensaba que no había sido así.

Clavó los ojos en ella, que contuvo el aliento a la espera de lo que pudiese llegar a continuación. Al cabo de una larga pausa, él avanzó otro paso hacia ella.

—He encontrado el libro de Lisavet Levy. O supongo que debería decir que… que he encontrado tu libro. —Las últimas palabras se estremecieron con violencia.

—¿Qué has llegado a ver? —le preguntó ella en un medio susurro.

—Todo —gruñó Ernest con un tono inédito en él—. Lo vi todo. Vi todos los recuerdos que me quitaste. Sé quién eres. Ahora te recuerdo. —Se le quebró la voz, parte de la rabia había cedido ante el dolor de la aflicción.

—Ernest…

—No —dijo él, tajante—. Me robaste mis recuerdos. Nuestros recuerdos. Me hiciste olvidarte.

—Lo hice para protegerte.

—¿Y me dijiste que tenías una aventura con Jack para «protegerme» también? —espetó.

Moira apartó la vista.

—Siempre ha sido para protegerte. Tienes que entenderlo. Jack iba a…

De repente, Ernest estiró el brazo y la tomó por el mentón, obligándola a mirarlo. Moira resistió la necesidad de encogerse para escapar de él. No lo había visto nunca de esa manera. No era rudo con ella, no era como Jack. Pero lanzaba llamaradas por los ojos. De rabia y de angustia.

—Hiciste que te perdiera dos veces. Y no es justo, Moira. No es justo. En ninguna de esas ocasiones supe lo que estaba perdiendo en realidad. No había vivido nunca algo tan real como tú. Y me lo quitaste. Me mentiste.

—Para mantenerte a salvo.

—Yo decido lo que me mantiene a salvo y lo que no. Te amé. Las dos veces te amé. Sigues siendo la única persona a la que he amado. —Deslizó la mano por el lateral de su cara; daba la sensación de que no sabía si besarla o retorcerle el cuello—. Podríamos haber creado algo. Una vida juntos. ¿No es lo que querías?

—Pues claro que sí. No quería otra cosa. No tienes ni idea de lo mucho que lo deseo.

Él la miró fijamente durante unos dolorosos instantes, y entonces la dejó ir.

—Ernest…, no… no se lo habrás mostrado a nadie, ¿verdad? —dijo, preguntándose cuánta gente conocería la verdad sobre ella.

—No —contestó él.

—¿Cómo diste con él? Me lo robaron cuando aún estaba en el espacio-tiempo.

—Tanto da —dijo él, sacudiendo la mano—. Ahora sé la verdad. Que Lisavet Levy, la razón que hay detrás de todo este movimiento, es la misma persona que intenta desmantelarlo. —Parecía asqueado. Con razón.

—No lo entiendes. Lo he hecho solo para…

—¿Para protegerme? —preguntó con tono burlón y en voz alta—. Moira, no tienes que protegerme del movimiento. Yo soy el

movimiento. Yo. Soy yo quien está detrás de todo. Llevas diez años trabajando en mi contra.

Ella se quedó pálida.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? —preguntó, con expresión escéptica—. ¿Tú, la lectora de mentes?

—Ya no hago esas cosas —contestó Moira en voz baja.

No a menos que alguien albergara recuerdos de Lisavet Levy que hubiera que eliminar. Cuando pasaba eso, una o dos veces al año, nunca buscaba recuerdos relacionados con Ernest. Había ignorado que tuviera que hacerlo.

Ernest se quedó mirándola, haciendo un esfuerzo por procesar esa información.

—¿Cómo pudiste hacerlo? Tú, la chica que creía que los recuerdos eran algo sagrado…

Ella lo fulminó con la mirada.

—No te sorprendas tanto, Ernest. Incluso tú eres culpable de quemar recuerdos.

—Hasta que te conocí. Hasta que me mostraste la razón por la que era un error. Tú solías rescatar recuerdos, no robarlos. ¿Qué te pasó?

—Que maduré —espetó ella—. Me di cuenta de que nunca representaba la menor diferencia. De que el Tiempo es demasiado grande para una sola persona. Ninguno de mis esfuerzos llegó a cambiar nada.

—Eso no es cierto. Cambiaste cosas. Me cambiaste a mí. Aunque me robaras los recuerdos, las ideas que habías sembrado echaron raíces profundas. Y, cuando empiezan a propagarse, es imposible

matar las ideas. Me he pasado los últimos diez años de mi vida siguiendo esa idea y ahora hay una docena de personas que están haciendo lo mismo. No me digas que eso no importa, Lisavet.

Oír que decía su nombre, de esa manera y después de tanto tiempo, hizo que se mareara de terror. Sus palabras removieron algo en lo más hondo de su ser. El viejo y familiar poder de la convicción. La atracción de esa idea por la que había luchado de manera tan feroz volvió a ella como los ecos del Tiempo. Y ella la aplastó.

—No. No. No puedo hacerlo. No. No te pedí que lucharas por mí. Yo no quería esto. ¿Sabes lo que pasaría si alguien descubre que eres quien está detrás de todo esto? Te matarían.

Intentó pasar junto a él, pero Ernest se interpuso y la sujetó de ambos brazos.

—Entonces, mátame —gruñó—. Lo van a hacer de todos modos, así que adelante.

Moira retrocedió, encogiendo el cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—He robado los relojes de la oficina del pec antes de venir a verte.

—¿Que has hecho qué?

—Los he robado. La idea formaba parte de un plan más amplio, así que solo me he adelantado un poco. He dado instrucciones y, en poco tiempo, todas las entidades gubernamentales del planeta van a encontrarse en la misma situación.

Moira lo miró, conmocionada. ¿Quién era esa persona? Ernest, el diplomático. Ernest, el pacificador, había organizado un movimiento y había robado al mismo departamento que fundó su padre. Estaba

desmantelando el sistema poco a poco. Ya no era un soldado, sino un rebelde. Y todo por ella. Jack se había equivocado.

—El tuyo es el último —dijo, señalando su muñeca con un movimiento de cuello—. ¿Lo ves? Ya soy un cadáver viviente.

—Entonces, ¿esa es la razón por la que has venido hoy aquí? —preguntó ella en voz baja.

Ernest tragó saliva, parte de la rabia comenzaba a ceder.

—No. He venido porque… porque tenía que verte.

«No, tienes que salir huyendo», pensó Moira. En cuanto los demás descubrieran que los relojes habían desaparecido, harían sonar la alarma. Al constatar que Ernest no iba a trabajar al día siguiente supondrían que era el ladrón. Lo perseguirían y lo matarían por traidor. La mera idea hizo que a Moira le pitaran los oídos de terror. Él era consciente de que se le acababa el tiempo y, aun así, había ido a verla, a sabiendas de que ella bien podría detenerlo. Lo notó en sus ojos: el titubeo mientras ambos se preguntaban qué haría el otro a continuación. Ella dio el primer paso. Se quitó el reloj de la muñeca y se lo ofreció.

—Ten. Guárdalo. Y lárgate de aquí.

Él bajó la vista hacia el reloj y vaciló.

Ella lo estampó contra su pecho.

—¿A qué esperas? Tómalo. Si sales ahora, quizá tengas tiempo de huir. Puedes esconderte en el espacio-tiempo. Si has robado los relojes, nadie te encontrará allí. Podrás decidir algo con tus rebeldes.

Él levantó el brazo, pero para agarrarle la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que he hecho siempre. Intentar protegerte.

—¿Por qué? Deberías estar apuntándome con una pistola a la cabeza.

—No pienso ser la razón por la que te maten.

—¿Por qué no?

Moira profirió un grito ahogado de frustración.

—¿De verdad hace falta que lo preguntes?

Siguió un silencio tenso, la atmósfera entre ambos se enroscó como el alambre de espino y se tensó con fuerza. Él la miró con un anhelo en la expresión; se sintió furioso por ello, pero no dejaba de ser un anhelo.

—Ernest, por favor… —dijo ella.

El alambre se rompió. Él enlazó un brazo en torno a su cintura. Ella inspiró de golpe cuando la atrajo hacia él para besarla. Fue un beso apasionado y firme, pero también dulce por debajo de todo lo demás. Él la levantó en brazos, barrió con todo lo que había en la encimera y la colocó en el borde. Le murmuró su nombre al oído mientras llevaba las manos a los botones de su camisa.

—Lisavet —dijo en su viejo tono familiar. Era la misma voz que había oído cada noche de insomnio, acosada por los recuerdos.

Ella notaba la rabia por debajo de la superficie de su abrazo, pero esta no hizo más que añadir combustible a la hoguera que se había desencadenado entre los dos. Una llama dolorosa que Moira había acarreado consigo a lo largo de quince años. Su mente se disparó al considerar las posibilidades. Él se había pasado todo ese tiempo luchando por ella, y ella por él, y ninguno de los dos se había enterado.

Lisavet Levy no había sido nunca una molestia, sino una amenaza real y tangible. No porque rescatara los recuerdos que otros decidían

quemar, sino porque se había convertido en una idea. Y las ideas eran mucho más difíciles de eliminar. Por eso Jack había ido a por ella. Por su espíritu, por su convicción, por su fe en su propia causa. Y ella había picado al permitir que le plantara sus propias ideas en la cabeza.

Moira estrechó a Ernest hasta donde le fue humanamente posible, a la vez que maldecía todos los años que había dedicado a trabajar en su contra cuando los dos podrían haber actuado juntos. Se fusionaron mientras, al otro lado de la ventana, la tormenta ganaba intensidad.

Unas horas más tarde estaban tumbados en la cama. Ernest la rodeaba con los brazos y depositaba besos abrasadores en su hombro, disfrutando de algunos momentos robados a esa reunión antes de que llegara lo inevitable.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Moira—. Contigo, quiero decir.

Él tensó los brazos.

—No, mmm…, no estoy seguro. No había previsto que las cosas fueran así. Lo habíamos planeado. Se suponía que habría comprado billetes de avión para que Amelia y yo pudiéramos escapar a algún lugar de América del Sur. Tenía que pasar en verano para que pareciera que me iba de vacaciones con normalidad. Pero entonces vi los recuerdos del libro y tuve que venir a verte. Supuse que de todos modos me entregarías, así que… —Se interrumpió y se pasó la mano por el pelo—. Dios mío, esto es un caos. Ni siquiera tenemos la solución para la segunda parte del plan.

—¿Qué segunda parte?

—Eliminar todos los accesos al espacio-tiempo, incluso el nuestro, para que nadie pueda volver a interferir en él.

—Eso me parece bastante extremo.

—Es la única manera de asegurarnos de que no lo controlen manos equivocadas. Si no, no tiene sentido. Descubrirán la manera de volver a entrar en él. Estaba trabajando en un plan antes de que pasara todo esto.

Moira le pasó la mano por el pelo.

—Entonces, déjame que te ayude.

—¿Cómo?

—Tenemos hasta por la mañana antes de que alguien se dé cuenta de que los relojes han desaparecido.

—Lisavet.

—Estoy contigo en esto, Ernest. Deja que te ayude. Se nos ocurrirá algo.

Él agachó la cabeza para darle un beso dulce.

—De acuerdo. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Se acabaron los secretos. A partir de ahora tenemos que ser sinceros el uno con el otro. ¿Lo prometes?

Siguió una pausa pesada y prolongada. Moira cerró los puños en torno a los bordes de las sábanas y se incorporó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ernest al reparar en la expresión de su cara.

—Tengo… tengo que contarte algo más. Sobre Amelia.

A la mañana siguiente, después de salir del apartamento de Moira, Ernest no hizo lo que habían acordado, al menos no de inmediato.

Se suponía que tenía que desaparecer. En eso consistía el plan que había elaborado con Moira. Se dirigiría al segundo apartamento que ella mantenía en secreto en el centro de la ciudad y se quedaría allí, escondido. A la vez, Moira le diría a Jack que Ernest había sido asesinado por otro cronauta. Ernest le había dado su reloj para que ella pudiera fingir que se lo habían enviado los rusos como prueba de su muerte, tal y como los estadounidenses habían hecho siempre con ellos. Por mucho que le doliera renunciar al espacio-tiempo, era consciente de que no podía permitir que miembros de países rivales le vieran después de que se corriera la voz. Moira se iría a Boston. Cuidaría de Amelia, la protegería de Jack y los demás, y acabaría explicándole los secretos que tanto ella como Ernest le habían ocultado. Mientras tanto, Ernest llevaría a cabo la segunda parte del plan y, cuando llegara el momento, huirían. Los tres juntos.

En su ausencia, el departamento haría lo mismo que cada vez que alguien caía asesinado en el espacio-tiempo y no se podía recuperar su cuerpo: organizaría de todos modos un funeral con el féretro cerrado, claro, para evitar que la familia del finado hiciera demasiadas preguntas. Y para que pudieran pasar página.

Fue pensar en ese funeral, y en la idea de que Amelia asistiera sola, lo que llevó a Ernest a irse no al centro de la ciudad, como había decidido con Moira, sino a Boston. A la Academia Pembroke, donde Amelia acababa de comenzar otro semestre. No le importó que debiera ya estar muerto. Tenía que verla. Al llegar, aparcó el coche y se quedó fuera del comedor hasta que vio salir a la niña. Amelia parecía malhumorada, como era habitual cuando se levantaba temprano, y él sonrió al ver su ceño fruncido por el sueño. Al saber la verdad, pudo apreciarla sin problemas: la nariz, la frente

elevada, la piel pálida y lunar. Rasgos que había asumido siempre como procedentes del examante irlandés católico de Elaina, pero que, según sabía ya, se debían a Lisavet. A los quince años, Amelia comenzaba a parecerse cada vez más a su madre pese a que el cabello pelirrojo y los ojos de color azul fueran de él.

Su hija. Era su hija. Para él, eso lo alteraba todo. Siempre la había querido como si fuera suya, no se trataba de eso. Más bien eran sus propios actos los que pasaba a ver bajo una luz diferente. Debería haber hecho un esfuerzo mayor cuando ella era pequeña. Haber insistido para convertirse en una presencia más constante en la vida de Elaina, incluso cuando su hermana lo apartaba de ellas. Debería haber hecho más por mantenerla a salvo de los peligros de su joven existencia. En su momento se había abstenido de hacerlo, pensando que no le correspondía introducirse en la vida de la hija de otra persona. Pero él era su padre. La rabia que sentía hacia Moira, hacia Lisavet, volvió a brotar. No sabía si llegaría a perdonarla por Amelia. Por haberlo mantenido en la inopia durante todos esos años. Vio a Amelia atravesar el patio interior camino de la primera clase del día y deseó poder dirigirse a ella. Pero se suponía que estaba muerto.

La mitad de su ser tenía miedo de que confiar en Moira fuera un error, mientras que la otra mitad sabía que Lisavet no haría nada que pudiera ponerlos en peligro a él o a la hija de ambos. En cualquier caso, no tenía elección. No le quedaba ninguna otra persona en la que confiar.



21

Algún lugar del espacio-tiempo,

1965

Amelia, Anton y Azrael salieron del último recuerdo viviente de Lisavet Levy y regresaron a la calma oscuridad del espacio-tiempo. Todos ellos guardaron un silencio sepulcral. Azrael los había conducido hasta el borde del abismo. Amelia podía oír aún los susurros que la llamaban desde las profundidades, pero ya comprendía el porqué.

—Entonces, esto… —Tragó saliva, la voz temblorosa—. Esto existe por mi culpa.

—En cierto sentido —dijo Azrael—. Pero eras solo un bebé. Dudo que puedas culparte a ti misma.

No obstante, Amelia lo hacía. El abismo estaba allí por ella. Moira Donnelly…, no, Lisavet Levy…, no, su madre lo había creado para protegerla. Había reescrito el pasado una y otra vez. Una y otra vez había mentido, interrogado, asesinado y se había negado a sí misma

la única felicidad que había conocido… por ella. Como si percibiera sus ideas, Azrael le dirigió una sonrisa triste.

—Nunca subestimes lo que una madre puede llegar a hacer por su hija —le dijo.

Amelia sacudió la cabeza, incapaz de reconciliar todo aquello con la versión de Moira que había conocido. La que la tiraba por la ventana, la empujaba a una tumba abierta y la mandaba al espacio-tiempo contra su voluntad. ¿Todo eso había sido también para protegerla?

A su lado, Anton le daba la espalda. El joven tenía la vista puesta en el abismo, con el libro aún entre las manos. Los ojos cargados y sombríos. Azrael inclinó la cabeza en dirección a Amelia y se retiró de la escena, desvaneciéndose contra un fondo de estantes cubiertos de polvo. Ella avanzó unos pasos vacilantes hacia el abismo.

—¿Anton? —dijo con suavidad.

Él hacía girar el libro entre las manos.

—Luchó por ella —dijo con una voz baja que se sacudía con cada palabra—. No solo al principio. Se pasó toda la vida luchando por ella. Y ella lo mató.

Amelia no dijo nada. ¿Qué podía decir si ella era la razón por la que habían asesinado a su padre? ¿Cómo podía reconfortarlo si la infancia maravillosa que él le envidiaba, llena de poesía, seguridad y amor, la había obtenido a expensas de la suya propia?

Ella reprimió las lágrimas y le tocó el brazo.

—Anton, yo…

Él se estremeció.

—Necesito un momento —dijo.

—Espera —dijo Amelia—. Por favor…

—No, solo… solo dame un momento para… para… ¿cómo se dice? Procesarlo. Volveré —dijo, con los ojos cerrados—. Te lo prometo, es solo que… necesito estar solo un momento.

Amelia asintió con la cabeza. Tragó saliva.

—Lo comprendo —dijo.

Anton no la miró; giró sobre sus talones y se alejó. Al quedarse sola, ella se dejó caer junto al abismo y pegó las rodillas al pecho en la misma posición exacta en la que estaba cuando él la encontró allí por primera vez.

Moira se despertó al oír que Ernest cerraba la ventana de la habitación contigua. Había comenzado a llover otra vez y el viento arrojaba gotas de agua contra el borde de la mesa en la que solía trabajar. Se incorporó, apoyándose en un brazo, y lo observó. Ante él tenía páginas y más páginas de anotaciones. Los libros de física cuántica y teoría del espacio-tiempo que usaba para encontrar una solución al problema. Para dar con la manera de bloquear el acceso al espacio-tiempo para siempre. Una sola lámpara iluminaba su rostro y proyectaba sombras sobre esas arrugas de cansancio que se habían convertido en un rasgo permanente de su ceño.

Era tarde. Como venía haciendo cada noche desde la llegada de Moira, Ernest había postergado varias horas el momento de irse a la cama. Siempre esperaba a que ella se quedara dormida para acostarse. Siempre se levantaba al menos una hora antes que ella. Como si no confiara en quedarse dormido mientras ella estuviera despierta. Moira se sentó, dejó que las sábanas cayeran al suelo y

salió de la habitación. Ernest no reparó en ella hasta que se la encontró a su lado.

—Ernest… —dijo Moira.

Él dio un salto.

—Lisavet… —dijo él, cerrando la libreta de inmediato.

A ella se le encogió el corazón al oír ese nombre tan familiar. Había comenzado a llamarla así, esforzándose quizá por recordarles a los dos quién era ella en realidad.

—Son las tres de la mañana —le dijo con voz suave.

Él soltó un suspiro hondo.

—Ya lo sé. Unos minutos más.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Moira, apartando de la mesa una silla para sentarse frente a él.

Ernest no contestó de inmediato; dio unos golpecitos con el dedo sobre la libreta.

—Nada en concreto. Algunos hilos que nunca llevan a ninguna parte.

—Cuéntame. Quizá pueda ayudarte.

Ernest sacudió la cabeza poco a poco.

—No. Tienes razón, es tarde. Debería dormir un poco. —Se apartó de la mesa y se llevó la libreta consigo, pero dejó los libros allí—. ¿Vienes? —le preguntó.

Moira notó la tensión en su voz. Si lo acompañaba, él esperaría a que ella se durmiera primero, y no estaba cansada. Negó con la cabeza.

—No. Ve tú. Me quedaré levantada un rato. —Arrastró uno de los libros hacia ella y lo abrió por el índice.

Él se quedó quieto, vacilante.

—Puedes echar el pestillo si eso hace que te sientas más cómodo —le dijo sin levantar la vista.

—Oh, no… no es lo que quería…

Ella lo miró, se obligó a esbozar una sonrisa benévola.

—Ernest, no pasa nada.

Él se quedó un momento más, mirándola avergonzado.

—Buenas noches —dijo en voz baja.

Se llevó el cuaderno a la habitación y cerró la puerta. Moira intentó concentrarse en el libro que tenía frente a ella, sin prestar atención a los ruidos que hacía él en la habitación contigua al desvestirse y al cepillarse los dientes en el baño. Y, cuando el pestillo de la puerta del dormitorio hizo clic, intentó no sentirse herida.

A Ernest no le gustaba que fumara, así que, en cuanto dejó de llover, se llevó los cigarrillos a la escalera de incendios. Era una noche fría, el viento traspasaba sin problemas su camisa, que era de Ernest y olía a él: ese aroma almizcleño a menta que le resultaba tan familiar, y que, sin embargo, seguía haciendo que el corazón le diera un vuelco. Exhaló el humo hacia lo alto y, cerrando los ojos, se quedó escuchando a la banda de jazz que tocaba en la planta baja mientras recordaba la conversación que había mantenido antes con Ernest. Habían discutido durante la cena, y no era la primera vez desde su llegada. La soltura que en su día existió entre ambos se había erosionado con el paso del tiempo y los había dejado en tensión; la confianza se había desgastado, sobre todo en el caso de Ernest.

En su mente existían tres versiones de ella, y cada una estaba contaminada por las otras dos. Primero estaba Lisavet Levy, la chica de la que se había enamorado, la madre de la hija que él había

ignorado tener. Luego estaba la segunda versión, la secretaria de Jack, la mujer a la que le había comprado un anillo, la mujer que le había roto el corazón. Y después estaba ella, la mujer implacable que se había quedado con un trabajo que le correspondía por derecho propio y que había obrado contra la rebelión que él había dirigido durante cinco años. A esa mujer la odiaba, por mucho que se esforzara en no demostrarlo. Esa mujer era la que le llevaba a mantener las distancias.

Allí fuera, en la escalera de incendios, Moira miró el extremo candente del cigarrillo, incapaz de obligarse a acabar con él. Ernest no la había perdonado, y eso la destrozaba. Seguía amándola, pero las cosas habían cambiado. Le daba los buenos días y las buenas noches con un beso, pero ella notaba el muro entre ambos. Por alguna razón, eso le dolía más que las demás veces que lo había perdido. Frustrada, tiró con fuerza la colilla, que pasó por encima de la barandilla. Estar allí con él no era productivo. Ella le distraía, le impedía encontrar una solución.

Tampoco estaba muy segura de lo que sentía acerca del plan de sellar el espacio-tiempo para siempre. No tenía claro que fuera posible y, de ser así, ¿qué implicaría de cara al futuro? ¿Y qué decir respecto al pasado? El espacio-tiempo era el único lugar seguro que había conocido. ¿Quedarían condenados a vivir como fugitivos? Tenía la sensación de que sus elecciones siempre acababan conduciendo a lo mismo, a intercambiar su felicidad por una solución a sus problemas. Y siempre había elegido la opción que resultaba en una destrucción menor para las personas a las que quería.

El ruido que hizo la ventana al abrirse la llevó a levantar la vista. Ernest se disponía a salir para unirse a ella en la escalera, y pareció

un caballo con demasiadas extremidades cuando se contoneó para pasar a través del marco. Se aclaró la garganta mientras se sentaba en el escalón, a su lado.

—Hace frío aquí fuera —dijo con voz ronca.

—Pensaba que te habías ido a la cama.

—No podía dormir.

Ella apartó la mirada, deseando no haber tirado el cigarrillo.

—Yo tampoco.

Él soltó una exhalación firme y prolongada.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por comportarme de manera tan… dolida.

—Tienes razones para estar enfadado conmigo. No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. Es que… —Resopló de nuevo—. Ya no sé lo que debo sentir hacia ti. Cuando vine a verte esa noche, todo estaba tan claro…, pero aquí, no lo sé.

Ella se mordió el labio y apartó la mirada. Entonces dijo:

—No debería haber venido.

—Pues claro que deberías haber venido.

—Solo he conseguido que todo sea más difícil para ti.

—La alternativa habría sido peor. Te hubieran arrestado por matar a Jack. Si te llegan a matar pudiendo estar a salvo aquí, conmigo, no te lo habría perdonado nunca.

—¿Dónde está la diferencia?

Él la miró con gesto impotente.

—Quiero perdonarte. La mitad de mi ser ya lo ha hecho. Es solo que…

—… Amelia —acabó ella la frase por él—. Lo entiendo. ¿Qué se suponía que debía hacer? Ya me había borrado de tu vida cuando descubrí que estaba embarazada. Hice lo que pude…, lo que debía. Por ella.

Ernest tardó en contestar.

—Lo entiendo. En lo más hondo, lo entiendo. Estabas sola. No debería echarte en cara que hicieras lo que creías que debías hacer. Pero eso no significa que deje de desear que las circunstancias hubieran sido diferentes. Hay tantas cosas de las que me arrepiento… Me siento muy culpable por todo lo que ha pasado, no dejo de pensar que podría haber hecho algo más. Podría haberos salvado a Amelia y a ti de todo esto.

—Si me hubiera ido contigo cuando me lo pediste la primera vez, ¿dices? No habría funcionado, Ernest. Todas tus teorías eran correctas. Al salir del espacio-tiempo pasé un largo período perdiendo y recobrando la consciencia. Fue al menos un mes, aunque me mantuvieron sedada. Tuvieron que alimentarme por vía intravenosa, apenas podía caminar. Nos habrían capturado… A ti te habrían matado. ¿Y dónde nos habría dejado eso?

Ninguno de los dos dijo nada, pero Moira percibió que los engranajes de su mente giraban sin parar en un esfuerzo por reconciliar la rabia que sentía con la realidad de su situación. Al cabo de varios minutos, estiró el brazo, tomó su mano y enroscó los dedos de ambos.

—Yo habría cuidado de ti —le dijo.

Ella le estrechó la mano, con la esperanza de que la estuviera perdonando.

—¿Has considerado la posibilidad de abandonar todo esto? ¿De irte al espacio-tiempo, como habías planeado, y dejar el resto?

Ernest suspiró.

—Sí. No hay nada que desee más que huir con Amelia y contigo a algún lugar muy muy lejano. Que los demás resuelvan este asunto. Pero yo lo inicié y tengo que terminarlo.

Moira comprendió que no podría disuadirlo. Ellos habían creado juntos ese problema. No podían largarse en ese momento. Se quedaron sentados en silencio, recostados el uno contra el otro mientras el viento soplaba a su alrededor.

—¿Sabes que los recuerdos de Elaina no están en el espacio-tiempo? —dijo Ernest de repente.

—¿No?

—Pasé mucho tiempo buscándolos, pero no están allí. No comprendí el porqué hasta que me contaste lo que hiciste, y ahora… —Comenzó a jugar con el reloj en su muñeca, distraído—. Quizá sea parte de la solución.

—¿Qué quieres decir?

—¿Conoces la expresión de que el Tiempo es un constructo?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, ¿y si fuera algo más que un constructo? ¿Y si nosotros lo construimos?

—Y con eso quieres decir…

Ernest hizo una pequeña pausa, cribando la arena en constante cambio de sus ideas para intentar apoderarse de las perlas ocultas en su interior.

—Con eso quiero decir que… ¿y si no hubiera un pasado de verdad más allá del que hemos construido? Si no hubiera una

historia de verdad. Si el cuerpo y la consciencia son cosas separadas, ¿por qué aceptamos todos la idea de que experimentamos la misma versión del mundo? Hablando de forma científica, esa idea de una experiencia humana compartida, de una consciencia colectiva, no encaja.

Se puso a hablar técnicamente de conceptos de física y ecuaciones cuánticas. Cosas que Moira no había logrado comprender nunca.

—Me estoy perdiendo, Ernest —dijo, interrumpiéndolo.

Él hizo una pausa. Se reorganizó. Comenzó de nuevo.

—Cuando nos conocimos me dijiste que todo el mundo recuerda las cosas de una manera diferente. Que cada recuerdo, contaminado por la nostalgia y las circunstancias, ofrece una visión distinta del mundo. ¿Quién dice que no se puede aplicar lo mismo al conjunto de la historia? ¿Y si la única razón por la que tenemos esta versión colectiva del pasado, de la realidad, se debe a que llevamos miles de años construyéndola de manera sistemática nosotros mismos?

—Pero ¿cómo?

—Por procesos de asimilación. Al guardar los recuerdos en libros, al obligar a la memoria a que se adecue a una versión específica de las cosas, estamos alterando el ecosistema completo del Tiempo y la consciencia.

—Ya… —dijo Moira con cautela.

Ernest apenas le prestó atención.

—La teoría de la conservación de la energía afirma que la energía no se puede crear ni destruir. Eso también quiere decir que la consciencia no se puede crear ni destruir. Así que… todas las consciencias que han existido o vayan a existir han estado ahí

siempre. Se transfieren de la persona al espacio-tiempo y viceversa, y, cuando morimos, los cronautas las transfieren a un libro, donde se almacenan para la eternidad: no mueren, pero sí quedan encarceladas. Cuando se quema un recuerdo, la energía del fuego transfiere la energía del recuerdo a otro lugar a través del calor y la llama, pero una parte del recuerdo permanece en los cronautas que lo almacenaron y que lo destruyeron. En ti. —Levantó el brazo y le puso la mano en la mejilla, los ojos brillantes al pensar en las posibilidades de sus palabras—. La mujer desligada del Tiempo. Esa parte no desaparece. No del todo. Porque los recuerdos son energía y la energía no se destruye. Así que deben ir a algún sitio, ¿no?

—Pero ¿adónde?

Siguió otra pausa de mayor duración que la anterior.

—He estado pensando mucho sobre el abismo —dijo Ernest poco a poco—. Me dijiste que apareció después de que alteraras el pasado para dejar a Amelia en él, ¿verdad?

Moira asintió con la cabeza.

—Sí.

—Quizá no sea un abismo. Quizá se trate de un pasaje.

—¿Un pasaje?

—A un tiempo diferente. Como el puente Einstein-Rosen. Quizá conduzca al pasado alternativo que creaste. Un tiempo distinto. Quizá los recuerdos de Elaina estén allí. Igual que el resto de recuerdos que ya no podemos tocar porque los hemos eliminado de nuestra versión de la línea temporal.

—Supongo… Es una teoría, al menos.

Él entornó los ojos.

—¿No te gusta?

—No lo sé. Son todo especulaciones.

—Quizá me equivoque. Pero, si no es así…, imagínate lo que podría ser el mundo. Imagina las diferentes versiones de la historia que podrían haber existido. Que podrían seguir existiendo, en alguna parte.

—¿Y qué? ¿Quieres abrir un abismo que engulla la totalidad del espacio-tiempo?

Ernest no contestó.

—Es lo que quieres hacer —dijo Moira, los ojos fuera de las órbitas —. Ernest, es una locura.

—Quizá sí. Pero quizá no.

—Sí que lo es. En cualquier caso, se trata de una teoría. ¿Y si estás equivocado? A saber el daño que podrías provocar.

—Pero ¿y si acierto? Contigo lo hice, ¿no es verdad? —Le puso la mano sobre la boca, en broma, cuando ella se disponía a protestar de nuevo—. Pongamos que tengo razón en este caso. ¿Cómo lo harías?

Ella lo miró, con cierto recelo, antes de decidir que le seguiría el juego.

—Supongo… supongo que haría falta otro cambio en el pasado. Uno grande, esta vez. Pero es peligroso. Nunca sabes cuáles serán las consecuencias. Es algo incontrolable.

Sucedía igual con el presente. Nunca sabías qué tipo de futuro podías crear con tus actos. Tal y como decía siempre Azrael, vivir era la actividad más peligrosa de todas.

—Pero, si pudieras…

Moira lo miró con fijeza.

—Ernest, ¿qué estás planeando?

Él desvió los ojos hacia la izquierda, como evasiva.

—Nada.

—Ernest…

—Aún nada. Estoy desarrollándolo. —Se puso en pie sin soltarle la mano y tiró de ella para que lo imitara—. ¿Tienes hambre? Puedo preparar algo.

Ella deseaba insistir, pero no quiso acabar discutiendo. Aquello había sido un paso adelante. Cedió y asintió con la cabeza. Él se inclinó hacia ella y le dio un beso suave en los labios. Un beso de verdad, duradero. Ni acalorado ni distante, como habían sido todos los demás. Moira se lo devolvió, acallando sus temores, y lo siguió al interior del apartamento.

Ernest usó las últimas rebanadas de pan para preparar unos bocadillos tostados en el fogón. Se estaban quedando sin tiempo, pero ninguno de los dos se sentía preparado para reconocerlo. Al final, tal y como Moira había anticipado, la conversación regresó a Amelia.

—¿Por qué insistió tanto Jack en involucrar a Amelia? —preguntó Ernest.

Moira se puso en tensión, no quería más peleas.

—Tenía teorías sobre ella —contestó—. Siempre sospechó que no le había dicho la verdad cuando le conté que había muerto. Insinuó saber que la había dejado en un recuerdo. Era imposible que supiera cuál, así que pensé que, mientras hiciera lo que me pedía, no iría en su busca. Pero entonces Amelia recordó algo que yo había intentado eliminar, hace años, cuando la trajiste a la oficina, y me di cuenta demasiado tarde. Jack vio en tu «muerte» la oportunidad de probarme y decidió involucrarla. Amenazó con ingresarla, tal y como

hizo conmigo cuando salí del espacio-tiempo. Así que la mandamos a buscar el libro. El pec había estado tras él y yo esperaba que, en caso de encontrarlo, me ayudaría a explicar las cosas.

—Pero ¿cómo es posible que Amelia recordara algo que tú habías intentado borrar? —preguntó Ernest, dándole el plato—. Eso no lo comprendo.

—La teoría dice que Amelia está más desligada del espacio-tiempo que yo misma. Yo me limité a vivir en su interior, pero ella nació allí. Es capaz de recordar cosas que he eliminado. Es capaz de desplazarse por su propio plano temporal. La vi hacerlo la primera vez que le dio cuerda a tu reloj. Está exenta de los límites normales y establecidos del Tiempo. Es casi como si existiera por completo al margen de él.

Ernest reflexionó sobre su respuesta durante unos instantes. Moira intuyó que seguía sopesándolo por mucho que cambiaran de tema. Acabaron de comer y, antes de irse a dar una ducha, él le dio otro beso largo y dulce. En su ausencia, Moira se puso en pie para trastear con el radiador, que había vuelto a apagarse. Su mirada se posó en las notas que Ernest había extendido sobre la mesa. En la libreta negra que guardaba consigo incluso cuando dormía. Sintiendo curiosidad por lo que él había estado haciendo, echó un vistazo a la puerta del dormitorio y prestó atención para asegurarse de que él estuviera en la ducha antes de abrirla.

Cuando salió del baño, ella lo estaba esperando parada en medio de la habitación, los brazos cruzados sobre la libreta negra,

mordiéndose el labio con ansiedad. Él, que aún llevaba la toalla alrededor de la cintura, se sobresaltó al encontrársela.

—¿Es que disfrutas pegándome sustos de muerte? —le preguntó, riéndose, hasta que reparó en el cuaderno—. ¿Por qué tienes eso?

—No lo hagas —le dijo Moira con firmeza.

—¿Qué?

—Lo que estás planeando. No lo hagas.

Su mirada se paseó entre el cuaderno que ella tenía en las manos y su cara. Pareció un tanto impresionado ante el hecho de que ella hubiera logrado descifrar su letra de médico, pero sobre todo puso cara de culpabilidad.

—Ibas a hacerlo sin contármelo, ¿verdad? —dijo con tono seco—. Por eso me has preguntado por Amelia.

Él se mordió el labio.

—Tenía que asegurarme de que no fuera a pasarle nada —admitió.

Ella lo miró, horrorizada.

—Sigues decidido a hacerlo.

Él le dirigió una mirada pesarosa y prolongada.

—Es la única opción, Lisavet.

—No, no lo es. No puede ser.

—Llevo meses investigando, antes incluso de venir aquí. Es lo único que tiene sentido. Lo único que garantizará que nadie vuelva a tomar el control del espacio-tiempo.

Moira se le acercó, alarmada.

—Ernest, si haces esto te quedarás atrapado. No por unos años, sino para siempre.

—Lo sé —dijo él, apretando los dientes.

—Pero Amelia…

—No se verá afectada. Me has dicho que está desligada del Tiempo, lo que significa que seguirá existiendo por mucho que alteremos el resto. Si lo llevo a cabo, no le pasará nada.

Esa certidumbre hizo que a Moira se le revolviera el estómago.

—No me refiero a eso, Ernest. Quiero decir que se quedará sola. Si te vas, ¿quién cuidará de ella?

—Te tendrá a ti.

Moira sacudió la cabeza.

—No, no me tendrá. Ya sabes lo que será de mí. —Pensó en su hermano, en la muerte cruel a la que se enfrentó. Sin un espacio-tiempo en el que su padre pudiera ocultarla, ¿sufriría el mismo destino que él?

—No pasará eso —dijo Ernest con firmeza—. Eres como ella. El desplazamiento temporal, ¿recuerdas? Tú existes fuera de los confines del tiempo.

Moira se mordió el labio. Aunque fuera cierto, aunque ellas no cambiaran, todo lo que las rodeaba sí lo haría. El mundo tal y como lo conocían, y toda la gente a la que querían, se transformaría en algo diferente. Ernest incluido. Estiró el brazo hacia él, deseando tocarle, y lo retiró, insegura. En cambio, él avanzó y rodeó su rostro con las manos. Su piel conservaba la calidez de la ducha, sus ojos reflejaban una seguridad aterradora.

—Ernest, tiene que haber otra manera. No quiero arriesgarme a perderte.

—No me perderás —le dijo, su voz poco más que un susurro—. Tú y yo estamos conectados. No importa dónde acabemos, sea otro país, otra época o una versión alternativa del pasado, que siempre terminaremos encontrándonos.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y si te equivocas?

Ernest se acercó a ella, le pasó el pulgar por la mejilla.

—Si mis teorías son correctas, podría haber cientos de versiones de la realidad. Una sola conciencia podría crear miles de caminos. Seguro que en uno de ellos somos felices.

Ella volvió a negar con la cabeza, esa vez con mayor vehemencia.

—Pero no lo sabes, Ernest. Es imposible que sepas si tienes razón. Si esta es tu solución, deja que sea yo la que…

Sus manos se tensaron.

—No. En absoluto.

—Ernest, sería mejor así. Tú te destruirías por completo, pero, como dices, yo estoy desligada del Tiempo. Quizá sobreviva.

—No puedo permitir que hagas eso —dijo Ernest con firmeza—. Si me equivoco con todo esto… No quiero ser yo el que vuelva a quedarse atrás. No pienso perderte esta vez, cuando al fin puedo decidir algo.

Moira le dirigió una sonrisa triste.

—No me perderías. Es imposible perder lo que no se recuerda.

—No —dijo él, tajante, y deslizó las manos por sus hombros—. Tú no lo sabes, no te ha pasado nunca. Hiciste que te olvidara, pero aun así me dolió, solo que ignoraba el porqué. Sabía que me faltaba algo. Una pieza vital de mi vida había desaparecido y no lograba averiguar de qué se trataba. Pensaba que se debía a un efecto latente de mi paso por el ejército. De una especie de aflicción a largo plazo. Pero no, era por ti. No tienes idea de lo que es eso. De lo que significa perder una parte de tu ser y no entender por qué.

—Si llevas esto a cabo es lo que me harás a mí. ¿Es eso lo que deseas?

Ernest flaqueó un poco.

—No —dijo en voz baja, apenas un susurro.

—Entonces busca otra manera —le dijo, y pegó el cuaderno al pecho de él mientras le miraba con expresión suplicante—. Por favor, Ernest. Tiene que haber otra solución.

Él la soltó para guardar el cuaderno, aún con expresión dividida.

—Vale —dijo, tirando de ella con una mano—. Vale.

—Promételo. Dime que no lo harás. Dame tu palabra.

Él le besó la frente con dulzura, llevó la mano a su cara para limpiarle una lágrima que ignoraba haber vertido. La besó en el puente de la nariz. En ambos párpados. La estrechó contra su cuerpo y acabó por besar sus labios. Pero no le contestó. No se lo prometió. Esa noche se acostaron por primera vez desde la llegada de Moira. Ella percibió una urgencia en sus movimientos que la puso nerviosa. Porque le resultó familiar. Era el tipo de desesperación que ya había visto en él la noche en la que aceptó abandonar el espacio-tiempo para irse con él.

A punto de amanecer, se despertó al oír una puerta que se cerraba. A su lado, la cama seguía tibia, pero Ernest no estaba allí. Se levantó, pensando que estaría en la otra habitación. Abrió la puerta, pero no lo vio. ¿Había salido? Comenzó a vestirse mientras la paranoia hacía acto de presencia. En la puerta de entrada, la cadena seguía puesta.

Su mirada se disparó hacia los relojes de la encimera. La caja estaba abierta y faltaba uno. Maldijo en voz alta y fue a por el abrigo. Por error agarró el de su padre y notó el movimiento de su

reloj en el bolsillo. En segunda instancia, fue a buscar su revólver. Hizo girar la corona de su propio reloj y atravesó la puerta del dormitorio.

Amelia oyó pasos. Levantó la vista, suponiendo que sería Anton. En su lugar se encontró con su tío, que estaba al final de la hilera de estanterías, paralizado por la sorpresa.

—No —dijo entre dientes, desenroscando las piernas.

¿Qué hacía allí? ¿Era un recuerdo? Se puso en pie con dificultades y comenzó a avanzar hacia él con el corazón martilleándole el pecho.

—Amelia… —dijo él con voz temblorosa.

Ella pasó a caminar más rápido.

—No estés muerto —murmuró—. Por favor, no estés muerto.

Pensando a medias que lo traspasaría, lo rodeó con los brazos. Él la estrechó contra sí, su cuerpo tan fuerte y sólido como siempre. Amelia se puso a sollozar. Hundió la cara en su cuello, notó que perdía el contacto con el suelo cuando él la levantó. Se quedaron allí, parados en el pasillo central del espacio-tiempo, rodeados por estanterías altísimas, con el abismo al final del todo. Él le apartó el pelo de la cara y ella se dio cuenta de que su tío también estaba llorando. Solo lo había visto hacerlo una vez, en el funeral de su hermana.

—¿Por qué has venido? —le preguntó cuando al fin pudo respirar.

—He venido a buscarte —contestó él.

—¿Se ha acabado?

—Aún no, pero casi.

—¿Dónde está…? —Amelia se detuvo. No sabía cómo llamarla. ¿Lisavet? ¿Moira? ¿Quizá algo diferente?

—Sigue fuera. Yo quería venir a verte antes.

¿Antes? Amelia se sorbió la nariz.

—Vi a Azrael —dijo—. Me… me lo enseñó todo.

—¿Todo?

Los brazos de su tío se tensaron un poco. Ella se apartó para poder mirarlo. Siempre había pensado que se parecía a él, pero en ese momento pudo ver hasta qué punto.

—Todo —repitió, atragantándose con esa palabra. Y se puso a llorar de nuevo, hundiendo la cara en su hombro—. No me dejes de nuevo. Por favor. No me dejes.

Él le besó la frente y la estrechó con más fuerza. Con una mano dibujó círculos sobre su espalda. Al cabo de un rato largo, le preguntó:

—Amelia, ¿dónde está Anton?



22

Algún lugar del espacio-tiempo,

1965

Lisavet Levy llevaba trece años sin entrar en el espacio-tiempo, que la recibió como a una vieja amiga. Los susurros del Tiempo acudieron a recibirla igual que la primera vez que entró. Notó en la médula misma de los huesos la familiaridad del lugar. El mismo silencio y la misma quietud de siempre. Las estanterías que habían sido su hogar estaban iguales. Las estrellas sobre su cabeza se ondulaban como un faro hipnótico y la llevaron a detenerse en seco. Tuvo que apoyarse en un estante mientras los recuerdos entraban y salían de ella como una marejada violenta. Le temblaba la respiración. Y entonces lo oyó.

—Bienvenida, niña —le dijo la voz de Azrael. Al volverse, se lo encontró allí donde había estado la puerta—. Has pasado mucho tiempo fuera.

Ella profirió un grito ahogado.

—Azrael…

—Hola, Lisavet. Te he echado de menos.

Aunque intentó detenerlas, las lágrimas comenzaron a correr. Si Azrael estaba allí, aún tenía tiempo.

—¿Amelia…?

—Está bien —la tranquilizó el monje—. He estado vigilándola por ti. Igual que el muchacho ruso. Parece bastante encariñado con ella, por cierto.

—Y… ella está… —Vaciló, sin saber bien lo que intentaba preguntar.

—¿Enfadada contigo? —dijo Azrael, encontrando las palabras que le faltaban—. No lo creo. Aunque quizá eso haya cambiado desde que la dejé. Me tomé la libertad de enseñarle lo que ha pasado.

Lisavet notó que palidecía.

—Entonces, ¿lo sabe?

—Todo, sí. Ahora… ¿puedo preguntarte qué has venido a hacer?

De repente, Lisavet comenzó a tener problemas para respirar.

—Hemos… hemos venido a arreglarlo. A sellar el espacio-tiempo para que no se pueda interferir en él.

—Ahhh —dijo Azrael con una sonrisa ceñuda—. Así que eso es lo que al fin te ha devuelto a casa.

A Lisavet le temblaba el labio como si fuera una niña. Él lo había entendido. Y no le recriminaba nada de lo que había hecho hasta ese momento.

—¿Sabes dónde está Ernest? —le preguntó.

—Creo que ha encontrado a Amelia. Quizá deberíamos darles un minuto…

Ella asintió con la cabeza. Ernest necesitaba eso: tiempo. Quizá, al ver a su hija, cambiase de idea. Todo lo demás podía esperar.

—Deberías esconderte hasta entonces —le dijo a Azrael—. Tú… quédate cerca de mí.

Él le sonrió.

—Es lo que he hecho siempre —dijo, antes de desvanecerse en la oscuridad.

Lisavet respiró hondo. Seguía con el revólver entre las manos; deslizó las palmas por el metal. Disponía de tiempo. Avanzó poco a poco, empapándose de los alrededores. El viejo abrigo de su padre la envolvía, hacía que sintiera a la vez todas las edades por las que había pasado. De repente tuvo once años, diecinueve, veintiséis y treinta y ocho. No prestaba atención a lo que tenía delante, miraba solo el techo plagado de estrellas.

Por eso pudo quitarle la pistola de la mano.

Notó que algo le aprisionaba la muñeca. Antes de que pudiera volverse, él le dio un golpe en la parte de atrás de la rodilla y, mientras ella caía, le arrebató el arma. El metal se pegó a su sien. Durante los cinco años anteriores se había asegurado de aprender a escapar de ese tipo de situaciones con bastante facilidad, pero entonces vio de quién se trataba.

Anton Stepanov la miraba furioso, replicando a la perfección el aspecto desesperado, rabioso y aterrorizado de su padre.

—No te muevas —le dijo con ferocidad.

Ella levantó las manos, se quedó de rodillas. Anton se desplazó. Al tenerla allí, ya no estaba muy seguro de lo que quería hacer.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Pues claro que sí —contestó ella con voz calmada, intentando que no se diera cuenta de que estaba temblando. Se había

equivocado al suponer que iría a por Amelia para vengarse por lo de su padre, pero con ella era diferente.

—No pareces asustada —dijo.

—No eres el primer ruso que me apunta con una pistola —contestó Lisavet con absoluta frialdad.

Solo consiguió que se enfadara aún más.

—¿No vas a defenderte? —preguntó, pegando el arma con más fuerza contra su cráneo. Le temblaba la mano entera.

Ella sacudió la cabeza poco a poco.

—No. No voy a pelearme contigo. Tienes todo el derecho de matarme si es lo que deseas.

La pistola tembló un poco. De haber querido, podría habérsela quitado en ese momento, pero decidió esperar.

—Asesinaste a mi padre —dijo Anton.

—Así es. Y lo siento. No tuve elección. Él me habría matado a mí. Era o él o yo.

—No. No me lo creo. Mi padre era un buen hombre. No habría hecho eso.

—Incluso las buenas personas toman decisiones desesperadas cuando intentan hacer las cosas lo mejor posible —dijo Lisavet—. Él solo pensaba en ti. En ti y en tus hermanas. Habría hecho lo que fuera para volver vivo a vuestro lado, aunque eso implicara matarme. Es algo que le perdoné hace mucho tiempo. Pero sabía cosas sobre mi hija que la pondrían en peligro. —Vio un destello en sus ojos y supo que él lo sabía—. No quería matarlo. Solo pensé en ella.

—¿Por qué debería creerte?

Lisavet actuó con rapidez, lo desarmó y recuperó el revólver con dos movimientos que había practicado. Se puso en pie y situó el arma a la altura de la cabeza del muchacho.

—Porque aún no te he matado —dijo, y le dio la vuelta al arma para ofrecérsela por la empuñadura.

Él la aceptó con gesto escéptico.

—Escúchame —le pidió—. Ernest está aquí. Está aquí y está a punto de cometer una estupidez. Necesito que me ayudes.

Anton hizo girar la mandíbula mientras reflexionaba.

—Todos luchamos por ti. Mi padre luchó por ti. Yo ya no quiero seguir luchando por ti. No eres la persona que todos creíamos.

Lisavet lo examinó. Era tan joven… Se había convertido en agente ruso a la misma edad en la que ella quedó atrapada en el espacio-tiempo. Lo habían obligado, lo habían adiestrado para que obedeciera las órdenes. Eso también era por su culpa.

—Pues no lo hagas. Ayúdame a poner fin a todo esto. —Hizo un gesto hacia el revólver—. O pégame un tiro. No te lo tendré en cuenta.

Por un instante, pensó que iba a hacerlo. Ella era un símbolo por el que el muchacho había luchado, que le había costado sus amigos, su familia, la vida tal y como la conocía. Y Lisavet no había estado a la altura. No había sido merecedora de ello. Anton le devolvió el arma.

—No soy un asesino como tú —dijo, en tensión—. Voy a ayudar. Pero no por ti. Por ella. Por Ernest.

Lisavet dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Ella vaciló, consciente de que el muchacho podía cambiar de idea. Se quitó el reloj de la muñeca y levantó la corona. La hizo girar tres veces, pero no volvió a apretarla para que apareciera la puerta. En cambio, se lo ofreció.

—¿Para qué es esto? —preguntó él, mirándolo con expresión escéptica.

—Toma —le dijo—. Te explicaré el resto por el camino. Amelia notó que su tío le ponía algo en la palma de la mano. Era su reloj. Lo miró, frunciendo el ceño.

—Amelia… —comenzó a decir él con cautela—, necesito que guardes esto y salgas del espacio-tiempo. Ve a buscar a Anton y llévatelo contigo, ¿de acuerdo?

—¿Tú no vienes?

Él se mordió el labio.

—No, voy a quedarme aquí. Hay algo de lo que debo ocuparme.

—Pero… ¿no estarás atrapado?

—Sí.

Amelia comenzó a protestar, pero él la interrumpió.

—Ya lo sé, ya lo sé —le dijo el tío Ernest—. Pero escúchame: Lisavet…, tu madre…, te está esperando al otro lado de la puerta.

—No lo entiendo. ¿Qué será de ti?

—Ella te lo explicará cuando llegues. Pero yo tengo que quedarme, ¿de acuerdo? Y necesito saber que Anton y tú estáis a salvo.

Amelia negó con la cabeza.

—No. No pienso dejarte aquí.

—Amelia, escúchame…

—No, Amelia. No le escuches.

Los dos volvieron la cabeza. Amelia se quedó sin aire. Moira, o Lisavet, o como fuera que debiese llamarla, estaba parada en el pasillo central. Llevaba puesta una camisa de su tío y un gastado abrigo de color marrón que reconoció por los recuerdos. Y miraba a Ernest con expresión de sentirse traicionada.

—Lisavet —dijo Ernest.

Para sorpresa de Amelia, él la agarró del brazo y la situó a su espalda.

—Ernest, no puedes hacer esto —le decía Lisavet.

—¿Hacer qué? —preguntó Amelia.

—Nada. Yo…

—Quiere sacrificarse para sellar el espacio-tiempo —dijo Lisavet con los ojos cargados de rabia.

—¿Q-qué? —preguntó Amelia, mirando a su tío.

—Lisavet, ¿qué haces aquí?

—Pensaba que estábamos de acuerdo en que no lo harías —espetó ella, y Amelia reconoció su tono de voz. Se parecía más al de Moira que al de la chica de los recuerdos—. Dijiste que buscarías otra manera.

—¡No existe otra manera!

—Tío Ernest… —dijo Amelia, vacilante.

Él se volvió a mirarla y le puso las manos sobre los hombros.

—Amelia, por favor, intenta comprenderlo. Solo quiero protegerte.

—¿Abandonándome?

—No, la…

—Amelia —dijo Lisavet, interrumpiéndole de nuevo. Cuando la miraron de nuevo, ella había levantado el revólver plateado y lo apuntaba directamente a la cabeza de Ernest—. Aléjate de tu tío.

—Lisavet… —dijo él con voz temblorosa por la incredulidad.

—¡No! —gritó Amelia—. ¿Qué haces?

—Amelia —espetó Lisavet, sin dejar de observar a Ernest—. Por favor. Aparta.

Un silencio tenso se instaló entre los dos adultos. Amelia notó el brazo de su tío entre los omóplatos, empujándola por el pasillo en dirección al abismo. Protegiéndola entre dos estanterías. Intentó agarrarle el brazo a la desesperada, pero él la empujó.

—Quédate ahí —le dijo e intentó quedar fuera de su campo de visión, pero ella se movió para no perder de vista a ninguno de los dos.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le preguntó Ernest, avanzando un paso hacia Lisavet—. ¿De verdad vas a optar por el recurso de pegarme un tiro?

—No, pues claro que no. Solo necesitaba a Amelia a un lado para la parte siguiente. —Bajó la pistola—. ¡Anton!

Amelia dispuso apenas de un instante para mostrarse confundida antes de que el muchacho apareciera entre las estanterías y corriera a toda velocidad hacia su tío, al que sujetó por detrás, doblándole ambos brazos. Entonces apretó la corona de un reloj fino de oro blanco. El reloj de Moira. Ernest intentó liberarse, pero Anton se mantuvo firme y le arrastró hasta atravesar la puerta que había aparecido ante ellos.

—¡Anton, para! —dijo Amelia, lanzándose hacia ellos.

Lisavet la agarró del brazo y la retuvo. La puerta se cerró de golpe y Anton y Ernest desaparecieron al instante. Amelia giró sobre los talones y se sacudió para que Lisavet le soltara el brazo. Retrocedió mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡No te acerques!

—Amelia, lo siento —dijo Lisavet.

—¡Me mentiste! —espetó a la vez que se echaba a llorar de nuevo —. ¡Has estado mintiéndome durante todo este tiempo!

—Tuve que hacerlo. Solo intentaba protegerte.

—¿Protegerme? —La muchacha dejó escapar una risa desesperada—. Eso no es proteger. ¡Me tiraste por una ventana! ¡Dejaste que Jack me utilizara! ¡Permitiste que le pegaran un tiro a James!

—Amelia, yo…

—¡No! —Amelia se detuvo, consciente del abismo que se abría a sus espaldas—. No. No quiero oír lo que tengas que decir. ¿Cómo has podido mentirme de esa manera? ¿Cómo pudiste hacerles esas cosas horribles, horribles, al padre de Anton y a toda esa gente? ¿Cómo pudiste hacerle eso al tío Ernest? No digas que fue por mí. No te atrevas a decirlo. Yo no quería… Yo no habría… —Se detuvo de golpe e intentó tragar aire.

Lisavet le dirigió una mirada triste. Esperó a que Amelia se limpiara las lágrimas de la cara.

—¿Has acabado? —preguntó, recuperando parte de su antiguo yo, tan familiar.

Amelia la miró, furiosa.

—Estuvo mal. Estuvo muy muy mal.

—Lo sé.

—No deberías haberlo hecho.

—Eso también lo sé. —Lisavet avanzó un paso—. Pero no me arrepiento de ello. Volvería a hacer todo igual si pensara que así te mantendría a salvo. Reescribiría la historia al completo por ti.

Amelia soltó una risa burlona, ignorando el resto de emociones que intentaban salir a la superficie.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me he pasado todo este tiempo convencida de que me odiabas. No sabía que eras mi… mi… —No se atrevía a decirlo.

Lisavet se ablandó. Dio otro paso al frente.

—¿Cómo podría habértelo explicado?

Amelia se sorbió la nariz y admitió a regañadientes:

—Supongo que no podías. —Bajó la vista hacia el abismo que tenía a la espalda y cruzó los brazos.

—Amelia, no disponemos de mucho tiempo. No sé durante cuánto rato podrá Anton mantener a tu padre fuera de aquí.

Su padre. Amelia notó que se le revolvía el estómago otra vez.

Lisavet se le acercó y asintió con la cabeza en dirección al reloj de Ernest, que ella tenía en la mano.

—Necesito que salgas y te vayas con ellos, ¿vale? Que ayudes a Anton.

Amelia levantó la mirada.

—¿Y tú?

Lisavet cerró los ojos un instante.

—Yo me quedo.

—¿Te quedas?

Siguió una pausa larga. De repente, Amelia comenzó a comprenderlo todo.

—No —dijo—. No puedes.

—Ernest tiene razón. Es la única posibilidad. Y la única manera de evitar que lo haga él es haciéndolo yo antes.

A Amelia le temblaba el labio inferior.

—Pero… no puedes irte. Acabo de enterarme. No quiero perderte tan pronto.

Lisavet parpadeó para reprimir sus propias lágrimas.

—No me perderás. Seguirás recordándome. Lo recordarás todo. Te lo prometo.

La chica negó con la cabeza.

—No, no es eso. No he tenido la oportunidad de conocerte. No he tenido la oportunidad de dejar de estar enfadada contigo.

Al oír eso, Lisavet sonrió. Se quitó el abrigo y se lo pasó por los hombros, agachándose para que sus ojos quedaran en el mismo plano.

—Es algo que tengo que hacer —le dijo con suavidad—. Todo esto ha pasado por mi culpa, y tengo que ser yo quien lo solucione, ¿vale?

—No me iré —dijo Amelia, obstinada—. No dejaré que lo hagas.

—Shhh… —le dijo Lisavet, atrayéndola para darle un abrazo—. Lo siento, Amelia —le dijo, llorosa.

La muchacha notó que algo caía en el bolsillo de su abrigo. Oyó un tictac y se apartó. Se llevó la mano al bolsillo y sus dedos apenas habían comenzado a cerrarse en torno a un reloj de latón cuando Lisavet habló de nuevo:

—Lo siento muchísimo.

Amelia levantó la vista. En la décima de segundo que tardó en comprender lo que pasaba, notó la mano de su madre en el centro del pecho. Y notó que resbalaba por el borde y que caía hacia la oscuridad del abismo.

Tras la partida de Amelia, Lisavet se quedó quieta un rato, dejando que las lágrimas corrieran por su cara. Tal y como Ernest había señalado, diligente, el abismo también era un pasaje. Eso significaba que, con el reloj en el bolsillo, sería un umbral por el que salir del espacio-tiempo igual que cualquier otra puerta. Amelia estaba a salvo. Los dos lo estaban. Solo le quedaba algo por hacer.

Como si le hubiera dado pie al pensarlo, Azrael se materializó a su lado.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Lisavet asintió con la cabeza mientras se secaba los ojos.

—Sí, pero no por ello será más sencillo.

Para solucionar todo ese asunto no tenía más que alterar una memoria. La del monje. Él fue el primero. La razón por la que se descubrió el espacio-tiempo. Si lograba transformar ese momento, extirpando por completo ese descubrimiento…, eso bastaría. Miró a Azrael, que parecía satisfecho. El ceño relajado, sin preocupaciones, pese a saber lo que estaba a punto de pasar. Pese a saber que, para salvar el mundo, el mundo tenía que eliminarle a él.

—¿Y has traído un libro? —preguntó Azrael.

Ella asintió con la cabeza y se sacó del bolsillo trasero la libretita negra con los nombres olvidados. Al abrirla por la mitad sus ojos recorrieron las líneas con los nombres que el pec había borrado, que ella había ayudado a borrar. Como el padre que observa los recurrentes errores infantiles de su hijo y, sin embargo, jamás deja de quererle, Azrael ni la acusó ni llegó a expresar una pizca de la decepción que sin duda sentía, o eso pensaba ella.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —preguntó él, pero no porque quisiera disuadirla.

—Podrían cambiar muchas cosas —contestó Lisavet, con una punzada en el pecho—. Gente que fue eliminada pasará a ser recordada. Los acontecimientos en los que se interfirió quedarán alterados. Pero, si Ernest tiene razón… —Su voz se fue apagando.

Ernest tenía que haber acertado. No sabían con seguridad lo que iba a pasar. ¿Cómo podrían haberlo sabido? Ignorar el resultado de tus acciones era uno de los numerosos peligros de la vida.

—Podrías hacer que se desmoronara el curso entero de la historia —dijo Azrael.

—Entonces no haremos más que corregirlo —dijo ella—. Será como debería haber sido.

—¿Y qué pasará contigo?

Lisavet cerró los ojos. El abismo crecería, la engulliría a ella y todo el resto del espacio-tiempo. No podía saber lo que representaría eso…, si su mente seguiría existiendo o no. Los dos se quedaron parados en silencio. Abrió los ojos.

—¿Está tan vacía como dicen? ¿La muerte?

Azrael le sonrió.

—No, mi niña. No hay vacío en la muerte. Simplemente se sigue adelante. Tu conciencia se mantiene, recreando tus momentos más felices y creando también algunos nuevos.

Lisavet le devolvió una sonrisa débil.

—Como en los paseos por el Tiempo.

—Sí. Como los paseos por el Tiempo. ¿Te parece si damos este paseo juntos?

Oyó la llamada de los susurros del Tiempo mientras llevaba la mano al costado del rostro espectral de Azrael. Él la miró a los ojos, tomándose el adiós con calma, como si hubiera sabido que este iba

a llegar desde el momento mismo en el que la conoció. Quizá fuera así. Azrael siempre había sido más listo que ella. Mientras tiraba de los hilos delicados de lo que quedaba de la memoria de Azrael y la colocaba en el libro, Lisavet notó que, a su alrededor, el espacio-tiempo comenzaba a transformarse. El susurro que había sido su compañero constante los envolvió a la vez que los atravesaba. Intentó pensar en lo que le había dicho Ernest. Que en algún lugar del espacio, en algún lugar del Tiempo, en alguna versión de la historia existía la posibilidad de una vida en la que ella fuera feliz. Aferrándose a esa promesa, se adentró en los recuerdos que Azrael había dejado atrás y separó las manecillas del Tiempo para introducirse en él.

Dos mil años antes, Azrael se encontraba al borde de un acantilado. Era real, tenía solidez, estaba vivo, y seguía vestido con la sotana lisa y gris de un monje o de un pordiosero. Veía acercarse las embarcaciones romanas por el mar revuelto, impotente ante la invasión que se aprestaba a aniquilar a su pueblo. Lisavet dejó escapar un aliento trémulo para llamar su atención. Él volvió la cabeza, abrió mucho los ojos. De sus labios brotaron unas palabras que ella no comprendió, pues él no había aprendido a hablar aún ningún idioma que no fuera el suyo propio. Ella había esperado ver un chispazo de reconocimiento en sus ojos, pero en ellos no encontró más que confusión. No la conocía y no llegaría a hacerlo nunca.

Avanzó hacia él, los ojos brillantes con su intención asesina. Pero él no huyó. No movió un solo dedo para impedir que se le acercara. Ese hombre, un ser mortal de cuarenta años de edad, sin la sabiduría que había acumulado después de la muerte, estaba tan

seguro de su propia existencia, tan seguro de que el Tiempo no le afectaría, que dejó de ver lo que de manera tan evidente mostraban los ojos de ella. No pensó que la muerte fuera a por él de un modo u otro. Ella conocía el destino que le esperaba, por mucho que no fuese a optar por esa otra posibilidad. Cuando los barcos romanos tocaran tierra, a su pueblo y a él les quedaría un puñado de días de vida. Le arrancarían sus secretos y le obligarían a enseñarles el comportamiento del espacio-tiempo antes de matarlo y borrar de la historia el resto de su presencia.

«Cuán frágil es el Tiempo», pensó Lisavet mientras se acercaba al borde del acantilado. La historia entera dependía de un solo momento. De un hombre plantado junto a un precipicio con una sola idea en la cabeza.

—Perdóname, por favor —dijo en el idioma de su padre, y lo empujó con fuerza.

Azrael cayó al mar y Lisavet le observó hundirse entre el romper de las olas con el escozor de las lágrimas en los ojos. Él se hundió en las profundidades, allí donde los romanos no lo encontrarían nunca, ni a él ni los secretos que almacenaba.

Lisavet abandonó el recuerdo y regresó al espacio-tiempo en el momento en el que el Tiempo comenzaba a astillarse. Los estantes ya caían, golpeando entre sí y convirtiéndose en un polvo que llenó el aire y se transformó en una nueva atmósfera. Ella bajó la vista hacia el librito de los nombres perdidos, que contenía el resto de los recuerdos de Azrael junto con todas las razones por las que Lisavet sentía arrepentimiento, y este se desintegró entre sus manos.

Mientras el abismo se hinchaba y agrietaba el suelo bajo sus pies, Lisavet Levy levantó la vista hacia las estrellas.



23

Boston, Massachusetts,

1965

Amelia cayó al suelo sin dejar de sentir la presión de la oscuridad atronadora que la rodeaba. Tragó aire, sus codos y sus rodillas se rasguñaron contra la madera. Paseó la mirada por la habitación, esperando encontrarse con su tío y con Anton. Allí no había nadie. Las luces estaban apagadas; la habitación, en una negrura absoluta. No reconoció el lugar. Se parecía al despacho de su tío. Los libros estaban allí. Los muebles eran, en parte, idénticos. Pero no era el mismo sitio. Era una habitación de mayor tamaño. Por la ventana se veía un jardín con una fuente grande que relucía a la luz de la luna. Parecía algo salido de un sueño. Familiar pero distante.

En la habitación contigua se encendió una luz. Unos pasos la atravesaron. Amelia intentó ponerse en pie, pero se enredó con los bordes del abrigo y soltó un gruñido de dolor al golpear de nuevo contra el suelo.

—¿Amelia? —preguntó una voz con curiosidad.

Ella se incorporó.

—¿Tío Ernest?

Se abrió la puerta.

—Amelia, ¿qué estás…?

La pregunta se interrumpió al recibir el hombre el impacto del cuerpo de la muchacha, que se había lanzado entre sus brazos. Ella lo estrechó contra sí, ignoró sus palabras hasta que él, confundido pero aceptando la muestra de afecto, le devolvió el abrazo.

—¿Qué haces despierta tan tarde? —preguntó Ernest cuando Amelia se apartó al fin—. ¿Y qué demonios llevas puesto?

Ella examinó su rostro. ¿Acaso no recordaba… nada?

—No podía dormir —le dijo al fin.

—De acuerdo… —dijo el tío Ernest—. Pero eso no explica el abrigo.

—Oh, no es mío. Lo… lo he sacado del armario de arriba.

—¿En serio? —preguntó él, frunciendo el ceño. Un destello de reconocimiento revoloteó en su mirada, pero fue tan fugaz que podría haberlo imaginado—. Debió de ser de tu abuelo —dijo con una sonrisa irónica—. Aún hay un montón de cosas suyas en la casa. Parece que no logro repasarlo todo.

Algo hizo clic en el fondo de su mente. Claro que el jardín trasero le parecía familiar: la casa había pertenecido a su abuela. La recordaba del día de su funeral, varios años antes. El tío Ernest la había vendido para comprar una casa más pequeña cerca de allí, donde pasaban los veranos cuando ella volvía de la escuela, ya que las exigencias de su trabajo hacían que no pudiera encargarse del mantenimiento de un lugar tan grande.

—Ven —le dijo él—, te haré un té, pero luego te vuelves a la cama. Mañana tienes clase.

Se volvió para salir, pero Amelia le agarró la mano, tambaleante aún.

—Espera, tengo que preguntarte algo… —Vaciló. ¿Y si él lo había olvidado todo? ¿Cómo podría explicárselo?—. ¿Puedo tomar café esta vez? —preguntó en su lugar.

Él se rio.

—Oh, no. No vas a convencerme para que te deje tomar café. Con quince años eres demasiado pequeña. No me importa si tu madre deja que lo tomes cuando no estoy en casa.

Amelia se quedó paralizada por la sorpresa.

—Mi… mi madre.

—Al parecer es lo que hacen en Alemania, pero en esto voy a imponerme. Soy tu padre. Estas cosas habría que consultármelas.

No estaba enfadado, en realidad no, pero sus palabras dejaron tan perpleja a la muchacha que él tuvo que tranquilizarla diciéndole varias veces que todo iba bien. Le puso una cucharada extra de miel en el té antes de dárselo. Cuando le pasó la taza, haciendo que se deslizara sobre la mesa, Amelia reparó en el reloj de su muñeca, tan familiar, que emitía su tictac como si fuera lo más normal del mundo.

Arriba, en su habitación, que tenía el aspecto de su dormitorio habitual pero a la vez no, comenzó a pasearse de un lado al otro, estrujándose el cerebro en busca de una explicación. Todo aquello, ¿podía ser real? Y, en ese caso, ¿cómo se suponía que debía saber la manera en que había transcurrido esa versión de su vida? No es que guardara ningún recuerdo de ella… Se detuvo de repente al recordar lo que le había dicho Azrael. Que se había desplazado entre dos

versiones del mismo recuerdo. Que había viajado a lo largo de su propio plano temporal. Quizá pudiera hacerlo de nuevo.

Se quedó quieta en medio de la habitación y cerró los ojos, esperando a oír los ecos del Tiempo.

Tras asegurarse de que Amelia había vuelto a la cama, Ernest fue a acostarse. Su esposa, con el mismo insomnio de siempre, estaba despierta, sentada con un libro de poemas en la mano.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Ajá —contestó Ernest, que se metió en la cama junto a ella y estiró el cuello para darle un beso en la mejilla—. Era Amelia, nada más.

Lisavet tarareó algo y ladeó la cabeza para facilitar el beso.

—¿Qué hace despierta tan tarde?

Ernest se encogió de hombros.

—No podía dormir. Supongo que sale a su madre —dijo, dándole un pellizco juguetón en la nariz.

Se conocieron de pequeños. El padre de Ernest era dueño de una prestigiosa empresa relojera allí, en Boston, y contrató a Ezekiel Levy, un relojero al que había conocido cuando estudiaba en Suiza, para que se fuera a trabajar con él en 1938. El hombre intentó posponer el asunto, pero Gregory contestó ofreciéndole tanto dinero que no pudo rechazarlo, y se desplazó con su hija y su hijo a Estados Unidos justo diez meses antes de la Noche de los Cristales Rotos.

Aunque Ernest y Lisavet se conocieron al llegar ella, y aunque se llevaban solo dos años, ninguno de los dos se interesó mucho por el

otro hasta que él pasó a encargarse de la empresa de su padre, a los veinticuatro. Para entonces, Lisavet se había convertido en relojera por derecho propio, pero también en la mujer más bella que Ernest hubiera visto. Se casaron cuatro años después.

—Por cierto —dijo Ernest, recostando la cabeza, adormilado, contra el brazo de su esposa—, tenemos que hablar del tema este del café.

Lisavet se mordió el labio, intentando no sonreír.

—¿Qué le pasa?

—Amelia es demasiado pequeña. He estado leyendo unos estudios recientes que…

—¿Ah, que ahora eres relojero y médico? —se burló ella con tono amable.

—Podría haber sido médico —dijo él con amargura—. Se me habría dado de maravilla.

—Sí, estoy segura de que sí —dijo Lisavet, condescendiente—. Amelia no se morirá por tomar un poco de café de vez en cuando. No es que esté fumando por ahí. Además, yo bebía café cuando era mucho más pequeña que ella. Y salí bien.

Ernest tuvo que coincidir con ella en ese punto.

—Eso, querida mía, es quedarse muy corto —dijo, elevándose para besarla. Le pasó la mano por el cabello rubio lunar y dejó que le cayera entre los dedos—. Eres perfecta como la luna y todas las estrellas del firmamento.

Lisavet se rio y dejó el libro de lado cuando él tiró de su mano para que se acostara a su lado.

Por la mañana, la mente de Amelia se había asentado. Mientras visitaba los recuerdos como espectadora, la memoria de esa versión de su vida había acudido a ella y había reclamado su espacio junto al resto de sus recuerdos. En ese momento existían dos versiones de su ser. Ambas eran verdaderas y ninguna era más real que la otra. El Tiempo era una ilusión, y la memoria, todavía más.

En esa vida era feliz. O, al menos, más feliz que en la anterior. Esa versión de Amelia no había sido consciente de lo fácil que era todo para ella. Seguía teniendo cierta tendencia a provocar problemas, pero no tanta. Contestaba a sus padres, inconsciente hasta ese momento de que en otra vida había sido huérfana. Su padre era relojero, el heredero de la empresa de relojes más importante del país. Aunque no lo necesitaba, su madre trabajaba para la compañía. Vivían en esa casa. Él no había entrado nunca en el Departamento de Estado, y ya no tenía que dividir su tiempo entre Washington y Boston. Ya no hacía horas extra.

Todo era diferente. Los incidentes que en su día se dirimieron en el espacio-tiempo habían pasado a combatirse en el mundo real, y cada uno de ellos había desembocado en una conclusión algo distinta. El mundo era diferente. Amelia no estaba segura de que fuera mejor, pero al menos estaba libre de interferencias.

Se vistió para ir a clase en su habitación, reparando en las diferencias respecto a la que había tenido antes. En vez de estanterías altísimas repletas de libros, algunas de las paredes mostraban fotografías. Fotos de ella con sus padres cuando era niña. Abajo, su padre estaba preparando el desayuno, y el olor a café y huevos recorría la casa. Al verla, Ernest sonrió. Iba vestido con un

suéter y unos pantalones de vestir, el cabello rojo lustroso y peinado con pulcritud.

—Buenos días —le dijo—. ¿Cómo has dormido? Que se acaben los jueguecitos de madrugada en mi despacho, por favor. —Le puso una taza de café delante, con expresión tímida—. Hablé con tu madre anoche —le explicó, y la señaló asintiendo con la cabeza—. Ella parece pensar que beber café es importante para que abraces tu herencia alemana, así que ¿quién soy yo para entrometerme?

A su pesar, Amelia soltó una risita.

—Gracias —dijo, sacando la leche y el azúcar—. ¿Dónde está…?

—¿Tu madre? —Ernest estiró el cuello en dirección a la ventana—. Fuera, en el jardín. —Le puso otra taza de café delante—. Llévasela mientras yo acabo de preparar el desayuno, ¿quieres? Dile que ya está casi listo.

Amelia agarró la taza y salió por la puerta trasera de la casa. Aunque su mente seguía poniéndose al día, sus pies conocían el camino. En el jardín, el aire era frío. La última calidez del verano se desvanecía poco a poco. Amelia recorrió el sendero de gravilla, con la vista puesta en las flores plantadas con pulcritud que lo flanqueaban. Ramas de salvia rusa, menta gatera y milenrama seguían aferradas a sus tallos. Los árboles estaban iluminados con los colores anaranjados y rojizos del primer otoño.

Al frente, cerca de la verja, una mujer de cabello dorado estaba parada entre los parterres. No llevaba el pelo tan largo como Lisavet Levy, pero tampoco tan corto como Moira. En algunas partes asomaban las canas, en número suficiente para ser perceptibles, pero sin llegar a desmerecer su color radiante y lunar. Amelia ralentizó el paso. Al verla venir, la mujer le sonrió.

—Buenos días —le dijo con calidez.

Ella le dio la taza, sintiéndose tímida. Las dos mitades de su ser sabían quién era esa persona, pero la que estaba menos familiarizada con ella no sabía cómo comportarse. Examinó a la mujer mientras rodeaba la taza con las manos y bebía un trago. Apreció en su rostro restos de la Lisavet Levy de antes. Y de Moira, la mujer en la que Lisavet se había convertido. Pero, en su conjunto, no era ninguna de las dos. En esa vida era sencillamente su madre.

—Hoy estás muy callada —le dijo.

Aún tenía restos de acento alemán, cuando antes no había sido así.

—Me quedé despierta hasta tarde —contestó Amelia.

—Ya me he enterado. Tu padre pensó que habían entrado a robar.

Amelia sonrió, se permitió sumergirse en esa vida. Una vida en la que podía tomar café en el jardín, al lado de su madre, mientras su padre preparaba el desayuno. Pero entonces bajó la vista y se atragantó. A sus pies, un cúmulo de nomeolvides de color azul, con sus centros de amarillo brillante, cubría el parterre. Habían florecido pese a lo tardío de la estación.

—¿Son…?

—Nomeolvides —dijo su madre, y se puso en cuclillas para admirarlos—. Este año se están comportando de manera muy inusual. Pensaba que habíamos visto los últimos de la temporada, pero, al salir esta mañana, me los he encontrado aquí. Es raro para tratarse de una flor primaveral, ¿no te parece?

Miró a Amelia. En sus ojos centelleaba un sentido oculto y una especie de entendimiento se estableció entre ambas. Ernest las

llamó por la ventana para que entraran a desayunar. Lisavet se incorporó, dispuesta a marcharse.

—Espera —le pidió Amelia.

Su madre se volvió, expectante.

—¿Esto es real? —le preguntó.

—¿Por qué crees que no lo es?

—No lo sé. Es solo que… —Amelia frunció el ceño—. ¿Y si fuera solo un sueño? ¿Y si es solo una especie de recuerdo y ninguna de las dos lo sabe?

Su madre se inclinó para darle un beso en la frente.

—Si no es más que un recuerdo, al menos es un recuerdo feliz —le dijo, apretándole la mano.

Ernest las llamó de nuevo y las tachó de lentas. Entraron juntas.

Amelia deseaba ignorar la cuestión. Abrazar esa vida nueva y hermosa, y olvidarse de todo lo demás. Pero el reloj seguía llamándola. Necesitaba saber lo que había sido de aquel lugar. Si había desaparecido en serio. Si aquello estaba pasando de verdad o si se trataba solo de un recuerdo feliz.

Después de desayunar, abrumada por la curiosidad e incapaz de resistir la tentación, se dirigió a su habitación y sacó el reloj de bolsillo de Ezekiel Levy del cajón de la cómoda. Con dedos temblorosos, hizo girar la corona tres veces y la apretó. Contuvo el aliento y cruzó la puerta de la habitación, cerrando los ojos con fuerza. No pasó nada. El reloj siguió emitiendo su tictac. No hubo silencio. No hubo quietud. Quizá sí que el espacio-tiempo había desaparecido. Se había borrado. Entonces recordó que, en su día, los monjes y profetas lo habían encontrado sin tener más que concentrar la fuerza de su voluntad. Que Azrael, que nunca había

tenido un reloj, lo encontró en una época en la que el Tiempo solo era una idea.

Cerró los ojos, hizo girar la corona del reloj que tenía en la mano y allí estaba: el susurro, igual que en el espacio-tiempo. Lo tomó, de la misma manera que su madre descorría los cortinajes del Tiempo, y entró de nuevo en la habitación, sintiendo que el aire mismo se estremecía, indeciso. Había sosiego al otro lado, las corrientes invisibles habían cedido paso a una calma absoluta. Amelia aguardó el silencio impermeable del espacio-tiempo, pero los susurros no se detuvieron, sino que fueron ganando volumen, reuniéndose, alejándose, culminando a su alrededor. Al abrir los ojos profirió un grito ahogado.

No había libros. No había ningún tipo de estantes. Solo había estrellas que flotaban en el aire, que nadaban en grupo, formando y reconformando sus perfiles, primero en un lugar y a continuación en otro mientras un flujo constante de versiones más pequeñas y variadas del mundo se escribían y eliminaban. Allí, los pensamientos conscientes entraban en contacto, rebotaban entre sí y se entrelazaban en dibujos ondulantes que poco a poco se transformaban en luz. Allí no había historia, no había un pasado confinado que necesitara mantenimiento. Allí solo había memoria. Flotante. Cambiante. Libre. Cada mente era un mundo de por sí; ningún recuerdo era reflejo o eco de otro.

Durante un largo instante, Amelia se quedó quieta, mirando la extensión ilimitada de posibilidades que era el Tiempo. A su alrededor, los susurros no cesaban nunca. Antes, el Tiempo había sido silenciado, pero en ese momento cantaba. Cuando hubo visto todo lo que tenía que ver, dio media vuelta y cruzó la puerta, que

había permanecido abierta a sus espaldas. Regresó a esa vida que era a la vez real e irreal, que existía y a la vez no, como pasaba con todos los recuerdos. Amelia iba a seguir oyendo ese susurro durante el resto de su vida, como recordatorio de que, en su totalidad, el Tiempo era un constructo milagroso que daba forma a las ideas conscientes y que escribía mil versiones de cada vida.

La puerta del espacio-tiempo se cerró a sus espaldas. No volvió a abrirla nunca más.

Amelia ya no acudía a Pembroke, sino a otra escuela privada cerca de su casa. Ya no estaba internada, sino que iba y volvía a diario. También era un centro esnob, también tenía su prestigio, pero era diferente. Al parecer, esa versión de Amelia no era tan irritable como la otra. Tenía amigas. Amigas cuyos nombres conocía de toda la vida. Que comían con ella a diario y que la esperaban en el pasillo entre una clase y otra. Estaba hablando con una de ellas, una chica con el pelo de color castaño claro llamada Daphne, cuando oyó los gritos de una pelea que tenía lugar al final del pasillo, a los que siguió un estrépito.

Amelia levantó la vista, alarmada, y vio que un pequeño grupo de alumnos de último año pateaba en todas direcciones los libros de alguna pobre víctima.

A su lado, Daphne suspiró.

—Ojalá no hicieran eso, en serio.

—¿Qué pasa?

—Steven, que está acosando otra vez a ese pobre alumno ruso de intercambio. Deberían dejarlo tranquilo. No es culpa suya que sea

comunista.

Sonó la campana. Los chicos del grupo dieron una patada final a las pertenencias de la víctima y se dispersaron. Amelia vio al chico, que, agachado con aspecto infeliz, se afanaba en apilar los libros que le habían pisoteado. Era un chico ruso de extremidades larguiruchas y pómulos marcados.

Daphne le dio un golpecito en el brazo.

—Venga, será mejor que nos vayamos. Llegaremos tarde.

—Ve tú primero —dijo Amelia, agitando la mano para que se marchara.

Siguió observando al chico mientras el pasillo se vaciaba. No podía ser él… ¿o sí? Se le acercó poco a poco y se agachó a ayudarlo con el último libro, un diccionario ruso-inglés. Se preguntó si esa versión de Anton Stepanov hablaría inglés tan bien como la anterior. De alguna manera parecía diferente, y a la vez era por completo el mismo. Seguía estando escuálido. Seguía teniendo el pelo moreno y los rasgos marcados. Pero la expresión atormentada había abandonado en parte su mirada. Él levantó la vista y, al encontrársela allí parada, esbozó esa mueca de irritación que Amelia conocía tan bien.

—¿Qué estás mirando? —espetó.

Ella le frunció el ceño, indignada.

—Bueno, iba a devolverte el libro, pero si vas a ponerte grosero…

—Oh, ya veo. Muy graciosa. Quítale el diccionario al chico comunista para que no pueda hablar.

—No pensaba quitártelo.

—¿No? Entonces devuélvemelo.

Amelia se lo ofreció. Él lo aceptó a regañadientes, se volvió para llevarse unos libros y dejar otros en su taquilla.

—Podrías dar las gracias… —le dijo.

—¿Por no robarme? Vale, gracias por obedecer la ley. Has estado muy bien.

—Vaya. ¿Todos los rusos sois así de maleducados?

Él cerró la taquilla con un suspiro.

—Vale, vale. Gracias. ¿Todos los estadounidenses sois tan dependientes?

Amelia no pudo evitarlo y soltó una risita.

Él le frunció el ceño y murmuró algo para sí en ruso.

A la hora de la comida vio a Anton solo en la periferia del comedor. La comida de su bandeja de plástico estaba casi intacta. Amelia agarró su propia comida y se puso en pie, ignorando a sus amigas. Se aclaró la garganta mientras se acercaba a él.

—Oh, tú otra vez —dijo él, frunciéndole el ceño—. ¿Qué te pasa?

—¿Quieres compañía? —le preguntó, avergonzada.

—¿No te importa comer con el comunista?

—No, pero creo que eso significa que tienes que darme la mitad de tu bizcocho de plátano. —Hizo un gesto hacia la rebanada envuelta en plástico que tenía en la bandeja.

Anton la miró mal.

—¿Por qué?

—¿Los comunistas no piensan que hay que compartirlo todo?

Él señaló el trozo de pastel de chocolate que asomaba por la fiambrera abierta de Amelia.

—Te lo cambio por eso. Al fin y al cabo, estamos en Estados Unidos. ¿Aquí no pensáis que hay que comerciar con todo?

—No creo que un intercambio de pastel de chocolate por bizcocho de plátano sea justo.

Anton esbozó una sonrisa.

—Tienes razón. No es justo. Por eso es tan estadounidense.

Amelia le devolvió la sonrisa y le pasó el pastel por encima de la mesa. Ese día no hablaron mucho más, pero no le importó. Sabía que él tardaría su tiempo en sentirse cómodo.

Al día siguiente llegó antes que Anton y fue a sentarse a la misma mesa. Él se acercó, pero no se sentó. Ella levantó la vista, expectante. Él le mostró el plato del postre. Ese día había pastel de arándanos. Previsora, Amelia había llevado una barrita de chocolate Hershey's y se la ofreció.

—¿Sabes? Creo que estás comenzando a pillarle el truco a esto de ser estadounidense —bromeó mientras él se sentaba y comenzaba a abrir el envoltorio.

—Entonces quizá sea hora de que probemos con esto en su lugar —dijo él antes de romper un cuarto de la barrita y ofrecérselo.

—¿Qué país hace esto?

Anton se encogió de hombros.

—Ninguno. Lo hacen los amigos.

Amelia sonrió y aceptó su oferta de chocolate y amistad.



24

En alguna parte y en ninguna a la vez

Lisavet Levy era una con las estrellas. Vivía en un recuerdo interminable, lo más real que hubiera conocido, haciendo y rehaciendo las versiones de su vida. Versiones en las que estaban a salvo. En las que eran felices. Tanto daba lo que fuera real y lo que no.

Lo único que quedaba del lugar que había sido el espaciotiempo eran las estrellas que flotaban en el cielo sobre sus cabezas. Pensamientos vivos y muertos se arremolinaban juntos en el tapiz sin fin de la memoria. Y ella, la muchacha que se había desligado del Tiempo, se encontraba en su centro mismo, despidiendo un brillo más intenso que el de todo cuanto la rodeaba. Era la luna, al fin.

Agradecimientos

Para dar las gracias como es debido, debo comenzar por algunos recuerdos espectrales propios: el primero, el de mi abuelo Ernest, cuyo nombre y memoria honran todas las páginas de este libro. Y gracias a todas las personas que llegaron antes que yo y sobre cuyas historias se ha erigido mi vida.

En lo que se refiere a los vivos, gracias antes que nada a Jennifer Weltz, mi agente, que ha sido la defensora más fervorosa del libro que hubiera podido esperar, y cuyos comentarios iniciales fueron esenciales para llegar al final más adecuado. Sin ti, esto no habría sido posible.

A continuación, por supuesto, gracias a Kaitlin Olson, mi editora en Atria, cuyo amor por Lisavet, Ernest y Amelia solo se ve superado por el mío, y que los ayudó a brillar de verdad con sus correcciones orientativas.

Gracias también a todo el equipo de Atria y de Simon & Schuster en Canadá, cuyo trabajo para que este libro viera la luz ha sido un auténtico *tour de force*; entre ellos, Brittany Lavery, por llevarlo a los lectores canadienses; Ife Anyoku, por contestar a mis preguntas y mantener todos los detalles en orden; a las directoras editoriales Paige Lytle y Lacee Burr; a la responsable de ventas Dayna Johnson; a la publicista Gena Lanzi y al coordinador de producción Jason Chappell. Gracias también a Laurie McGee por su ayuda para asegurarnos de que todas las fechas y líneas temporales estuvieran

en orden (no ha sido tarea sencilla), y a Sara Wood y Esther Paradelo por su fantástico trabajo de diseño. Un millón de nomeolvides para todo el equipo.

Además, me gustaría dar las gracias a los numerosos editores de todo el mundo que han trabajado para llevar el libro al mayor número de lectores posible. Vuestro amor y emoción por la historia, que ha atravesado fronteras y mares, ha significado todo para mí.

Debo también agradecer a todos los que han compartido conmigo su tiempo y conocimientos, y cuyos comentarios razonados me han ayudado a dar forma a la historia definitiva; entre ellos, Tara Singh Carlson y Grabriella Mongelli.

En el frente interno, todo mi amor y gratitud para mi familia (tanto la original como la política) por vuestro amor, consejos y apoyo a lo largo del camino. Gracias, sobre todo, a Cassidy, mi hermana y mi primera lectora, que una vez intentó usar un cuento escrito por mí en su proyecto de lectura de quinto curso, el más elevado de los honores. También a mi madre, que me proporcionó una infancia repleta de visitas a la biblioteca y fue una de las escasas personas que vieron este libro en uno de sus borradores iniciales y más caóticos.

Tuve que investigar mucho para que este libro cobrara vida y estaré siempre en deuda con Andrew Pettegree y Arthur der Weduwen por escribir *Bibliotecas. Una historia frágil*, libro a partir del cual tejí los primeros hilos de esta historia. También me gustaría dar las gracias a todo el mundo en la Biblioteca Pública St. Charles por ayudarme a dar con una sucesión de títulos desconocidos mientras repasaba décadas de historia a la vez.

Tuvo una gran importancia Angelo, cuyo entusiasmo por los relojes me ayudó a enfocar mejor la idea de este libro, y que ha leído con gran paciencia todos los borradores, revisiones y correcciones a lo largo del camino. Gracias por haber dejado que te llevara conmigo mientras daba forma a mis sueños, por todos esos paseos largos y laberínticos que dimos mientras ponía orden a los detalles, y por creer en mí más que yo misma.

Este libro está dedicado a todos los que han empleado su tiempo y energías en luchar contra la censura y por preservar las historias de aquellos a quienes la historia ha sumido casi en el olvido.

Por último, gracias a mi hijo, quien está a punto de nacer en el momento de escribir estas líneas, y a quien le daría la luna y hasta la última estrella del firmamento. Todo esto ha sido siempre por ti.

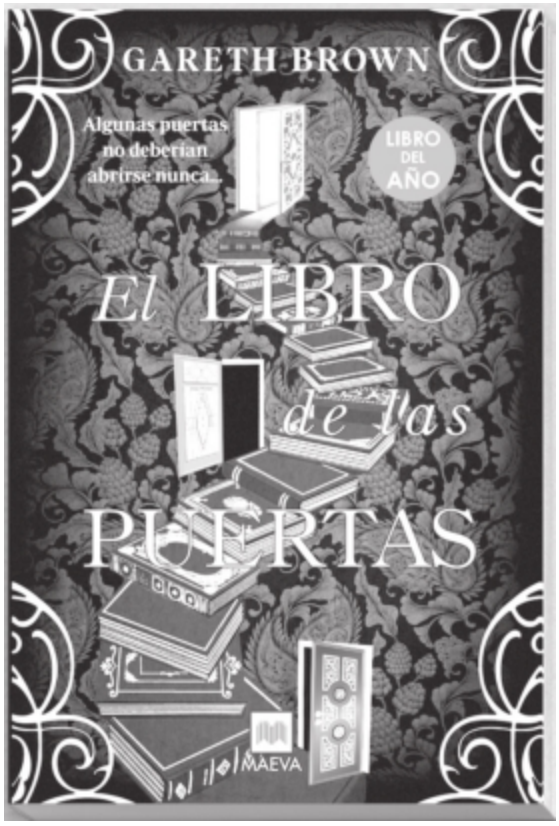
Abre uno de estos libros y despierta la magia



Una sociedad secreta, un atlas increíble y una persecución mortal

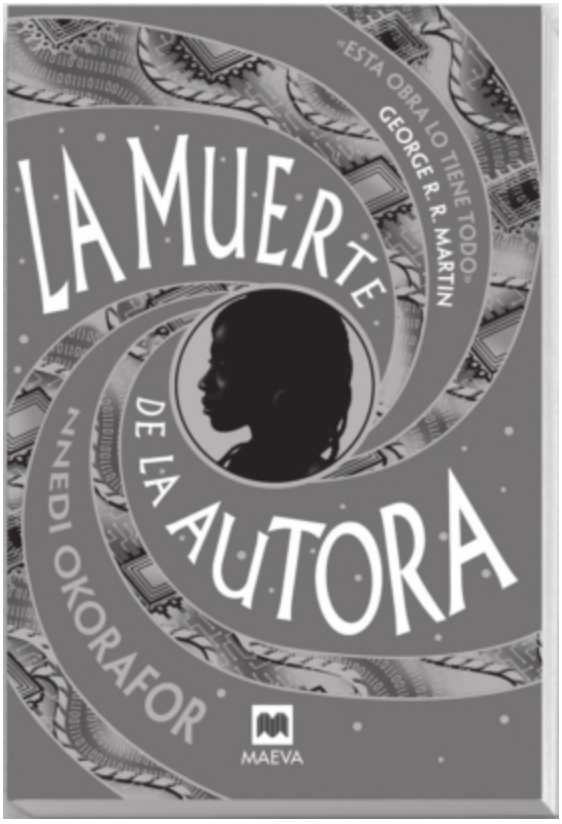
El mundo de los objetos extraordinarios ha permanecido en silencio durante décadas, pero los miembros de la sociedad que se encarga de proteger estos artículos mágicos se han mantenido alerta todo este tiempo. Sin embargo, cuando el presidente de la organización se entera de que ha aparecido un nuevo objeto en Hong Kong, envía a Magda Sparks a investigar. Magda se enfrenta a la muerte y al peligro, confrontada por un asesino profesional que parece saberlo todo sobre ellos. Sus descubrimientos la llevarán a emprender un peligroso viaje, en el que

comprenderá que hay muchas personas en el mundo que persiguen los objetos mágicos, y que el



Imagina un libro que te permite viajar en el espacio y el tiempo... y que acaba en las manos equivocadas. ¿Te atreves a leerlo?

Cassie, que trabaja en una librería de Nueva York, recibe un libro misterioso con un mensaje escrito a mano: «Este es el Libro de las puertas. Si lo sostienes en la mano, una puerta será todas las puertas». Descubrirá que otorga el poder especial de viajar en el espacio y el tiempo. De repente, Cassie y su mejor amiga, Izzy, se enfrentan a la violencia y al peligro. La única persona que puede ayudarlas es Drummond Fox, un hombre que custodia una biblioteca secreta de libros mágicos.



Compleja, trepidante y rompedora. Una novela especulativa sobre el poder de la creación. ¿Puede una historia cambiar el futuro del mundo?

La vida le ha dado algunos golpes a Zelu, pero cuando la despiden de su trabajo y rechazan su última novela, su vida da un vuelco. Procedente de una familia exigente y crítica, no sabe bien qué va a ser de ella. Entonces toma una decisión arriesgada: escribir un libro muy diferente a los demás. Una historia sobre androides e inteligencia artificial tras la extinción de la humanidad. Y todo cambia. Lo que viene después es una historia de amor y pérdida, fama e infamia, y acontecimientos extraordinarios en un mundo y en otro, donde la línea entre la ficción y la realidad se difumina.



Una novela sobre bibliotecarias espías, engaños, peligros y los lazos inquebrantables de la amistad

Lisboa, 1943. Durante la Segunda Guerra Mundial, Selene y Beatrice son reclutadas por la Oficina de Inteligencia de Estados Unidos y enviadas a la ciudad de los espías. Aunque oficialmente trabajan como bibliotecarias, son agentes encubiertas y pronto se verán envueltas en engaños junto a dos de los hombres más notorios de Lisboa: Luca Caldeira y el agente Gable. Mientras Selene se abre camino por lujosos salones de baile junto a Luca, Bea se sumerge en el oscuro mundo de informantes de Gable. La victoria depende del éxito de sus misiones, pero cuando una traición inesperada las sorprende, todo lo que han sacrificado queda en peligro.



Un apasionante recorrido por la historia de las librerías con prólogo de Jorge Carrión y portada de Andrea Reyes, propietaria de Librería Celama

Lejos de ser simples negocios, las librerías han moldeado la cultura, el pensamiento y las comunidades durante siglos y han influido en la vida intelectual, política y social. En un recorrido por librerías icónicas como Strand, Barnes & Noble o Gotham, el autor demuestra por qué estos lugares son mucho más que comercios: son santuarios de ideas, puntos de encuentro y refugios para el alma. A pesar de las amenazas del libro electrónico, los gigantes del comercio *online* y las sucesivas crisis económicas, las librerías siguen muy vivas, gracias a algo que ningún algoritmo puede replicar: la conexión

Título original: *The Book of Lost Hours*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136573
Conversión a formato digital: www.acatia.es